

JULIA NAVARRO

UNA FAMILIA MODERNA

PLAZA JANÉS

JULIA NAVARRO

UNA FAMILIA MODERNA

PLAZA JANÉS

A todos los que se salen del carril.

A Fermín y Álex, siempre;
no me puedo explicar a mí misma sin ellos.

Y a la pequeña y maravillosa Barbie,
que me acompaña mientras escribo

Todas las familias felices se parecen; pero las infelices lo son cada una a su manera.

Anna Karénina,
LEV TOLSTÓI

Agradecimientos

A David Trías que «apuesta» por mis historias.

A Virginia Fernández, editora excepcional.

También a todo el equipo de Penguin Random House, que hace posible que mis libros lleguen a manos de los lectores.

A Pilar Cernuda, que me regaló el libro de Nora Ephron *No me gusta mi cuello*, que ha servido de inspiración a estas páginas.

Gracias a todos por estar ahí.

Martha

Nací el 5 de marzo de 1953, el mismo día en que Iósif Stalin moría en su dacha de Kúntsevo.

Dado el año en el que estamos es evidente que la vejez me ha alcanzado. No puedo engañarme, llevaba tiempo sintiendo su aliento destructivo sobre mi cuerpo. En realidad, empieza a perseguirnos aun antes de nacer, cuando solo somos células que nadan en el líquido amniótico en el útero de nuestras madres.

Creo que mi padre, comunista y ferroviario, nunca me perdonó que naciera el día que Stalin murió. En los recuerdos de mi madre no estaba Stalin, sino los dolores del parto.

Pero hoy me asaltan unos cuantos pensamientos sombríos por culpa de un libro que acabo de terminar de leer: *No me gusta mi cuello,* de Nora Ephron.

Los críticos aseguran que está repleto de humor. No les llevaré la contraria. Sin duda la autora decidió poner en solfa cuanto la rodeaba, ella misma, su ciudad, Nueva York, los vecinos, los restaurantes que frecuentó o las cremas contra las arrugas que utilizaba con el afán de restaurar su cuello.

La comprendo. A ella no le gustaba su cuello y a mí no me gustan mis brazos. Ephron veía en las arrugas de su cuello los signos ineludibles de la edad y yo los veo en mis brazos.

Por más que acudo cada mañana al gimnasio para levantar pesas que disimulen la flojera de las carnes que aún me habitan, la realidad es implacable: a mis brazos les falta la tersura y la dureza de antaño. Por eso, sin decírmelo a mí misma, hace tiempo decidí no comprarme ninguna blusa ni vestido que deje al descubierto el tramo que va desde la clavícula hasta los codos. En mi opinión, los creadores de moda son muy desconsiderados con las mujeres que ya han cumplido los sesenta. La ropa que diseñan exige piernas infinitas, sin las salpicaduras de las manchas de la edad, brazos firmemente moldeados y un rostro donde estén difuminadas las arrugas conseguidas a lo largo de la vida llorando, riendo, hablando…

He de reconocer el talento y el estilo de Nora Ephron para lamentarse con ironía del paso del tiempo por su cuerpo, y más concretamente por su cuello.

Me pregunto si yo sería capaz de hacerlo y me digo que no, que a mí me molesta muchísimo la flacidez de mis brazos, y sigo entrenando, aunque, en ocasiones, levantando pesas he sentido una contractura en varios músculos.

También me resultan impostados todos los artículos que aparecen en las revistas de moda y belleza en los que aseguran que los sesenta de ahora son los cuarenta de antes y que los setenta son poco más que los cincuenta.

Mienten y lo saben. Podemos mantener pintada la carrocería del coche, pero no engañaremos a nadie intentándolo hacer pasar por

un modelo de esta década.

—Martha…

La voz de Penny me sobresalta tanto como su presencia. No termino de acostumbrarme a su cabeza, dividida en dos partes: la de la derecha la ocupa una mata de pelo color trigueño, la de la izquierda no tiene ni un solo cabello.

—¿Sí?

—Llevo cinco minutos aquí y ni te has enterado —me reprocha sin demasiada acritud para lo que me tiene acostumbrada.

—¿Qué quieres? —pregunto con desgana.

—¿Estabas leyendo?

—Sí… Acabo de terminar de leer un libro de Nora Ephron.

—Ni idea de quién es esa.

—Ya, no creo que la vayas a leer, por lo menos ahora, quizá cuando tengas mi edad.

—¿Y de qué va?

—Pues… No le gusta su cuello.

—¿Y a quién le importa que a esa señora no le guste su cuello? ¡Menuda frivolidad! ¡Con lo que está pasando en el mundo!

Mi nieta se muestra implacable a la hora de exponer sus juicios; no opina, emite veredictos, ya sea sobre el sabor de un helado o una fórmula de Física Cuántica.

Dudo si debo responderle. Si lo hago, podríamos enzarzarnos en un diálogo absurdo sin otra consecuencia que fastidiarnos la una a la otra. Mientras decido qué hacer, gano tiempo preguntándole qué quiere.

—Decirte que esta noche se va a quedar a dormir conmigo Peter.

Por un instante pienso que es muy considerado de su parte al menos informarme de que va a traer un invitado. Ya lo hizo ayer cuando me anunció que su amiga Natalie se quedaría a dormir.

—Le diré a Lucía que le prepare la habitación del fondo.

—¿Es que no me has entendido?

Sí, claro que la he entendido, pero preferiría que las dos hiciéramos como que no la he entendido. Fijo mi mirada en la suya esperando que sea ella quien diga la siguiente palabra.

—Me parece que eres como mi madre, no quieres asumir que soy no binaria.

Estoy a punto de decirle que en realidad es ella la que no sabe lo que es, ni quién es. Es una cuestión de edad. En la adolescencia abres la puerta al futuro que te espera y eso te obliga a decidir sobre ti, lo que quieres, sí, pero también lo que crees que los demás esperan de ti. A su edad, los dieciséis, las opiniones que te importan son las de tu círculo de amigos, ahora ampliado a las redes sociales y a tantos y tantos grupos que han ido aflorando, defendiendo múltiples identidades en las que ya me pierdo. Mi hija dice que prefiero ignorar lo que no me interesa y que el debate sobre las identidades me trae al fresco. Pero es que Felicitas tiene opiniones tan tajantes como las de Penny; se parecen más de lo que les gustaría.

—Dormiremos juntos —asegura Penny y en su voz creo distinguir una nota histérica.

Sé que debería decir algo, pero no se me ocurre qué. En realidad, sí se me ocurre, pero si lo digo, daría lugar a un enfrentamiento doloroso para las dos. Si hay algo que a Penny le gusta es discutir

sobre lo que ella califica de «diversidad», y veo en su mirada que no sabré cómo librarme del envite.

—Empieza a asumir que el mundo ha cambiado y que todos somos diferentes, se acabó la uniformidad, somos como somos y no tenemos por qué avergonzarnos. Hace tiempo que me he dado cuenta de que no llevas los brazos al aire, como si a alguien le fuera a importar que te cuelguen los pellejos. Y no creo que la aversión que sientes por tus brazos tenga nada que ver con los problemas de esa escritora con su cuello —me dice retadora.

Silencio. Penny aguarda mi respuesta y yo opto por mirarla con indiferencia. Sé que eso le molesta.

—¿Estáis aquí?

La voz de Thomas rompe la tensión del momento. Entra en la sala de estar como si fuera la primera vez y estuviera en casa ajena, mirando a derecha e izquierda.

—Sí, abuelo, estamos aquí —responde Penny con un deje de resignación.

Me sorprende que le llame «abuelo». Penny siempre se suele dirigir a nosotros por nuestro nombre. También a Felicitas. Nunca se ha dirigido a ella diciendo «mamá». A mi hija no parece importarle, creo que lo prefiere.

A Thomas también le da lo mismo la manera como Penny se dirija a él. He de reconocer que la relación entre ambos es inmejorable, se nota una complicidad nada impostada.

Creo que a Penny le fascina que su abuelo sea un filósofo, lo mismo que me fascinó a mí cuando le conocí.

Un filósofo prendado de una bailarina de ballet. Yo. Y, ahora, abuelo paciente y cómplice de una nieta insoportable con exceso de

ideas contrapuestas bailando en su cabeza.

—¿Os apetece que salgamos a almorzar fuera? —pregunta Thomas sin dirigirse a ninguna de las dos en concreto.

—¿Y por qué se te ha ocurrido que no comamos en casa? —pregunto con cierta suspicacia.

—Estamos en verano. Casi ni me había dado cuenta hasta hace un momento. Estaba escribiendo un artículo sobre la influencia de Ludwig Wittgenstein en Alf Ross y al levantar la mirada del ordenador me he distraído.

«¿Eso es una explicación?», estoy tentada de preguntarle. Pero seguramente Thomas y Penny me mirarían con asombro pensando que soy idiota si no soy capaz de ver la relación entre escribir un artículo sobre Wittgenstein y Ross, mirar por la ventana y darse cuenta de que ya estamos en verano. Opto por el silencio a la espera de que Penny diga la siguiente palabra.

—Me parece una idea estupenda, abuelo. Peter no vendrá hasta media tarde.

—Entonces, decidido —responde Thomas con una sonrisa que le ocupa la parte inferior del rostro.

Estoy tentada de preguntar adónde vamos a ir a almorzar, pero no lo hago porque sé que a él no se le ha ocurrido y que a ella mi pregunta le parecería hecha para molestar.

Cuando abrimos la puerta que da a la calle, Thomas y Penny intercambian una mirada en la que creo leer que ellos también se están planteando adónde ir.

Pero Thomas sonríe y coge de la mano a Penny como si supiera la respuesta. Yo les sigo, un paso por detrás. En realidad, mi presencia les estorba. Ella lo reconocería sin dudar, pero él es demasiado

caballeroso para hacerlo. De manera que se enzarzan en una conversación de la que no entiendo nada o quizá es que simplemente no me interesa.

Penny le ha consultado a su abuelo si en realidad la teoría del gato de Schrödinger más que física es filosófica. Mi nieta sabe que es la manera más rápida y eficaz de anular mi presencia. Me conoce e intuye que tanto me da lo que le pueda pasar o no pasar al famoso gato de Schrödinger, mientras que a Thomas la pregunta de Penny le parece un prodigio de inteligencia.

Esté vivo o muerto el gato, a mí lo que me preocupa es qué hacer con mis brazos. Me digo que la única opción es buscar una modista, una de esas mujeres que antaño cosían las prendas a medida de sus clientas sabiendo ocultar sus defectos. Pero hoy en día todo es en serie. Las grandes cadenas de ropa venden prendas para jovencitas o mujeres irreales con cuerpos de adolescentes. Y si acudes a un modisto de renombre, una blusa a medida te puede costar el sueldo de todo un año de un funcionario.

Thomas se ha parado en seco delante de una terraza no lejos de nuestra casa.

—¿Te parece bien aquí? —pregunta a Penny.

Ella pone un mohín y está a punto de decir que preferiría ir a otro lugar, pero de repente se le ilumina el rostro mientras sube el tono de voz para decir «sí», como si estuviéramos en la puerta del restaurante más glamuroso del mundo.

Todo lo que ofrece la carta son dosis de colesterol, de manera que aguanto la mirada de suficiencia de mi nieta cuando me escucha pedir una ensalada. Ella ya se ha decidido por una hamburguesa y Thomas, por un plato de pasta.

Estoy por gastarles una broma y preguntarles si no deberíamos pedir algo para el gato. Pero Thomas no comprendería la ironía y Penny me dedicaría una de esas miradas cargadas de odio que seguramente ensaya en el espejo.

Aun así, alrededor de la mesa somos cuatro: Thomas, Penny, el gato y yo.

Cuando se cansan de hablar del gato, Penny vuelve a sorprenderle preguntándole por una supuesta frase dicha por Einstein: «La palabra "Dios" no es para mí más que la expresión y el producto de la debilidad humana».

Pero sin esperar su respuesta, pregunta de nuevo por otra afirmación, al parecer de Stephen Hawking: «Uno no puede probar que Dios no existe. Pero la ciencia hace a Dios innecesario».

Thomas sonríe feliz ante la deriva de la conversación y mira a Penny con admiración. Estoy a punto de interrumpir ese momento de pensamientos tan elevados para pedirle al camarero que se lleve mi ensalada y me la cambie por otra que no lleve mayonesa, pero no lo hago porque sé que Penny me miraría con desprecio y Thomas se quedaría desconcertado.

Así que paseo el tenedor por la ensalada sin decidirme a probarla. La mayonesa me sienta mal.

Creo que me puedo librar de probarla ya que abuelo y nieta están enfrascados en una conversación de la que no van a descender para preocuparse por si me gusta o no la ensalada que flota en mi plato.

—¿Lo habéis pasado bien?

Estoy a punto de responder la verdad, pero sé que daría un disgusto a mi hija, de manera que sonrío mientras hago un gesto de asentimiento.

Felicitas es muy sensible y no soporta que las personas que la rodean no sean permanentemente felices.

Todavía me arrepiento de haber cedido ante Thomas con el nombre de nuestra única hija: Felicitas.

A mí me sigue pareciendo cursi y afectado, pero Thomas insistió en que el nombre marcaría el destino de aquella niña de cara arrugada y enrojecida que yo acababa de parir.

«Felicitas es la diosa romana de la Fortuna, del éxito. Y no dudes de que los nombres imprimen carácter». Esa afirmación me pareció absurda entonces y me lo sigue pareciendo ahora.

La fortuna de nuestra hija no es otra que esa, ser nuestra hija. Thomas, su padre, un reputado profesor de Filosofía que ha impartido sus conocimientos en dos de las mejores universidades del mundo —Oxford, Harvard— y que ahora se dedica a escribir ensayos sobre el «ser o no ser» y a dar conferencias por las que le pagan poco y tarde. Y yo… yo soy lo que queda de una reconocida bailarina de ballet clásico que emocionó a miles de espectadores al compás

de la música de Tchaikovsky. Los críticos escribieron que nadie como yo era capaz de interpretar *La muerte del cisne*, y que mis brazos se movían con la elegancia de sus alas. Si me vieran ahora los brazos…

La fortuna de nuestra hija fue, y es, tener unos padres que le han procurado todo lo que se puede desear: una vida cómoda y una educación elitista. Claro que tampoco le ha servido de mucho, puesto que tomó una decisión errónea: quiso estudiar Periodismo. A mí me disgustó la idea, pero Thomas la apoyó, incluso cuando a lo de estudiar Periodismo siguió que quería especializarse en «moda» y todo aquello que, aseguró, preocupa a las mujeres.

¿Cómo era posible que mi docto marido secundara semejante frivolidad? Pues lo hizo. De manera que padre e hija me dejaron fuera de su relación. Yo fui la madre protestona que cuestionaba cuanto hacía Felicitas. Por su parte, Thomas era el «padre inspirador», como dijo ella.

Incluso la recomendó para su primer trabajo. Cuando Felicitas terminó la carrera, decidió enviar su currículum a todas las revistas femeninas que a ella le gustaban. Thomas la animó, mientras que yo me mostré sarcástica:

—Pero si no tienes currículum. ¿Qué vas a poner? ¿Que estudiaste primaria y secundaria en un colegio de Boston y que luego tu padre te convenció para que te «formaras» en la Universidad de Stanford?

—Pues en eso consiste un currículum —sentenció Thomas.

—¿Y eso le va a abrir las puertas de una redacción? —respondí con sarcasmo.

—Sin duda —afirmó él.

Pero no fueron sus buenas notas en Stanford lo que le consiguió su primer trabajo, sino su padre, que conocía a un joven prometedor

que había asistido a sus clases en Harvard y había aparcado la Filosofía para formar parte del equipo de dirección de una multinacional del entretenimiento en la que su familia tenía acciones.

Felicitas trabajó en una de sus revistas hasta llegar a ser nombrada subdirectora, momento en el que se «colgó» del cuello de su padre para decirle que había tenido una de sus «ideas inspiradoras». A mí aquella expresión me pareció, y me sigue pareciendo, de película de serie B, o sea, pura impostura.

La idea consistía en convertirse en empresaria de su propia revista. Una revista «televisada»; es decir, un canal que se «vería» a través de internet y donde se tratarían todas las cuestiones que, dijo, «nos preocupan a las mujeres». Desde la moda hasta la menopausia, del cuidado de los hijos a los consejos de los especialistas más reputados para adelgazar sin riesgos. Y, por supuesto, entrevistas con personalidades de todos los ámbitos, premios Nobel, empresarios, políticos, aristócratas, jóvenes emprendedores. Todo aquel que tuviera algo que decir podría hacerlo en su canal revista o revista canal, tanto da.

Thomas se mostró entusiasmado con la «idea». Yo me preguntaba en silencio cuánto nos costaría que Felicitas se convirtiera en eso que hoy se denomina *influencer*, porque era evidente que nosotros seríamos quienes pondríamos el dinero para que nuestra hija emprendiera su propio vuelo profesional.

Aquella noche de tantos años atrás, en la soledad de nuestro dormitorio, reproché a Thomas lo mal que había educado a Felicitas.

—Dirás que «hemos educado», aunque no estoy de acuerdo con que la niña esté mal educada —replicó él.

—He dicho lo que quería decir: lo mal que la has educado porque desde que nació no has dejado de llevarme la contraria en lo que se refiere a su educación. Nuestra hija no tiene ningún sentido de la realidad, se cree que el dinero crece en los árboles. Y como bien sabes, no somos ricos. Vivimos bien, pero no somos ricos. En cuanto me jubilé se acabaron los ingresos que nos permitían ciertos caprichos y tú…, bueno, te pagan las conferencias, pero admite que tus libros no son precisamente best sellers.

—¡Vaya, te has vuelto materialista!

—¿Materialista? Yo diría que realista. Además, ¿has pensado en lo que cuesta esa idea de Felicitas? Nuestra hija tiene aires de grandeza porque tú la has hecho creer que basta con querer algo para conseguirlo. Ahora quiere ser propietaria de una revista virtual o un canal, tanto da como lo llame, y que tenga ediciones en varios idiomas además del inglés: español, francés, italiano… O sea, una de esas cosas que se ponen de moda un día y desaparecen al siguiente.

—Como no escuchas a nuestra hija, no la comprendes.

—La comprendo perfectamente, lo mismo que a ti. Vivís fuera de la realidad.

—Si lo piensas, terminarás admitiendo que ha tenido una idea genial.

Thomas cogió el libro que tenía sobre la mesilla, me sonrió y se enfrascó en la lectura. Era su manera de decir que no había más que hablar sobre ese asunto. Yo me pasé el resto de la noche dando vueltas en la cama preguntándome cuánto nos iba a costar esa revista o canal o lo que quiera que fuese.

Tantos años después, he de reconocer que Felicitas ha triunfado con su idea y gana más dinero del que yo he ganado a costa de mis tobillos y de pasar hambre para parecer un cisne sobre el escenario.

He de admitir que Thomas, que tiene el don de la generosidad, nunca me ha echado en cara mi equivocación por la falta de confianza en nuestra hija.

Los dos han demostrado tener más instinto de supervivencia que yo. Supongo que de tanto hacer de «cisne» me alejé de la realidad de los humanos.

Pienso en todo esto mientras intento que mi gesto, convertido en mueca, no trasluzca que me he aburrido durante el almuerzo y que además tengo ganas de vomitar porque, a pesar de mis esfuerzos, no he podido apartar del todo la mayonesa de las hojas de la lechuga.

Cuando regresamos a casa, Felicitas nos estaba esperando. Penny desapareció. Y allí estábamos los tres, Thomas, Felicitas y yo, preguntándome con qué me sorprenderían mi hija y mi marido.

—Tienes una hija encantadora y sobre todo muy inteligente. No me lo pone fácil con sus disquisiciones y sus preguntas —afirma Thomas satisfecho.

—Sí, es tan lista como tú —responde Felicitas mientras da un beso sonoro en la mejilla derecha de su padre.

Vuelvo a tener esa sensación de sentirme una extraña que me acompaña desde que me casé con Thomas y formamos una familia.

Expresión cursi donde las haya.

Thomas tiene una relación inmejorable con Felicitas. Se quieren, lo manifiestan, ríen, se nota en sus miradas y gestos la complicidad que les une. Lo mismo sucede con Penny. Padre e hija y abuelo y nieta forman una simbiosis perfecta. Sé, porque le conozco y llevamos más de cuarenta años de relación ininterrumpida, que mi marido no es partidario de todas estas ideas que planean sobre la sociedad de hoy. En la soledad de nuestro dormitorio le he escuchado decir cuánto le preocupa que se estén trastocando todos los valores y que los jóvenes se vean inmersos en una vorágine que no saben cómo gestionar.

Eso es precisamente lo que le sucede a nuestra nieta, pero él hace como si ella estuviera fuera de esa realidad.

—Madre…

La voz de Felicitas me devuelve a la realidad. Por el tono y el titubeo intuyo que me va a pedir algo que no está segura de conseguir. Mira a su padre y este sonríe mientras sale de «mi» sala de estar, que en realidad se ha convertido en el salón familiar.

Siempre he tenido buen gusto, y lo que llamamos sala de estar no deja de ser un lugar agradable, un pequeño espacio en el que apenas caben un sofá y dos butacones tapizados de color azul eléctrico. Una excentricidad. La chimenea y una librería que trepa por la pared repleta de libros sobre ballet. Al fondo de la estancia, en un rincón, una pequeña mesa de cristal y encima un ordenador portátil de última generación regalo de Felicitas.

La salida precipitada de Thomas es una señal de que está al tanto de lo que me va a decir nuestra hija.

Me siento detrás de la mesa de cristal para poner distancia entre las dos y busco su mirada, que refleja tanta inseguridad como preocupación.

—Te escucho —digo con toda la sequedad de la que soy capaz, que es mucha.

—He tenido una idea genial. A papá se lo parece y también a Penny.

—Entonces dudo de que tu idea sea genial —respondo con acritud.

—¡Martha! No interpretes el papel de madre inaccesible y poco comprensiva. Tú no eres así.

—¿Qué quieres? —respondo aún con más sequedad.

—Pues… lo que se me ha ocurrido es que grabemos para el canal una conversación entre las dos. Una charla entre madre e hija, una madre que ha sido una gloria del ballet, que cuente cómo fueron sus comienzos, cómo logró triunfar… Pero también sus «secretos»: cómo mantenerse delgada, cómo disimular las arrugas, qué tipo de maquillaje es mejor a partir de los sesenta, si crees que hay que tomar hormonas durante la menopausia, cómo saber lo que a una le sienta bien y qué descartar… En fin, una conversación que dividiré por temas y que iremos emitiendo durante semanas. Luego uniremos las piezas y se convertirá en un *reality*. ¡Será un bombazo! Y lo grabaríamos aquí, en tu sala de estar. Las cámaras recorrerían todos los rincones, la mesa con las fotos de papá, y de Penny conmigo, tus cuadros, las figuras de porcelana de bailarinas… Sí, será un exitazo. La mejor bailarina del siglo nos abre las puertas de su corazón.

—No.

—¿No?

Felicitas me mira sorprendida como si creyera haber entendido mal mi respuesta. Pero mi «no» es irrevocable, aunque sé que me costará un disgusto, o varios. Thomas se enfurruñará, Penny me dejará de hablar y mi hija llorará mañana, tarde y noche. Pero no pienso exhibir mi intimidad. Tampoco quiero contar lo que hice en el pasado, lo que hago en el presente, y mucho menos confesar que no me gustan mis brazos y que la edad me ha alcanzado de manera traicionera. Soy pasado, no presente, y mi futuro es tan tenue como escaso.

Mi hija pretende exprimirme para despertar el morbo de toda esa gente que se sienta delante de una pantalla para escudriñar sobre la vida de los otros y luego opinar.

No. No. No. Se lo repetiré. No. Y ya puede llorar hasta llenar un estanque que no voy a volverme atrás.

—Pero… sería un éxito… La gente te adora y sigue queriendo saber todo sobre ti. Has sido la mejor bailarina del siglo.

—No, no lo he sido. Ha habido otras incluso mejores que yo. Y mi vida y mis opiniones forman parte de mi intimidad, de la de esta familia.

—Pero… pero eres un personaje…, te debes a tu público.

—A los setenta años solo me debo a mí misma. Mi público ya no está, ha envejecido conmigo, hace tiempo que, al igual que yo, salieron del teatro.

—No puedes hacerme esto… No es justo…

—¿Qué es lo que no es justo?

—Que no me quieras ayudar, que no comprendas que me apuntaría un tanto mundial, que consolidaría mi magazín, que…

—No.

—Madre.

—No.

—Pero…

—No.

Felicitas se levanta del sofá con lentitud como si le pesara el cuerpo, aunque está delgada como un fideo. Sé que ahora viene la sesión de lágrimas.

Se acerca y me echa los brazos al cuello mientras sus lágrimas se escurren por su rostro hasta llegar a mi blusa.

Escucho cómo se abre la puerta. Ahora toca la segunda parte del drama. Penny está en el umbral observándome con rabia. Detrás de ella alcanzo a intuir la figura de Thomas. Siento una oleada de indignación ante esta escena tan previsible como vulgar.

—Si eres capaz de hacerle esto a tu hija, ¡de qué no serás capaz! —dice Penny gritando.

—No… no te enfades, Penny. La abuela se lo va a pensar —alcanza a decir Felicitas sorbiendo los mocos.

—No. No tengo nada que pensar sobre tu propuesta.

—Martha…

La voz de Thomas carece de fuerza. Me conoce y sabe cuándo digo un «no» definitivo.

—¿Algún día dejarás de pensar solo en ti? Eres… eres… A ti no te gustan tus brazos, pero a los demás no nos gustas tú. ¡No hay nada en ti que pueda gustar! —continúa gritando Penny con todo el desprecio del que es capaz.

Me encojo de hombros intentando demostrar indiferencia. No quiero que vean cuánto me duele esta escena y, sobre todo, su

decepción.

—Martha…, ¿por qué no te das unos días para pensarlo? Felicitas no te está proponiendo nada que pueda perjudicarte. Tú eres una leyenda.

—La única manera de seguir siéndolo es no caer en la vulgaridad —respondo a Thomas esquivando las miradas de Felicitas y Penny.

Durante unos segundos se hace el silencio. Cada uno de nosotros los aprovecha para coger impulso y continuar la discusión.

—Mi madre es una *influencer* y tiene seguidores en todas partes del mundo —afirma Penny.

—Pues por eso no me necesita para nada —respondo mientras miro de reojo que la blusa que llevo no me cubre suficientemente, permitiendo que se adivine la flacidez de mi antebrazo.

—Madre, cada vez hay más *influencers*, gente joven con ideas nuevas… Tengo que «alimentar» el canal o mis seguidores se irán a otra parte.

El tono melifluo de Felicitas es el preludio de una explosión de reproches. Los de siempre: que he sido una madre ausente, que prefería estar ensayando en la barra en vez de llevarla al parque y sentarme a charlar con las madres de sus amigas… En su repertorio también está recordarme sus cumpleaños en soledad mientras yo estaba bailando en algún lugar del mundo. ¡Ah!, y el más recurrente: lo distante que me mostraba con las madres de sus amigas. En eso tiene razón. Me aburrían sus conversaciones. Sus vidas nada tenían que ver con la mía.

Lo dijo. Todo esto y más. También Penny añadió de su cosecha: «Siempre te has creído superior», «miras a todo el mundo por encima del hombro», «te crees que por tener dinero los demás te tienen que rendir pleitesía», «eres una soberbia, estás convencida de que has sido la mejor bailarina del mundo»… La corté como hago siempre cuando se refiere al dinero.

—No se te termina de meter en la cabeza que no somos ricos. No he dejado de repetírtelo. Vivimos bien, pero no nos podemos permitir grandes lujos. Esta casa la heredé de mis padres y, por si no lo recuerdas, mi padre fue maquinista, para que lo entiendas: conductor de trenes, y mi madre, ama de casa. Ninguno de los dos tuvo estudios y jamás salieron de este barrio. Sí, he trabajado mucho para no tener que preocuparme de morir en la indigencia, pero el dinero no nos sobra.

»En cuanto a que me creo haber sido la mejor bailarina del mundo… No, no lo he sido. He estado entre las mejores, pero no he sido la mejor. No resultó fácil que una española se abriera paso hasta conseguir bailar en algunas de las mejores compañías de ballet, y tampoco resultó fácil encontrar la oportunidad para bailar como protagonista. Qué sabéis vosotros del dolor de pies, de los esguinces en los tobillos, del temor a que una caída me impidiera volver a bailar… ¿Sabes cuántas horas dedicaba a ensayar? No hubo ni un solo día que no ensayara, ni un solo día que me permitiera comer un bombón, que pudiera salir a la calle a disfrutar de la primavera, que los pies me dejaran de sangrar… Y lo que tengo, lo que tenemos, es fruto del dolor, del sacrificio, del esfuerzo, y no pienso dilapidarlo por vuestras ideas geniales. De manera que ya podéis desistir de intentar convencerme de que me comporte como

una aspirante a estrella y salga en un canal de *influencers*, aunque esa *influencer* sea mi hija.

Me escucharon en silencio, conscientes de que estaba dando rienda suelta a la rabia que me provocaban sus continuos desafíos.

—A los setenta años siento que me he ganado el derecho a que me dejen tranquila, tanto vosotros, mi familia, como el resto de la humanidad —concluí.

Permanecieron callados durante unos segundos, después todos empezaron a hablar a la vez.

«Martha, no exageres», dijo Thomas. «Madre, no te he propuesto nada denigrante», añadió Felicitas. «Eres una egocéntrica», sentenció Penny.

No es que espere ningún gesto de cariño y mucho menos de comprensión por parte de mi familia, pero me fastidió. Yo procuraba no entrometerme en sus vidas, pero ellos no dudaban en entrometerse en la mía.

Thomas carraspeó, lo hacía cuando se sentía incómodo, y en ese momento estaba superado por el pequeño drama que habíamos protagonizado.

Aún me pregunto por qué se enamoró de mí y por qué me enamoré de él. Somos como el aceite y el agua.

Le conocí una noche de febrero en que debuté en el Covent Garden y el director del ballet me eligió para bailar el solo de *La muerte del cisne*.

No hacía mucho que había logrado formar parte de la London Ballet Company, pero era una más y nada me hacía suponer que míster Stevenson tuviera en mente darme una oportunidad. Pero la suerte se puso de mi parte. Ya que además de la neumonía de la

primera bailarina, su sustituta se había casado aquel día. Si alguien se sabía cada paso de *El lago de los cisnes* era yo y, sobre todo, *La muerte del cisne*, la breve pieza de Saint-Saëns que Mijail Fokine coreografió para Anna Pavlova era mi parte favorita, que ensayaba hasta en la soledad del estudio. Sí, era una bailarina destacada, pero nada hacía suponer que me pudiera convertir en una primera bailarina.

Aquella noche triunfé y además conocí a Thomas. En aquel entonces él daba clases de Filosofía como profesor invitado en Oxford y un matrimonio amigo le había invitado a pasar el fin de semana en Londres, lo que incluía asistir al ballet.

Era la primera vez que Thomas iba al ballet. Según me confesó al cabo de los años, nunca le había interesado el espectáculo de ver deslizarse a unas cuantas sílfides por un escenario con la intención de que el público las imaginara como cisnes.

Cuando se declaró, me dijo algo que nunca he olvidado: «Tus brazos son como las alas de los cisnes». Una afirmación que me conmovió. ¿Cómo no iba a enamorarme de ese profesor de Filosofía que era capaz de verme como un cisne?

Ni él mismo ha logrado explicarse de dónde sacó el valor para, al terminar la función, llegar hasta los camerinos buscándome. Desde aquella noche no nos hemos vuelto a separar. Cuando terminó su estadía en Oxford me pidió que me casara con él. Debía regresar a Harvard, donde tenía su plaza fija como profesor. Fue sincero: su sueldo era suficiente para vivir cómodamente, pero sin lujos. Además, tenía alquilada una casa en Boston que, dijo, estaba convencido de que me gustaría e incluso había un pequeño jardín. También se ofreció a hablar con un amigo profesor de Arte, que

estaba seguro de que conocería a alguien que tuviera alguna relación con el ballet. Podría continuar allí mi carrera.

No me lo pensé demasiado. Me había enamorado de aquel profesor de Filosofía que me hablaba de cosas que me resultaban tan emocionantes como extrañas: empirismo, racionalismo, escolástica, existencialismo…

Confucio, Sócrates, Platón, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Hume, Nietzsche, Karl Marx, Sartre… se convirtieron en personajes cotidianos de mi vida. Pasé los primeros años de matrimonio leyéndolos a todos por el deseo de estar a la altura de mi docto e inteligente marido; tan docto e inteligente como todos aquellos otros profesores que visitaban nuestra casa y cuyas conversaciones se me antojaban galimatías imposibles de comprender.

Thomas refinó mi pensamiento, me guio por los entresijos de la Filosofía y me enseñó a leer. No a leer en sentido mecánico, eso ya sabía, sino que me indicó los cien libros cuya lectura consideraba imprescindible.

No, no soy una mujer especialmente culta, pero lo parezco, y eso se lo debo a Thomas. Ha sido él quien ha modelado mi intelecto enseñándome a discernir la calidad de lo superfluo. Y no me ha resultado fácil poder desenvolverme entre sus «pares» como si de verdad entendiera lo que decían. He pasado toda una vida intentando no perderme en los vericuetos de las mentes enrevesadas de los filósofos como mi marido.

En cuanto a esa elegancia «natural» con la que me han halagado los cronistas de sociedad, se debe al ballet. A la disciplina cuasi inhumana que exige el ballet y que me inculcó sin paliativos

mademoiselle Irina, una profesora que decía ser rusa. La conocí en una escuela de baile en París y la volví a encontrar en Estados Unidos, donde de cuando en cuando daba alguna clase extraordinaria a los bailarines del Ballet de Boston. Mademoiselle Irina parecía haberse escapado de algunos de esos carteles de los Ballets Rusos de Diáguilev. Dudo que ella fuera rusa y que su verdadero nombre fuera Irina, el acento francés la traicionaba, pero fue una profesora dura e implacable capaz de sacar una chispa de talento de cualquiera de nosotras, aspirantes a convertirnos en primera figura del ballet.

Fue ella quien me enseñó a mantener la postura erguida, andar mirando al frente, mostrar un gesto impasible, renunciar a comer un bocadillo, mordisquear un bombón o no caer en la tentación delante de una tarta Sacher en la mismísima Viena. La elegancia, decía, consiste en contener el gesto, en andar como si no pisaras el suelo, en saber elegir el vestido, jersey, zapatos o abrigo que realcen tus cualidades, pero sin que estas prendas se conviertan en las protagonistas. Todo debe de ser sutil y sencillo. «Y sobre todo no engordéis. La delgadez ayuda a parecer elegante». Quizá el consejo más difícil de seguir fue el de saber elegir el momento de la retirada: «El éxito va acompañado de halagos, y los halagos emborrachan. Retirarse un poco antes de lo que es conveniente es la mejor manera de no convertiros en una caricatura de lo que fuisteis».

He seguido sus consejos como si me los hubiera tallado en el cerebro y no pienso compartirlos en una charla con mi hija *influencer* en un canal donde se asoman miles de personas por las que seguramente no lograría sentir el menor interés ni tampoco comprendería que lo tuvieran por mí.

Pero de todo esto no voy a hablarles ni a mi hija ni a mi nieta. No lo entenderían. Tampoco creo que les importe. En cuanto a Thomas…, él sí sabe por qué me niego a participar en ese *happening* ideado por Felicitas. Pero le puede el amor incondicional que siente tanto por su hija como por su nieta, aunque eso suponga que yo haga el ridículo.

—Madre, por favor, piénsatelo… —La voz de Felicitas me sobresaltó. Me devolvió a la realidad, al momento presente. A mi hija le preocupaba algo más que mi negativa a participar en su canal de internet.

—Dejémoslo estar —respondí.

—Eres una vieja malvada, tu mayor satisfacción es doblegarnos para que hagamos lo que tú quieres.

—¡Penny! Pide disculpas a tu abuela. —La voz de Thomas había adquirido un tinte de enfado.

—No, no pienso pedirle disculpas, ¿por qué? ¿Es que te parece bien que fastidie a mamá? A Martha no le importa nada que no sea ella, tiene miedo de que se la conozca de verdad y quede en evidencia ese personaje falso que se ha construido. Por eso se niega a hacer la entrevista. Ni siquiera ella, que es tan cínica, sería capaz de engañar a la cámara, sus palabras irían por un lado, pero su rostro la delataría —sentenció Penny.

—Lo que has dicho es imperdonable. No quiero hablar contigo hasta que no te disculpes con tu abuela. —Thomas se levantó y salió del salón. Estaba deseando escapar de nosotras. Sé que se va a refugiar en lo que él llama su despacho biblioteca. Es el espacio más holgado de la casa y se lo cedí con gusto, claro que antes tuvimos que reformarla. Mi casa. Nuestra casa.

Cuando de niña vivía ahí, el barrio no estaba entre los mejores de Madrid. Junto a la plaza de Castilla, aquella zona parecía que quedaba al margen de la ciudad. En realidad, la casa había pertenecido a mis abuelos maternos: él, empleado de banca, haciendo horas extras para completar el sueldo; ella, ama de casa. Cuando mis padres se casaron, vivieron en aquella casa; por aquel entonces ya se había muerto mi abuelo y mi abuela estaba delicada de salud, lo que fue un argumento definitivo para que mi madre convenciera a mi padre de que su obligación era permanecer allí. Además, contaban con la ventaja de que no tendrían que pagar alquiler y algún día la casa sería de ellos. Mi padre, ferroviario y tan duro como los raíles de hierro, aceptó a regañadientes.

Esta casa es lo único que siento que de verdad me pertenece. Fue un alivio que Thomas se enamorara de ella y que, cuando mi madre murió, no dudara en que fuera nuestra casa en España. En realidad, en Boston vivíamos de alquiler, de manera que esta es nuestra única propiedad. Aunque para Thomas «su» casa siempre será la de Boston, que reconozco es bonita, de estilo victoriano, con dos plantas. No es que tenga muchos metros, pero para los dos tenemos espacio de sobra. Un salón, una cocina comedor, nuestro dormitorio y dos más, aunque minúsculos. Cuando Felicitas nació, Thomas tuvo que renunciar a parte de su biblioteca. Sus libros los tenía repartidos en las otras dos estancias y tuvo que acomodarlos en una sola para ampliar uno de los dormitorios y que nuestra hija dispusiera de una habitación como es debido. El otro cuarto, el más pequeño, es el que ocupa Penny cuando decide ir, lo que no sucede a menudo.

Vivir entre ambas ciudades se ha convertido en parte de nuestra cotidianidad. La mitad del año en Boston, la otra en Madrid, en la

casa en que nací y crecí.

La hemos arreglado con gusto. Contratamos a un arquitecto al que solo le di una indicación: que la remodelara con espacio para todos. Un despacho con estantes para Thomas y sus libros, una habitación amplia para Felicitas, otras dos habitaciones por si teníamos más hijos, lo que a Dios gracias no ha sucedido. No quiero ni pensar lo que habría sido tener otra hija como Felicitas o un hijo al que la moda le hubiera llevado a la droga.

De manera que la casa es más que suficiente para todos, tiene dos plantas y recibe luz por los grandes ventanales que la bordean. El espacio está bien aprovechado, sobre todo después de haber tirado unas cuantas paredes. Incluso tenía un pequeño pero encantador jardín donde mi padre había construido un invernadero para mi madre. Lo hemos mantenido por respeto a su recuerdo, aunque ninguno tenemos afición por la jardinería. El arquitecto lo convirtió en lo que pretenciosamente denominó «jardín de invierno». Yo lo visito poco, pero sé que Felicitas graba algunos de sus programas allí.

La casa también tiene una planta semisótano. Ahí están el «cuarto de juegos» de Penny, la cocina, la sala de lavado y plancha y una habitación grande y bien ventilada en la que viven Lucía y su gata Mishia. Thomas se empeñó en que Lucía tuviera su propia sala de estar, lo que obligó a reducir la sala de plancha.

Lucía es hondureña, llegó sin permiso de trabajo y sobrevivió con empleos precarios. La conocimos a través de la parroquia, donde mi madre iba cada domingo a oír misa. El párroco se la recomendó diciendo que Lucía era una mujer de bien. Lo es. Lleva la casa con diligencia y todos la obedecemos sin rechistar, incluida mi díscola

nieta, que tuvo hasta hace poco su cuarto de juegos en el semisótano. Su casa de muñecas, la pequeña estantería repleta de libros de cuentos, dos sillas y una mesa de estudio, todo eso desapareció cuando cumplió los catorce años. Una mañana Penny empezó a sacar cuanto tenía de su «leonera» apilándolo en el jardín, inmune a mis protestas y a las de Lucía. No se conformó con destruir su cuarto de juegos, sino que quitó del armario todos sus vestidos y los amontonó dispuesta a quemarlos, fuego al que quería añadir sus coleteros de colores, calcetines, ropa interior, manoletinas y zapatillas de deporte que consideraba que eran de «niña».

Al menos Lucía tomó una decisión acertada: le pidió al párroco que enviara a alguien para que se llevara todos esos muebles y los cajones de juguetes, además de la ropa, e incluso se enfrentó a Penny diciéndole: «Eres una caprichosa que no valoras lo que tienes». Frase que seguramente han escuchado muchos niños en su infancia.

A Lucía le dolía ver el desprecio que mostraba Penny por todas aquellas cosas de las que tantos niños carecen.

En aquel momento, Thomas y yo estábamos en Boston, pero Felicitas nos telefoneó llorando para contarnos lo sucedido.

«Está dejando de ser una niña», fue la conclusión de Thomas. La mía fue menos benevolente porque le respondí que teníamos una nieta caprichosa y maleducada incapaz de valorar lo mucho que tenía.

Mi marido asegura que no me cae bien nuestra nieta. Puede que tenga razón, no veo ningún interés en esta adolescente resabiada que quiere poner el mundo del revés y que carece de cualquier encanto: no es nada agraciada, a lo que se une que se viste como

un adefesio y que lleva el cuerpo lleno de tatuajes que se hizo sin nuestro permiso, y distintos imperdibles por la cara; en cuanto al pelo… pelo… no sé si lo peor es el pelo…

Cuando regresamos a España encontré que el que había sido su cuarto de juegos lo había transformado en un antro inhóspito. Luces de colores en el techo y colchonetas en el suelo. Unas tablas que recogió de un contenedor convertidas en un improvisado mueble donde había colocado una cadena de música que, según dijo, ya estaba obsoleta porque ahora la música se escucha con el móvil, pero que no la tiraba porque era un regalo de Thomas. Su abuelo se sintió halagado por lo que consideró una muestra de lealtad y cariño por parte de su nieta.

No me resistí a preguntar por qué ese afán destructor y su respuesta me provocó primero risa y después pena:

—Me habéis cosificado. Desde la cuna habéis estado empeñados en que era una niña sin darme oportunidad de decidir por mí misma qué quiero o qué no quiero ser. Odio el color rosa. ¿Sabes cuántos vestidos de ese color me has comprado a lo largo de mi vida? También odio los colores pastel, y las faldas, y los calcetines de perlé, las camisetas con dibujos de personajes de las películas de Walt Disney, y las manoletinas, o esas sandalias que tienen una tortuga como adorno.

»Todo, todo lo que tengo me cosifica, me oprime. Se acabó. No voy a dejar que me impongáis qué tengo que ser. Seré lo que quiera en cada momento.

—¿Cosificada? ¿Dónde has aprendido esa palabra? —le pregunté enfadada.

—No hace falta aprenderla. Mira a tu alrededor, a ti, a mi madre… Todas las que creéis que sois mujeres lo creéis porque os han cosificado desde pequeñas, no os han permitido pensar por vosotras mismas.

»¿Por qué lleváis faldas, vestidos y os preocupa tanto vuestro físico? Os han lavado el cerebro y habéis "comprado" que tenéis que gustar a los hombres, estar a su disposición, dejar que hagan con vosotras lo que les venga en gana. A los chicos tampoco les ha ido mejor. Que si tienen que ser unos machos, dar patadas al balón, no llorar, conquistar a las chicas… Pero eso se ha acabado. Mi generación lo ha acabado. Ahora somos lo que queremos y quienes queremos ser, y la manera de hacerlo es no dejarnos cosificar. La gente como tú habéis dividido el mundo en dos: hombres y mujeres, impidiendo que cada cual sea lo que quiere ser, o no ser nada o ser todo a la vez.

»¿Estás segura de que eres una mujer o simplemente lo eres porque te han dicho que lo eres?

Respiré hondo después del discursito de mi nieta y decidí intentar comprenderla. Me dije que solo era una adolescente confundida y que lo que necesitaba era que alguien le ayudara a aclarar las ideas. Pero su respuesta me puso los nervios de punta:

—No estoy enferma, no necesito que me comprendas, eres tú la que tienes que ir a un psicólogo o a un psiquiatra para que te explique que el género es múltiple: binario, no binario, cisgénero, bigénero, agénero, heterosexual, homosexual, bisexual, asexual, intergénero, pangénero, trigénero, transgénero.

»A saber lo que eres tú… Seguramente has decidido creerte que eres una mujer porque te da miedo ser otra cosa.

—¿Y exactamente tú qué eres de todo eso que has dicho?

—Por ahora soy no binaria, prefiero el género fluido.

—O sea, bisexual.

—No te enteras, abuela.

—La que no se entera eres tú. Te has dejado meter en la cabeza ideas de una minoría que quiere imponer su manera de ser y sentir a una mayoría, y para eso os hacen sentir mal a los adolescentes y os confunden con ideas atrabiliarias que si no aceptáis sin rechistar os hacen creer que estáis fuera de juego. Os manipulan y abusan de vuestra… de vuestra bisoñez. —Estuve a punto de decir «estupidez», pero me contuve a tiempo.

—No lo entiendes porque tú estás cosificada —insistió Penny.

—No, yo no estoy cosificada. Son otros los que os cosifican y os dicen que podéis ser esto o lo otro. Es fácil manipularos en la adolescencia, que es una etapa de confusión, de cambios en el cuerpo, de un baile de hormonas, de estar construyendo tu identidad.

»La adolescencia es una etapa en la que se sufre, y como los niños y los adolescentes tenéis una buena dosis de crueldad, yo también la tuve, a veces la tomáis contra alguien de vuestra clase y le hacéis la vida imposible, y la única manera que tienen esos pobres de reivindicarse es decir que en realidad no se sienten bien dentro de su cuerpo porque son alguna de esas cosas que me has enumerado. No diré que haya algún caso en que sea así, pero ahora resulta que ser una mujer o un hombre es lo raro.

—¡Raro! ¿Crees que no sentirse al cien por cien hombre o mujer es ser raro? ¡Eres un peligro para la humanidad! No sientes el más mínimo respeto por los sentimientos ajenos.

—Lo que creo es que unas minorías bien organizadas están trastocando la realidad y llevando al desastre a muchos adolescentes que son capaces de mutilar sus cuerpos porque les dicen que sus problemas tienen que ver con que en realidad no son niñas o niños.

—¡Eres un monstruo! A las personas como tú deberían encerrarlas —gritó Penny.

—No, no soy ningún monstruo. Sé que hay personas que lo pasan mal porque no se sienten bien dentro de su cuerpo, pero lo que no creo es que sean millones. Es toda una «filosofía» lo que hay detrás de todas estas sandeces sobre el género. Yo lo tengo claro: lo que nos determina es el sexo biológico.

—¡Reaccionaria! Eso es lo que eres, incapaz de ver más allá de tus narices. Pues fastídiate: yo, tu única nieta, soy no binaria. ¿Qué piensas hacer? A lo mejor te gustaría que me encerraran por no ser lo que tú crees que es ser «normal».

Nos quedamos en silencio mirándonos la una a la otra con el cansancio de haber librado una batalla inútil que no habíamos ganado ninguna de las dos. ¿Era la edad lo que nos separaba? Yo veía a Penny como una niña manipulada, imbuida de ideas que podían llevarla al desastre.

—¿Sabes?, eres solo una puta vieja cosificada. Este no es tu siglo, deberías morirte y dejarnos en paz.

Respiré hondo. Estuve tentada de darle una bofetada, pero me contuve a tiempo. Penny salió del salón con un portazo. Pensé en que si yo le hubiese dicho todo eso a mi padre, me habría dado no una bofetada, sino dos. Mi padre no dejaba de recordarnos todo lo que trabajaba para que mi hermano y yo tuviéramos un plato de comida y el privilegio de ir al colegio.

Por cierto, ¿aún no he mencionado a mi hermano? Alberto es diez años menor que yo y mi padre decidió que su educación era cosa suya, ya que mi madre me había llenado la cabeza de pájaros apuntándome a las rudimentarias clases de ballet que daban en el colegio. De manera que, según decidió mi padre, el destino de mi hermano era ser un hombre de bien.

Eso implicaba estudiar algo que le garantizara el futuro; por ejemplo, ingeniero. Para mi padre, ser ingeniero era lo máximo que se podía ser en la vida. Eso sí, se habría conformado con que Alberto estudiara una formación profesional: electricista, contable, fontanero, dependiente… Mi padre decía que, aunque no ganaría mucho, tendría el pan asegurado. Pero Alberto no era capaz ni de coger un libro ni de dedicarse a nada que le implicara tener un horario. Optó por el deporte, estudió no sé qué relacionado con dar clases de Educación física, además de empeñarse en convertirse en un profesional del fútbol. Pero resultó un mediocre jugador; lo más que llegó fue a jugar en un equipo de Segunda División, y ahora es un mediocre entrenador de un equipo de Tercera. Pero es feliz. ¿Y yo? ¿Soy feliz?

Debería serlo. Me he ido construyendo a mí misma. Durante años moldeé mi cuerpo, pero también mi temperamento, a través del dolor. Porque el ballet va acompañado de dolor. El dolor físico y también el miedo de no llegar a ser una bailarina que sobresalga del montón. Quedarte a medio camino siendo un «cisne» más.

Me asalta a la memoria la imagen de doña Eloísa, mi primera profesora, con la vara en la mano y su voz bien timbrada: «Niñas,

ahora *plié*…, *Battement Tendu*, *Battement Fondu*…». Pero lo realmente duro era apoyar todo el cuerpo sobre las puntas de los pies envueltas en algodón para que la sangre no tiñera las zapatillas.

Doña Eloísa hizo una selección entre las niñas que aspirábamos a recibir clases de ballet. «Vuestras madres quieren que aprendáis ballet porque creen que os hará más gráciles y elegantes. Pero yo no estoy aquí para eso, sino para descubrir quiénes entre vosotras tiene algo de talento. Para aprender ballet es necesario desarrollar la coordinación, y desde luego necesitáis flexibilidad y fuerza. Pero la fuerza no es solo física, es sobre todo mental. La que no esté dispuesta a sufrir, que busque otra actividad. Solo se es bailarina sufriendo. Y tened claro que no quiero en mi clase a nadie que no tenga cualidades y sentido del sacrificio».

De las veinte niñas que comenzamos a aprender ballet con doña Eloísa, solo cinco logramos ganarnos la vida con las puntas de los dedos de los pies, y yo, debo reconocerlo, he sido la más afortunada de todas ellas. Mi madre ahorró peseta a peseta para que pudiera irme a París a recibir clases de ballet. Mi padre se opuso, pero mi madre terminó ganando esa batalla, aunque casi le cuesta el matrimonio. Durante años mi padre dejó de hablarme. Solo cuando en una ocasión fueron a verme bailar al Teatro Real de Madrid, fue capaz de decirme: «Pues parece que lo haces bien».

Mientras todos estos recuerdos me asaltan, me levanto las mangas de la blusa para encontrarme una vez más con que no ha sucedido ningún milagro y mis brazos siguen pareciendo alas de murciélago.

He llamado a mi cuñada Irene. Confío en ella. Es una mujer siempre dispuesta a ayudar y además es enfermera, pero ha

terminado ganándose la vida en un centro de belleza de esos que te cobran por saludarte nada más entrar.

Le he explicado el problema. No me gustan mis brazos. Si antaño los críticos decían que mis brazos eran gráciles y elegantes como las alas de los cisnes, hoy dirían con crueldad que son como alas de murciélago.

Irene me ha arreglado una cita con la dueña del centro donde trabaja, que me asegura que es de fiar porque no es una esteticista, sino que es dermatóloga y «hace milagros».

Sí, necesito que haga un milagro con mis brazos, pero no estoy segura de que eso sea labor de una dermatóloga. Claro que, como dice Irene, el que su jefa haya estudiado Medicina es una ventaja.

Mi cuñada me ha jurado que no le comentará a mi hermano mi preocupación por mis brazos y el empeño en que me los arreglen. Tampoco yo le he dicho nada a Felicitas. Por supuesto, comentárselo a Penny habría sido una estupidez. Sobre todo después de la discusión que acabamos de tener. Pero se lo he dejado caer a Thomas.

De manera que salgo de casa procurando que no me vean, aunque no puedo evitar el escrutinio de Lucía, que está colocando un estor que se había desprendido de una ventana.

—¿Vas a salir?

—Sí, pero…

—Pero no debo decirle a nadie que has salido, juraré que no te he visto y que ignoro dónde estás.

—Eso, gracias.

El centro de belleza está situado en uno de esos barrios modernos del extrarradio donde todo parece recién estrenado: las calles, las farolas, los jardines bien cuidados…

Es un chalet de tres plantas de aspecto elegante por fuera y mucho más por dentro. Una placa dorada y discreta situada junto al timbre de la puerta anuncia que estoy en la Clínica Alvarado. Me recibe una mujer de edad indeterminada, vestida con una blusa blanca impoluta y una falda estrecha azul marino. Lleva tacones, ni muy altos ni muy bajos, lo suficiente para dar la sensación de que sus piernas son más largas de lo que realmente las tiene. Su acento es de algún lugar de América, pero no soy capaz de distinguir de dónde.

—Doña Martha, es un placer tenerla aquí. La doctora Alvarado la está esperando y creo que doña Irene, nuestra subdirectora, la acompañará.

Primera sorpresa: Irene es subdirectora de este centro de apariencia tan sofisticada.

La recepcionista se dirige hacia el fondo del hall donde descubro un ascensor que parece fundido con la pared. Subimos hasta el tercer piso y allí me espera mi cuñada con una sonrisa de satisfacción.

El despacho de la doctora Alvarado está decorado en un tono beige cálido. Una mesa de trabajo de cristal, un ordenador de última generación en una mesita auxiliar también de cristal. Dos sofás, uno frente a otro, además de dos butacas, todos ellos de color crudo. Un mueble junto a la pared cuya función parece decorativa y no que sea de alguna utilidad, e incluso una estantería donde asoman libros de belleza.

Irene nos presenta:

—Doña Ana María, esta es mi cuñada Martha…

—Soy una fan suya. La vi bailar hace unos años *El lago de los cisnes* en el David H. Koch de Nueva York. Fue una función inolvidable. Usted estaba invitada como bailarina principal. Solo diez funciones, no imagina lo que nos costó conseguir las entradas.

—Gracias.

No sé qué más puedo decir. Me fastidia que me reconozcan. La gente se siente obligada a decir algo amable, pero yo preferiría que me trataran como si no supieran quién soy.

Doña Ana María se da cuenta de mi incomodidad y me invita a sentarme en uno de los sillones mientras mira a Irene y, sonriendo, dice:

—Nuestra querida Irene ya me ha adelantado lo que le preocupa.

Por su acento pienso que doña Ana María es venezolana. Una mujer sin duda atractiva con melena negra perfectamente peinada, piel canela y un tipazo de modelo. Le calculo que mide por lo menos uno setenta. Y elegante, sí, a la manera de las mujeres ricas de América Latina. Lleva un traje de Carolina Herrera, zapatos de Jimmy Choo, un Cartier en la muñeca derecha y unos brillantes diminutos en el lóbulo de las orejas. Todo evidente pero refinado. En cuanto a la edad, creo que ha sobrepasado los cincuenta, aunque parezca que tiene cuarenta.

Me empiezo a arrepentir de haber pedido ayuda a mi cuñada y estar allí.

—Irene me ha comentado su problema, pero le aseguro que dejará de serlo. Aquí disponemos del aparataje más moderno que se pueda encontrar en el mercado. Eso sí, no voy a engañarla, los

resultados se obtienen con paciencia, los tratamientos requieren tiempo.

Asiento con la cabeza y de reojo observo que mi cuñada se siente satisfecha de que la tal doña Ana María esté dándonos toda una lección de *savoir faire*.

—Como le habrá dicho Irene, nuestros tratamientos están dirigidos por médicos y enfermeras. La salud y la belleza van unidas de la mano y tenemos como prioridad cuidar de nuestras pacientes.

»Aquí realizamos pequeñas cirugías: blefaroplastias, otoplastias, *lipofilling*… También llevamos a cabo remodelaciones corporales como la ginecomastia o eliminamos manchas y lesiones cutáneas que no sean cancerígenas. Las cirugías importantes nuestros especialistas las llevan a cabo en un hospital privado donde la discreción está garantizada.

—Muy interesante —digo por decir algo.

Por ahora no estoy interesada en nada de lo que me cuenta. A mí lo que me preocupan son mis brazos y pienso que me quiere «vender» tratamientos que no tengo intención de hacerme.

Parece que me está leyendo lo que pienso, porque de repente deja de sonreír y fija su mirada en mis brazos, que llevo debidamente tapados a pesar de que estamos en el mes de julio.

—En cuanto a la flacidez de los brazos…, no quiero engañarla, podemos mejorar su aspecto con algunos de nuestros tratamientos, una buena dieta y ejercicios específicos para fortalecerlos. Además, utilizamos radiofrecuencia subdérmica, liposucción, drenaje linfático y también somos pioneros en tratamientos con hilos tensores. Son hilos invisibles y su efecto dura un año, dos como mucho; eso sí, son invisibles y no requieren pasar por el quirófano. Pero si lo que quiere

es recuperar sus brazos de cisne, también podría someterse a un *lifting* que llevaríamos a cabo en un hospital.

—¿Un *lifting*? ¿Y en qué consistiría?

—Pruebas de anestesia, ingresar en el hospital… No es una cirugía especialmente dolorosa, pero… tiene que asumir que le quedará una cicatriz en la cara interna posterior. Además, antes de ver los resultados de la cirugía pasará unos días con dolor, moratones, quizá pérdida de sensibilidad y deberá llevar vendas de compresión. Dependiendo del paciente, se tarda un mes en recuperar la normalidad. Puede ser menos o puede ser más. Como verá, estoy siendo sincera con usted. Y ahora, si me permite…, ¿puedo ver sus brazos?

Dudo. No sé si levantarme, darle las gracias y salir corriendo o someterme a algunos de esos tratamientos que me acaba de relatar. Me digo a mí misma que soy idiota, que a los setenta es imposible recuperar la tersura de los brazos y que debería empezar a asumir mi edad.

Doña Ana María me observa sin mover un músculo. Claro que seguramente tiene la cara paralizada por el bótox y por eso no se le mueve ni una ceja. Pero he de reconocer que resulta atractiva y que ha logrado disimular su edad. Al entrar en aquel despacho le calculé cincuenta, pero bien mirada puede que esté rozando los sesenta o incluso los haya sobrepasado. Pensar así es una maldad por mi parte, pero es que me fastidia su tono de suficiencia.

Irene, que ha permanecido callada, sonríe e irrumpe en la conversación:

—Ana María te ha dado todas las opciones y yo te aconsejaría que antes de someterte a cirugía, tiempo habrá, pruebes con los hilos

tensores. Los resultados que estamos obteniendo son realmente fantásticos.

—Su cuñada la conoce… y sabe cómo son sus brazos, de manera que su opinión es importante, pero insisto: si usted me permite echarles un vistazo, entonces le podré aconsejar lo que creo que puede ser la mejor solución para usted.

Me quedo inmóvil. De repente no quiero enseñar mis brazos a esa desconocida. Los llevo tapados con una blusa color coral de seda natural. Tendría que desabrocharme la blusa, quitármela, con lo cual haría que, además de mis brazos, viera mucho más. El escote, la clavícula, los hombros, la espalda…

—Con que se suba las mangas de la camisa creo que me podré hacer una idea… —El tono de la señora era impositivo.

Me las subí, pero ella torció el gesto diciendo:

—Me temo que no es suficiente. Es mejor que la examine en mi consulta. Irene…

Su consulta estaba junto a su despacho. En realidad, una puerta que no había visto era la entrada a un espacio blanco inmaculado, donde estaba dispuesta una camilla, y algunos utensilios cuya utilidad desconozco.

Mi cuñada me dio una bata indicándome que me cambiara para que la directora me pudiera examinar.

Dos minutos después yo estaba sentada en la camilla y ella subiendo y bajando mis brazos, indicándome que los moviera de un lado a otro y dando un paso atrás para «verlos» mejor.

Cuando regresamos a su despacho parecía satisfecha.

—Bueno, no están tan mal como pensaba, sobre todo dada su edad. Los he visto mucho peor en mujeres más jóvenes. Coincido

con Irene, los hilos tensores pueden ser una buena solución; eso sí, en el futuro necesitará usted hacer determinados ejercicios y seguir una dieta que elaboraremos específicamente para usted.

»Si quiere, puedo asignarle la fisioterapeuta que dirija sus ejercicios. Deberá venir aquí todos los días, sé por experiencia que en casa no se hacen las cosas como se deben hacer. Y aquí estará dirigida por una profesional.

»Nos sentiremos muy honrados de tenerla como paciente. Además, le garantizamos discreción absoluta. A nuestro centro vienen mujeres muy relevantes y lo hacen porque saben que aquí encuentran eficacia y discreción. Sus defectos y secretos de belleza están a salvo con nosotras. He de decirle que se conserva usted muy bien. Tiene un esqueleto prodigioso y ni un gramo de grasa. Sigue pareciendo un ser etéreo.

Media hora después, mientras salía de la Clínica Alvarado no tenía muy claro si me había dejado engatusar por una vendedora de humo o si realmente iba a conseguir que me devolvieran mis brazos de cisne.

Irene me despidió guiñándome un ojo mientras susurraba: «Nos vemos luego».

Me metí en el coche con una percepción distinta sobre mi cuñada. Aunque siempre la había tenido por una mujer inteligente y capaz, ignoraba que fuera la subdirectora de la Clínica Alvarado y sobre todo que ese lugar era tan ¿chic?, no sé cuál es la palabra, acaso «pretencioso».

Me preguntaba cómo era posible que Irene estuviera casada con mi hermano. Mi cuñada de repente me había parecido una mujer de mundo, sofisticada, capaz de convencer a las viejas como yo de que

se puede recuperar una apariencia de juventud. También había percibido la complicidad sutil entre Irene y su jefa. Parecían capaces de entenderse a través de la mirada, sin necesidad de palabras.

Ya en casa, en la soledad de mi habitación, me quité la blusa y me examiné yo misma los brazos. No, no podrían devolverme los brazos de cuando tenía diez, quince, veinte, treinta años menos. Eso era imposible, pero sería un éxito si al menos lograban mitigar la carne flácida que envolvía mis huesos.

La directora se había referido con envidia a mi delgadez, a mi esqueleto prodigioso. La delgadez no ha sido solo mérito de mi ADN, también la he moldeado con renuncias. Ni helados, ni bombones, ni bocadillos, ni alcohol… Parecer «etérea» no era fácil. Sobre todo a partir de una edad. Es en ese momento cuando las hormonas deciden volver a descontrolarse como en la adolescencia y empiezas a engordar con solo una manzana.

En cuántas ocasiones he escuchado halagos de mujeres destacando mi figura delgada que creen que es exclusivo fruto de la naturaleza. Pero cuando cumples los cincuenta y te asalta la menopausia, no hay manera de mantener a raya las hormonas que te abandonan haciendo que la grasa vaya ocupando su lugar.

Es raro ver a mujeres con cincuenta, sesenta o setenta tan delgadas como fideos. Si lo están es por su fuerza de voluntad, su lucha por evitar todo aquello que les pueda apetecer comer y beber. Un día es un día, pero los excesos de ese día se hacinan como tejido adiposo. A partir de los cincuenta mienten las que dicen que comen de todo y no engordan.

La delgadez te vuelve a visitar cuando ya eres irreversiblemente vieja y estás más cerca de la muerte que de la vida. Y para entonces tanto da.

Pero yo aún siento que late la vida en mis venas y no quiero parecer una caricatura de lo que fui. En alguna ocasión me he encontrado por casualidad con otras bailarinas; algunas lograron ser figuras del ballet, ser la primera bailarina de tal o cual compañía; pero ahora la gracia de sus movimientos se ha tornado en pesadez en los andares, ya sea por las varices o la grasa que también ha reptado hasta los miembros inferiores.

Algunas de estas mujeres que antaño tuvieron distinción y belleza ahora llevan en la mirada un deje de vergüenza por no haber sido capaces de mantener aunque solo fuera algunos vestigios de lo que fueron.

Recuerdo especialmente a una, no diré el nombre para no avergonzarla. Yo comenzaba mi carrera cuando ella ya era la primera bailarina del ballet de una ciudad importante de Estados Unidos. Rubia, delicada en sus gestos, y con una delgadez que incluso parecía extrema. Hace un par de años nos cruzamos en el aeropuerto de Nueva York. Me costó reconocerla. ¿Cuántos kilos había engordado? Calculé que por lo menos debía de pesar sesenta. Ya sé que no es un peso desmesurado, pero para una bailarina que mide un metro sesenta, esos kilos le han restado la gracia al andar, y el óvalo del rostro ha dejado de ser piel y huesos. Le di un codazo a Thomas mientras le susurraba quién era. Se acordaba de ella y, para mi sorpresa, me dijo que la encontraba más atractiva ahora que cuando bailaba. Me irritó la afirmación de mi marido y le pregunté si en realidad pensaba que la delgadez resta atractivo. Y su respuesta

me fastidió: «En ocasiones sí, y sobre todo a cierta edad. Hace que las arrugas sean más evidentes y… bueno, hay rostros que se asemejan a la calavera en que se convertirán». Respondí airada que una bailarina es lo que es y que en mi caso no permitiré que los kilos me amarguen la vejez, bastante tengo con ver mis brazos convertidos en alas de murciélago. Pero Thomas se muestra indiferente a lo que califica de «obsesión» por mis brazos. Creo que piensa que más que ir a un centro de belleza o a un médico de estética, lo que debería es ir a un psiquiatra que me ayude a aceptar que ya no soy quien fui y que no lo volveré a ser.

—¿Qué tal te ha ido? —me pregunta con curiosidad.

—Pues… no sé… Puede que decida someterme al tratamiento que me ofrecen y que no implica cirugía.

—Mejor así. Estarías rematadamente loca si a tu edad te metieras en un quirófano para que te arreglen los brazos. No hay problema mientras todo quede en que te den masajes y te vendan cremas milagrosas.

Me fastidia lo que ha dicho Thomas. Sé que piensa que es una frivolidad que no me gusten mis brazos. Es un filósofo, pero no entiende a las mujeres, o al menos no me entiende a mí. Su comentario reafirma mi decisión de dar un voto de confianza a esa tal doña Ana María.

—Por cierto, en Harvard me han vuelto a ofrecer dirigir un seminario, esta vez sobre la Filosofía del siglo veinte. Sabes que es un honor que aún sigan contando conmigo. En eso…, bueno, España me gusta por muchas cosas, la primera tú, pero me sorprende cómo derrochan el talento. La fecha de nacimiento supone la muerte civil de muchas personas valiosas. Prescinden de catedráticos, de

médicos, de investigadores… No lo entiendo. En Harvard hay profesores que han cumplido los ochenta.

Todas estas palabras para decirme que en cuanto pueda piensa coger un avión que le deje en el aeropuerto de Logan, el más cercano a Harvard, y que además en Boston está nuestra casa, en realidad, «su» casa.

—Ya sé que acabamos de llegar y solemos irnos en enero, pero si voy a comenzar a dar clases en septiembre, prefiero ir preparándome —añade Thomas.

—¿Y quién te ha llamado esta vez? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Mary Baker.

La vieja bruja. Cuando Thomas y yo nos conocimos, pensé que mantenían una relación amorosa además de académica. Es una solterona sabionda e insoportable que tiene diez años menos que nosotros y que aún conserva cierto predicamento en el Departamento de Filosofía de Harvard. Nos caemos mal, yo a ella y ella a mí. En su caso, porque, según va diciendo, yo me entrometí entre Thomas y ella. En mi caso, porque nunca he soportado sus aires de superioridad y sus artimañas para demostrar en público que intelectualmente no estoy a la altura ni de ella ni de Thomas.

Es verdad que mis escasos conocimientos de filosofía los adquirí deprisa y corriendo cuando conocí a Thomas. Me leí a Kant y a Spinoza. Kant me aburrió de principio a fin, mientras que leer a Spinoza me resultó más grato, más allá de si lo entendí o no. La realidad es lo que es, no como debería ser. Y, en eso, coincido con él. En cuanto a Kant, todavía recuerdo la larga explicación que me dio Thomas sobre el pensamiento de este filósofo. Hasta tomé

apuntes que aún guardo. «La moral es una práctica, no una teoría», me explicaba mi marido mientras yo intentaba contener un bostezo.

Pero por más que leí a unos cuantos filósofos bajo la dirección de Thomas, cuando le acompañaba a algunas reuniones con sus amigos profesores de Filosofía como él, sentía que me ahogaba entre tanta sabiduría. Sobre todo porque Mary Baker procuraba dejarme en ridículo diciendo frases así: «Chicos, bajad el nivel, que la pobre Martha no se entera», o «Thomas, ¿por qué no le dedicas más tiempo a tu mujer y le enseñas las diferencias entre Frege y Wittgenstein? La pobre no puede seguir la conversación y acabará hecha un lío», o «Martha, este año doy clases en primer curso, quizá pueda pedir permiso para que de vez en cuando acudas como oyente. Haré un esfuerzo para que puedas seguir las clases…».

Y ahora la muy bruja tienta a mi marido para que me deje plantada en Madrid y se vaya a Boston a dirigir un seminario en Harvard. Thomas es incapaz de resistirse a esa propuesta. Sé que no me dejaría «tirada» por irse con una mujer, por guapa que fuera, pero volver a «su» universidad es una tentación en la que caerá cuantas veces se lo propongan, y Mary Baker no parará de hacerlo mientras siga teniendo mando en plaza en la Facultad de Filosofía.

—¿Cuándo te vas? —le pregunté.

—He conseguido un billete barato para el fin de semana.

—Estamos a martes.

—El billete es para el sábado.

—¿Por qué no te llevas a Penny? —Mi propuesta me sorprendió hasta a mí.

—¿A Penny? Sabes que Felicitas había organizado que pasáramos unos días en Gijón. A Penny le gusta la playa y bastante sacrificio

hace la criatura yendo al norte donde hay poco sol.

—Yo tampoco soporto el sol —respondo lo que me suena a reproche.

—Lo sé. Te salen manchas en la piel.

—Y a Felicitas también. Además, a ti tampoco te gusta tumbarte en una toalla sobre la arena.

—No, claro que no —admite Thomas.

—Es que dices lo de ir a Gijón como si fuera una decisión mía.

—Bueno, no se trata de lo que nos gusta a los mayores, sino de dar un respiro a Penny.

—En Boston hay playas, puedes llevarla a Constitution Beach.

—Sí, podría, pero no voy a llevarme a Penny a Boston. Tendré reuniones en la universidad para estructurar el seminario. Además, para preparar las clases necesito tranquilidad, no tendría tiempo para ocuparme de Penny.

Sé que estoy dando una batalla estúpida, fruto de la manía que siento por Mary Baker.

Thomas tiene setenta años como yo y no parece que a su edad vaya a saltar a la cama de Mary. Si no lo ha hecho desde que nos casamos, no creo que lo haga ahora. Mary nunca fue guapa, pero ahora se ha vuelto rematadamente fea, tiene un aspecto descuidado, ha engordado, el pelo teñido de rubio parece estropajo, las piernas torcidas, esto lo sé porque, aunque suele llevar pantalones, en alguna ocasión se ha atrevido con las faldas. Me digo que una mujer de aspecto tan vulgar no puede seducir a Thomas. Claro que ella piensa lo mismo de mí: se pregunta cómo una mujer de pensamientos vulgares ha seducido a un profesor de Harvard.

—También puedes venir conmigo —me propone Thomas.

Su propuesta me desconcierta, aunque de inmediato pienso que él sabe que voy a decir que no. Me conoce bien. Sabe que soy una maniática de los planes. Si planifico algo, debo cumplirlo de principio a fin. Desde que nos jubilamos, él de la universidad y yo de bailar, todos los años nos instalamos en Madrid desde julio hasta diciembre. Seis meses. A finales de diciembre, una vez pasada la Navidad, regresamos a Boston y allí permanecemos hasta el siguiente julio, aunque en ocasiones regresamos antes a España. Cuando nos casamos, pactamos vivir seis meses en cada casa, pero las estancias siempre están salpicadas de «escapadas»: que si le invitan a dar una conferencia en Oxford, en Ratisbona, en la Sorbona…, o si estamos en Boston, además de Harvard, la Universidad de California, de Illinois o «saltos» a las Universidades de Alberta o de Toronto en Canadá.

Pero, a qué engañarme, sé que Thomas se siente a gusto en su casa de Boston. Allí están sus libros, sus papeles y sus amigos.

Estoy segura de que su despacho en la casa de Boston es su lugar favorito en el mundo, de la misma manera que esta casa en Madrid es mi casa, aquí crecí, y no hay lugar donde me sienta más cómoda y más libre.

—No te preocupes, Martha, me las arreglaré solo. Quédate todo el tiempo que quieras en Madrid. Yo estaré trabajando en el seminario. Y creo que no está de más que intentes acercarte a Felicitas y a Penny. Me entristece ver que…, en fin, que no os lleváis bien. Felicitas es muy sensible y te desconcierta, y Penny te pone nerviosa. Deberías esforzarte por comprenderlas.

—¿Comprenderlas? ¿Cómo pretendes que comprenda a ninguna de las dos? Nuestra hija, al menor contratiempo, se pone a gimotear,

y Penny…, bueno, Penny se ha echado a perder imbuida en todas esas ideas a cuál más disparatada que corren por las redes.

—Los tiempos han cambiado, Martha, debemos preguntarnos por qué suceden las cosas que suceden. Condenarlas sin más es la peor de las opciones. Felicitas es extremadamente sensible, lo admito, pero quizá porque los dos la hemos tratado como si fuera una figura de cristal. Hija única con dos padres potentes.

—¿Potentes? No sé qué quieres decir.

—Claro que lo sabes. Una madre que ha sido una bailarina famosa y un profesor con cierto reconocimiento en el mundo académico…, los libros que he publicado han sido objeto de buenas críticas en los periódicos. Desde pequeña nos ha visto «brillar» a cada uno en lo suyo. ¿A cuántas ceremonias la hemos llevado en las que me hacían doctor *honoris causa*? ¿Y a cuántos homenajes que te han hecho ha asistido para escuchar que su madre es una de las mejores bailarinas de ballet que hayan existido? Todo eso pasa factura. Felicitas no ha tenido una infancia como la del resto de los niños.

—¿Y eso la ha convertido en llorona?

—Eso hace que tengamos una hija a la que le ha costado encontrar su lugar en el mundo. Y cuando lo ha hecho, ha demostrado un gran talento. Te recuerdo que gana mucho dinero con su canal.

—¡Dinero! Cómo se nota que eres norteamericano. Qué tendrá que ver el dinero con que nuestra hija sea tan… tan… tan débil.

—Felicitas no es débil. No la conoces. Ha demostrado que, además de talento, tiene agallas para abrirse paso en la vida, incluso en su vida personal.

—¿Solo porque ha tenido una hija por inseminación artificial? Y todo porque su primer y único novio la dejó plantada para irse con otra más espabilada.

—Te recuerdo que la idea fue tuya, Martha. Le dijiste que hoy en día no se necesita una relación sexual para ser madre.

—La idea es buena, la tuve yo. Pero ahí está Penny, que ha salido un poco rara…

—¡Por Dios, Martha! Es horrible lo que acabas de decir. Tus opiniones son ofensivas para nuestra hija y nuestra nieta.

—¿Dónde está la ofensa? No puedo comprender que una chica como Felicitas, que ha estudiado en una de las mejores universidades del mundo, se dedique a dar consejos de belleza y entrevistar a famosas que no se sabe por qué son famosas y que todo lo que cuentan se reduce a explicar qué laca utilizan.

—No seas tan despreciativa. Sabes que lo que dices no es del todo verdad. El canal de Felicitas es mucho más. Ha entrevistado a escritores, a políticos, a profesores… Siempre comprometida con las mejores causas: la lucha contra el cambio climático, contra el hambre, la defensa de los derechos humanos…

No respondo. Tendría que darle la razón y no quiero. El canal de Felicitas es un cajón de sastre, lo mismo hablan de cremas eficaces contra las durezas de los pies que un joven profesor, recomendado por su padre, explica por qué pasa lo que pasa en el mundo. Estoy a punto de recordarle que él nunca se ha prestado a que Felicitas le entreviste en su canal.

Sin duda nuestra hija es un dechado de sensibilidad. De sensibilidad empalagosa hasta hartar.

—En cuanto a su decisión de ser madre por inseminación artificial, como tú misma has dicho en más de una ocasión, responde a una de las conquistas de las mujeres para decidir su maternidad sin depender de una relación emocional —añade Thomas.

—Sigo pensando lo mismo, pero en el caso de nuestra hija, fue una decisión fruto de la frustración. Ese novio que tuvo Felicitas, el tal Agustín, era un estúpido, además de inmaduro, pero hay otros hombres en el mundo. Sin embargo, nuestra hija vivió el fin de la relación como un fracaso existencial y decidió que ya no dejaría que ningún hombre formara parte de su vida, y siguiendo mi consejo fue a ese banco de semen y dio a luz a Penny, que, reconocerás conmigo, no es precisamente la octava maravilla.

—¿Y sería la octava maravilla si fuera hija de aquel chico que dejó plantada a Felicitas?

—Desde luego que no. Solo conoceríamos el nombre de ese imbécil.

—Bueno, pues ahora sabemos que seguramente es hija del semen de otro imbécil, solo que no conocemos el nombre de ese imbécil. No creo que sea tan importante saber quién es.

—Thomas, estás defendiendo algo en lo que no crees. Nos dolía verla sufrir después de que Agustín la dejara. Se pasó seis meses llorando, aunque entre llanto y llanto fue capaz de que la preñaran con una inyección cargada con el semen de un tipo que no sabemos si era un psicópata o un genio. Pero viendo a Penny me inclino a pensar que era un psicópata.

—Me duele que no tengas buena opinión de nuestra nieta. Penny es solo una chiquilla confundida. Es normal dada su edad y, sobre todo, ante la cantidad de teorías que corren por internet. Aún no

tiene discernimiento suficiente para distinguir entre el trigo y la paja. Los críos deben procesar ideas de todo tipo que se les cuelan por las rendijas de la red. No está siendo fácil para ellos.

—No está siendo fácil para sus padres ni sus familias. A su edad no escuchan, lo importante es el grupo, las opiniones de fuera. Y ahí fuera hay mucho malvado que defiende intereses que trastocan la personalidad y el futuro de los niños y los jóvenes al grito supuestamente de libertad de que puedes ser quien quieras: hombre, mujer o avestruz.

—No simplifiques, es una cuestión muy seria.

—Claro que lo es, sobre todo porque los adultos participan de la locura en nombre de una pretendida libertad. Dejamos a los críos solos con sus preguntas, sus dudas, su cóctel hormonal, mientras unas minorías (que no digo que no hayan sufrido y estado marginadas) han colocado en la agenda pública sus frustraciones haciendo creer que lo particular es universal. ¿Qué va a pasar dentro de unos años cuando los adolescentes de hoy que, siendo chicos, hayan decidido que en realidad son chicas se hayan dejado cortar el pito?, ¿o con una chica a la que le rebanen las tetas ya que lo de ser tío mola, entre otras cosas, porque sigue vigente el machismo que hace que muchas crean que ser hombre tiene más ventajas?

—Dices barbaridades. Planteas un asunto muy serio como si estuvieras discutiendo en el mercado. Martha, es de justicia escuchar a las minorías, intentar entenderlas, dar respuesta a sus problemas.

—Estupendo, pero no convirtiendo en regla universal sus problemas. El otro día me contó Lucía que su hija la llamó para pedirle consejo. Al parecer, Luz, su nieta, llegó llorando del colegio

porque hicieron una encuesta sobre las preferencias sexuales y todas las chicas se declararon bisexuales y ella no lo es y eso le ha supuesto burlas y quedarse sin amigas. ¿Sabes cuántos años tiene la nieta de Lucía?

—Lo sé, los mismos que Penny, dieciséis.

—Y si a los dieciséis no eres bisexual, o quieres transicionar, o te declaras de género fluido o alguna de esas cosas, te quedas fuera de juego por «rara». Ahora tiene que ser «algo» que no sea solamente «chica» o «chico» porque, de lo contrario, supones un problema para la humanidad.

—No exageres, Martha. Pierdes la razón con esos planteamientos maximalistas y…, bueno, yo diría que también reaccionarios.

—Ya, ya me lo ha dicho Penny, soy reaccionaria y por eso me acusa de estar cosificada. ¡Solo quiero ser una mujer! ¡Menuda antigualla! ¿Eso qué es? Pero en realidad es ella y los que imponen las nuevas teorías los que cosifican a la gente. Hay que pertenecer a alguna de estas tribus: la tribu de los no binarios a la que pertenece nuestra nieta, la de los panbinarios, los trans, género fluido, intergénero, bigénero, transexual, transgénero, trigénero, bisexual. Nuestra nieta me ha dado una lección de todo lo que se puede ser con solo desearlo, menos ser hombre o mujer. Incluso te diría que ser homosexual o ser lesbiana suena a poco, es reaccionario. Así que son otros los que están cosificados y no quienes simplemente decimos que somos mujeres y hombres sin más. Tenemos que pedir perdón por sentirnos bien en nuestra piel de dinosaurios.

—Martha, no te reconozco. En Boston eras la primera que salía con una pancarta defendiendo los derechos de las minorías. E incluso te pintabas la cara con los colores del movimiento LGTB. Y tu

mejor amiga, aquella bailarina francesa que terminó casándose con la jefa encargada del vestuario de la compañía de ballet. Tú fuiste la madrina de la boda. ¿Te has quedado a gusto después de decir todo lo que has dicho? Espero que lo que has dicho a Penny te haya servido para relajar tu sistema nervioso.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestra nieta? ¡Eres tan conciliador, tan políticamente correcto! Lo mismo un día de estos me sorprendes diciéndome que en realidad eres trigénero, algo que no sé muy bien en qué consiste, pero que debe de ser guay del Paraguay.

—No digas sandeces, y ¿qué es eso de ser «guay del Paraguay»?

—Pues algo más sencillo que ser trigénero o pangénero.

—Martha, tú nunca has sido así… Siempre has sido una activista contra las injusticias que han sufrido las minorías.

—Y ahora… vivimos una dictadura ideológica mundial, la de las minorías. Los que formamos parte de las mayorías tenemos miedo de decir en voz alta que no estamos de acuerdo con determinadas cosas, porque decirlo te cuesta la muerte civil. Por cierto, tu amiga Mary Baker es una de las líderes del movimiento *woke*. He leído varios artículos que ha escrito sobre estas cuestiones y parece que se ha convertido en un referente de esa ideología.

»En cuanto a mí…, si en vez de tener setenta años y estar retirada y poder vivir de mi pensión tuviera treinta y trabajara, me tendría que morder la lengua o manifestarme a favor de todas las imposiciones de las minorías.

—Martha…, no seas radical.

—Ya, soy una radical reaccionaria o una reaccionaria radical. Pero en realidad lo que no soy es una hipócrita.

—Eres odiosa. —La voz de Penny nos sobresaltó a los dos. ¿Desde cuándo nos estaba escuchando?

Thomas se levantó de la butaca, pero sin acercarse a Penny, que tenía la mirada vidriosa por la ira.

Yo sentía indignación. Indignación por ver pisoteada la intimidad de una conversación entre Thomas y yo. Si no podíamos hablar sin tapujos en nuestra propia casa por temor a que nos escucharan, entonces estábamos definitivamente perdidos.

—¿Cómo te atreves a escuchar? Nadie te ha dado permiso para entrar en mi sala… —dije enfadada.

Thomas y Penny se quedaron unos segundos confundidos ante mi reacción. Pero Penny no se achantó.

—Venía a deciros que mejor que dormir con Peter aquí nos íbamos al garaje de Eduard, esta noche van a estar allí nuestros colegas y para echar un polvo lo mismo da allí que aquí. Pero lo que yo haga os da lo mismo, veo que me odias —dijo dirigiéndose a mí—, pero te aseguro que no tanto como yo a ti. Eres todo lo que desprecio en la vida, lo que no quiero ser, lo que me produce náuseas.

—¡Penny, no hables así a tu abuela!

—¿Qué clase de abuela es? ¿No has escuchado lo que piensa de los que no son como ella? Se cree que es cisgénero porque de pequeña le hicieron un lavado de cerebro inculcándole que las niñas van de rosa y los niños, de azul. Thomas, deberías haberte casado con Mary Baker en vez de con ella. ¿Qué tienes en común con una bailarina del tres al cuarto? Se cree un cisne, pero se mata de hambre para mantener el tipo, tiene un cuerpo de mierda, todavía no se ha muerto y parece un esqueleto que anda cubierto de pellejos. Y la cara… El otro día te escuché hablar por teléfono con la

tía Irene para que te vieran en el centro donde trabaja y, ya que has ido a que te vean la mierda de brazos que tienes, deberías pedir que te hicieran un *lifting* en la cara. Pero, ¿sabes?, no tienes remedio, no pueden hacerte nada porque eres una vieja de mierda, y nada ni nadie te puede devolver la juventud. Además, eres una frustrada; solo hay que mirarte para darse cuenta. Seguramente te habría gustado ser de género fluido, si tienes aspecto de eso. Pero te has conformado con esos vestidos cursis llenos de lazos. Eres el ejemplo de lo que es ser una mujer cosificada.

—¡Basta ya, Penny! Le debes respeto a tu abuela. Puedes discrepar con ella, defender lo que piensas, pero hazlo con respeto. Todo se puede decir siempre que se haga sin ofender. —Thomas, puesto en pie, miraba con enfado a su nieta.

—¿Y ella a quién respeta? He escuchado todas las cosas que ha dicho. No le importa pisotear los sentimientos de los demás, para ella el mundo es blanco o negro. No tiene la menor empatía por las emociones y sentimientos ajenos. Las personas como ella son las que durante siglos han mandado a la hoguera a las personas como yo. Han destruido todo lo que no comprendían.

Las palabras de Penny me atravesaban el alma. Me gustaría ser capaz de abrir los brazos y envolverla entre ellos, de decirle cuánto la quiero y que comprendo su confusión de adolescente. Pero no me muevo, no digo una sola palabra. Dejo que sea Thomas quien lidie con esta situación. Ella le respeta y a mí me odia, aunque no creo que me odie tanto como dice, sino que necesita manifestar su malestar confrontándose con alguien, yo, que cuestiona lo que hace y lo que dice, que cuestiona a quienes le han metido todo tipo de teorías estrambóticas en la cabeza.

—Penny, tu abuela y yo tenemos derecho a hablar en la intimidad de lo que queramos y en los términos que queramos, y nadie te ha concedido el privilegio de espiar detrás de las puertas para escuchar conversaciones ajenas. ¿Qué dirías si nos encontraras detrás de la puerta de tu dormitorio escuchando lo que hablas o haces con quien sea que estés? Sentirías que tu intimidad ha sido violada. Pues eso es lo que has hecho tú. Y este enfrentamiento con tu abuela tiene que terminar. A ella no le gusta lo que haces, pero no te lo impide, y a ti no te gusta cómo piensa tu abuela, pero no te reprimes en decírselo. La convivencia se basa en el respeto y… también en una dosis de hipocresía. No se puede ir diciendo a todo el mundo lo que piensas de ellos y mucho menos imponer una manera de pensar o de estar. A tu abuela, y tampoco a mí, nos gusta la dirección que estás tomando en la vida, pero no te hemos insultado.

—Ella sí… Ella sí que lo hace al decir todas esas cosas horribles.

—No, no te ha insultado. Ha manifestado su opinión sobre ciertas corrientes que están imponiendo una forma de pensar y de estar en la vida amenazando a quienes no las secundan, con la muerte civil a través de campañas en las redes. El exceso siempre provoca una reacción.

—Las minorías tienen derecho a levantar la voz.

—Desde luego, pero no a cometer el mismo error que las mayorías. Imponer su criterio y denostar a quienes no les secundan a través de campañas infamantes.

—La abuela se niega a decir «elles»; para ella, todo es femenino o masculino, está cosificada.

—¿Y tú crees que no lo estás? Has asumido un lenguaje, una manera de pensar, de vestir, de estar que te cosifica. Te cosifica

porque son las señales externas de que perteneces a un determinado grupo. Pero así es la vida. Todos elegimos estar con quienes sentimos afinidades y esas afinidades pasan por tener señas de identidad en común. Tú llevas el cabello de una determinada manera que cosifica dentro de un grupo, el de los que decís que sois no binarios. Anoche te trajiste a dormir a una chica y hoy iba a quedarse a dormir tu amigo Peter. Te diré algo que no te va a gustar. Solo soy tu abuelo y es tu madre quien tiene que decidir cómo educarte, pero me parece que te estás perdiendo una parte importante de la vida. Es uno de los males modernos: a los niños les han quitado la infancia haciendo que asuman roles que forman parte de la edad adulta, y los adolescentes quemáis etapas en nombre de una libertad un tanto sobreactuada. Sé que te decepciono, pero me apena que con dieciséis años ya te hayas metido en la cama con una docena de personas de ambos sexos. No creo que ni siquiera disfrutes de esos momentos. Más bien pienso lo mismo que tu abuela: que te han cosificado. Me pregunto qué te quedará por hacer cuando tengas veinte años. Habrás experimentado muchas cosas sin disfrutar de ellas y sin darte cuenta de que no las has elegido tú, sino que te han convencido de que la evolución de la sociedad pasa por esto. Sí, me apena el sufrimiento que evidencias y que irá creciendo porque todo lo que estás viviendo lo único que te provoca es insatisfacción.

Penny miraba a su abuelo intentando contener las lágrimas. Nunca se había sentido tan sola como en ese momento. Thomas era quien siempre le había ofrecido seguridad y de repente esa seguridad se le escapaba a través de las palabras que le había escuchado.

El sonido de un llanto les sobresaltó. En el umbral de la puerta estaba Felicitas. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Ni Thomas ni Martha se atrevieron a preguntárselo, ni siquiera a moverse. Sabían que se habían herido los unos a los otros, que después de lo dicho y escuchado aquella tarde tendrían que reinventarse la relación que habían mantenido, si es que tenía arreglo.

—¡Deja de llorar! —gritó Penny a Felicitas.

—Trata con respeto a tu madre —le pidió Thomas.

—¿A mi madre? ¿Tengo que respetar a quien me ha negado la posibilidad de tener un padre? ¿Creéis que no me duele no saber de quién soy hija? Según la abuela, lo mismo mi padre es un psicópata, o un imbécil. No lo sabré nunca. Ella decidió ser madre sin importarle las consecuencias, y la consecuencia soy yo, que no sé quién es mi padre y tengo que decir que es muy guay ser hija de un banco de semen.

De nuevo el silencio. A las lágrimas de Felicitas se habían añadido las de Penny, aunque madre e hija se mantenían alejadas la una de la otra.

Thomas hubiese querido acercarse a las dos para abrazarlas y decirles lo mucho que las quería, pero no sabía qué reacción tendrían. Martha se apretaba los brazos bajo el pecho. Estaba intentando contener el temblor que le recorría todo el cuerpo.

Había dicho tantas cosas…, aunque no lo más importante, y es lo mucho que los quería. Quería a Thomas, pero más a su hija y a su

nieta. Sobre todo a Penny, a la que no sabía cómo acercarse, demostrarle que podía contar con ella.

No, no sabía cómo hacerlo, porque ambas se enfrentaban con tan solo mirarse, estaban en guerra permanente, como si el rechazo de lo que eran la una y la otra hiciera imposible que anidara cualquier afecto entre ellas. ¿En qué momento rompieron todos los puentes? Pero, por más que le doliera, sabía que no sentía ninguna afinidad ni con su hija ni con su nieta y se preguntó con temor si es que la tenía con Thomas o su matrimonio era solo una pirueta que no podrían mantener siempre. Pensarlo le provocó una arcada que a duras penas pudo sofocar.

¿Acaso su vida familiar era una pantomima? Si era así, reconocerlo los llevaría a perderse para siempre los unos a los otros.

Penny no renunció a decir la última palabra antes de salir de la sala dando un portazo.

—Deberías haberte casado con Mary Baker. A ella no tendría que explicarle quién soy ni lo que siento.

Thomas se acercó a Felicitas, que se dejó envolver por el abrazo de su padre.

—¿De verdad creéis que lo he hecho todo mal? —preguntó sin mirarnos a la cara.

Estuve tentada de responder que yo sí creía que iba de equivocación en equivocación, pero Thomas se me adelantó en la respuesta:

—Has hecho lo que creías que era mejor y sabes que siempre has contado con nuestro apoyo.

—Pero mamá ha dicho…

Thomas la interrumpió mirándome de reojo para evitar que fuera yo quien respondiera.

—Mamá y yo hemos hablado como solemos hacerlo, con sinceridad, y como dicen los españoles, «a bote pronto»…, o sea, sin filtrar ni las palabras ni el pensamiento. ¿Acaso tú no lo haces? Todos lo hacemos cuando estamos en la intimidad.

—Yo… creí que era una buena idea la de mamá, que tuviera un hijo sin compartirlo con nadie. Ella decía que ser madre no es una obligación, es una opción, y yo también lo creo.

—Ser madre es un hecho biológico que a veces se decide desde la razón y en otras ocasiones simplemente sucede sin pretenderlo. Tú decidiste ser madre de una manera y nosotros no tenemos nada que reprocharte. No cambiaríamos a Penny por nadie —afirmó Thomas.

—¿Y a mí? ¿Me cambiaríais a mí? Creo que no he sido la hija que esperabais…

—No te cambiaríamos por nadie. Eres como eres, extremadamente sensible, pero también has demostrado tener fortaleza organizando tu vida a tu manera. No solo por cómo has elegido ser madre, también porque no te has conformado con lo fácil, ser asalariada con un buen trabajo, sino que has sabido crear tu canal, que ha resultado un éxito —insistió Thomas.

Le dejo que sea él quien hable por los dos, aunque no estoy segura de coincidir con todo lo que ha dicho a nuestra hija. A mí me hubiera gustado que fuera diferente, la encuentro excesivamente sensible, aunque he de reconocer que tiene agallas para hacer lo que quiere. Quizá si llorara menos… En cuanto a lo de haber elegido la inseminación artificial para ser madre…, aunque yo se lo

recomendé, no sé si yo hubiera tenido el valor de hacerlo. Sé que a Felicitas la he parido yo, pero no tenemos nada en común, de manera que, visto el resultado, a lo mejor no es tan disparatado acudir a un banco de semen.

Felicitas se acercó a su padre y le echó los brazos al cuello. Él le dio un beso en la cabeza mientras murmuraba «mi niña querida».

Pienso que la escena es de vodevil, pero mejor no digo nada porque bastante psicodrama hemos tenido esta tarde. Más que una familia moderna parecemos una familia que se ha escapado de una novela barata. A lo mejor todas las familias son como la nuestra, y en público se comportan como nosotros: en armonía. Menudos hipócritas estamos hechos todos.

De repente me acuerdo de que mi cuñada y mi hermano vienen a cenar. Le dije a Irene que no llegaran antes de las nueve y media porque hasta esa hora hace demasiado calor para cenar en el jardín.

No sé por qué tenemos que cenar al aire libre, pero parece obligado que si tienes un jardín, lo aproveches, y aprovecharlo pasa por organizar almuerzos y cenas, aunque haga calor. Eso sí, todos decimos «qué bien se está aquí» por más que el sudor nos corra por la espalda y estemos ansiosos por refugiarnos en un cuarto cerrado con aire acondicionado. Hace años decidimos veranear en el norte, a veces en Gijón, otras en un pueblo de Galicia y también en Santander, claro que ahora, con el maldito cambio climático del que tanto habla Felicitas, incluso allí hace calor. Menos que en Madrid, eso sí, pero calor hace.

No le he preguntado a Lucía qué vamos a cenar, aunque seguro que lo que haya decidido será un acierto. Ella lleva la casa y eso implica decidir los menús. Thomas dice que lo que más le gusta de

Madrid es lo bien que se come en casa. Tiene razón, en Boston tenemos una cocinera que en realidad no sabe cocinar. Es la madre de la mujer que viene a hacer la limpieza. Pero más nos vale no perderlas porque, de lo contrario, Thomas y yo tendríamos que limpiar la casa y almorzar y cenar siempre fuera. En eso Mary Baker también me saca ventaja. Sabe cocinar. No es que sea una cocinera excelente, pero es capaz de hacer un buen asado y unas ensaladas la mar de apetitosas; incluso es capaz de preparar el postre favorito de los bostonianos: el *Boston Cream Pie*, que no es nada del otro mundo, solo un pastel de crema.

Decido dejar a solas a mi hija con su padre. Él sabrá consolarla. Por un instante pienso en ir en busca de Penny, pero sé que en estos momentos me odia tanto que me tiraría algo a la cabeza, o puede que se haya ido a casa de ese amigo donde la espera Peter. ¿Harán una cama redonda? ¿Serán todos no binarios, cisgénero, transgénero o cualquiera de esas palabras que mi nieta dice con desparpajo?

Encuentro a Lucía en la cocina preparando la cena y me dice que tiene previsto un revuelto de verduras. A Thomas le gusta el gazpacho. En cuanto a las verduras, se resigna, prefiere la carne. Pero Felicitas es vegetariana y Lucía no está dispuesta a hacer dos menús diferentes. A mí me da igual; en realidad, como poco porque a mi edad es muy fácil engordar, sobre todo cuando has dejado de hacer un ejercicio tan exigente como el ballet. De manera que apenas como. A lo mejor Penny está en lo cierto y solo soy un esqueleto cubierto de pellejo arrugado.

Alberto e Irene llegan con puntualidad británica. Saben que Thomas no soporta la impuntualidad y que cinco minutos de retraso para él suponen poco menos que un agravio.

Irene se ha cambiado de ropa. Lleva un vestido de color blanco sin mangas que se le ajusta a la figura como un guante y unas sandalias con un tacón infinito; su melena castaña brilla con destellos rojizos. Y, en las orejas, unos pendientes de colores de estilo étnico. Nunca me había fijado en el estilazo que tiene mi cuñada. Seguramente Penny diría que no me fijo en nada que no sea yo porque soy una egoísta. A lo mejor mi nieta tiene razón.

Irene es siempre tan discreta que hasta hoy no me he dado cuenta de lo atractiva que es. En realidad, ya me ha sorprendido su desenvoltura en la Clínica Alvarado. Siempre he tenido a mi cuñada por apocada, pero allí parecía tan segura, tan convincente.

Mi hermano ha engordado. No mucho, le calculo un par de kilos. Se lo digo y suelta una carcajada mientras se lleva la mano a la tripa diciendo: «Son dos kilos de cerveza. Solo tú te resistes a beber una cerveza bien fría en verano».

Me doy cuenta de lo sobrio de la cena. No es culpa de Lucía, solo mía. Ella se limita a preparar menús donde impera la frugalidad. Sabe que si veo mucha comida, siento deseos de vomitar.

Thomas le ha ofrecido a Alberto una cerveza como aperitivo. Lucía ha dispuesto un par de cuencos con aceitunas y almendras. Mi hermano parece estar hambriento porque en unos minutos no hay rastro ni de las aceitunas ni de las almendras.

Felicitas aparece flotando en un traje ibicenco de un blanco inmaculado. Lleva dos pequeños aros de oro en las orejas y en el dedo anular un anillo con una piedra roja, que yo calificaría como

hippy, pero a lo mejor no lo es. Me sorprende el collar de cuentas de colores que animan la blancura de su vestido junto a unas sandalias planas de color rojo.

Están guapísimas las dos, tanto Irene como mi hija. Me doy cuenta de la poca atención que les suelo prestar porque es como si las viera por primera vez. Sí, definitivamente, Penny tiene razón: soy una vieja egocéntrica que solo se preocupa de sí misma y que ahora mismo no tiene otro quehacer que lamentarse por las arrugas de sus brazos.

Yo he elegido un vestido de seda verde claro, tipo saco y con una manga que me baja hasta el codo. Mis sandalias sin tacón son de color dorado.

Thomas es un anfitrión encantador. Le escucho reírse con algo que ha dicho Alberto y pienso que no puede haber dos hombres más diferentes que ellos. Un intelectual y un deportista que a duras penas terminó sus estudios. El uno empeñado en desentrañar los misterios del ser; el otro, en que su equipo suba a Segunda División. Están enfrascados en una charla y me pregunto cómo es posible que puedan congeniar.

Irene y Felicitas también parecen cómodas la una con la otra y me digo que soy yo la que sobra, la rara. Vuelvo a pensar en que mi nieta tiene razón: soy egoísta, tanto que en estos momentos mi única preocupación son mis brazos. No me puedo engañar, es la realidad: me obsesiona la carne blanda que envuelve los huesos de mis brazos y estaré agradecida a Irene y a su jefa la Alvarado si con esos hilos tensores me devuelven algo del aspecto que tuvieron antaño.

Qué difícil es envejecer. Saber que llegar a mi edad supone estar en tiempo de descuento, que ya no tengo más futuro que levantarme y respirar dando gracias por no estar aquejada por ninguna enfermedad.

Dada mi edad solo tengo pasado, pero me cuesta resignarme a esta realidad.

No, no volveré a bailar en ningún escenario, ni me enviarán a casa cestos de flores con tarjetas de admiración, ni dudaré si debo aceptar bailar en París o decantarme por Chicago. Tampoco devanarme los sesos sobre si la oferta que me han hecho es poco sustanciosa porque ya hay otras mejores que yo.

—Martha…

La voz de Irene me devuelve a la realidad del pequeño jardín de mi casa. Thomas está riendo con ganas y Alberto le acompaña en las risas. No puede haber dos hombres más diferentes y sin embargo son capaces de disfrutar de la compañía el uno del otro. ¿Por qué no seré así?

Sonrío a mi cuñada y me acerco adonde está con Felicitas. Mi hija esquiva mi mirada.

—Le estoy diciendo a tu hija que esta mañana vino acompañando a su madre esa cantante que gusta tanto a los jóvenes, Corazón, creo que se hace llamar, y cuando le preguntamos cómo habían sabido de nuestro centro, la madre dijo que por el canal de Felicitas. Imagínate lo que he presumido diciendo que ese canal es de mi sobrina. Pero, por supuesto, no le podéis decir a nadie que la madre de Corazón nos ha visitado. Ana María me despediría. Todas las personas que trabajamos allí hemos firmado un documento de confidencialidad.

No pude evitar decirle que había incumplido con su deber de confidencialidad al contarnos lo de la madre de Corazón y que lo mismo alguna de las personas que trabajan en la clínica bien lo podrían romper también respecto a mí y decir a los cuatro vientos que he visitado la Clínica Alvarado porque me preocupan mis brazos.

Mi hija solo supo decir «¡oh!». Y mi cuñada me miró con cierto enfado.

—Hay que ver qué quisquillosa eres. Yo solo os he contado que la madre de Corazón nos ha visitado, pero no os he dicho ni para qué ni si va a volver. En cuanto a tu obsesión por tus brazos…, no creo que a nadie le importe que no te gusten tus brazos y se convierta en noticia de la primera página de *The New York Times*.

—¡Oh, tía! Por supuesto que no te has saltado ninguna regla de confidencialidad. Ir a la Clínica Alvarado no significa que te vayas a hacer ningún tratamiento; además, tampoco sería reprochable, las mujeres hoy en día queremos cuidarnos y ofrecer el mejor aspecto posible. No sabes cómo te agradezco que nos hayas contado lo de la madre de Corazón; si ella sigue mi canal es porque su hija se lo ha descubierto.

Felicitas parece encantada de que esa tal Corazón sea una asidua de su canal e Irene hace un mohín de agradecimiento.

Lucía apareció en ese momento y me hizo una indicación que significaba que debíamos sentarnos porque iba a servir la cena.

El resto de la noche procuré estar todo lo amable de lo que soy capaz con mi hermano y mi cuñada. Me interesé por sus hijos, Juan y José; por Esther, la novia de Juan, una chica que me resultó simpática desde el primer día en que la conocí. Al igual que Juan, está terminando un máster en economía aplicada, que no sé qué es

ni para qué sirve, pero al tiempo trabajan en un banco, que es donde se conocieron. José aún no tiene novia ni creo que la vaya a tener. Es… Bueno, desde la adolescencia se le notaba que lo suyo no eran las chicas y ahora siempre anda con un amigo que es un cachas de gimnasio que no recuerdo ni cómo se llama. José es sensible, inteligente, trabajador y le gusta el ballet. Su padre quiso que estudiara informática, pero él se decantó por la Historia y ahora da clases en un colegio público. De mis dos sobrinos, José es mi favorito.

Me caen bien mis sobrinos, son educados y amables. Quizá Juan, un poco simple, como mi hermano; en cuanto a José, no se parece a nadie. Me gustaría saber qué piensa Penny de mis sobrinos y si José le parece una antigualla por ser simplemente homosexual. Pero no, no me atreveré a preguntárselo.

La próxima vez que organice una cena le diré a Alberto que traiga a sus hijos y le pediré a Felicitas que convenza a Penny para quedarse. Será difícil porque mi nieta huye de las reuniones familiares como de la peste.

Cuando Alberto e Irene se van, Felicitas, que está de morros conmigo, le da un beso a su padre y dice que está cansada y se escabulle hacia su habitación.

Thomas y yo nos quedamos en el jardín, aunque no corre aire y estaríamos mejor en el salón o en nuestro dormitorio, mecidos por el aire acondicionado.

—Tu hermano es muy divertido.

—¿Alberto es divertido? A mí me parece aburrido, no tiene mucho que contar.

—Te equivocas, tienes demasiados prejuicios. Me he divertido mucho escuchando las historias de su equipo de fútbol. Tu hermano habla de la vida, de la realidad, en su mundo no caben las abstracciones, solo la realidad. Además, es una gran persona, preocupado por los problemas de sus chicos.

—Vaya, no podía imaginar que tuvieras ninguna afinidad con Alberto. Creo que mi hermano no ha debido de leer un libro en su vida, ni siquiera los tuyos, y eso que le has regalado todos —respondí con ganas de fastidiarle.

—Seguramente no ha leído nunca un libro, ni mío ni de nadie, y tampoco le gusta el ballet, ni la música clásica, ni la pintura contemporánea, pero eso no le hace menos interesante y, sobre todo, es buena persona.

—¿Interesante? Mi hermano no es interesante —dije con cierto enfado.

—Pues a mí sí me lo parece. Me interesan los conflictos que me cuenta se dan entre sus chicos, cómo los aborda e intenta resolverlos. No es fácil dirigir un grupo humano, domeñar las ambiciones de unos, hacer que afronten su falta de cualidades futbolísticas otros, gestionar los celos, ayudarles a dar lo mejor de sí mismos en el campo y fuera de él. Ser entrenador de fútbol no es sencillo, estás tratando con personas que tienen características muy distintas.

—Pero si a ti no te gusta el fútbol —respondí con fastidio.

—Me interesan las manifestaciones de la condición humana en cualquier lugar y circunstancia. Los porqués.

—El filósofo no descansa nunca —repliqué con la intención de que encontrara la frase inteligente.

Sonríe. Me conoce demasiado y sabe que en realidad estoy desconcertada porque no entiendo cómo puede congeniar con mi hermano. En mi opinión, Alberto es un pelma simpático.

—He pensado en irme contigo a Boston, aquí no tengo nada que hacer.

—Ni tampoco allí. —Thomas bajó la mirada arrepentido de la contundencia de su réplica.

Su respuesta me ha dolido como una patada en el estómago. Pero no le falta razón. No tengo nada que hacer en ninguna parte. A mis setenta años, estoy retirada y nunca más me subiré a un escenario. No tengo ningún hobby, ninguna afición, y no sé a qué dedicar el tiempo salvo a estar con él, pelearme con Penny y huir de los llantos de Felicitas.

Thomas ha puesto en palabras una realidad que me hace daño. ¿Es culpa mía no tener nada que hacer? ¿Debería buscar una ocupación? Hace unos años, Felicitas me sugirió que diera alguna clase magistral en algunas de las compañías de ballet.

Me negué y me niego. He sido una buena bailarina, pero no me he convertido en una «leyenda». De manera que no pienso llamar a la puerta de ninguna de las compañías de ballet en las que he sido primera bailarina para mendigar que me dejen dar una clase magistral. Además, ¿qué es eso? No, no quiero que me traten como a una abuelita a la que hay que sonreír y aguantar un rato, más por caridad que por interés.

Tampoco me puedo engañar, ya no conozco a nadie en las compañías en que trabajé; al igual que yo, todas las personas a las que conocí se han jubilado, y si llamara a la puerta, me recibirían con estupor. Lo peor es que tendría que explicar quién soy o quién

he sido y correr el riesgo de que me den con la puerta en las narices. No, no voy a correr ese riesgo, pero me duele que Thomas me haya dicho que no tengo nada que hacer en ninguna parte.

Seguimos sentados en el jardín, cada uno perdido en sus pensamientos. Thomas tiene un desafío por delante: volver a dar clases en Harvard y yo… yo no tengo nada, ni siquiera puedo refugiarme en mi hija y en mi nieta. Penny me aborrece y Felicitas no me necesita salvo para que grabe con ella una conversación para su canal. ¿Debería hacerlo? No, en absoluto. No me quiero rebajar a aparecer contando batallitas.

Además, tengo pendiente ocuparme de mis brazos. Ya he decidido que me dejaré colocar esos hilos tensores. No creo que mis brazos vuelvan a ser calificados de alas de cisne, pero espero que pongan coto a su apariencia de «alas de murciélago».

Cuando era joven leí en alguna revista de moda el desafío para tantas mujeres de disimular las alas de murciélago; jamás pensé que me pasaría a mí. Pero la edad me ha alcanzado y mientras me llega el día de morirme, me gustaría poder mirarme en el espejo sin deprimirme.

Tengo arrugas en el rostro, pero están bien repartidas y no son excesivas. Las piernas… Bueno, aún conservo la tensión en las pantorrillas y además puedo enmascarar su visión con vestidos y faldas midi o pantalones. Claro que no me gustan demasiado los pantalones; resultan varoniles y yo me sigo viendo como un cisne. Definitivamente, no me encuentro favorecida con pantalones, prefiero vestidos vaporosos.

Thomas se pone en pie y me acaricia ligeramente el rostro mientras me dice que se va a la cama.

Yo le sigo. ¿Qué voy a hacer en el jardín sola y pasando calor? Tendremos que hablar de qué voy a hacer yo el resto del verano. Por lo pronto, descarto irme a Gijón con Felicitas y Penny; que vayan ellas o hagan lo que crean conveniente. Y quedarme en Madrid tampoco es una opción. Hace demasiado calor y ni conozco y ni tengo amigas a quienes llamar. Esa es una realidad que mi nieta puso en evidencia hace ya unos cuantos años cuando me preguntó: «Martha, ¿y por qué no tienes amigas?». No supe qué responder. Es verdad, no tengo amigas, ni enemigas. Tampoco amigos. La gente que conocí en el pasado es tan vieja como yo o está muerta, y además, ¿qué podríamos decirnos? Nada. Es difícil que alguien tenga algo en común conmigo. He dedicado mi vida entera al ballet y eso ha supuesto soledad y sacrificios. Ensayos, dieta y procurar no caer en la tentación de perder mi carrera yendo de fiesta en fiesta. Algunas de las que comenzaron conmigo desperdiciaron su talento y su vida convirtiéndose en adornos de las fiestas de los millonarios, solo dos o tres se casaron con alguno de ellos. No, el ballet no es el sitio para hacer amigos y mucho menos para encontrar marido. Además, ¿quién quiere un marido cuando tu cabeza solo la ocupa el triunfo, el ser la mejor, los aplausos…?

Thomas se ha metido en la cama después de haberme dado un beso en la mejilla. Le escucho respirar y sé que no está dormido, pero que no tiene ganas de hablar. Seguramente está pensando en qué puede hacer él conmigo. Creo que de repente me siente como una rémora, un peso que no sabe cómo apartar. En Boston están sus amigos, sus colegas… y Mary. Dedicarán noches enteras a hablar, a contarse lo que hace tal o cual profesor, a las ofertas recibidas, al próximo libro por publicar.

Mary reinará entre todos ellos porque muchos saben que depende de su opinión que den o no den clases el próximo curso.

Además, todos estos profesores de Filosofía tienen mucho en común. Discuten durante horas sobre matices en la teoría de tal o cual filósofo del pasado, o sobre el último trabajo publicado por un colega. Están al tanto de todo lo que sucede en otros campus y se enorgullecen de ser parte de Harvard.

En esas reuniones me aburro, a qué negarlo. Tanto pensamiento profundo me da dolor de cabeza y en demasiadas ocasiones no sé qué decir. Creo que incluso me sonrojo cuando alguno de los colegas de Thomas se muestra amable conmigo invitándome a dar una opinión sobre un autor, un libro o un acontecimiento histórico.

Es en esos momentos cuando me pregunto por qué Thomas se enamoró de mí y cómo pude enamorarme yo de él. Pero el tiempo ha pasado y la pasión de la carne se ha ido diluyendo. Ambos hemos cumplido los setenta y no sé cómo quiero pasar los años que me queden de vida. No se me ocurre nada porque no hay nada que de verdad me despierte entusiasmo, mientras que Thomas sigue manteniendo la pasión por la Filosofía. Él puede hablar horas de Platón, pero yo no tengo nada interesante que decir ni sobre Platón, ni sobre Descartes ni sobre ningún filósofo. Tampoco voy a estar permanentemente recordando lo mucho que me costó lograr ser la primera bailarina de algunas de las compañías de ballet más importantes de mi época.

Me doy cuenta de que esa es la cuestión: mi época. En realidad, ya no tengo nada que hacer en este mundo. No es que quiera morirme, es que no sé qué hacer hasta que llegue ese momento.

Pero lo peor es que de repente me he convertido en un problema para Thomas.

No insistiré, es evidente: prefiere que no vaya con él a Boston. Allí solo sería un estorbo.

Pero y si me quedo, ¿qué hago? No me siento capaz de irme con Felicitas y Penny a Gijón. Estaríamos todo el día discutiendo. Sé que soy una persona difícil, y ellas tampoco son fáciles. Las quiero, pero no me caen bien; en realidad, me fastidia que sean como son, y me doy cuenta de que eso mismo le debe de pasar a Thomas conmigo: me quiere, pero está harto de mí. Aburrido.

Y ahora, ¿qué hago yo?

Sábado

Thomas se ha ido. Después de mucho insistir me ha permitido que le llevara en el coche hasta Barajas. No puedo engañarme: estaba contento.

Me ha dado un beso distraído antes de pasar el control de equipaje y no ha mirado atrás ni una sola vez.

De regreso a casa, Lucía me ha dicho que Felicitas y Penny también se han ido. Me ha molestado no encontrarlas para despedirnos y más estando previsto ir a Gijón en coche, ya que a Felicitas le gusta conducir. Mi hija no ha considerado oportuno decirme que tenía las maletas preparadas para irse hoy mismo. Habíamos planeado hacerlo mañana.

Debo aceptarlo de una vez: mi familia huye de mí como de la peste. Primero mi marido, después mi hija y mi nieta. ¿Culpa mía? ¿Soy tan terrible como para que estén deseando perderme de vista?

No sé qué hacer. Si no fuera sábado, le diría a Irene que me citara inmediatamente en la Clínica Alvarado para empezar el tratamiento que me devuelva un cierto buen aspecto a los brazos.

Pero es sábado y puede que hasta Lucía esté preparándose para marcharse a casa de Rosa. Sé que a Rosa le fastidia que su madre

se instale en su casa algún que otro fin de semana, pero tampoco se siente capaz de decírselo. Todo lo que es se lo debe a su madre.

A los diecisiete años Lucía llegó con una tía a España. Sin papeles, como emigrantes irregulares. Traían una dirección: la parroquia de este barrio. Allí las acogieron y ayudaron; ayuda que consistió en colocarlas en casas, como la mía, donde se hacía la vista gorda ante la falta de documentación. Por aquel entonces ella ya había cumplido los dieciocho. Mi madre aún vivía, aunque no duró mucho tiempo más. Yo había heredado la casa de mis padres; en realidad, le compré a mi hermano la mitad que le correspondía. Me acababa de casar, y estaba embarazada, lo que debo confesar que entonces no me hacía ninguna ilusión. Suponía interrumpir mi carrera. Pero estaba enamorada de Thomas y él quería ser padre, decía que si esperábamos a que yo me retirara, tendría nietos en vez de hijos.

Me pasé el embarazo llorando al pensar que difícilmente recuperaría la figura y mucho menos la flexibilidad para bailar de puntas. Quizá por eso Felicitas ha salido tan llorona.

Tal y como preveía, después de tener a Felicitas me costó volver a recuperar mi carrera. No es que me faltara trabajo; es que empezaron a dejarme de ver como el «cisne» que había sido, y eso que no escatimé esfuerzos para volver a mi peso de antes del embarazo: cuarenta y cuatro kilos. Por supuesto, Felicitas se crio con biberón.

Tuve una depresión posparto solo mitigada por el entusiasmo que Thomas mostraba ante la niña minúscula que habíamos tenido. Él fue un padre ejemplar y yo, una madre deficiente.

Thomas preparaba los biberones, le cambiaba los pañales, la bañaba todas las noches, la dormía en brazos poniendo discos de

Mozart, mientras yo contaba los días para regresar a los escenarios. Pero a qué engañarme, yo había dejado atrás los treinta y habían irrumpido otras bailarinas más jóvenes y tan ambiciosas como yo.

De lejos podía dar el pego, es decir, que los espectadores creyeran estar viendo un cisne, pero de cerca el maquillaje no lograba disimular las primeras arrugas ni devolverme la tersura del rostro.

Lucía fue mi salvación. Mi madre había insistido en que fuéramos a ver al párroco por si sabía de alguna mujer que quisiera trabajar en una casa. He de reconocer que me sorprendió que aquel cura con más años que Matusalén se mostrara tan amable conmigo habida cuenta de que no había vuelto a pisar la iglesia desde la primera comunión, que hice por voluntad de mi madre y el fastidio de mi padre.

Nada más verla supe que Lucía me iba a «salvar» la vida, la vida que llevaba entonces, me refiero.

Lucía ayudó a Thomas a criar a Felicitas. Fue ella quien la veló cuando tuvo tos ferina y más tarde sarampión. Quien sabía con solo mirarla si se estaba resfriando porque le brillaban los ojos a causa de la fiebre.

Cuando nos instalamos en Boston, le insistí a Thomas en que solo le acompañaría si nos llevábamos a Lucía. Él aceptó. Supongo que porque se daba cuenta de que me costaba «pasar» del papel de cisne al de madre.

Lucía significa mucho para mí. No diré que es como una madre porque, en realidad, yo tengo la edad de ser su madre y ella, mi hija. Yo he cumplido los setenta y ella anda por los cincuenta y dos. Pero sí es la amiga leal que mejor me conoce y no duda en regañarme cuando lo cree conveniente.

—Podrían haberme esperado por si decidía acompañarlas —dije a modo de reproche hacia mi hija y mi nieta al saber que se habían marchado.

—¿Para qué te iban a esperar? ¿No habéis tenido bastantes dramas estos días atrás? Además, no tienes ninguna gana de irte a Gijón, les amargarías las vacaciones.

—No me gusta bañarme en la playa, pero el hotel al que solemos ir es bastante agradable, tiene una terraza preciosa sobre el mar, y allí paso las horas leyendo.

—¿Leyendo? Ese será Thomas, pero tú… No le des vueltas, deja que cada uno vaya a lo suyo. Tu marido necesita descansar de tanto drama. Y a Felicitas y Penny les vendrá bien estar solas.

—¿Y yo? ¿Qué se supone que tengo que hacer yo? —respondí mohína.

—Pues ponerte esos hilos en los brazos y someterte a unos cuantos tratamientos de belleza. Eres el ideal de esos centros que prometen devolver la juventud. Ellos ganarán un buen dinero a tu costa a cambio de que creas que has recuperado algo de la juventud perdida. Lo comido por lo servido.

—¿Crees que haré mal sometiéndome a ese tratamiento de hilos tensores?

—Creo que te va a venir muy bien para entretenerte. Julio en Madrid es un mes insoportable de calor y a ti no te gusta que te dé ni una pizca de sol. ¿Qué harías todo el día? Es mejor que vayas a ese sitio y que te sometas a todos los tratamientos que te propongan. Lo pasarás bien. Eso sí, procura que no te convenzan de quitarte las arrugas o arreglarte los brazos en el quirófano.

—Es horrible cómo tengo los brazos —me quejé sin esperar su compasión, porque Lucía nunca se ha compadecido de mis problemas.

—No los tienes tan mal para haber cumplido los setenta. Ya quisieran algunas tener músculos debajo de los pellejos.

—Yo quiero recuperar mis brazos —dije como si fuera una adolescente malcriada.

—Si crees en los milagros…

—O sea que estás convencida de que los tratamientos que me voy a hacer no servirán de nada.

—Sí, sí servirán. Servirán para que te distraigas, y seguramente darán brillo a la piel. Pero lo que no pueden hacer es devolverte a los veinte años. Nunca, nunca más tendrás esos brazos largos y ligeros que se movían como las alas de un cisne. Tienes setenta años.

—¿Y qué se debe hacer a los setenta años?

—Entretenernos como podamos mientras llega el momento en el que Dios nos llame. Tú te puedes entretener en ese centro en el que trabaja Irene y otras no tienen más remedio que entretenerse cuidando a los nietos o viendo la televisión.

—Bueno, el mundo ha cambiado; hoy en día la gente mayor tiene la oportunidad de viajar. El otro día la dueña del estanco me dijo que acababa de regresar de Canarias. Había ido con un grupo de amigas, viudas como ella, en uno de esos viajes del IMSERSO o de la Comunidad de Madrid, no me enteré bien.

—Pues ya lo tienes. Se trata de sacar jugo a lo que queda de vida. Pero tú no vas a sacar jugo a nada, será a ti a quien le saquen el

dinero prometiéndote que tus brazos volverán a ser alas de cisne. Ya te digo yo que eso es imposible.

—Nadie me echa los setenta —respondí molesta.

—Bueno, pero tampoco te echan cuarenta. Estás bien para la edad que tienes y ya está.

—¿Te vas a ir a casa de Rosa a pasar el fin de semana? —pregunté para cambiar de conversación.

—No. Por dos razones: la primera, como sabes, es que no congenio mucho con el marido de Rosa; la segunda, que no te quiero dejar sola.

—Puedo quedarme sola.

—Sí, y también viajar a Marte. No tengo duda de que puedes quedarte sola. Pero hoy es sábado, estamos en julio, y la clínica esa donde trabaja Irene está cerrada por la tarde. No tienes amigas, de manera que no tienes nada que hacer. Si te parece, podemos irnos al cine y a lo mejor mi Oswaldo se anima y nos va a buscar cuando termine la película y nos invita a algo. Aunque mejor sería ir a la sesión de las siete porque ahora hace demasiado calor.

—No quiero que te sacrifiques por mí. Vete con tu novio. Oswaldo estará deseando verte.

—No me sacrifico por ti. No tengo ganas de ir a casa de Rosa. Mis amigas están de vacaciones y ya no hay tantas actividades en la parroquia. O sea que, si quieres, pasamos el fin de semana juntas, y si no quieres, me voy con Oswaldo, o me quedo en mi habitación, enciendo el aire acondicionado y veo una serie…

Me fastidia su respuesta de que Oswaldo nos pueda ir a buscar al cine… No me parece mal tipo, pero no me cae bien porque es un «sabelotodo». Según Thomas, es muy de derechas aunque sea

medio hondureño, pero es un redicho. Trabaja como pasante en un despacho de abogados y, según Lucía, gana un buen sueldo.

—¿No vamos a comer? —pregunto para desviar la conversación.

—Desde luego que sí. He preparado gazpacho y escalopines al limón.

—¿A qué hora comemos?

—Cuando tengas hambre. Mejor cuando la tenga yo, porque si fuera por ti no comerías nunca. Sigues obsesionada con mantener el peso de cuando bailabas y, ¿sabes?, con la edad, la extrema delgadez hace que se caiga la carne y solo se nos vean pellejos.

Lucía se dio media vuelta y me dejó rumiando mi desolación. Penny me ha dicho que de mis brazos cuelgan pellejos y Lucía, que la extrema delgadez, o sea, la mía, hace que solo se vean los pellejos.

Corro al cuarto de baño y me quito la blusa para verme bien los brazos. Debo reconocer que los tengo esqueléticos y feos. La carne que me envuelve los huesos es carne blanda. ¿Cómo es posible si todas las mañanas dedico una hora a hacer ejercicios con pesas?

Almorzaré con Lucía, pero no quiero que se crezca pensando que no tengo otra opción que no sea ella. Si se queda en casa, que sea porque no soporta al marido de Rosa, pero no para hacerme un favor. No me gusta que me compadezcan.

Buscaré en la agenda a quien llamar. Debo de tener alguna amiga que esté en Madrid.

Telefoneo a un par de bailarinas con las que trabé cierta amistad cuando formábamos parte del Ballet de París. Una no responde, la otra se sorprende por mi llamada amén de decirme que está navegando con sus hijos y sus nietos en un crucero por Córcega.

Prometemos quedar para vernos en septiembre sabiendo que no lo haremos.

Sigo buscando en la agenda. Dudo si llamar a Jacobo. Hace años trabajaba en una empresa de representación artística y su fuerte era el ballet. Fue mi representante. Me consiguió buenos contratos para bailar en algunas de las mejores compañías de ballet. Pero recuerdo que nos enfadamos y le colgué el teléfono el día en que le llamé porque había leído que estaban preparando un *Lago de los cisnes* para la Volksoper de Viena.

—¿Cómo no me has conseguido que baile allí? —le pregunté enfadada.

Su respuesta me dolió:

—Porque ya tienen una primera bailarina, Darina Cérny; es el gran descubrimiento de la temporada.

—¿Esa chica checa? No baila mal, pero no para ser primera bailarina —respondí airada.

—Es una joven con una técnica extraordinaria, además de bellísima y cautivadora. El público se ha rendido a ella en la Ópera de Viena, en la de París, en el Covent Garden… Se ha convertido en una gran estrella y tan solo tiene diecinueve años.

Le colgué el teléfono y desde entonces no le he vuelto a llamar. Espero que hoy no sea él quien me lo cuelgue.

Su voz me llega temblorosa a través de la línea telefónica. No me ha reconocido y dudo si decirle quién soy cuando me pregunta.

—Martha… Querido Jacobo, soy Martha.

—La soberbia y odiosa Martha, ¿y qué quieres? No creo que busques un contrato para bailar, tienes más años que Matusalén.

Le colgué el teléfono. Me había herido sin necesidad. Además, si de Matusalén se trataba, él me sacaba diez años, o sea que anda por los ochenta.

Me dije que me lo tenía merecido. Era una estúpida por llamar a las puertas del pasado. Tengo que aceptar que todos los que fuimos algo hoy no somos ni siquiera recuerdo.

Tenemos hijos, nietos y achaques, y la gente no sabe quiénes fuimos ni tiene interés en saberlo. Por eso no dejo de preguntarme el empeño de Felicitas en dedicarme varios capítulos en su canal. ¿A quién le puede importar lo que diga? Los jóvenes ignoran quién soy y los viejos no ven los canales de internet, prefieren las series de televisión.

No, no voy a llamar a nadie más. Almorzaré con Lucía y esperaremos a que disminuya el calor para ir al cine. Incluso podemos cenar fuera. Lucía tiene buen apetito, yo me conformaré con pedir una ensalada sin aliñar a la que marearé dándole vueltas por el plato.

He salido del cine de malhumor y Lucía, encantada. Espero que no haya llamado a su novio y se empeñe en acompañarnos… Mi malhumor no tiene que ver con la película, sino con mi estado de ánimo. Hemos visto *Oppenheimer*, de Christopher Nolan, aunque Lucía prefería una película romántica y yo no tengo humor para romanticismos.

Lucía ha hecho un comentario que me ha molestado:

—Lo mejor de la película es que los protagonistas tienen futuro por delante.

Sí, los personajes de la película tienen futuro y los actores que los interpretan también. Pero ¿y yo? Me fastidia saber que a los setenta tengo más pasado que futuro y que no puedo dar marcha atrás a la rueda del tiempo.

Le pregunto a Lucía qué haría si en vez de haber pasado de los cincuenta volviera a tener veinte. Me sorprende su respuesta:

—No lo sé, tampoco estoy insatisfecha con mi vida. No, no creo que me gustara dar marcha atrás. Dios ha sido bueno conmigo.

Lucía, en cuanto puede, siempre mete a Dios por medio: que si Dios ha querido esto o lo otro, que si gracias a Dios su hija y su nieta nacieron sanas, que Dios me puso en su camino, que Dios nos cuida hasta de nosotros mismos, que Dios es bueno y perdona nuestras faltas…

No comparto su fe en Dios ni en el género humano. Creo que Dios nunca me ha hecho demasiado caso, tampoco yo a Él. En cuanto a las personas…, me he cruzado con cada indeseable, que más me habría valido que Dios hubiese estado más atento.

En Madrid ya no hay cafeterías como antaño. Recuerdo que de niña, cuando mis padres nos llevaban a mi hermano y a mí al cine, después solíamos entrar en una cafetería a tomar algo; ese «algo» solía ser un sándwich de jamón y queso. Ahora las cafeterías han sido sustituidas por restaurantes orientales, bares *fashion* o tiendas gourmet. Pero no encuentras una cafetería donde refugiarte para tomar una taza de café, un sándwich o un trozo de tarta.

Se me ocurrió invitar a Lucía al viejo Café Gijón. Mi hija y mi nieta se habían ido a esa ciudad y nosotras cenaríamos algo en el mítico

café.

Me dolía que Felicitas no hubiera llamado para decirme que habían llegado bien. Vuelvo a mirar el teléfono móvil por si acaso, pero no tengo ningún mensaje, lo que me hace tomar conciencia de que mi hija y mi nieta pasan de mí.

Lucía pide un trozo de tarta de manzana y un refresco, y me mira con aire severo por si acaso se me ocurre no pedir nada. Pido también tarta de manzana y un té verde. La tarta no la comeré, pero beberé el té.

Si comiera la tarta, me metería un buen puñado de calorías en el cuerpo que desde luego no serían útiles para arreglar el estado de mis brazos.

A pesar del calor, llevo un vestido camisero con mangas remangadas hasta el codo. Eso sí, me he puesto sandalias y al menos llevo los pies frescos, si es que se puede estar fresco con el termómetro marcando 38 grados.

—Ya es tarde para que cambies, pero deberías hacer algo para no estar tan sola.

Me duele su afirmación. Me duele porque es cierta. Estoy sola.

—¿Y qué crees que puedo hacer?

—No ser tan impositiva. Tienes a mal traer a tu familia. Thomas es un santo, me pregunto cómo te aguanta. Felicitas es un alma cándida, pendiente de tu aprobación a cualquier cosa que haga. En cuanto a Penny…, tu nieta está pidiendo a gritos que le prestéis atención. Está desconcertada, tiene miedo a quedar fuera del grupo, de que la señalen, de que la condenen. Es una adolescente y las adolescentes sufren. Y hoy en día ser adolescente es peor que cuando lo eras tú o lo era yo.

No diré que Lucía me sorprende porque hace tiempo que asumí que es una mujer mucho más inteligente que yo. Tiene una capacidad instintiva para ahondar en los recovecos del ser humano, o de cualquiera de nosotros. Nos conoce mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos.

—¿Y cómo se cambia? Tengo setenta años… y no me digas que los setenta de ahora son los sesenta de antes y que tus cincuenta son como si tuvieras cuarenta.

—La apariencia física es una cosa y la realidad, otra. Tu organismo tiene setenta años y el mío, más de cincuenta, y eso no lo puede cambiar la cirugía estética, los *liftings*, los hilos tensores, el bótox o lo que sea que se ponen las mujeres en su lucha contra los signos de la edad.

Siempre me he preguntado cómo es posible que Lucía sea tan sabia. Yo la considero sabia, nada de lo que dice es banal. Es una mujer que se ha hecho a sí misma trabajando y acudiendo a esas reuniones de la parroquia que, según dice, le dan la vida. Y, por supuesto, Oswaldo, su novio del que parece estar enamorada y no comprendo por qué.

Miro a mi alrededor y pienso que muchas de las mujeres que están sentadas cerca de nosotras carecen de la elegancia de Lucía.

Es una gran señora, en cualquier significación que le queramos dar a expresión tan rimbombante. Lo es de manera natural, sin artificios.

—Sé que te puede parecer una frivolidad, pero estoy obsesionada con mis brazos, por eso he decidido ponerme esos hilos tensores.

—Lo comprendo. Durante años, cada vez que leía una reseña o una crítica sobre tus actuaciones, siempre aparecía una referencia a

tus brazos elegantes de cisne capaces de aletear sobre el escenario. Esas afirmaciones te han trastornado. No puedes aceptar que los brazos de cisne son parte de tu pasado. Hiciste bien en retirarte cuando aún tenías trabajo.

—Me retiré porque no tuve más remedio. Bien que lo sabes. A partir del nacimiento de Felicitas estuve un tiempo sin trabajar y algunas de las compañías importantes empezaron a dejar de ofrecerme papeles principales. Cuando regresé algunas de esas compañías me volvieron a ofrecer ser la bailarina principal, pero otras ya habían cubierto mi lugar con jóvenes promesas. Con el tiempo logré alargar mi carrera en compañías de segunda, y cuando un día mi representante me dijo que solo había encontrado una compañía de ballet de provincias que estuviera dispuesta a darme el papel principal en *El lago de los cisnes*, entendí que mi carrera se había acabado. En realidad, me habían echado, pero yo me negaba a aceptarlo.

—Pero te organizaste una buena despedida… Subida en el escenario del Teatro Real anunciando tu retirada. Los periodistas habían acudido sabiendo que esa sería la noticia. Te comportaste como una diva, como el cisne que ya no eras.

—Dejé el ballet un minuto antes de que me echaran. En aquellos años la Cérny estaba de moda.

—Cuántas maldiciones has lanzado contra ella. Es muy buena y lo sabes, además de lista, porque ha tenido el buen tino de retirarse.

—¿Y tú, Lucía, tú qué quieres de la vida? —pregunté de pronto sin saber por qué.

—Dios me ha dado todo lo que puedo desear. Salí de Honduras sin saber qué me iba a deparar el futuro en España. Mi tía y yo solo

traíamos una dirección, la de una parroquia en este barrio. No recordarás a don Antonio. Era el párroco cuando llegué. Murió hace unos años. Le ha sustituido otro párroco, don Pablo; buena persona, aunque un poco gruñón.

»Conocí al padre de mi hija… Me sedujo o me dejé seducir, no le echaré a él la culpa de lo que pasó. En cuanto supo que estaba embarazada desapareció, así que tuve a Rosa. Por suerte a vosotros no os importó y me permitisteis que mi hija se quedara conmigo y nos tratasteis como si fuéramos de la familia. Nunca me he sentido una criada. Y cuando, años más tarde, Rosa se quedó embarazada siendo una cría, tampoco pusiste inconveniente en que me quedara en tu casa con la niña. De manera que tú has sido la suerte de mi vida.

»Durante años pude mandar dinero a Honduras, mis padres y hermanos lo necesitaban. Gracias a ese dinero el mayor y el mediano pudieron estudiar; los otros dos no quisieron hacerlo, preferían trabajar con mi padre en el campo.

—¿Por qué no has regresado a Honduras?

—Porque el pasado, pasado está. Yo ya no soy aquella chiquilla asustada que se subió en un avión con su tía para llegar a España en busca de trabajo con el que poder ayudar a mi familia. Si regresara, me sentirían como una extraña. Además, mis padres murieron y mis hermanos se casaron, ya tienen su familia. ¿Qué nos podemos decir después de tantos años? Prefiero cerrar esa página de mi vida.

—Pero Rosa…

—Mi hija se siente española. Lo es, ha nacido aquí, ha crecido aquí. Prefiere no tener que confrontarse con unas raíces que no

siente suyas. En cuanto a Luz… Mi nieta sí que quiere ir a Honduras. Tu Penny la ha convencido de que teniendo raíces hondureñas debe ser anticolonialista e indigenista y pedir que hagan un juicio sumarísimo a los descendientes de los colonizadores.

De repente se oye una carcajada. Ahí está Oswaldo. Lucía le ha debido de mandar un wasap sin que yo me haya dado cuenta. Oswaldo nos mira con curiosidad y suficiencia:

—Vaya conversación…

—O sea que Luz quiere fusilarnos. Más que Luz es Penny quien quiere hacerlo. ¿Y tú qué piensas? —pregunto.

Lucía se queda callada unos segundos, respira y clava sus enormes ojos negros en los míos, más pequeños y de color castaño.

—Te he dicho muchas veces que no se puede cambiar el pasado, fue lo que fue. ¿Hicieron mal los conquistadores? Seguramente hicieron cosas malas, pero también algunas buenas. El mundo entonces era como era, no como es hoy. Si nos empeñamos en verlo con los ojos de hoy, entonces no entenderemos el pasado, solo nos enfadaremos —concluye Lucía.

—Además, ¿alguien se cree que por su sangre no corren otras sangres? —interviene Oswaldo.

—Pero no a la fuerza —respondo.

Lucía suelta una carcajada seca y profunda.

—No seas ingenua. Oswaldo tiene razón. ¿Crees que a lo largo de la historia la gente llegaba a un lugar, llamaba a la puerta y pedía permiso para quedarse? Tampoco hoy en día. Se hacen guerras en nombre de ideas, de intereses, y se deja un reguero de sangre y de muerte —insiste Lucía.

—Sé que los españoles mataron, pero no inventaron la muerte, los pueblos de allí también se mataban por lo mismo que hoy en día se sigue matando la gente. No, no tengo una idea idílica del pasado, tampoco del presente ni del futuro. Pero vuestro país y otros de América no han levantado cabeza —les respondo malhumorada.

—¿Y crees que eso se debe solo a los españoles? —interrumpe Oswaldo—. Puede que en parte sí, pero la realidad es que los gobernantes de hoy se esconden en el pasado para justificar sus desmanes en el presente. Es muy fácil decir que la pobreza y todos sus males son a causa de los españoles. Así no tienen que dar cuentas al pueblo. Yo no me engaño: la pobreza es consecuencia de gobiernos corruptos que se esconden en el pasado para justificar su pillaje. Lo malo es que nos lo creemos. Además, ¿crees que se preocupan de los pueblos indígenas? En absoluto. Los utilizan solo para decir que todo lo que sucede es culpa de los españoles y que antes de que llegaran aquello era el Paraíso Terrenal. Además, ¿por qué no hay gobernantes indígenas? Ya ha pasado tiempo suficiente desde que los países americanos lucharon por la independencia y la consiguieron. La mayoría de los gobernantes de América Latina son descendientes de europeos, no solo de españoles.

¡Menudo discursito! Si llego a decirlo yo, me habrían tildado de «facha». Pero decido no responder a Oswaldo para no molestar a Lucía, quien influenciada por su novio suelta otra parrafada.

—El pasado debemos conocerlo, pero no podemos cambiarlo, así que yo les suelo decir a mi hija y a mi nieta que lo que debemos cambiar es el presente.—Lucía hace una pausa antes de continuar—. Tú no sabes a qué nos enfrentamos los emigrantes que llegamos sin

«papeles», el tener que aceptar cualquier trabajo, procurar ser invisible para evitar que te señalen o que te detengan.

La opinión de Lucía y Oswaldo me sorprende. No me atrevo a llevarles la contraria porque he de reconocer que nunca me he sentido concernida por los discursos de quienes se dan golpes en el pecho y aseguran que todo lo malo que sucede en América es culpa de la Conquista. Pero lo mío no se basa en la ideología, sino en la indiferencia. Nunca me ha interesado la política y menos la del otro extremo del mundo.

Aun así, me decido a responder a Oswaldo y a Lucía.

—Así que pensáis que mi nieta quiere castigar a no se sabe quién porque en el pasado los españoles llegamos a vuestras costas e hicimos lo que hicimos…

—Tu nieta y la mía. Y eso les honra. ¿Qué sería de la juventud sin idealismo? Debemos aplaudir que quieran construir un futuro mejor que el pasado. Solo que nuestras nietas, como tantas otras personas de buena fe, no ven lo evidente: como dice Oswaldo, los problemas que América tiene hoy son consecuencia de la corrupción de nuestros gobiernos. Nos han convencido de que la pobreza que sufrimos es fruto del pasado pero, los de ahora, ¿en qué han mejorado la vida de los indígenas? Yo te lo diré: en nada. Lo que ha mejorado es la cuenta corriente de los oligarcas que nos gobiernan. Pero de eso nadie habla.

El tono de voz de Lucía denota rabia. La verdad es que me sorprende, dice cosas muy profundas; no la creía tan politizada. Thomas diría que su discurso tiene un tufillo de derechas. No quiero cargar contra su nieta, así que lo hago contra la mía:

—Penny es… es tan irreflexiva.

—Te equivocas. Penny no deja de darle vueltas a las cosas, a todas las cosas. Lo que sucede es que está desconcertada. No es fácil ser joven hoy en día. Cuando tú eras niña, cuando yo lo era, todo era más simple: los conceptos de bueno o malo, lo que se podía ser o desear; pero ahora te dicen que basta que quieras algo para que tengas derecho a tener o ser ese algo. ¿Cómo va a asimilar un pensamiento así una niña de dieciséis años? Les dicen que sus padres y sus abuelos han vivido oprimidos y han oprimido a su vez a otros, los invitan a que rompan todas las normas que nos han acompañado durante siglos… La consigna es destruir, pero no dan la fórmula de cómo construir salvo decir que uno puede ser lo que quiera ser. Así se puede llegar al absurdo.

La mirada de Lucía se pierde en algún punto que no alcanzo a distinguir. No me mira, parece abstraída.

—Mi nieta dice que es no binaria…

—Lo sé, lleva un año repitiéndolo. Cuando era pequeña, le encantaban los vestidos y que le pusieras lazos en las coletas. Ahora le han dicho que los vestidos y los lazos son elementos de opresión y que le impiden ser lo que quiere ser. El problema es que no le dan una opción de seguir siendo lo que ha sido. Una niña.

—¿Y Luz? ¿Cómo lo lleva tu nieta?

—Ya sabes que Rosa me llamó para decirme que había ido al colegio a protestar por el *bullying* que le están haciendo a Luz por

no declararse bisexual. Todas las niñas de su clase tienen dieciséis años como Penny, dicen ser bisexuales y Luz confesó que solo le gustan los chicos. La empujaron en el recreo y le pegaron camino del gimnasio.

—Hay que enseñarle a defenderse, a no arrugarse. Tu nieta es demasiado impresionable —dice Oswaldo.

—Pues yo no sé qué hacer con la mía, además de enfadarme con ella —intervengo yo.

—Confío en que la cosa cambiará con el tiempo. El párroco nos habló el otro día de la caída del Imperio romano. Nada permanece, y estas ideas terminarán encontrando su cauce sin que suceda como ahora, que arrollan a los adolescentes a su paso. El problema es cuántas víctimas quedarán en el camino —añade Lucía.

—Pero mientras eso sucede…, ¿qué podemos hacer? —insisto.

—Acompañarlas, decirles que la libertad consiste en decidir, no en seguir las consignas ni los gustos de los demás. Que deben respetar lo que dicen ser otros, pero defender con firmeza lo que quieren ser ellas. Yo le digo a Luz que no se trata de que se confronte con quienes dicen que son bisexuales o que quieren cambiar de sexo, sino que diga que los respeta, pero pida respeto para lo que ella es. Y… bueno, yo creo que Penny necesita que le pongáis límites. La estáis dejando sola, y eso la puede llevar al desastre.

—Eres muy sabia, Lucía.

—No lo creas. Ha sido Oswaldo quien me ha ayudado, quien me ha abierto los ojos. He aprendido a sobrevivir, pero me han ayudado en ese aprendizaje. Por cierto, la biblioteca de tu casa me ha sido muy útil y también los consejos de Thomas. Ha sido el mejor profesor que he tenido.

—¿Thomas?

—Sí, hace años que me regala libros; además, me convenció para que estudiara y fui a las clases de mayores que organizan en la parroquia. Gracias a él y a sus clases conseguí sacarme el bachillerato. Siempre le agradeceré a Thomas que me haya dedicado tiempo para explicarme cosas, para responder a mis preguntas, para ayudarme a ser yo misma. Ha sido muy generoso conmigo, dándome clases, todos los años de julio a enero le he tenido como profesor. Imagínate la suerte de tener para mí sola a un profesor como Thomas.

—No lo sabía… No me lo dijisteis ninguno de los dos…

—Bueno, no tenías por qué saberlo, no te lo había dicho. Siempre andas de un lado para otro. Me daba clases cuando tú te ibas al gimnasio. Un par de horas, a veces más.

—Y yo sin enterarme… —Estoy tan enfadada como ofendida, pero lo disimulo. De repente me entero de que mi marido ha estado dando clases a Lucía. Ya me extrañaba a mí que hablase como habla. Repite algunas de las cosas que suele decir Thomas.

Ella me mira y sonríe sabiendo que me siento traicionada.

—Tienes la cabeza en otras cosas y ahora estás tan preocupada por tus brazos que no te has dado ni cuenta.

Golpe bajo. Mi querida Lucía me acaba de zarandear recordándome que soy una egoísta pendiente de mí misma.

—Ya sé que cuesta entenderlo, pero cuando me veo los brazos me deprimo.

—Pues no deberías deprimirte, no puedes hacer nada por evitarlo. Te has hecho mayor, Martha, y tienes que asumirlo —asegura Oswaldo.

—¿Crees que perderé a Thomas? —pregunto a Lucía.

—Ya le has perdido, aunque no creo que vaya a pedirte el divorcio.

Sentí una sacudida de vergüenza, ira e indignación. ¿Cómo podía decirme que he perdido a Thomas? Sí, se lo he preguntado, pero no para que me diera esta respuesta.

—Sé que me quiere…

—Sin duda, pero se siente lejos de ti. No muestras ningún interés por las cosas que le interesan a él y en estos últimos meses estás bastante insoportable a cuenta de tus brazos. Bueno, en realidad llevas unos años que solo te preocupas por tu físico. Te niegas a asumir la vejez. Tu marido te quiere, pero a duras penas te soporta. Acaba de huir de ti. Le duelen en el alma tus enfrentamientos con Felicitas y Penny. No es que a él no le cueste entenderlas, pero tampoco quiere convertir sus diferencias con ellas en un muro que los separe.

—O sea que soy un monstruo.

—El papel de víctima no te va. Solo piensas en ti. Estás tan preocupada por tu físico que no te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor —insiste Lucía.

—No me gustan mis brazos —repito con fastidio.

—No te gusta tu edad —añade Oswaldo.

—La edad no me importa, son los brazos.

—La edad es lo que hace que la carne haya perdido tersura y esté blanda. Pero lo peor no son tus brazos, también tienes unos pies horribles. Si no fueras al podólogo… —me interrumpe Lucía.

—El ballet te destroza los pies —respondo defendiéndome de su afirmación.

—Pues insisto, tienes unos pies muy feos, y manchas en las piernas, arrugas en el escote, la tripa con estrías… —El juicio de Lucía es implacable.

—¡¿Tan mal me encontráis?!

—Tienes setenta años y te conservas muy bien, pero tu cuerpo no puede ser el que era. Tampoco el mío lo es. Reacciona, Martha, o te quedarás sola y además tendrás que asumir que tus brazos no tienen remedio.

La verdad duele. Y las palabras de Lucía y Oswaldo me estaban hiriendo como un cuchillo que me hundieran en la carne.

No había probado la tarta de manzana, y aun así tenía ganas de vomitar. Ellos se daban cuenta de mi malestar, pero no estaban dispuestos a hacer nada para aliviarlo. Me habían sacudido el alma creyendo que me hacían un favor, pero no estoy segura de que el que te digan la verdad sirva de nada excepto para herirte.

Salimos del Café Gijón y paramos un taxi para regresar a casa. Mañana es domingo, Lucía se ha ofrecido a quedarse conmigo, pero sé que tenía previsto almorzar en casa de Rosa y ver a su nieta. Luz le preocupa más que a mí Penny. En realidad, Penny, más que preocuparme, me irrita.

Lunes

Los domingos pueden resultar eternos. Después de desayunar con Lucía y asegurarle que estaría bien sola, me dispuse a sobrellevar el día leyendo. No lo conseguí. No fui capaz de concentrarme en la lectura. Ni siquiera me distraje pasando las hojas de las revistas de moda.

Cada dos minutos miraba el reloj con el ansia de que hubieran transcurrido horas. Qué tonta soy, cada minuto que pasa es uno menos de vida y a mi edad no me queda tanta por delante, de manera que debería ser capaz de disfrutar de todas las horas que me regalan los días.

Por la noche, Lucía llegó a eso de las diez y dijo que estaba cansada. A Luz se le había antojado ir al zoo y allá que fueron a pasar el día.

—Ya ves, sigue siendo una niña —me comentó con un deje de ternura.

No le dije que ahora las niñas como Luz y Penny tienen más vida vivida que cuando ella o yo teníamos su edad.

Al menos yo no me planteaba ninguna opción sexual. Era una niña y punto. Una niña a la que se le subían los colores cuando Jaime me

miraba.

Jaime era el guaperas de la clase y el más lanzado. Era tan simpático que caía bien a todo el mundo y los profesores le pasaban por alto travesuras que a los demás nos costaban cuando menos una regañina.

¿Qué habrá sido de él? Mejor no saberlo. Su padre era abogado, de manera que él habrá seguido la tradición familiar y seguramente habrá engordado. Supongo que estará casado con alguna chica tradicional, tendrán hijos y nietos y almorzarán juntos los domingos, que es lo que hace todo el mundo. O lo que hacían los matrimonios cuando yo era pequeña.

Ayer, al deambular por la casa, pensé en mi madre, en el disgusto que les dio a sus padres cuando decidió casarse con mi padre. Menuda idea la de mi madre de casarse con un ferroviario. Me pregunto si tenían algo en común. Ella le miraba con devoción, como si fuera el hombre más inteligente del mundo, y él la trataba con cierta suficiencia, como si no le terminara de perdonar que mis abuelos estuvieran un escalón por encima de él en el estrato social. Mi abuelo materno era empleado de banca por la mañana y por la tarde hacía horas extras como contable de las tiendas del barrio. Mi madre solía contarnos a Alberto y a mí que su padre trabajaba hasta los domingos. Y que le fastidiaba que le pidieran dinero. Para él todo era un dispendio. Pero eso le permitió ahorrar, para que sus hijos estudiaran. ¿Y yo qué le voy a dejar a Felicitas? La casa, claro, pero nada más. No he ahorrado; bueno, un poco, lo suficiente para darme algún que otro capricho, como ahora con el tratamiento de mis brazos.

Me miro al espejo. Hoy me he levantado de muy buen humor porque es lunes y a las diez tengo mi sesión de lo que sea que me vayan a hacer en la Clínica Alvarado.

Lucía entra en la habitación a decirme que el taxi me espera en la puerta. Cuando voy a salir, me vuelvo y le doy un beso.

—Gracias por todo lo que me dijiste el sábado.

Sonríe indiferente. Sabe que nada de lo que dijo me hará cambiar, que seguiré pensando en cómo recuperar la belleza de mis brazos.

Hace mucho calor, pero me he puesto otra de mis blusas y apenas me he remangado.

La recepcionista me sonríe cuando me ve entrar.

—Doña Martha, tiene que rellenar una ficha, después la acompañaré a la cabina donde la doctora García ya la está esperando.

He rellenado la ficha con fastidio. ¿A qué viene tener que poner mi fecha de nacimiento?

La doctora García es una mujer joven, o acaso solo lo parece. Tiene la piel tersa como el culito de los bebés, unos ojos de color azul intenso, y lleva una bata blanca que no oculta sus piernas largas y bien torneadas.

—Ya me ha comentado doña Ana María su preocupación por los brazos y que doña Irene aconseja el tratamiento de los hilos tensores. En cuanto la examine le diré si estoy de acuerdo o si le aconsejo otra opción.

Durante un buen rato me observa los brazos, los levanta, los suelta, me pellizca. Finalmente, da su veredicto:

—Creo que los hilos tensores pueden ser una buena opción, al menos temporal. Son bastante eficaces, su función es de soporte, un soporte invisible que proporciona una elevación natural de la piel. Es como un *lifting*, pero sin pasar por el quirófano.

—¿Y exactamente qué me va a hacer?

—Pues se trata de insertar hilos con ácido hialurónico en la dermis, es como una malla que tensa los tejidos. Los hilos se reabsorben, no se preocupe. La reabsorción estimula la producción del colágeno que vamos perdiendo con la edad. ¿Qué vamos a conseguir? Pues que sus brazos luzcan casi como «nuevos».

—¿Y los efectos secundarios?

—Muy pocos, puede que se le inflame la zona o incluso que le salga algún hematoma, pero nada que le impida hacer vida normal.

—¿Y ya está?

—Bueno, aquí aplicamos esta técnica en tres sesiones; ahora llevaríamos a cabo la primera, dentro de dos meses la segunda y dos meses después la tercera. También se puede hacer en una sesión, pero yo prefiero hacerlo de esta manera porque dura más. Eso sí, no le voy a engañar: el efecto se mantiene entre un año y año y medio; he tenido alguna paciente que le ha durado más, pero no es lo habitual.

—¿Y ya está?

—No. En alguna ocasión los hilos se rompen. No es lo normal, a mí no me ha sucedido nunca, pero quiero darle toda la información.

—¿Y cuáles son las consecuencias?

—Pues que se regresa a la casilla de salida, los brazos vuelven a estar flácidos. En su caso…

La doctora García hace una pausa, me mira de reojo de arriba abajo, suspira y después sonríe, pero más que una sonrisa, a mí me parece que ha hecho una mueca.

—Usted ya tiene una edad…

—¿Cuántos hilos cree que necesito?

—Habitualmente colocamos veinticinco en cada brazo, pero eso depende del paciente.

—¿Y cuánto tarda en ponerlos?

—Entre media hora y una hora; como le digo, depende de cada paciente. Tenga en cuenta que, antes de proceder a poner los hilos, hay que limpiar bien el área a tratar, aplicar anestesia tópica, marcaje de los vectores… Todo esto lo hacemos aquí, en la consulta.

—¿Y después?

—Se va a su casa y debe seguir algunas recomendaciones. Durante las doce horas siguientes, nada de bañarse o ducharse con agua caliente, tampoco puede usar ninguna crema. ¡Ah!, y no se le ocurra masajear la zona ni tampoco hacer ningún tipo de ejercicio. También debe evitar tanto el frío como el calor. Como verá, son recomendaciones fáciles de seguir.

—¿Cuándo se ven los resultados?

—Inmediatamente. Usted saldrá de la consulta con los brazos rejuvenecidos, tensados.

—¿Cuándo me lo puede hacer?

—Le daré cita. Debe suspender cualquier medicamento antiinflamatorio, aunque sea una simple aspirina. Venir con la piel limpia, sin crema. Y si tiene algún herpes, no importa dónde, no se

puede llevar a cabo el tratamiento. Puedo citarla para dentro de dos o tres días.

—¿No me lo puede hacer ahora?

—Desde luego que no. Tenemos que seguir el protocolo. ¿Está tomando algún medicamento?

—No, ninguno.

—Hoy es lunes; como pronto, el miércoles.

No me cae bien la doctora García, me parece un poco señorita Rottenmeier, pero supongo que es competente. Irene sabe que si algo sale mal no se lo perdonaré a ella. Además, les demandaría tanto a la doctora García como a la Clínica Alvarado.

Vuelvo a casa con cierta ilusión. No termino de fiarme de que sea tan fácil que la piel deje de colgar de mis brazos. Hay muchas mujeres más jóvenes que yo que tienen los brazos igual o peor que los míos y no hacen nada para remediarlo. Una de tres, o no les importa, lo que me cuesta creer, o el tratamiento es carísimo o los resultados no son tan fantásticos como dicen.

Lucía me cuenta que Felicitas ha llamado para decir que están bien, que en Gijón hay una temperatura muy agradable y que esta mañana se han dado el primer baño en la playa.

No, no ha preguntado por mí y eso me duele. No tenía a mi hija por rencorosa, pero al parecer no me perdona que me niegue a participar en un *show* en su canal. Penny también le habrá calentado la cabeza diciéndole que soy una egoísta insolidaria y que solo me preocupo por mí. Algo de razón tiene. Ahora mismo mi mayor

preocupación son mis brazos y si no voy a cometer una equivocación dejándome poner esos hilos tensores.

Llamo a Irene, pero me dicen que la subdirectora está reunida con su equipo; le dirán que he llamado. Esta mañana ni siquiera ha venido a saludarme. Lo que no esperaba es la llamada de Alberto.

—Como te has quedado sola, vente a cenar un día de esta semana. Mejor el viernes. ¿Te viene bien?

Acepto. Me viene bien cualquier día porque no tengo nada que hacer, pero no se lo voy a decir. No me queda otra que irme al gimnasio, al menos allí haré algo. Llamo para reservar hora con mi entrenador personal, y me dicen que está de vacaciones, pero que no me preocupe, tienen otros entrenadores. Hoy precisamente está Ricardo, que me aseguran que es uno de los mejores. Me citan a las tres y protesto por la hora. Hace demasiado calor para salir de casa, pero no me dan opción, salvo que vaya y me entrene yo sola.

Cuando le digo a Lucía que tengo que comer poco porque voy a ir al gimnasio, me responde con indiferencia:

—Hoy he preparado gazpacho y después pondré merluza a la plancha.

No rechisto. A continuación, me dice que pasará la tarde en la parroquia.

—Tengo que dar una charla a un grupo de mujeres que acaban de llegar. No tienen papeles y las pobres están asustadas.

—¿Y tú qué les dices?

—Les aconsejo los pasos a dar. Pero no lo hago sola, en las charlas siempre participa Enrique, que es el abogado en cuyo despacho trabaja Oswaldo. Él se suele encargar de intentar arreglar los papeles de quienes llegan como llegué yo, a la buena de Dios.

Hay que ayudar al prójimo, Martha. Hacer por los demás lo que nos gustaría que hiciesen por nosotros. No sabes el miedo que pasas cuando eres una inmigrante ilegal. Temes que la policía te pare, que te lleven a uno de esos centros de detención y que te deporten.

—Es un riesgo que saben que van a correr —respondo sin mucho interés por lo que me está contando.

—Pero ¡qué odiosa puedes llegar a ser! —Lucía lo dice con rabia.

Reconozco que su reacción me sobresalta. Nunca se ha dirigido a mí más que con palabras de cariño, y de repente me dice lo mismo que mi Penny, que soy odiosa.

Nos miramos la una a la otra con la misma sorpresa. Ella por lo que ha dicho y yo por lo que he oído.

—No te mereces nada de lo que tienes —murmura mientras se da la vuelta.

Y ahora, ¿qué hago? Debería despedirla por lo que me ha dicho, pero… no, no podría, la necesito. Es mejor que yo en todo. Tendría que haber aprendido de ella, pero no lo he hecho. La sigo a la cocina.

—No me interpretes mal, en realidad lo que quería decir es…

—Lo que has dicho. No te importan los demás. Solo te importas tú. Si no te importan ni tu marido, ni tu hija ni tu nieta, raro sería que te interesaran unas mujeres emigrantes ilegales como lo fui yo. Lo que me pregunto es por qué me recogiste pensando como piensas.

—A lo mejor no soy tan mala como crees. O al menos no lo era antes. Perdona, Lucía, es que estoy un poco desconcertada, no esperaba pasar el verano así… Me preocupa que Thomas se haya ido y me duele la actitud de Felicitas y Penny.

—Pues cambia, deja de mirarte los brazos y mira a los demás.

—Es que para mí el estado de mis brazos es un problema. Mi familia debería ser más solidaria con mis preocupaciones. Pero a lo mejor también yo debo estar más atenta a los demás. Lo haré… o procuraré hacerlo. Es que… no se me ocurre qué puedo hacer. El miércoles me pondrán los hilos tensores, pero después… En fin, estoy hecha un lío.

—Por una vez en tu vida podrías hacer algo por los demás.

—Sí, vale, pero ¿qué crees que puedo hacer? —respondo todo lo compungida de lo que soy capaz.

—Pues podrías acompañarme a la parroquia. Además de la charla con las mujeres, el párroco quiere que hablemos para organizar algo para los niños durante el verano. Hijos de inmigrantes que no pueden veranear porque los que tienen suerte sus madres están trabajando y los que no la tienen ven cómo sus madres se desesperan ocultándose de la policía, trabajando de cualquier cosa por lo poco que les quieran dar.

—Ya…, pobrecillos. Si quieres, puedo hacer un donativo, eso les vendrá bien —digo para apaciguar a Lucía.

—Sí, puedes dar un donativo a la parroquia y hacer algo más. Acompáñame.

—¿Yo? ¿Para qué quieres que te acompañe?

—Se me acaba de ocurrir que podrías dar clases de ballet a las niñas, las hay de todas las edades. A los niños también, aunque no creo que les guste el ballet, pero puedes enseñarles otras cosas; gimnasia, por ejemplo. Sí, los que no se apunten a ballet pueden hacerlo a gimnasia.

Me quedo muda. No sé cómo decirle que no. Hace años me proponían —y me hubiesen pagado bien— dar alguna clase magistral en alguna compañía de ballet. Siempre me negué. Pero ahora… ahora Lucía quiere que dé clases a unas niñas hijas de inmigrantes que seguramente no saben ni lo que es el ballet. Es absurdo.

—En cuanto almorcemos nos vamos, el párroco está preocupado porque no sabe qué hacer con tanto niño.

No me atrevo a replicar. Cuando lleguemos a la parroquia ya encontraré la manera de librarme de la propuesta disparatada de Lucía.

De repente parece contenta. Mientras almorzamos me ha contado que en estos momentos en la parroquia hay una treintena de niñas y niños. El cura ha convertido el salón de actos de la iglesia en guardería y con la ayuda de algunas mujeres evita que los niños deambulen por la calle. Los hay de todas las edades.

Lucía no para de alabar al párroco y a los vecinos de la zona que contribuyen a que esos niños tengan algo que llevarse a la boca «al menos durante las horas que están allí».

La escucho mientras voy pensando en cómo escaparme de lo que me sigue pareciendo un sinsentido.

No conozco al párroco; en realidad, no he vuelto a la iglesia desde que hice la comunión. Mi madre se empeñó y mi padre accedió, pero nada más. Entre los recuerdos de mi infancia no están las misas de los domingos. No soy creyente, pero de nada. No me ha dado por el budismo ni nada por el estilo. Espero que en cuanto le diga que no soy creyente me despida con cajas destempladas porque pensará que puedo ser una mala influencia para los niños.

Nada más almorzar me voy a mi habitación mientras Lucía coloca los platos en el lavavajillas. ¿Qué debo ponerme para ir a la parroquia? Lucía va vestida como en casa. Haré lo mismo: pantalón blanco, camisa blanca y sandalias. Supongo que el párroco valorará que no lleve escote ni los brazos al descubierto.

A la entrada de la parroquia hay un grupo de mujeres que saludan a Lucía. Me doy cuenta de que es una líder. La tratan con tanto respeto como deferencia.

Me presenta a algunas mujeres que me estampan unos cuantos besos en las mejillas. No soporto esta costumbre tan española de ir besándose con el primero que conoces, pero no digo nada.

Lucía me observa de reojo temerosa de que meta la pata, pero he decidido no dejarla mal, aunque, eso sí, no pienso dar ninguna clase.

En el despacho del párroco hay una mujer joven y dos hombres. Lucía me presenta:

—Pablo, esta es mi jefa.

—Siéntate donde puedas —me dice el hombre que está sentado en lo que parece la silla del despacho del cura.

Pienso que todos los que estamos allí somos voluntarios, bueno, yo no pienso serlo, pero eso ya lo diré en cuanto llegue el párroco.

El tal Pablo debe de tener unos sesenta años, está delgado y me mira con desconfianza. Creo que no le he caído bien. Al otro hombre me lo presentan como Luis, y a la joven como Cari; ella añade: «Cari, de Caridad». Asiento con la cabeza y una sonrisa de circunstancias.

—Bien —dice el tal Pablo—, Lucía me ha llamado hace media hora para decirme que aquí su jefa está dispuesta a dar clases de ballet a las niñas y niños que quieran. También puede dar gimnasia a los que no les guste el ballet. Nos vendría bien que las clases fueran por la mañana. Si te viene bien empezar a las nueve… Las familias dejan aquí a los niños antes de irse a trabajar o a buscar trabajo o a hacer todo ese papeleo insoportable para conseguir dejar de ser ilegales. Los que no quieran ni bailar ni hacer gimnasia recibirán clase de canto de nuestro director del coro. ¿Conforme, Luis?

—Por mí, estupendo. Seguro que descubrimos unos cuantos talentos. También podemos organizar visitas a algún museo, sé que es un lío, pero a los niños les encantará.

—Los niños preferirán que los llevemos al zoo o al parque de atracciones —interrumpe Cari, que es una joven que no ha debido de cumplir los veinticinco.

—Pero no podemos llevarlos todos los días ni al zoo ni al parque de atracciones, entre otras cosas, porque cuestan una pasta —responde Pablo.

—Bueno, en este barrio hay gente que está en buena situación económica, pueden estirarse y dar un donativo para las actividades de los niños —insiste Luis.

—Yo… yo puedo dar un donativo. Díganme cuánto sería necesario. —Lo he dicho precipitadamente con el convencimiento de que si doy un donativo me podré marchar y se olvidarán de su pretensión de que dé clases de ballet y de gimnasia.

—Pues muy bien, podrías hacer una donación de tíquets del zoo y del parque de atracciones. Los sacaremos por internet —concluye Pablo.

—No estaría mal que de cuando en cuando los lleváramos de excursión a la sierra. Alquilamos un autobús, preparamos bocadillos y buscamos un sitio para pasar el día cerca de algún riachuelo que no sea peligroso. Los padres que quieran venir nos servirán de ayuda —propone Cari, que utiliza como argumento que en «su» colegio, cuando hacen excursiones, involucran a los padres.

—Eso es más complicado, mira que si se nos pierde un niño o se cae… —alega el tal Pablo.

—Por eso debemos invitar a los padres que disponen de tiempo que nos acompañen. Hace tanto calor en Madrid, a los niños les encantará respirar aire puro —insiste Cari.

—¿A ti qué te parece, Martha? —me pregunta Pablo.

—La verdad es que no sé mucho de niños, pero supongo que ir al campo les gustará —respondo sin ningún entusiasmo.

—Os aseguro que les encantará. Cuando yo les digo a mis niños que nos vamos a ir de excursión, se ponen contentísimos —vuelve a insistir Cari.

—Lógico, porque así no tienen que dar clase —responde Luis.

—Bueno, yo creo que nos hemos puesto de acuerdo en lo que vamos a hacer. Por cierto, Lucía, ¿dónde está el abogado?

—Creo que todavía no ha llegado, pero no tardará.

—Las mujeres están muy preocupadas, ayer pararon a una en el metro y le pidieron la documentación. Se pegó tal susto que se desmayó. Eso la libró.

Se oye un golpe seco en la puerta, que se abre, y entra un hombre sin esperar a que lo inviten a hacerlo.

—Siento haberme retrasado.

—Pasa, Enrique, y busca una silla.

—Enrique es nuestro abogado. Mi Oswaldo trabaja para él —dice Lucía mirándome.

Enrique me mira sin verme, es decir, sin prestarme atención. Me doy cuenta de que allí no me conocen ni me reconocen, que no soy nadie para ellos salvo la jefa de Lucía.

—Te resumo la reunión: a partir de mañana a las nueve, esta señora va a dar clases de ballet y de gimnasia. Luis dará clases de canto y Cari de refuerzo de las asignaturas que los niños no hayan aprobado o se les hayan atragantado. Así cubrimos mañana y tarde. Como siempre, Lucía se encargará de coordinar todas las actividades y resolver los problemas. Sin ella estaríamos perdidos —dice Pablo mirando con afecto a Lucía.

Yo quiero decirles que no pienso dar ni una sola clase, que les daré un donativo sustancioso para que compren todas las entradas que quieran para ir al zoo, al parque de atracciones y alquilar autobuses para las excursiones, y que no me van a volver a ver el pelo. Pero cuando voy a decirlo, Luis me pregunta sonriente:

—Así que fue usted una bailarina famosa. A mí no me gusta el ballet, pero le he dicho a mi mujer que a lo mejor la conocía esta tarde y me ha dicho que fue usted muy importante. Sus abuelos la vieron bailar en San Sebastián.

Menuda bofetada me acaba de dar el director del coro. Él debe de tener como treinta años y supongo que su mujer tendrá más o menos la misma edad, y por lo que ha dicho sabe que soy bailarina por sus abuelos. Estoy por levantarme y marcharme dando un portazo, pero no puedo hacerlo por Lucía. No me lo perdonaría. De repente soy consciente de lo mucho que la necesito. ¿Qué sería de mí si Lucía se marchara? Estoy segura de que no le costaría

encontrar otro trabajo porque es seria y eficiente, además de honrada. De manera que me quedo intentando sonreír.

—He hablado con varias de las ONG que reciben y ayudan a los inmigrantes para que acojan a algunas de las familias que han venido buscando ayuda a la parroquia. Pero están igual de desbordados que nosotros —dice Pablo, que no parece estar interesado en que soy una vieja gloria del ballet.

—Sí, Oswaldo y yo también lo hemos hecho, pero sin resultados; además, estamos en julio y en Madrid todo se para en verano —responde Enrique.

—Solo podemos hacer lo que estamos haciendo, dejar a los nuevos dormir aquí; al menos estarán bajo techo y no correrán peligro de que los detengan o les hagan algo —afirma Lucía.

—Pero que se queden aquí no es solución… No tenemos camas, ni cuartos de baño más que el mío, que gustosamente comparto —responde Pablo.

—Es lo que hay. No vamos a echarlos a la calle —insiste Lucía cruzando su mirada con la de Pablo.

—¿Conocemos alguna familia que necesite a alguien para trabajar? Limpieza, jardinería, lo que sea… —propone Cari.

Ninguno responde, yo tampoco. En casa no necesitamos a nadie, nos bastamos con Lucía.

—Ahora mismo tenemos cuarenta familias. Debemos encontrar una solución —insiste Pablo.

—¿Y el párroco? ¿Qué hace el párroco? —pregunto por decir algo.

Me miran sorprendidos como si hubiera dicho una tontería.

—Pues el párroco dice lo que llevas una hora escuchando. Que estamos desbordados y que ya no sé qué hacer para ayudar a esta

gente.

Me quedo callada. O sea que Pablo es el párroco. Lucía debería habérmelo dicho. No parece ni párroco, ni cura ni nada. ¿Desde cuándo los curas van de paisano? Este no lleva *clergyman*, sino una camisa de cuadros de manga corta y sandalias. ¿Cómo voy a saber que es cura?

—Lo siento, no sabía que usted es el párroco.

—Cómo vas a saberlo si nunca te hemos visto el pelo por aquí —me responde.

—Es que… No quiero engañarles… A lo mejor no soy la persona que ustedes necesitan… Yo no soy creyente. No voy a misa desde la primera comunión, me casé en Londres por lo civil, no bauticé a mi hija y mi nieta tampoco está bautizada… Creo que es mejor que me vaya…, aunque me gustaría que aceptaran mi donación.

Lo he dicho de carrerilla, todo seguido. Todos me han mirado con indiferencia como si no tuviera ninguna importancia lo que han oído.

—¿Y qué tiene que ver que no creas en nada para que ayudes a tus semejantes? Ya te las arreglarás con Dios el día en que llegues a su presencia —dice Pablo.

—Pero… bueno, como soy atea a lo mejor no soy la mejor profesora para los niños.

—Puedes ser atea y enseñar ballet y gimnasia. No estás aquí para hablar de religión. Lo que tú creas o dejes de creer pertenece a tu conciencia. Nosotros tenemos un problema: treinta niños a los que atender durante el verano —insiste Pablo.

—Pero soy atea —insisto porque creo que no se dan cuenta de lo que estoy diciendo.

—No hace falta que lo repitas. Eres atea. Peor para ti. Lo importante es que mañana a las nueve estés aquí y tengas el buen tino y la paciencia de enseñar a unos niños que muchos de ellos están traumatizados: unos llegaron en pateras, otros han perdido a sus padres por el camino… En fin, que tú creas o no creas no es nuestro problema sino el tuyo. —Pablo no me da tregua. Es más duro que el pedernal y mi alma le trae al fresco, lo único que le importa es qué hacer con esos treinta niños.

—Creía que para dar clases o echar una mano en la parroquia se requería ser creyente —respondo por decir algo.

—No, no creo que para dar clases de ballet o de canto haya que ser creyente, sino tener el talento necesario para enseñar. Y paciencia, sobre todo paciencia. Como puedes suponer, muchas de esas criaturas ni siquiera saben lo que es el ballet. Y ya que has dicho que ibas a hacer una donación, una vez que conozcas a los críos y sepamos cuántos van a ir a tus clases y cuántos a gimnasia, podrías darles una «beca» de vestuario. Cari se puede encargar de buscar a buen precio lo que sea que se necesita para el ballet; para gimnasia, con unos pantalones cortos, una camiseta y deportivas van sobrados.

—Sí… sí…, por supuesto…, compraré lo que necesiten… —respondo azorada.

—Asunto arreglado, ahora Lucía y Enrique se van a reunir con ese grupo de mujeres recién llegadas. Cari y Luis, podéis entretener a los niños contándoles lo que les espera a partir de mañana y haciendo una lista de quién se va a apuntar al ballet o a gimnasia; si alguien se quiere apuntar a las dos cosas, no hay problema.

—Pero… yo no puedo dar dos clases a la vez…

—Ya, ya lo sé. Pero mientras das clase de ballet, Luis dará de canto y Cari de refuerzo. El caso es tenerlos ocupados.

Salí de la parroquia con dolor de cabeza. De camino a casa le reproché a Lucía que no me hubiese dicho que Pablo era el párroco.

—Pero si te he hablado de él.

—Ya, pero es que no parece cura.

—Es que los curas ya no son como cuando eras pequeña. Tienes que cambiar el chip.

—¿Y qué haremos el miércoles? Tengo la cita para que me pongan los hilos tensores… y… bueno, no pienso renunciar a arreglarme los brazos.

—Entonces llevaremos a los niños al zoo. Si te parece, podemos comprar por internet treinta entradas para el miércoles como ha dicho Pablo. Y ya que te has ofrecido a pagar un autobús, voy a ver si encuentro alguna empresa que los alquile.

Asentí sin rechistar. Me daba cuenta de que Lucía me manipulaba a su antojo, pero hasta el momento era la única persona que no me había abandonado.

Ya no había vuelta atrás y si la hubiera, me costaría perder a Lucía, y a eso no estaba dispuesta. Si Thomas regresaba a Madrid o si cuando Felicitas y Penny volvieran de Gijón no encontraban a Lucía, no me lo perdonarían y lo mismo me abandonaban para siempre.

No tenía ganas de cenar. Hacía demasiado calor y además necesitaba pensar en lo que me estaba sucediendo. Mi marido, mi hija y mi nieta me habían abandonado. Lucía me había embarcado

en hacer algo que no me interesaba y además me preocupaba el resultado del tratamiento al que me iba a someter con los hilos tensores.

Tenía el libro de Nora Ephron en la mesilla y lo releí durante un buen rato. Si a ella la crítica la ha tenido como una intelectual por escribir quejándose de su cuello, no sé por qué yo voy a ser menos por arreglarme los brazos. Ella escribió un libro, de lo mío solo se va a enterar mi familia y esas mujeres arrogantes de la Clínica Alvarado.

El sonido del móvil me alerta. Es mi cuñada Irene. Por su tono de voz parece contenta.

—Perdona que no te pude ver el otro día mientras estabas con la doctora García, pero estamos con el inventario y organizando la nueva temporada. Ya sé que el miércoles te ponen los hilos, ya verás lo bien que te van.

—¿Me harán mucho daño? —pregunté temerosa.

—Nada. No te vas a enterar. Y ya le he dicho a la directora y a la doctora que quiero estar contigo.

Se lo agradecí. Irene me transmitía confianza y estaba segura de que no permitiría que me hicieran nada que me pusiera en peligro.

Cuando terminamos de hablar apagué la luz. Necesitaba pensar en todo lo que me estaba pasando.

Echaba de menos a mi familia, no me había dado cuenta de lo que los necesitaba. Pensaba que me sobraban, que lo único que hacían era darme problemas, pero la soledad que me habían impuesto era mucho peor.

Me dolía que Thomas no me hubiese llamado. Mi marido me ignoraba lo mismo que mi hija y mi nieta. En el caso de ellas podía

entenderlo porque habíamos discutido, pero Thomas no tenía ninguna razón para dejarme plantada.

Encendí la luz y le llamé. Las once de la noche en Madrid son las cinco de la tarde en Boston, de manera que mi llamada no podía importunarle, o eso creía yo.

No parece muy contento al oír mi voz.

—Thomas…

—¿Te pasa algo?

—No, no me pasa nada, solo quiero saber cómo estás, como no me has llamado…

—No he parado de ir de reunión en reunión, ahora estoy con Mary y otros colegas…

—Lo que significa que no puedes o no quieres hablar.

—Martha, por favor…

Le cuelgo el teléfono. En realidad, lo tiro contra la pared. ¿He perdido a Thomas? Estaba segura de que tendría marido hasta el día de mi muerte y de repente me había dejado plantada para irse a Boston con la odiosa Mary y el resto de los carcamales de Harvard.

¿Se preocuparía por haberle colgado el teléfono y me llamaría? Eso es lo que deseo, lo que espero, pero pasan los minutos y el teléfono sigue en silencio. Bueno, a lo mejor se ha roto al estrellarse contra la pared. Me levanto de la cama y lo recojo del suelo. El teléfono funciona. No está roto. No puedo engañarme: Thomas no quiere hablar conmigo. He dejado de ser una prioridad para él.

No pego ojo en toda la noche. Pienso que quizá debería irme a Boston para hablar con Thomas. Pero soy capaz de reconocer cuándo pierdo una batalla y por más que me duela me doy cuenta de que mi marido ha empezado a pasar página. ¡La maldita Mary!

Siempre la desprecié por fea y por estúpida, pero está sabiendo jugar sus cartas, y su carta con Thomas es la Filosofía.

Una jugada inteligente al proponer que dirija un seminario el próximo cuatrimestre.

¿Qué le ofrezco yo? ¿Qué puedo ofrecerle? Me paso el día pendiente de mis brazos y quejándome de las llantinas de Felicitas y las ideas atrabiliarias de Penny.

Martes

Son las siete. Como no he pegado ojo, he decidido levantarme e irme al gimnasio antes de que Lucía me recuerde que tenemos que ir a la parroquia.

La escucho trajinar en la cocina y dudo en decírselo, pero al final asomo la cabeza por la puerta.

—No voy a desayunar, me voy al gimnasio, estaré un par de horas, hasta luego.

Cierro la puerta satisfecha. Lo he dicho todo de corrido para evitar cualquier réplica; acelero el paso y no respiro hasta que no estoy en la calle.

No hay un solo taxi a la vista. Los taxistas se quejan de que no hay trabajo, pero nunca están cuando se les necesita. Ando un buen trecho hasta la Castellana y allí paro a uno. No es que vaya muy lejos, a cuatro manzanas, pero no me gusta andar.

Hoy no disponen de ningún entrenador para mí, me las tengo que arreglar sola. Haré ejercicios con las mancuernas, tengo que ser capaz de levantar más peso del que vengo levantando hasta ahora.

Me canso pronto, pero no quiero regresar a casa no vaya a ser que Lucía me esté esperando para ir a la parroquia. El párroco dijo

que deberíamos ir a las diez para reunirnos con las madres y con sus hijos para ver quién se apunta a ballet y quién a gimnasia. Creo que no es necesario que yo vaya, pero anoche Lucía me dijo que era imprescindible que conociera a mis alumnos.

A las nueve y media empieza a sonar el móvil. Sé que es Lucía. Le digo que iré directamente a la parroquia y eso parece tranquilizarla.

Llego tarde y además en chándal, pero a nadie parece sorprenderle el aspecto que tengo.

Pablo y Lucía me presentan.

—Esta es Martha. Como ya os hemos dicho, dará clases de ballet y de gimnasia. Ahora tenéis que decir quién se apunta a una cosa o la otra. Martha se ha comprometido a dar una donación para que Cari compre los equipos de ballet y de gimnasia, de manera que pensad muy bien qué queréis hacer. Si alguno prefiere formar parte del coro, que vaya adonde está Luis, todavía no ha terminado de hacer las pruebas de voz.

Los niños hablan todos a la vez; sus madres sonríen unas y me miran con desconfianza otras.

—Ahora Martha os explicará en qué consistirán las clases de ballet y las de gimnasia. Tenéis cinco minutos para pensar qué queréis hacer e ir a decírselo a Cari.

Pablo se me acerca y me dice en voz baja: «Has hecho bien en venir en chándal». No sé qué responder y me callo.

Lucía se coloca a mi lado y me susurra: «Es tu turno, te toca». No sé muy bien qué esperan de mí ni qué es lo que me toca. La mayoría de las niñas están gorditas y mofletudas y no tienen ninguna gracia. En cuanto a los niños, están escuálidos, a lo mejor entre ellos hay alguno que sea capaz de hacer bien un *plié*.

—Habla —me insiste Lucía.

Carraspeo y miro a las madres y a sus criaturas, que me observan entre curiosas e indiferentes.

—Soy bailarina…, bueno, lo fui, y aquí en la parroquia creen que a algunos os gustaría aprender ballet. —Me quedo en silencio, ¿qué más puedo decir?

Lucía me da un codazo mientras da un paso adelante y se dirige a las madres y a sus hijos:

—Lo primero que vamos a hacer es apuntar los nombres de los que queréis hacer ballet y los que preferís gimnasia rítmica.

¿Gimnasia rítmica? No me habían dicho nada de gimnasia rítmica.

—O simplemente gimnasia. Eso os lo irá diciendo Martha. Ahora os vamos a pasar unas imágenes para que veáis en qué consiste el ballet.

Unos chicos colocan una pantalla mientras las madres aguardan expectantes y sus hijos hablan y gritan.

—¡Silencio! —La voz de Lucía no admite réplica y todos se callan.

Al fondo de la sala, sentado frente a una mesa, un joven que no debe de tener ni veinte años maneja el ratón del ordenador. De repente aparezco yo en la pantalla, en una de mis actuaciones de *La muerte del cisne*. Estoy muy joven, creo que esa secuencia corresponde a un reportaje que hace años realizaron en el Teatro Real. Año 1970. Fue una casualidad que me dejaran bailar como solista, la suerte me acompañó porque a la primera bailarina se le había muerto su padre. Visto con perspectiva, tengo que reconocer que bailé bastante bien. También sé que no me dieron la oportunidad por mi talento, sino porque uno de los productores de la compañía quería meterme en su cama. La actuación me costó un

revolcón con aquel tipo gordo al que le olía el aliento. Lo peor es que no me sirvió de mucho. En cuanto la primera bailarina regresó del duelo, yo volví a ser un cisne más.

Cuando terminó el reportaje, las madres comenzaron a aplaudir. Lucía me sonrió satisfecha.

—Ahora les dejamos que hablen entre ellos y ya verás.

Diez minutos más tarde, la lista más larga era la de las niñas que se apuntaban a ballet. Ni un solo niño. Ellos optaban por la gimnasia, pero advirtiendo que querían hacer gimnasia «de verdad», que no querían hacer «cosas de chicas».

Lucía me instó a que los tranquilizara asegurándoles que solo harían gimnasia. Aun así, no me resistí a decir que el ballet no era «solo» cosa de chicas y que había muchos papeles para chicos. Pero esos niños llegados de lo más profundo de América no se veían haciendo piruetas de ballet, su masculinidad quedaría en entredicho. ¿Qué pensaría Penny?

Un tanto molesta, me acerqué a hablar con algunas de las madres y me explicaron que si alguno de los críos le decía a su padre que iba a hacer ballet se llevaría una buena paliza. Fue inútil intentar convencerlas de que los chicos eran imprescindibles en las obras más importantes de ballet. Me miraban y sonreían, pero negaban cualquier posibilidad de que sus chicos pudieran ser bailarines de ballet clásico.

Entonces les pregunté si les dejarían hacer «ballet moderno». Ellas quisieron saber en qué consistía e intenté explicárselo, pero también negaron con la cabeza. Los niños harían gimnasia y ya está. Y me hicieron saber que les disgustaba que fuera una mujer la que les diera las clases de gimnasia, a sus padres no les iba a gustar.

Las clases comenzarían el jueves. El miércoles, tal y como había acordado con Lucía, irían por cuenta mía al zoo. No estaba dispuesta a renunciar a que me pusieran los hilos tensores en los brazos. Como Cari trabaja en un colegio dando clases en primaria, tiene experiencia en esto de organizar excursiones y conoce algunas empresas de las que trabajan con su colegio, en un abrir y cerrar de ojos ya estaba contratado el autobús.

Pablo insistió en que «los monitores» nos quedáramos a comer con él en la parroquia. Yo intenté resistirme, pero Lucía me dijo que no podíamos hacer «ese feo» al párroco. Él mismo había preparado el almuerzo.

Me sentó a su derecha, toda una deferencia; a su izquierda, Lucía, y frente a él, Cari flanqueada por Luis y Enrique. También había dos «madres», dos mujeres que sin duda tenían capacidad de liderazgo, porque se notaba que influían en el grupo.

Se presentaron diciendo: «Yo soy Sisa, de Ecuador. Y yo Jasy, de Paraguay».

Sisa, de estatura mediana, tiene los ojos castaños oscuros, la piel de color miel y el cabello negro, pero no es un negro rotundo. Creo que entre sus antepasados debía de haber algún europeo. En cuanto a Jasy, responde a la idea que tenemos de los indígenas: es de pequeña estatura, piel oscura, cabello negro reluciente, cara ancha, ojos rasgados.

No soy capaz de calcular cuántos años tiene cada una; siento curiosidad, pero no me atrevo a preguntar.

Pablo no es mal cocinero, aunque, dadas las fechas en las que estamos, comer lentejas guisadas con verduras se me ha hecho cuesta arriba. Pero no he dejado ni una en el plato porque la mirada

de Lucía me advertía de que si no comía estaría haciendo un feo al párroco y al resto de los comensales.

Menos mal que las lentejas no llevaban chorizo ni tocino, porque, de lo contrario, me habría negado. No porque no me guste, sino porque hago mal la digestión. Durante muchos años he comido lo justo para no morirme porque los directores de los ballets no te perdonaban que engordaras ni un gramo, y ahora no me lo perdono yo.

Enrique nos informa de que mañana mismo Oswaldo, el novio de Lucía, comienza con los trámites para legalizar a todas esas familias que han buscado ayuda en la parroquia.

—Pero cada vez nos lo ponen más difícil. Lo primero que necesitan es un certificado de empadronamiento.

—Pues hacemos como otras veces, los empadronamos a todos aquí —propone Pablo.

—Luego les solicitan certificados de antecedentes penales, contrato de trabajo, informe de arraigo social, pagar las tasas…

—¿Y si no consiguen todos esos papeles? —pregunto a Enrique.

—Pues, si les pillan, los expulsan.

Sisa y Jasy me miran como si hubiera hecho una pregunta tonta. Seguramente tienen razón, pero es que ignoro todo sobre los inmigrantes.

—Y sabiendo lo que les puede pasar, ¿por qué se arriesgan? —pregunto de nuevo evitando la mirada de Sisa y Jasy.

—Porque en nuestros países no hay futuro para nuestros hijos, solo lo hay para quienes son ricos, que se benefician del trabajo casi de esclavos de gente como nosotros. Y porque tenemos hambre. Sí, hambre.

Bajo la mirada al plato de lentejas porque me ha asustado la rabia que traslucen las palabras y la mirada de Jasy.

Le caigo mal y no lo disimula. A mí ella tampoco me gusta.

Prefiero a Sisa; es más tranquila, más conciliadora.

—No imaginas lo difícil que se lo ponemos —dice Enrique sin mirarme.

—Ya…, pero…

No digo más. No quiero decir lo mismo que dicen los partidos xenófobos que ahora abundan por Europa. Además, ya estoy metida en sus problemas por culpa de Lucía y no sabría cómo salir. Y todo porque mi marido y mi hija y mi nieta se han marchado.

Cari rompe la tensión que se ha instalado entre las madres y yo diciéndome que esta tarde me pasará por WhatsApp el listado de las alumnas que se han apuntado a ballet y el de los chicos a gimnasia.

—Yo, la verdad es que no sé si estoy capacitada para dar clases de gimnasia. El ballet no tiene nada que ver con la gimnasia, y además esos chicos… Creo que les gusta el deporte bruto —me atrevo a decir.

Pablo asiente mientras termina de tragar otra cucharada de lentejas.

—Bueno, algo se te ocurrirá —interviene Luis.

—Pues no, no se me ocurre nada. Quizá vosotros podríais organizar un equipo de fútbol, creo que eso es lo que de verdad les gustaría a esos chicos.

—Ya, pero a mí no me gusta el fútbol y no sé jugar porque tengo los pies planos —confiesa Luis.

—Y yo no he dado un balonazo en mi vida, llevo gafas y siempre he procurado escaquearme de hacer deporte —añade Enrique.

—Y yo tengo setenta años y he sido bailarina, no futbolista ni profesora de educación física. —La verdad es que me estoy enfadando.

—Pues si no quieres darles clase de gimnasia, ya nos dirás qué se te ocurre —me reta Pablo.

—Quizá podría darles clase de inglés. Martha habla inglés a la perfección. Se me debería haber ocurrido. —Lucía me mira entusiasmada por su propuesta.

—Decidido, que les dé inglés —sentencia Pablo mientras rebaña el plato.

—Pero… los chicos necesitan actividad —protesta Jasy.

—Aprender inglés es una actividad —insiste Lucía.

—Que requiere libros, cuadernos… —dice Jasy mirando a Lucía.

Lucía me mira a mí y como no digo ni palabra, lo dice ella por mí:

—Estoy segura de que Martha puede correr con los gastos de material. ¿Verdad que sí?

Asiento sin demasiado entusiasmo. Desde que Lucía me ha enredado en su compromiso con la parroquia, estoy gastando más dinero del previsto. Me he cansado de decirle que no somos ricos, que vivimos bien, pero que no somos ricos, pero eso no le entra en la cabeza.

Esta mañana he pagado treinta entradas al zoo y el alquiler de un autobús. También me ha comprometido para comprar las zapatillas y las mallas de hacer ballet, pantalones, camisetas y zapatillas de deporte para los chicos. O sea, una «pasta», como diría Penny.

—Pues asunto concluido. Martha dará clases de inglés a los chicos y aportará el material que necesiten —dice Enrique, que parece encantado de la situación.

Jasy me mira antes de hablar. Me pongo en lo peor. Le caigo mal y ella a mí también, pero procuramos que no se nos note mucho. Al menos, por ahora.

—Es muy machista eso de que las niñas aprendan ballet y los niños, inglés. Creo que las niñas que quieran también deben poder ir a las clases de inglés y… también nosotras, las madres, podríamos recibir clases de inglés. Nos vendrá bien para encontrar un trabajo.

—Yo… lo siento…, pero no tengo tantas horas para dedicar a la parroquia.

Noto la mirada de todos en mí. Entre el reproche y el estupor. Ellos dedican sus vidas a la solidaridad, y me parece bien. Pero yo… yo tengo otros problemas. Mi marido me ha abandonado, mi hija y mi nieta no me hablan y, además, mañana me van a colocar hilos tensores en los brazos.

—Pero, Martha, no son tantas horas las que tienes que dedicar a la parroquia. Tres días por semana, clases de ballet, y otros tres a las clases de inglés. Claro que hay que buscar al menos dos horas más a la semana para las madres, quizá los sábados y los domingos… —dice Pablo.

Me enfado. Sí. Me parece un abuso lo que pretenden. Y me fastidia que Lucía no me eche una mano.

—Yo tengo una vida… Lo siento, no puedo ni quiero dedicar lo que me queda de vida a los problemas de la parroquia. Vosotros…, bueno, Pablo es cura y es su obligación, y vosotros…, es vuestra decisión.

—Pero, Martha… —protesta Lucía.

—No, no me vais a organizar la vida. Vosotros tenéis vuestras prioridades y yo, las mías. Comprendo que el trabajo solidario es

muy bonito y os permite dormir bien por las noches, pero es vuestro trabajo y vuestra opción, no la mía. En realidad, no quiero dar clases de ballet, ni de inglés ni de nada.

Decepción y espanto. Eso es lo que veo en sus miradas, salvo en la de Jasy. En los ojos de Jasy hay un aleteo de desprecio con un toque de burla, como si yo sola me hubiese desenmascarado.

—Al menos, ¿pagarás? —pregunta con descaro.

—Pagaré lo que pueda. No soy rica y no dispongo de medios para asumir todo lo que decís que se necesita.

Se hace el silencio. Creo que las lentejas nos están revolviendo el estómago a todos. Pablo me mira con asombro. Cari con pena. Enrique y Luis evitan mirarme y Lucía lo hace con rabia. En la mirada de Jasy hay resentimiento. Pienso que si pudiera, me mataría sin pestañear.

Siento náuseas. Me siento una miserable por todo lo que acabo de decir. Sus miradas de decepción me duelen. Todo es culpa de Lucía, que se ha empeñado en que deje de preocuparme por mis brazos y busque un camino en la vida que merezca la pena, y ese camino cree que pasa por ayudar al prójimo. Ella ha hecho de Oswaldo, de mi familia y del trabajo en la parroquia la justificación de su vida, pero lo que a Lucía le satisface a mí no me interesa.

Hay personas que llenan su vida dedicándose a otros, y me pregunto si es solo por bondad o porque es una forma de vida, una profesión como otra cualquiera.

Llenan sus horas de vacío y sienten el confort de estar haciendo algo sublime. De profesión, «buenos». Es una profesión que exige tener vocación, pero no mucho más. Cuentas, además, con los parabienes de la sociedad.

No puedo decirles todo esto porque me odiarían y no quiero que me odien. A Lucía la quiero y la necesito, y a los otros…, he de reconocer que me caen bien, aunque nunca los habría elegido como amigos.

De repente pienso en Thomas, ¿qué diría mi marido de todo esto?

Thomas es una buena persona, sensible, solidario, preocupado por el devenir de la humanidad, mientras que a mí ese devenir no me quita el sueño.

Me doy cuenta de que Thomas lleva años firmando todo tipo de manifiestos: en contra del maltrato a los animales, a favor de la paz, en contra de la guerra, a favor de las ayudas al Tercer Mundo, en contra de los privilegios para las multinacionales, a favor de la enseñanza gratuita… y así podría seguir con una lista interminable.

Me he casado con un hombre bueno y yo no sé si lo soy. No debo de serlo cuando me importan más mis brazos que el deshielo del Polo a causa del cambio climático.

Quizá si Thomas supiera que me he comprometido en ayudar a los inmigrantes colaborando con la parroquia, podría llegar a pensar que no me conoce del todo y que lo nuestro aún tiene remedio.

En cuanto a Felicitas y Penny, se llevarían una sorpresa mayúscula si supieran que voy a dar clases de ballet a unas niñas sin gracia, hijas de inmigrantes ilegales.

Tengo que seguir adelante para recuperar a mi familia. Pero eso no implica que renuncie a que me arreglen los brazos. Mañana por la mañana acudiré puntual a la Clínica Alvarado.

Llevamos varios minutos en silencio. En la mirada de Lucía leo pena y decepción. Pero se va a llevar otra sorpresa.

—Bueno, quizá me he pasado de sincera. Haré todo lo que pueda, pero no me pidáis que me comprometa a lo que no sea capaz. Podemos empezar con los días y los horarios que habéis fijado porque estamos en verano, pero en septiembre los críos tendrán que ir al colegio y allí también podrán acceder a clases extraescolares. Por el momento, me comprometo durante el verano, y ya hablaremos en septiembre.

Ahora la mirada de Lucía es de agradecimiento; la de Pablo, de asombro, lo mismo que las de Cari, Luis y Enrique. Incluso en la de Sisa veo agradecimiento. Solo Jasy me mira con desprecio.

De regreso a casa, Lucía no deja de agradecerme que esté dispuesta a dedicar el verano a los niños.

—Me habías dado un susto y un disgusto —me dice apretándome el brazo.

—Ya, pero, por favor, procura no comprometerme en gastos que me pueden suponer un problema, y sobre todo en esta situación tan rara con Thomas. No puedo empezar a gastar a mi antojo un dinero que es de los dos. No somos ricos, Lucía.

—Ya me gustaría no ser tan rica como tú —me responde con cierta ironía.

—¿Por qué sigues con nosotros si te has sacado el bachillerato?

Mi pregunta la desconcierta, pero tengo que saberlo. En los dos últimos días he conocido a una Lucía distinta, que habla como si diera un discurso. Y no solo porque ha estudiado con la ayuda de Thomas; es que tiene opiniones sobre todo, opiniones que no son ninguna tontería. Seguramente podría encontrar un trabajo mejor que el de cuidar una casa ajena y una familia que no es la suya.

—Una buena pregunta que también me hizo Thomas y que me he hecho a mí misma.

—¿Cuál es la respuesta? —insisto molesta porque mi marido la haya invitado prácticamente a darnos con la puerta en las narices.

—Pues, analizados los pros y los contras, y dada la edad que tengo, difícilmente podría encontrar un trabajo en el que me pagasen tan bien como vosotros, y aunque lo hicieran, tendría que buscar un lugar donde vivir, porque si algo descarto es irme a vivir a casa de Rosa. En tu casa dispongo de mi propio apartamento y acuérdate de que renunciaste a la sala de billar para que yo tuviera más espacio: una habitación pequeña para Rosa y una salita de estar.

»Como eres buena persona y Thomas mucho más, cuando Penny nació decidisteis que me vendría bien una ayuda de fuera, de manera que todas las semanas viene alguien a ayudarme: primero fue Bibi; después, Paquita, Elena…

—Sí, han pasado unas cuantas —admití.

—Soy bastante exigente a la hora de trabajar. Ahora estoy muy contenta con Rosalía. Es una buena chica y se esfuerza por aprender. Además, sabe coser, que es algo que a mí no se me da muy bien.

—Pero puedes aspirar a más y además tienes a Oswaldo —le respondo con el deseo de que insista en lo bien que está.

—Ya, pero tengo unos años y no me sería fácil encontrar otro trabajo tan cómodo como este. Y dispongo de tiempo libre, nunca me has fiscalizado cuando entro o cuando salgo. Oswaldo y yo estamos bien así. De manera que no, no tengo intención de irme.

Envejeceremos juntas. Bueno, tú ya lo has hecho, a mí aún me falta un trecho.

Me muerdo la lengua. O la despido, que ni se me ocurre, o sonrío como si hubiera dicho algo gracioso.

Miércoles

—La doctora García la está esperando —me dice la recepcionista de la Clínica Alvarado.

Es una estirada. Claro que su jefa, la tal Ana María, también lo es. Lo mismo que la doctora García. Aquí el personal que he conocido hasta ahora se da unos aires de superioridad que te hacen sentir insignificante.

—Ah, y doña Irene me ha pedido que la avise de su llegada.

Bueno, al menos mi cuñada estará de mi parte.

No ha pasado ni un minuto cuando una joven vestida de enfermera aparece en el hall. No sonríe. Aquí nadie sonríe. Se limita a decirme que me va a acompañar a la «sala» donde «va a proceder» la doctora García.

No quiero imaginar si estas mujeres, en vez de trabajar en un centro de belleza, lo hicieran en la ONU. Son todas unas petulantes.

La doctora García me recibe con la mascarilla y los guantes puestos. Ya tiene organizados todos los utensilios que necesita para colocarme los hilos tensores. Me recibe con un escueto «buenos días» y a continuación me pregunta si llevo alguna crema en los brazos.

Dos minutos más tarde, una enfermera, igualmente con guantes y mascarilla, y sin invitarme a sentarme, me limpia los brazos con un líquido antiséptico. Acto seguido, la doctora García se acerca, me mira y remira los brazos, me los levanta, me los mueve de un lado a otro y empieza a «pintarme» una especie de malla que, según me dice cuando le pregunto, son «las líneas de vía de acceso de los hilos». Luego me expande una crema anestésica. Finalmente, coge una aguja que me produce cierto temor.

—¿Qué va a hacer? —pregunto temerosa de que me suelte un bufido.

—Insertar los hilos —responde sin mirarme a los ojos.

—Ya…

No me pregunta si me duele o molesta. Esta abstraída. Me recuerda a mi abuela cuando se ponía a coser junto a la ventana. La crema anestésica no me evita el dolor, o al menos no me lo evita del todo.

No sé si decirle que lo deje, que yo me voy a mi casa. Pero está tan concentrada metiéndome hilos que no me atrevo a interrumpirla.

No sé cuánto tiempo ha tardado, pero suspiro con alivio cuando la oigo decir: «He terminado».

La enfermera me coloca un espejo ante los brazos y he de reconocer que parecen más estirados que antes, aunque también tengo unos cuantos moratones y me da la sensación de que están un poco hinchados.

—El enrojecimiento se le pasará en dos o tres días. Siga mis instrucciones al pie de la letra, ya sabe: no usar ningún tipo de crema, no ducharse ni bañarse con agua caliente ni muy fría,

prohibido hacer gimnasia o cualquier otro ejercicio y nada de masajes.

—¿Puedo hacer vida normal?

—Ignoro lo que para usted es vida normal, de manera que aténgase a lo que le acabo de decir.

—¿Cuándo tengo que volver?

—Su efectividad suele durar un año.

—Ya, pero ¿no es necesario que venga antes?

—Salvo que quiera ponerse hilos tensores en otra zona del cuerpo, no veo la necesidad.

—Pero puedo tener alguna reacción y…

Me corta con un «no» rotundo.

—Ya le he dicho que es una técnica segura.

—Sí, sí, pero nunca se sabe…

—No sabrá usted, yo sí sé lo que hago.

Está claro que la doctora García y yo nunca seremos amigas.

Irene me espera en la recepción.

—Ya sé que todo ha ido muy bien —me dice.

—Bueno, me duelen un poco los brazos.

—Nada, será poco, enseguida se te pasará. Me ha dicho Alberto que el viernes vienes a cenar a casa. No sé si estará alguno de los chicos, pero da igual.

Cuando llego a casa, voy deprisa al cuarto de baño contiguo a mi habitación para mirarme los brazos. Tengo que reconocer que la piel parece estar más estirada y que ya no me cuelga por los lados. Aunque me preocupa que me duela. No es que me duela mucho, pero me duele. Además, en algunas zonas la piel tiene un tono rojizo nada favorecedor.

Un golpe seco en la puerta y la voz de Lucía preguntándome cómo me encuentro. Abro la puerta y estiro los brazos para que me dé su opinión.

—Tienen buen aspecto, más estirados. ¿Estás contenta?

—Bueno… Aún no sé si estoy contenta o no. Eso lo sabré mañana.

—Si te parece, podemos almorzar. He preparado una ensalada y unas pechugas de pollo asadas.

No tengo hambre, pero sé que Lucía se preocupa si no como.

Apenas pruebo bocado. Me duelen los brazos y Lucía me está mareando con los asuntos de la parroquia. Menudo error he cometido dejándome engatusar por ella. Mi padre tenía razón: si caes en las redes de los curas, ya no te sueltan.

Se lo decía a mi madre, que hacía lo imposible por ir a misa y ayudar en el ropero de la parroquia, lo que ponía de malhumor a mi padre. «La solución a los problemas no es que lleves a la iglesia la ropa que ya no les está bien a Martha y a Alberto, sino que el Estado asuma su responsabilidad, que no es otra que hacer que la gente viva con dignidad y justicia, no a costa de la caridad».

No, no es que me vaya a hacer estalinista como lo era mi padre, pero ahora pienso que tenía razón.

Pese a los esfuerzos de mi madre, mi padre impidió que fuéramos a catequesis y que nos «disfrazaran», dijo, para hacer la comunión. «Si tanto te importa que tus hijos hagan la comunión, pues los llevas un día cualquiera y que comulguen». Pero mi madre no cedió y al final hicimos la comunión junto al resto de los niños del colegio, solo que tanto mi hermano como yo fuimos de «prestado». Mi padre se negó a permitirle comprarme un vestido de comunión blanco como el de las demás niñas y a Alberto «disfrazarle de marinerito». Al

parecer, la directora se apiadó de nosotros y habló con una familia cuyos hijos habían hecho la comunión el año anterior.

—Me voy a descansar un rato porque me duelen los brazos —dije sin terminar de comer para poder escaquearme de la conversación.

Disfruto de la soledad de mi habitación, aunque siento cierta desazón ante la ausencia de Thomas. Sigue sin llamarme y no veo razón para hacerlo yo, puesto que es él quien ha decidido marcharse.

Son las tres de la tarde en Madrid y las nueve en Boston, espero que no esté retozando en la cama con Mary. Me digo que es imposible porque mi marido siempre ha tenido buen gusto, es demasiado sensible y culto como para que pueda acostarse con Mary.

Al final no me resisto y marco su número. Me responde a la primera y por el tono me doy cuenta de que no está solo.

—Hola, Martha, estoy aquí con unos colegas.

—¿Y dónde es «aquí»? —pregunto por decir algo.

—En la universidad. Además de las clases lectivas, Mary tiene previsto celebrar distintos seminarios y ha traído a unos cuantos filósofos jóvenes cuya presencia será todo un acontecimiento.

No sé qué decirle teniendo en cuenta que está junto a otros profesores y, por tanto, es imposible mantener una conversación personal.

—Cuando puedas llámame…

—Lo haré.

El clic que me llega es la evidencia de que ha colgado. O al estar con otros profesores no puede enzarzarse en una conversación personal, o simplemente no tiene ganas de hablar conmigo.

No puedo aceptar que tantos años de matrimonio se hayan diluido sin que haya pasado nada. No hemos tenido una discusión en la que nos hayamos tirado los trastos a la cabeza. Tampoco nos hemos faltado al respeto, ni yo le he pillado con otra, ni él me ha pillado con otro. Ya no tenemos edad para jugar a las infidelidades. Sin embargo, de repente parece que nos separe un abismo, que ninguno de los dos podemos o sabemos o queremos franquear.

No, no me resigno a que nuestro matrimonio haya saltado por los aires sin una discusión por medio.

Me miro el brazo izquierdo y noto que lo tengo levemente hinchado y que la rojez en el derecho ha aumentado. No sé si me debo de preocupar e irme a urgencias o seguir lamentándome del desplante de Thomas.

Le volveré a llamar para darle un ultimátum: o viene él o voy yo, pero no podemos poner fin a casi cuarenta años de matrimonio sin al menos habernos peleado. No sé por qué se ha ido. Me debe una explicación.

—Martha, ¿estás bien?

La voz de Lucía denota preocupación. No tengo ganas de hablar con ella. Me duelen los brazos, me duele la ausencia de Thomas. Me duele que mi hija y mi nieta no se dignen a llamarme para saber cómo estoy.

—Estoy bien, solo un poco dolorida, descansaré un rato —respondo con el deseo de que estas palabras sean suficientes para que me deje tranquila.

—Si te duele, te llevo a la clínica para que esa doctora te eche un vistazo…

—No te preocupes. Voy a descansar un rato. Si cuando me despierte no he mejorado, ya decidiré qué hacer.

—Vale, lo que tú quieras. Oye, ¿me podrías decir dónde tienes ese libro de Nora Ephron? Tengo curiosidad por saber por qué no le gustaba su cuello y eso la llevó a escribir un libro.

No sé dónde lo he dejado, puede que en la biblioteca o encima de la mesita de mi sala. Ahora lo único que quiero es que Lucía no me moleste.

—Ni idea, ya lo buscaré —respondo con un tono que espero que interprete que no debe insistir.

—Bueno, cuando lo encuentres me lo dejas. Y no dudes en llamarme si no te sientes bien.

Guardo silencio mientras escucho sus pasos alejarse de mi puerta. No tengo ganas de hablar con ella. En los últimos días he descubierto que no la conocía. Tiene opiniones políticas, opiniones sobre todo. Y, además, Thomas y ella me han estado engañando. Mi marido la ha ayudado a estudiar el bachillerato sin decirme ni una palabra, y ella tampoco lo ha hecho. ¿Por qué? No encuentro justificación alguna, salvo que, entre clase y clase, se dieran un revolcón. Recuerdo que hace años Thomas me dijo que Lucía era «una mujer interesante y atractiva». Yo no le di importancia. A mí no me parecía ninguna de las dos cosas. Afable, cariñosa, trabajadora, cumplidora, lista, eficaz, buena cocinera…, todo eso sí, pero «interesante y atractiva» me pareció una exageración.

No es que Lucía sea fea, no lo es. Debo reconocer que tiene buen tipo, aunque no está tan delgada como yo. En alguna ocasión le he regalado alguno de los vestidos que ya no uso y no ha podido arreglarlos porque les faltaban costuras para agrandarlos. Pero he

sido generosa con ella. Su cumpleaños, su santo, Navidad, Reyes…, siempre encuentro la ocasión para hacerle un regalo con alguna prenda u objeto que no esté al alcance de su sueldo.

Me he debido de quedar dormida porque me despierto sobresaltada con unos golpes secos en la puerta de mi habitación.

—Martha, Martha, ¿estás bien?

Ya ha oscurecido y no alcanzo a ver mi reloj, que he dejado encima de la mesilla.

—Estoy bien —respondo somnolienta.

Lucía abre la puerta sin que yo le haya dado permiso para entrar y se acerca de puntillas hasta la cama. Me mira sonriendo mientras dice:

—Me has asustado, pensaba que te podía haber pasado algo, pero, por lo que veo, solo te has quedado dormida.

Sí, no sé en qué momento me he dormido. Solo recuerdo la escueta conversación con Thomas y eso me pone de malhumor. Menudo capullo está hecho. Tengo que tomar una decisión que no puede ser otra que irme mañana mismo a Boston. Vaya sorpresa se va a llevar. Lo malo es que mi presencia inesperada le incomode y eso dé paso a una discusión que nos lleve al límite de que no haya vuelta atrás. Y si fuera así, lo mismo tenemos que divorciarnos.

No, no quiero divorciarme. ¿Qué haría yo sin Thomas?

Me incorporo de la cama. Lucía me observa y su gesto de preocupación es sincero.

Es evidente que he debido de quedarme dormida. Supongo que el que me hayan puesto los hilos tensores me ha producido cierto

estrés.

Los centros de belleza siempre me han parecido *terra ignota*, te intentan convencer de que te pueden rejuvenecer y es difícil no caer en la tentación.

Conozco a unas cuantas mujeres a las que han convertido los rostros en máscaras con las inyecciones de supuestas vitaminas, rellenos en los labios y cirugía. Algunas tienen los labios tan hinchados que más que labios son morros; otras, la piel tan estirada que les han borrado cualquier signo de expresión. Y las narices… Parece que los que operan solo tienen un modelo de nariz porque las reducen como si hubieran pasado por las manos de un jíbaro. Tengo varias conocidas cuyas narices son exactamente iguales. Eso sí, ninguna reconoce que no le gustaba su nariz, sino que intentan convencer de que tenían desviado el tabique y que por eso tienen la nariz más pequeña. No las cree nadie, pero para que la civilización funcione hay que aceptar cierto grado de cinismo.

Claro que no soy quién para criticarlas, puesto que yo misma he caído en la trampa y me he dejado colocar esos hilos tensores en los brazos para evitar el efecto de alas de murciélago.

—¿Quieres un té helado o te preparo algo de cenar? —me pregunta Lucía, que me sigue observando con cierta preocupación.

—No tengo hambre, pero un té me vendrá bien.

Quiero quedarme sola, levantarme poco a poco y que no me hable. No tengo ganas de hablar ni con ella ni con nadie.

Moqueo. Me he quedado dormida con el aire acondicionado. Lo puse a 18 grados porque el calor de Madrid en verano es como viajar al Infierno.

Espero que mi padre tuviera razón y el Infierno no exista, porque, decía, pasar la eternidad metido en el fuego es una crueldad que solo se le puede ocurrir a un sádico.

Como todavía no tengo que enfrentarme al problema de si existe el Infierno, o eso creo, decido darme una ducha fría. De repente me acuerdo de que la doctora García me dijo que evitara temperaturas extremas de calor y frío. No sé si ella considera que estar a 38 grados es una temperatura extrema. En cuanto al agua de la ducha, la regularé para que no esté ni caliente ni fría.

Cuando por fin me reúno con Lucía en la cocina ya tengo preparado un vaso con té helado.

—He encontrado el libro —me dice.

—¿Qué libro?

—Pues el de *No me gusta mi cuello*, de Nora Ephron. Lo tenías en tu sala de estar y ya llevo leído la mitad. Tiene gracia.

—Hacerse vieja no tiene ninguna gracia —respondo de mal humor. Las siestas siempre me afectan al carácter.

—Hacerse vieja es una putada contra la que no se puede hacer nada. Puedes ponerte todos los hilos tensores que quieras, meterte en un quirófano para que te estiren la piel, inyectarte bótox…, pero vas a seguir teniendo los años que tienes. Eso no hay nadie que lo pueda remediar —admite Lucía.

—Ya verás lo que te va a fastidiar, cuando tengas mi edad, estar arrugada como una pasa.

—Pero por muchos hilos y bótox que te pongas, no puedes engañar a la vejez.

—Lo sé, pero… supongo que muchas mujeres no nos resignamos a envejecer.

—Es peor morirse.

—Sí. Eso es lo peor que nos puede suceder. ¿Tú le has encontrado sentido a la vida?

—Si crees en Dios, entonces tiene sentido; si no crees, te quedas a solas con la nada.

—Eso es muy profundo, muy filosófico. Pero, con Dios o sin Dios, es angustioso tener que morirse y dar ese salto al vacío. Nadie ha regresado para decirnos si hay algo después de la muerte —le respondo malhumorada.

—Tienes que encontrar un sentido a tu vida; de lo contrario, vas a ser infeliz los años que te queden por delante. —Lucía no parece conmoverse ante la angustia que me provoca la incertidumbre.

—Mi vida tiene sentido, la vida misma. No tengo que buscarle tres pies al gato.

—Pablo dice que a todos los mayores os pasa lo mismo, que os empezáis a angustiar cuando se acerca el final.

—Yo no estoy en el final, y Pablo me parece que se pasa de listo.

—Es sacerdote, de estas cosas sabe.

—De mí no sabe nada, no me conoce, ni ganas tengo de que me conozca. Y he de decirte que me has preparado una encerrona llevándome a la parroquia y obligándome a comprometerme a dar clases de ballet y de inglés. Como si yo no tuviera otra cosa que hacer.

Respondo con acritud porque definitivamente estoy de malhumor.

—En realidad, no tienes otra cosa que hacer. Lo único pendiente eran tus brazos y gracias a Irene te los han arreglado.

No voy a ablandarme porque me diga que mis brazos tienen mejor aspecto cuando yo los veo rojos como pimientos morrones. La

cuestión es que no me apetece convertirme en una ancianita que mata el tiempo en actividades parroquiales.

De pronto Lucía me parece diferente. Estoy pasando de la admiración a cogerle manía. Se comporta con cierto descaro, se permite el lujo de decir lo que piensa. Recuerdo a Javier, el novio de mi amiga Pilar, que contaba que cuando alguien le decía eso de «¿me permites que sea sincero?», él respondía con un «no se lo permito, no sea usted maleducado». Pues eso es lo que está haciendo Lucía.

Lleva mucho tiempo viviendo en esta casa, pero nunca habíamos intimado tanto como estos días. Debe de creer que dependo solo de ella, puesto que mi marido, mi hija y mi nieta me han dado con la puerta en las narices.

—No voy a convertirme en una vieja de sacristía —le respondo.

—Desde luego que no, ese papel no se te daría bien. Pero sé práctica, estamos en julio, hace un calor insoportable. Todas las personas que conoces están de vacaciones y tu familia se ha marchado. No tienes nada que hacer. Ayudar a esos niños y a esas mujeres te tendrá entretenida, y esa ayuda tiene fecha de caducidad: septiembre. En septiembre los críos tienen que estar escolarizados y de aquí a entonces muchas madres ya estarán trabajando. De manera que las clases que vas a dar se alargarán unas pocas semanas. Además, te vas a divertir, ya lo verás.

Su razonamiento es lógico. No intenta convencerme dándome un sermón sobre que yo también debo hacer algo por los demás. Lo plantea en términos favorables para mí. No tengo nada que hacer y dar esas clases es una manera de pasar el tiempo hasta septiembre.

—¿Y si regresa Thomas? ¿O Felicitas y Penny me llaman para que vaya con ellas?

—Deberías ir haciéndote a la idea de que Thomas no va a regresar y que, si lo hace, será cuando termine de dar ese seminario en Harvard. Aunque lo dudo. En cuanto a Felicitas y Penny, por ahora están en Gijón, y conociendo a tu hija, seguro que se le ocurre algo para no regresar a Madrid. Ya sabes que sufre mucho con el calor.

—Pero Penny… No creo que Penny renuncie a estar con sus amigos.

—Son raros, pero también veranean. ¿O crees que todos esos críos rechazan irse con sus padres de vacaciones? Lo hacen protestando, pero se van. Son como ella.

—¿Qué quieres decir con que son como ella?

—Pues que no son ni pobres ni marginados. Son adolescentes rebeldes que tienen una idea del mundo diferente a la tuya y a la mía, que creen que basta con querer algo para tenerlo, porque en realidad siempre ha sido así para ellos. Pero tienen calor como todo el mundo, y es más llevadero protestar y pelearse con los padres a orillas del mar o con un precioso paisaje de montaña de fondo que en el asfalto de la ciudad.

—Pero solo pensábamos estar quince días en Gijón…

—Ya, y luego tú pensabas irte con Thomas a Cerdeña, y Felicitas, que es blanca como la nata, estaba pensando en irse a los Alpes suizos. Por si no te lo había dicho, creo que había encontrado una agencia de viajes que organiza actividades en zonas de montaña: marchar desde el amanecer, subida a glaciares, baños en lagos helados… Y conociendo a Penny, estoy segura de que acompañará a

su madre, protestando, porque es parte del papel del personaje que cree ser, pero irá.

—¿Hay algo que no sepas de nosotros? —le pregunto con tanto asombro como rabia.

—Supongo que todos guardáis algún secreto —responde con una sonrisa conciliadora.

—¿Y tú? ¿Cuáles son tus secretos? Creo que en realidad no te conozco.

—Me conoces, claro que sí, lo que sucede es que nunca has dedicado un minuto a pensar en mí. Estoy aquí, soy parte del mobiliario. Y no tengo dudas de que me tienes un afecto sincero, que me ayudarías para resolver cualquier problema que pudiera tener. Eres mejor persona de lo que crees y de lo que los demás pueden ver. Lo sé.

Nos quedamos en silencio. No sé qué decirle. Estoy confundida, son demasiadas cosas las que me están pasando estos días y, para colmo, me duelen los brazos. No es un dolor insoportable, pero no tan leve como me dijo la doctora García.

Lucía tiende su mano y coge la mía. Me la aprieta con ternura mientras me dice:

—¿No te importa quedarte un rato sola? Oswaldo me está esperando…

Sí, sí me importa, pero no se lo digo.

Primer día

Lucía me ha despertado a las ocho llevándome una bandeja con el desayuno a la cama. Supongo que es su manera de ayudarme a comenzar la mañana.

—A las nueve tenemos que estar en la parroquia…

No sé qué ponerme. Opto por unos pantalones y una camiseta con mangas que me cubra las rojeces de los brazos. Me duelen menos, pero aún los tengo un poco hinchados. Meto el maillot y las zapatillas en una bolsa. No tengo ningunas ganas de ir a dar clase a ese grupo de niñas que no saben ni lo que es el ballet.

Cuando llegamos, Cari está con ellas. Les está contando algo que las hace reír.

Ya están todas con pantalones cortos y camisetas.

—Hasta que no pasen unos días no compraremos mallas ni zapatillas —me dice.

Asiento. Cari me cae bien. Es educada y no intenta imponer nada a nadie, tampoco a mí. Escucha, sugiere y calla. Me sorprende que hayan colocado una barra de extremo a extremo de una pared del salón de actos de la parroquia.

—Lucía nos dijo que teníamos que colocar una barra porque, de lo contrario, no podrías dar las clases.

Asiento. Lucía siempre va dos pasos por delante. ¿Cómo no se me había ocurrido? Supongo que quería evitar que me fuera con la excusa de que sin barra no se puede dar clase.

Las niñas están nerviosas y yo, resignada. No creo que vaya a descubrir en ellas a una futura estrella, pero tampoco quiero ser pesimista.

Les pido que se coloquen todas de espaldas a la barra, pero sin apoyarse, y que vayan diciéndome sus nombres, aunque Cari ya me ha dado un folio con el nombre y la edad de todas.

Les explico que vamos a hacer unos ejercicios y que les enseñaré unos pasos. También les advierto que el ballet no es un juego, sino que exige mucho esfuerzo y sacrificio.

Me escuchan en silencio. Cari las debe de haber aleccionado para que no me contraríen porque ni pestañean.

Dos horas después, estamos todas sudando. Primero hemos hecho ejercicios de calentamiento de cuellos, rodillas, brazos y hombros, y también estiramientos. Luego les he enseñado algunas de las posiciones básicas de los pies: primera, segunda, en paralelo y también de brazos, desde la posición primera y segunda. Mañana les enseñaré a coordinar piernas y brazos.

Las niñas carecen de flexibilidad, pero se han esforzado. Han seguido mis indicaciones sin rechistar. Ignoro si sacaré algo de ellas, pero al menos han demostrado que son capaces de seguir una disciplina. Lo que no sé es si habrá «fugas», o sea, si pasado mañana volverán todas o habrá quienes pidan a sus madres que las liberen de este esfuerzo.

Voy al lavabo a refrescarme. Estoy agotada y me duelen los brazos. La doctora García me advirtió que no hiciera ningún esfuerzo. Allí me alcanza Cari.

—Las niñas están muy contentas. Si escucharas sus comentarios…

—Bueno, es el primer día, ya veremos cuando dentro de un rato les duela todo el cuerpo por las agujetas.

—Pero…

—¿Qué?

—Dos horas es mucho, están agotadas. Creo que una hora es suficiente.

—Díselo a Lucía.

—Se lo diremos las dos. Una de las pequeñas ha vomitado del esfuerzo que ha hecho.

—¿La morenita con coletas con cara de india?

—Por favor, Martha, dices las cosas de una manera que resultan ofensivas.

—Vamos a ver, ¿la niña a la que te refieres es morenita o no?

—Sí, pero…

—¿Y es indígena o es sueca?

—Es paraguaya.

—¿Viene de una comunidad indígena, sí o no?

—Martha, la cuestión no es de dónde viene, sino cómo dices las cosas. Suena muy despectivo eso de que la pequeña tiene cara de india.

—Pero si es indígena, ¿de qué va a tener cara? Los prejuicios están en vuestra cabeza, que buscáis palabras que digan lo mismo. Conclusión: no sé dónde está la ofensa si digo que una niña es morenita y con cara de india. El problema es cómo lo «oyes» tú. Yo

he hecho una descripción de la niña y tú en esa descripción ves una ofensa. Por cierto, que esa cría es muy delgada, flexible y además pone interés.

—¿Crees que alguna más tiene condiciones? —me pregunta esperanzada.

—Es el primer día…, no lo sé. El ballet requiere talento y condiciones físicas, pero también disciplina y capacidad de sacrificio. En el ballet se sufre. Ya veremos.

—La niña se llama Nai y es hija de Jasy.

—¿Y qué significa «Nai»?

—«Dulce», traducido del guaraní.

Jasy se ha hecho presente y su voz está plagada de rabia. Una rabia contenida, pero rabia. ¿Rabia contra mí? ¿Rabia por haber tenido que dejar su país? No lo sé, pero Jasy no me cae bien, ni yo a ella. Parece que pretende que nos sintamos culpables de su situación, sea esta la que sea.

—Tu hija tiene pundonor. No se ha quejado ni una sola vez y se ha esforzado.

—¿Tiene tanto talento como para hacer del ballet su modo de vida? —pregunta Jasy.

—No lo sé, ni siquiera sé si tiene talento. Pero, como he dicho, tiene pundonor y no se ha quejado por más que han movido algunos músculos por primera vez, e incluso puede que se haya producido algún desgarro. Me gusta su actitud.

—Somos indias, estamos acostumbradas a resistir.

—¿A ti también te molesta la palabra «india»? —pregunto a Jasy sabiendo que puede dar lugar a una discusión.

—La palabra «india» es una definición que yo asumo con orgullo pero que tú dices con desprecio.

—¡Eso sí que no! Estás haciendo un juicio de intenciones. Mira, comprendo que estés fastidiada por haber tenido que abandonar tu país y atravesar un océano para llegar a un lugar donde nadie te espera. No es fácil tomar la decisión de dejar atrás todo lo que te es conocido. Pero yo no soy culpable de tus circunstancias. Aunque lo mismo crees que tengo un pecado original, ser española, habida cuenta de que fueron los españoles los que descubrieron América.

—¡Cuánta arrogancia! Vosotros no descubristeis nada. Que no tuvierais noticia de nuestro continente, de nuestra civilización, no significa que nos hayáis descubierto. Lo que hicisteis fue…

—No tengo ni idea de lo que hicieron quienes llegaron a tu país, pero no me siento concernida fuese lo que fuese que hicieron.

—Robarnos, intentar destruir nuestras costumbres, nuestra cultura, imponernos vuestro Dios…

—Mira, no voy a discutir por lo que pudo suceder hace quinientos años. Cada uno cuenta la historia según le va. Rezumas resentimiento porque te han contado que vivíais en el Paraíso Terrenal y que los españoles lo destruyeron. Si esa versión te hace sentir bien, pues vive con ella. En cualquier caso, te repito: a mí me da igual lo que pasara hace quinientos años.

Cari nos mira con preocupación. La animadversión de Jasy hacia mí es innegable y a mí tampoco me cae bien. Tengo mis propios problemas.

Una mujer bastante guapa se acerca a nosotras sonriendo.

—¿Qué tal, chicas? ¿Cómo están yendo las clases? —pregunta al tiempo que coloca una de sus manos en la cintura de Cari.

—Es mi novia —dice Cari, y si yo pongo cara de asombro, la de Jasy es un poema.

—Soy Beatriz, además de su novia —afirma con una sonrisa.

Jasy la mira con tanto estupor como asco y yo no sé qué cara he puesto, pero seguramente a mi nieta no le gustaría.

—Beatriz es empresaria —explica Cari con orgullo.

—¡Bah! Lo de empresaria suena a mucho y lo que tenemos son dos peluquerías.

—También has abierto un centro de manicura y pedicura —insiste Cari.

—Negocios de barrio, modestos, pero que funcionan bien.

Jasy no dice ni palabra, pero observo que no le ha parecido bien que Cari tenga novia. He de reconocer que también yo me he desconcertado, pero teniendo en cuenta que mi nieta es no binaria, lo de ser lesbiana me parece de lo más normal. Entonces tengo una «ocurrencia».

—Pues Beatriz también podría echar una mano enseñando a peinar y a hacer la manicura a alguna de las madres y darles una oportunidad de que hagan prácticas en sus negocios.

A Beatriz se le ha congelado la sonrisa, Cari mira al suelo y mueve un pie convulsivamente, y Jasy parece pensativa… hasta que por fin habla.

—Has tenido una buena idea, bailarina —dice mirándome con suspicacia.

—No le podemos pedir a Beatriz que contrate a nadie, pero sí que, además de enseñar a peinar, a quienes haya escogido les permita hacer algo como lavar cabezas, lo que sin duda supondrá que les den alguna propina —añade Martha.

—Nosotras no queremos propinas, queremos trabajar y que nos traten con dignidad —me corrige Jasy mirándome con desprecio.

—En las peluquerías siempre hay aprendices que ayudan a lavar cabezas, o se encargan de los abrigos, o de acompañar a su asiento a las clientas… —insisto sin mirar a Jasy.

—Bueno, no es tan sencillo… Mis peluquerías son muy pequeñas y tengo el personal necesario. —El tono de voz de Beatriz se ha teñido de contrariedad.

—Pues a mí me parece una buena idea —la interrumpe Cari—. No se trata de que contrates a nadie, pero sí enseñar peluquería a unas cuantas mujeres, y además ellas pueden hacer pequeños trabajos, desde lavar cabezas, como dice Martha, hasta barrer el suelo después de que cortes el pelo a alguna señora. En fin, en una peluquería siempre hay mucho que hacer y, sobre todo, como dice Martha, el personal recibe propinas. Sería una manera de que algunas de las madres comenzaran no solo a aprender un oficio, sino a ganar algo de dinero.

El rostro de Beatriz delata enfado, pero a Cari no parece importarle.

En cuanto a Jasy, es muy orgullosa y le auguro muchas dificultades para encontrar un empleo. Nadie quiere personas tan combativas en sus empresas.

Pablo, el párroco, se acerca a nuestro grupo y se le tuerce el gesto al ver a Beatriz. O no le cae bien o es que no le gusta que Cari y ella tengan una relación de pareja. Ya me parecía a mí que un cura no puede ser tan moderno como este aparenta.

—Al parecer, tenemos unas cuantas voces prodigiosas —asegura Pablo sin dirigirse a nadie.

Detrás del cura llega Luis sonriendo.

—Los críos son la bomba. Y algunos de ellos tienen una voz extraordinaria. Le he dicho a Pablo que tenemos que organizar un coro. El coro de la parroquia.

—Pero esta parroquia ya tiene coro —responde Pablo.

—Pues puede tener otro —insiste Luis.

—Ya, y también tres coros.

—Creo que si trabajamos sus voces, de aquí a Navidad nos saldrán unos cuantos conciertos.

—¿Pagan a los coros cuando actúan? —pregunto con interés.

—A veces sí, otras no…, depende. Pero a lo mejor conseguimos algo, no lo sé. Lo importante es que a los chavales les ha gustado la experiencia y tenemos asegurado que no se van a escaquear. Lo peor que puede pasar es que prefieran estar en la calle. Ya sabemos a lo que eso conduce: bandas, pandillas…, y les perdemos.

—Martha también está contenta con las niñas, parece que han puesto mucho interés, pero, eso sí, no puede tenerlas dos horas en clase. Están agotadas —explica Cari.

—¿Y dónde están todos ahora? —pregunta Beatriz.

—En el parque de enfrente con Lucía y un grupo de madres que se encargan de vigilarlos —responde Pablo.

—¿Cuándo empiezas con las clases de inglés? —se interesa Luis.

Todos me miran aguardando mi respuesta. Estoy tentada de decirles que nunca, pero me siento atrapada en la red que me han tendido con la ayuda de Lucía.

—Esta tarde… Como son muchos, creo que es mejor hacer dos grupos y desde luego no excluir a las niñas.

—¿Y a las madres? —pregunta Jasy.

—Pues si doy dos días de inglés a vuestros hijos, puedo intentar daros otro día a vosotras. —Y nada más decirlo tengo ganas de salir corriendo.

—Un día no es suficiente. Si a las niñas les vas a dar clases de ballet dos mañanas, otras dos nos puedes dar a nosotras. —Jasy no me da tregua. Creo que disfruta sabiendo lo mucho que me fastidia.

—Buena idea. Lucía nos ha dicho que julio y agosto estás libre porque tu familia está de vacaciones. Así no te aburres. —Pablo habla mientras clava su mirada en la mía.

Pienso que todos tienen mucha cara al disponer de mí sin consultarme. Pero es culpa de Lucía. Es ella quien me ha metido en este lío. Y también es mi culpa por haberme dejado enredar. Me ha cogido con la guardia baja a cuenta de la crisis familiar con la que me he encontrado sin esperarlo. ¿Qué pasaría si decido que me voy a la India a meditar? No pueden impedírmelo, yo no trabajo para ellos, y ni siquiera me he presentado voluntaria para ayudarles. Me sorprende la naturalidad con la que dan por hecho que pueden disponer del tiempo ajeno.

Estoy cansada. He madrugado y aún me duelen los brazos, menos que ayer, pero me duelen.

Pablo me pide que organice el «comedor». Le miro sorprendida, no sé a qué comedor se refiere.

—Pues a este salón parroquial. La responsable de Cáritas de la parroquia se va de vacaciones unos días, pero esta gente tiene que comer, y otro voluntario nos ha conseguido platos de cartón y cubiertos de plástico y las tiendas del barrio también han contribuido. He hecho un guiso, carne con patatas.

—Pero hace mucho calor —digo pensando en que no pienso quedarme y menos a comer carne con patatas. Bastante tuve con las lentejas del otro día.

—Un guiso de carne con patatas es muy socorrido. Ten en cuenta que esta gente está malviviendo en casas de conocidos y que bastante hacen acogiéndolos, pero no pueden cargarles con la responsabilidad de que les den de comer y de cenar.

—¿Hay sillas para todos? —pregunto resignada a organizar el comedor en el salón parroquial.

—No. Irán comiendo primero unos y después otros. No tenemos sillas suficientes.

Quién me iba a decir a mí que iba a estar montando unos tableros que Luis ha hecho aparecer y colocando unos platos de cartón con sus cubiertos correspondientes para que este grupo almuerce el guiso cocinado por Pablo.

Tengo ganas de salir corriendo y, desde luego, no pienso comer ni una cucharada del guiso.

Cari, Beatriz, Luis y Lucía comen con apetito y Pablo parece satisfecho de los elogios que hacen a la carne con patatas que ha preparado.

A las cuatro ya les hemos dado a todos de comer y las madres parecen satisfechas por las clases a las que han asistido sus hijos. Me han comprometido, sin que haya sabido negarme, a estar en la parroquia a las nueve en punto para dar la clase de ballet a las niñas y, a continuación, otra de inglés a sus madres. Pablo aconseja hacer dos o tres grupos y ha sugerido a las mujeres que les digan a sus maridos que también ellos pueden venir a las clases. Pero la mayoría de estas mujeres están solas, han dejado sus países acompañadas

de alguno de sus hijos, que no de todos, y han cruzado el océano con la convicción de que aquí hay trabajo y eso les permitirá dar de comer a las familias que han dejado atrás.

«Son dignas de admiración», ha dicho Pablo. Estoy de acuerdo, pero yo no soy cura ni tampoco me dedico a la política. Como diría mi padre, que era comunista, es el Estado el que tiene que dar respuesta a las necesidades de estas mujeres. Pero no lo digo. Lucía me ha metido en un lío y no encuentro la puerta de salida.

Cuando llegamos a casa, estoy decidida a darme una ducha fría por más que la doctora García me dijera que nada de ducharme ni con agua muy fría ni muy caliente. Pero estoy sudando y me siento pegajosa. He mirado la temperatura en el móvil y hemos sobrepasado los 40 grados. Además, en la parroquia no hay aire acondicionado. Pablo combate el calor creando corrientes, el problema es que el aire que corre debe de ser sahariano.

Parece que Lucía ha intuido mi intención porque me advierte:

—Y nada de darte una ducha helada. El frío y el calor no son buenos para tus brazos.

—Pues otra cosa no, pero calor he pasado mucho en la parroquia.

—Estamos en julio, y julio es un mes muy caluroso en Madrid.

—Sí, estamos en julio, y mi marido está en Boston. Mi hija y mi nieta en Gijón y yo aquí dedicada a unas mujeres y a sus hijos que ni me van ni me vienen —respondo malhumorada.

—Al menos te distraes. ¿Qué pensabas hacer mientras Thomas está en Boston? ¿Te vas a quedar llorando y quejándote de que Felicitas y Penny pasan de ti? Al menos estás haciendo algo útil, y ya

verás que ayudar a los demás da más satisfacciones que estar pendiente de tu ombligo.

—Yo no estoy pendiente de mi ombligo —respondo enfadada. Lucía me está fastidiando tomándose una confianza que le lleva a decirme lo que le viene en gana. Me doy cuenta de que su opinión sobre mí deja mucho que desear.

—Vamos, Martha, eres buena persona, de eso doy fe, y quieres a tu familia, lo sé, pero nunca te has interesado por lo que pasaba más allá de las paredes de esta casa. Ahí fuera hay mucha necesidad.

—Menos mal que me tienes por buena persona. Y aunque me tomes por tonta, sé perfectamente que el mundo es una mierda y hay gente que lo pasa muy mal. Pero yo no puedo arreglar los problemas de este mundo. Mira Thomas, se ha pasado la vida firmando manifiestos y acudiendo a manifestaciones contra el hambre, las dictaduras, los abusos, y todo sigue igual. Yo también lo hacía, pero ya no firmo cartas ni voy a manifestaciones como en el pasado, aunque procuro no hacer daño al prójimo. Y si te crees que sirve de algo que intentes entretenerme con todas estas actividades en la parroquia, te diré que me estoy hartando. Puede que mañana no vaya.

—¡Pues claro que irás! No puedes hacerles eso. Una vez que has empezado, ahora no puedes dejar a las crías tiradas. Solo son dos meses, Martha. Y, además, no tienes otra cosa que hacer.

—Y dale con que no tengo otra cosa que hacer. No dudes de que podría hacer otras muchas cosas.

—¿Como qué? —replica Lucía con cierto retintín.

—Oye, no tengo por qué darte explicaciones. No te pases, Lucía.

Estoy enfadada con ella. Se está extralimitando. Una cosa es que le tenga afecto, que reconozca su valía, su inteligencia, y otra que me manipule y me zarandee. Estoy a punto de decirle que está sobrepasando las líneas rojas, que no se confunda, que no somos amigas. Pero si se lo digo es capaz de hacer la maleta y marcharse, aunque me haya dicho que si sigue aquí es porque no viviría mejor en ningún otro sitio.

—Voy a ducharme y después me meteré en la cama a leer. No voy a cenar.

—¿No quieres que te prepare aunque sea un batido de frutas? Te vendría bien.

Acepto caer en la tentación. No he probado nada desde esta mañana en que tomé un café solo. Un batido de frutas me sentará bien.

—Vale. Déjamelo en la mesilla.

—No has comido nada, ni siquiera has probado el guiso de Pablo. Estaba muy bueno.

—Sabes que no como carne.

—Tú puedes elegir, otros no.

Tiene razón. Yo puedo elegir, pero no todos podemos elegir. Jasy o Sisa hoy no pueden elegir qué comen, se han tenido que conformar con el guiso de Pablo. Pero han hecho otras elecciones en la vida, como venir aquí. No diré que mis elecciones son tan difíciles como las suyas. No lo son. Pero me duele el reproche sutil de Lucía.

—Yo también estoy cansada, así que en cuanto te traiga el batido veré la tele un rato y después seguiré leyendo ese libro tuyo que tanto te ha gustado.

—¿El de Nora Ephron?

—Sí, ya te he dicho que te lo he cogido de la sala de estar y me está interesando. El libro es algo más que la preocupación por su cuello.

—Claro, no tendría mucho interés escribir un libro en el que las arrugas del cuello fueran las únicas protagonistas. Es una escritora peculiar que da consejos de lo más acertados; por ejemplo, que no te compres zapatos que no te valen en la zapatería porque nunca te valdrán. En ocasiones compramos cosas que no nos sientan bien, como esos zapatos que nos aprietan, como si eso fuera a cambiar al llegar a casa. A mí me ha pasado en más de una ocasión.

—Ahora que lo pienso, a mí también. Recuerdo como una pesadilla los zapatos de tacón que me compré para el bautizo de mi nieta. Me hicieron unas ampollas que me impidieron calzarme como es debido durante una temporada.

—Me acuerdo. Pobre, te dejaron los pies destrozados. ¿Sabes?, a lo mejor tengo que seguir alguno de sus consejos, como el del perro.

—¿El perro? —Lucía me mira extrañada.

—Nora Ephron dice que hay que comprarse un perro cuando los hijos llegan a la adolescencia porque así alguien se alegrará de verte cuando regreses a casa. A lo mejor me debería comprar un perro, ¿no crees?

—Pero qué cosas dices, Martha. Lo único que nos faltaba es un perro. Mira, yo creo que hoy has abierto una puerta y detrás de esa puerta te has encontrado con personas que te necesitan, a las que puedes ayudar con las muchas cosas que sabes. Personas que cada día se alegrarán de verte.

—No estoy segura de que vayan a alegrarse de verme, bastante tienen con subsistir. Admiro el coraje de estas mujeres.

—Vaya, no imaginaba que te iba a escuchar decir algo así. Bueno, descansa, yo voy a llamar a Oswaldo para hablar un rato con él y después veré la tele y leeré. No me quiero dormir muy pronto porque luego me despierto de madrugada y ya no pego ojo.

—Mañana por la noche voy a cenar a casa de Alberto y de Irene.

—Me parece muy bien, así te distraes un rato. Bueno, te dejo, que mañana tenemos que madrugar. Tus alumnas te esperan a las nueve. Es una buena hora porque todavía no aprieta el calor. Ahora te traeré el batido.

—Veremos cómo resulta la experiencia. Una cosa son los niños y otra, sus madres.

—Aprender inglés le viene bien a todo el mundo, aunque sean frases rudimentarias. Muchas de estas mujeres terminarán trabajando en el servicio doméstico, otras en hostelería… En cualquier caso, mientras llega la oportunidad de trabajar, necesitan hacer algo para no perder la autoestima.

—¿Desde cuándo… desde cuándo te dedicas a colaborar con la parroquia?

—Recuerda que fue don Antonio el que me envió a tu casa. Les debo mucho, lo mismo que a ti. Quién sabe si alguna de estas mujeres tiene la suerte que yo tuve. Quizá puedes preguntar entre tus conocidos si alguien necesita una persona para trabajar en su casa…

—Lo haré, aunque dudo que ahora encuentre a nadie en Madrid.

Cuando Lucía iba a salir no pude resistirme a preguntarle por Cari.

—Oye…, ya sé que no me debe importar, pero me ha sorprendido que Cari tenga novia; además, esa Beatriz es mayor que ella.

—Sí…, bueno, no hace tanto que están juntas. Cari tuvo un novio que la dejó. Pasó por una depresión y conoció a Beatriz el día que decidió ir a la peluquería para cortarse el pelo y darse mechas. Ya sabes, a las mujeres, cuando tenemos un revés sentimental, nos da por cortarnos y teñirnos el pelo.

—Ya, pero ¿van en serio?

—Pues no lo sé. Van y ya está. A Pablo no le hace ninguna gracia, pero ha decidido que si la presiona mucho, lo mismo ella deja de ir a la parroquia. Prefiere pensar que va a ser algo temporal.

—¿Y tú qué crees?

Lucía se encoge de hombros antes de responder.

—No tengo ni idea. Ojalá sea feliz, es una buena chica.

—Sí, lo parece.

—Te aseguro que lo es.

Cuando Lucía sale de la habitación no puedo evitar pensar en Penny. ¿Qué hay detrás de su decisión de ser no binaria? Puede que Felicitas lo sepa, al fin y al cabo es su madre y no parecen llevarse mal del todo.

Estoy cansada y se me cierran los ojos, pero Lucía tiene razón: dormir ahora supondría despertarme en mitad de la noche y mañana no estaría en condiciones de hacer nada.

Me meto en la ducha y dejo que el agua fría caiga sobre mi cuerpo produciéndome un alivio instantáneo. El calor me ha llegado hasta los huesos. Paso de las recomendaciones de la doctora.

Cuando salgo de la ducha, encuentro en la mesilla el batido de frutas que me ha dejado Lucía.

Si hace unos días pensaba que era la mujer más admirable que había conocido, ahora tengo que admitir que también me fastidia. Me ha empezado a tratar como si fuéramos amigas y se permite decirme lo que le viene en gana.

Claro que ha sabido llevarme a su terreno. En casa es una empleada; en la parroquia, una pieza fundamental en el entramado que tiene organizado el párroco. ¡Menudo cura! Si su vestimenta no es la que una espera de un cura, tampoco lo es que entre sus colaboradoras haya una que tiene novia. No me escandalizo por Cari, está en su derecho a tener novia, pero me chirría que Pablo lo pase por alto. O es muy moderno, o es un cínico, o como hace tantos años que no piso una iglesia no me he enterado de que las normas han ido cambiando.

La verdad es que no sé qué pensar de Pablo. No es simpático, pero tampoco antipático. Reservado, aunque no lo parece, y preocupado por asuntos que no son rezar.

Cari es una buena chica, pero su novia no me ha gustado nada. Beatriz va de sobrada por la vida, y me ha parecido fuera de lugar que haya colocado la mano sobre la cintura de Cari como queriendo dejar claro que le pertenece. Por lo visto, algunas mujeres tienen el mismo sentido de la posesión que los hombres.

Luis es un mandado de Pablo. Todo lo que el cura propone a él le parece bien y sigue sus instrucciones sin rechistar. A Pablo le interesa contar con Luis y también con Enrique. La parroquia es un centro de ilegales, de manera que necesitan abogados. Claro que dudo mucho de que sean capaces de arreglar la vida de todos.

En cuanto a Jasy, la paraguaya, me resulta odiosa. Nos trata como si le debiéramos algo. Su mirada está llena de resentimiento y es

evidente que yo le caigo especialmente mal. La antipatía es mutua. Siento que Nai sea su hija, porque es una niña que trasluce bondad. «Dulce» significa su nombre, y sin duda todo en ella es dulzura. No sé si tiene cualidades para ser bailarina salvo su delgadez y tesón y cierta elegancia natural que ya veremos si mantiene cuando crezca. No ha protestado, no ha llorado, y ha obedecido todas mis instrucciones. Su mirada denota bondad, pero… Tengo que ser sincera, no me la imagino haciendo de cisne porque es demasiado morena y sus rasgos, demasiado indios. Pero he de reconocer que me desarma la dulzura de su mirada.

No, no quiero dormirme todavía. Son las siete y es de día. Decido llamar a Felicitas; al fin y al cabo, es mi hija.

Lo intento cuatro veces, pero no responde al teléfono. No sé si porque está en la playa o porque no le da la gana responder. Me pregunto si debo insistir o dejarlo estar. Bastante me ha fastidiado la indiferencia de Thomas para que ahora mi hija me haga un feo.

Me tumbo sobre la cama y me fijo en el libro que Thomas se dejó en su mesilla. Nunca he husmeado en las cosas de mi marido, y un libro no lo es. Me pregunto por qué no se lo ha llevado, a lo mejor ya lo había terminado de leer o simplemente no se dio cuenta.

El libro lleva por título *El polaco*. Decido leerlo, puede que me ayude a entender mejor a Thomas o al menos qué le preocupa en este momento de su vida.

Durante dos horas intento centrarme en la historia sin terminar de conseguirlo. Aparentemente, el libro es sobre el amor, pero en vez de amor lo que encuentro son las diferencias que separan a los protagonistas: Witold, un pianista polaco con los setenta cumplidos, y Beatriz, una cuarentona a la que le entusiasma la música, pero

esto es lo único que me queda claro, todo lo demás me resulta enrevesado. No sé si es que los protagonistas son demasiado «intensos» o es que yo no les cojo el hilo.

Me acabo de despertar. Son las tres de la madrugada. Me he dormido sin darme cuenta. Mi mano tropieza con un libro y entonces recuerdo qué estaba leyendo. Me pregunto si Thomas nos ha visto reflejados a nosotros en Witold y Beatriz.

Viernes

—Despiértate, que son las ocho.

La voz de Lucía me arranca del sueño. No abro los ojos. No tengo ganas de despertarme. Creo que me he debido de quedar dormida hace un rato. De madrugada decidí terminar de leer *El polaco* y después no era capaz de conciliar el sueño. Aunque al parecer me he dormido finalmente y ahora Lucía pretende que me levante. Me doy la media vuelta, pero hasta mi nariz llega el olor del café.

Lucía me conoce y sabe que si me acerca una taza de café, abriré los ojos.

—Llegaremos tarde —me dice impaciente.

—No voy a ir a ninguna parte. Estoy cansada —respondo.

—No puedes hacer eso a las niñas. Sería una maldad por tu parte.

Abro los ojos dispuesta a la pelea. Ya me está hartando con su moralina. Me ha metido en un lío del que quiero salir. No tengo vocación de ONG, ni tampoco quiero salvar el mundo, bastante tengo conmigo misma.

—Ya está bien, déjame en paz —insisto malhumorada.

Pero Lucía no se inmuta. Me tiende la taza de café y doy el primer sorbo. La cafeína se abre paso entre las brumas de mi cabeza.

—Es la primera vez que vas a hacer algo por los demás; en este caso, por unas niñas —insiste Lucía.

No la soporto más. Ni su superioridad moral ni su manera de tratarme.

—Creo que te estás equivocando. Por favor, sal de mi habitación. Me levantaré cuando me apetezca. Y ya puedes ir llamando a la parroquia para decirles que no cuenten más conmigo. No me voy a dejar atrapar como una mosca.

—Pero…

—¡Sal de mi habitación! —grito.

Lucía me mira sorprendida. En los muchos años que lleva en casa nunca le he gritado. Pero estos días ha sobrepasado todos los límites, sin duda por culpa mía. No debí irme al cine con ella, ni a merendar al Café Gijón ni intercambiar confidencias.

Ahora se cree que me puede hablar y tratar como si fuéramos de la familia. Yo la aprecio y valoro su trabajo, pero no estoy dispuesta a que forme parte de mi intimidad.

He de reconocer que tengo mi parte de culpa y que no le costó mucho convencerme para que fuera a la parroquia. El aburrimiento y el desconcierto por la marcha de Thomas abonaron el terreno para que ella me haya manipulado a su antojo.

Lucía sale de mi habitación sin decir palabra. Espero que le haya quedado claro cuál es su lugar y cuál es el mío. Esta es mi casa y ella trabaja aquí. Ni más ni menos.

Me levanto. El espejo me devuelve mi rostro cansado, pero, para mi sorpresa, casi ha desaparecido la hinchazón y la rojez de los

brazos. Lo más importante es que mis brazos han mejorado notablemente. Nadie diría que tengo setenta años.

La ducha de agua fría me despeja y me da energía.

Me visto: pantalones ligeros, una camiseta y deportivas. Decido que voy a salir, aunque no sé adónde voy a ir.

Escucho a Lucía trajinar por la cocina y me voy sin decirle nada. Pero ha debido de oír el ruido de la puerta porque mientras atravieso el jardín siento su mirada en el cogote.

Ya en la calle me pregunto adónde ir y sin pensarlo, o a lo mejor muy a mi pesar, me dirijo a la parroquia. Cuando llego, Cari viene hacia mí nerviosa.

—¡Menos mal que has venido! Las niñas están desoladas. Lucía ha llamado para decir que no vas a darles más clases.

Pablo se hace presente y me mira con curiosidad.

—¿Has cambiado de opinión? Eso está bien. Eres bienvenida. Las niñas están en el salón parroquial. Les vas a dar una alegría.

Se da la vuelta y me deja con Cari, que tira de mí hacia el salón parroquial. Cuando entramos, las niñas se agolpan a mi alrededor. Están contentas de verme y eso me conmueve.

—¿Estáis listas para que comencemos la clase?

Sus voces infantiles exclaman un sonoro «síííííí» y, lo más sorprendente, Nai se acerca a mí, me tira de la mano, me agacho para ver qué quiere y recibo un beso. Tiene los ojos llenos de lágrimas y eso me conmueve aún más.

—Pensaban que no ibas a venir porque ayer no lo hicieron muy bien —me susurra Cari. Luego sale del salón y me deja sola con las niñas.

Todas están de espaldas a la barra, temerosas, en posición de firmes.

—Perdonad que haya llegado tarde, es que me he quedado dormida. Ahora vamos a dar la clase. Quiero deciros que estoy muy contenta de que hayáis venido a clase y que ayer lo hicisteis muy bien y eso que era el primer día. Y ahora, señoritas, a trabajar…

Eran casi las doce cuando di por finalizada la clase. Las niñas estaban agotadas, pero ninguna se había quejado. Nunca he visto más empeño en agradar que el de esas niñas. Aún soy incapaz de vislumbrar si alguna tiene un talento especial, pero hoy las veo a todas con ojos diferentes, quizá porque han despertado en mí una oleada de ternura.

Cari entra acompañada de Luis, que ha terminado la clase de canto. Está contento con su coro porque hoy han querido unirse unos cuantos adolescentes que ayer se escaqueaban y solo querían aprender inglés.

—Aquí hay mucho talento —dice entusiasmado.

—Por lo menos estamos logrando que los mayores no anden por la calle y se metan en líos —responde Cari.

—Las niñas son una delicia. Ponen mucho interés —añado yo.

—Menudo disgusto tenían esta mañana. Creían que no ibas a venir.

—Pero he venido —respondo resignada.

—Enrique está al llegar, el pobre anda desbordado con el papeleo. Necesitamos direcciones para que puedan censarse como primer

paso para los papeles. ¿Tú puedes censar a alguien? —La pregunta de Cari es todo menos inocente.

—Supongo que sí… ¿A cuántas personas?

—Si pudieras encargarte de Jasy y de Nai, de Sisa y de su hija —me propone Cari.

Aguardan expectantes mi respuesta. No sé qué decirles.

—¿Será legal hacerlo? No quiero líos.

—Claro que es legal, tú puedes censar en tu casa a quien te dé la gana. En este caso son cuatro personas, no es tanto…

—Bueno…, que me lo explique bien Enrique —sugiero un poco acobardada de hacer algo que pueda perjudicarme a mí o a mi familia.

Enrique me asegura que no hay problema. Que puedo hacerlo. Él ya ha censado a una familia en su casa. Cari, a dos mujeres con sus dos hijos. Luis, a una madre con tres chavales. Y Pablo ha acudido a algunas familias del barrio pidiéndoles que también lo hagan con algunos de estos inmigrantes. Él mismo ha censado a unos cuantos en la parroquia.

—No está siendo fácil porque es verano y no queda mucha gente en Madrid, pero poco a poco nos vamos arreglando —asegura Luis.

—Ahora lo importante es que los niños estén entretenidos y ayudar a los mayores a encontrar un trabajo —dice Cari.

Cuando entro en el despacho que Cáritas tiene en la parroquia, me sorprende ver a «mis» alumnas aguardando expectantes. Se esfuerzan cuanto pueden por aprender los rudimentos del inglés, aunque no les resulta fácil. Me doy cuenta de que algunas traducen de sus lenguas nativas al español y del español intentan captar algo del inglés. De repente siento un respeto inusitado por estas mujeres.

Son muy valientes. Han dejado atrás sus pueblos, sus familias, algunas sus maridos, y han cruzado el océano para llegar a la tierra de «los conquistadores» con la esperanza de encontrar un trabajo para que sobrevivan sus hijos. No esperan ni quieren nada para ellas. Sueñan con que sus hijos tengan aquí una oportunidad y ellas poder ganar lo suficiente para enviar algo de dinero a la familia que dejaron atrás.

Me sorprendo pensando así y me digo si no será el efecto del calor y de la soledad a la que me han abocado mi marido, mi hija y mi nieta.

Pablo insiste en que me quede a comer. Ha preparado una ensalada de patata con tomates, aceitunas, huevo duro y maíz. Acepto. No me apetece volver a casa y ver a Lucía.

Ninguno me pregunta por ella. Puede que la hayan llamado preocupados por su ausencia. No sé qué les habrá explicado.

Después del almuerzo Cari dice que ha organizado un cuentacuentos para los más pequeños y Luis va a proyectar un documental sobre los osos. Todo con tal de evitar que los críos estén en la calle.

Enrique, por su parte, ha convocado a los adolescentes para hablar con ellos sobre su futuro. No son muchos y a lo mejor puede conseguir alguna beca para que estudien formación profesional.

—¿Y si alguno quiere ser médico o astronauta o maestro? —me atrevo a preguntar.

—Pues todo dependerá de qué estudios han hecho en sus países de origen, y si podemos convalidar esos estudios. Hacemos lo que podemos, Martha. Lo primero es darles de comer y evitar que estén

en la calle; después, intentar que tengan un futuro en la medida de nuestras posibilidades, que no son muchas.

Me callo. No puedo reprocharles que no busquen entre estos adolescentes a quienes tienen talento para algo más que un oficio. Hacen lo que pueden con muy pocos medios.

—¡Hola, chicos! —La novia de Cari aparece y lo primero que hace es darle un beso en los labios. Luego le coloca la mano sobre la cintura en un gesto posesivo—.Bueno, os diré que las tres mujeres que habéis seleccionado para que les enseñe peluquería al menos ponen interés. Han trabajado bien. Limpian la peluquería, lavan cabezas, ponen en remojo los pies para las pedicuras… y se fijan en lo que hacen mis peluqueras y esteticistas. Han recibido algunas propinas. Las cantidades son pequeñas, pero moneda a moneda…

—¿Has hablado con esa amiga tuya? —le pregunta Cari.

—¡Ah, sí! Una amiga que tiene también dos peluquerías está dispuesta a acoger a un par de mujeres para enseñarles. Creo que es una buena noticia.

Lo es. Aunque me caiga mal Beatriz, no puedo restar mérito a su colaboración. Por lo pronto, de las madres tendremos a cinco aprendiendo un oficio y puede que alguna se acabe quedando en la peluquería de Beatriz o de esa amiga suya.

—Y tengo otra buena noticia. —Beatriz me guiña el ojo mientras aprieta el cuerpo de Cari contra el suyo.

—Pues dila cuanto antes —le pide Pablo, molesto por la actitud de la peluquera.

—Una de mis clientas es una señora mayor, vive sola, su hijo se marchó a Inglaterra y allí trabaja y se ha casado con una inglesa. Total, que la mujer está más sola que la una. Me ha dicho que si

alguna de las mujeres que estáis tutelando quiere irse a vivir con ella, la acogerá con mucho gusto. No le importa si la mujer en cuestión tiene un hijo. Pero no puede pagarle porque vive de su pensión. Claro que tiene que ser una mujer seria, y si tiene un hijo, que no sea un adolescente de esos que forman parte de las pandillas.

Cari mira arrebolada a Beatriz. Sabe que a Pablo no le gusta que tenga novia; Luis y Enrique no dicen nada, pero tampoco hacen buenas migas con Beatriz. Y yo soy incapaz de disimular que me cae mal. Pero es de agradecer lo que está haciendo.

Pablo consulta con Cari, Enrique y Luis quién es la mujer más adecuada para irse a vivir con esa anciana. Es una responsabilidad muy grande recomendar a alguien. Pero Cari no tiene dudas: Sisa y su hija Flor son las más indicadas. Sisa es afable y la pequeña Flor es una niña espabilada y tranquila.

—Pues hecho, ahora la llamo, y si queréis, Cari y yo las acompañamos a casa de mi clienta.

Me ofrezco a comprar comida y aportar mil euros para que no vayan con las manos vacías. Cari da un salto, se cuelga de mi cuello y me da un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias, Martha! Dios te pagará lo que estás haciendo.

No sé si Dios me va a pagar nada, no creo que lo haga, pero de lo que estoy segura es de que no podemos cargar a la anciana con la responsabilidad de dar de comer a una mujer y a su hija si tan solo dispone de su pensión.

Cuando Pablo se lo dice a Sisa, a ella le brillan los ojos de alegría. Encontrar una casa donde vivir seguras es más de lo que podían aspirar habida cuenta de que han llegado hace pocos días.

Le doy a Sisa todo el dinero que llevo en la cartera, trescientos euros, y le digo a Cari y a Beatriz que mañana les entregaré el resto hasta mil, pero para que se lo den a la anciana.

Regreso a casa con un sentimiento de gratitud hacia este grupo singular: el cura que no parece cura; Cari, que aún no ha superado su revés sentimental; Luis, que tiene vocación de misionero, pero no se atreve porque sospecho que en el fondo le gustan los chicos, aunque no se permite reconocerlo, y Enrique, que es de izquierdas y trabajar en la parroquia le permite intentar cambiar la realidad de los perdedores de la sociedad. Yo soy la única nota discordante. Me pregunto las razones de Lucía para llevarme a la parroquia. ¿Para que aporte dinero? ¿Para que no me aburra? ¿Para que supere el disgusto por el abandono de mi marido y que mi hija y mi nieta pasen de mí? Se lo preguntaré en cuanto llegue a casa. De repente me acuerdo de que esta noche voy a cenar a casa de mi hermano.

Para ser julio y una mujer abandonada no paro. Me meto en la ducha y pienso en qué ponerme para la cena. Algo cómodo. Mi hermano estará en pantalones cortos, aunque Irene lucirá alguno de esos trajes informales que en ella resultan elegantes. A saber si estarán sus hijos. Creo recordar que Irene me dijo que Juan se había ido a pasar unos días a la casa que los padres de su novia tienen en el Pirineo. Pero a lo mejor ya han regresado, porque en el banco donde él y Esther trabajan no es que les den muchos días de vacaciones.

Salgo de la ducha, abro el armario y me enfrento al dilema de qué me pongo. Al menos ahora puedo enseñar los brazos.

Me decido por unos pantalones blancos pitillo y una blusa sin mangas de seda con un estampado verde lima. No me queda nada

mal.

Alberto me recibe pellizcándome la mejilla y dándome un azote en el culo. ¡Será cafre! Mi hermano no anda sobrado de buenos modales, pero es cariñoso y simpático, lo uno por lo otro.

—Estás hecha un pincel —me dice mirándome de arriba abajo—. Y ya que te han quedado tan bien los brazos, ahora deberías atacar las arrugas de la cara y del cuello.

Así es Alberto, tan directo que resulta maleducado.

—Estoy contenta con mi cara, no tengo muchas arrugas ni en la cara ni en el cuello.

—Seguro que Irene te dirá que en su centro tienen algún tratamiento secreto para dejarte hecha una chavala —insiste mi hermano.

—No seas pesado —dice Irene acercándose a nosotros—. Martha está espectacular, como siempre, y no necesita que le quiten ninguna arruga.

—Pues yo creo que si se quita unas cuantas estaría mejor —repite mi hermano.

—Le restaría expresividad a la cara. Y no te pongas pesado, Martha no representa la edad que tiene y no necesita que le hagan ningún arreglo.

Menos mal que aparece José e interrumpe la conversación.

—Hola, tía, tan guapa como siempre.

José me da dos besos y me agarra del brazo para llevarme a la parte de atrás del adosado donde tienen un pequeño jardín.

La mesa está puesta y cuento cuatro cubiertos, señal de que Juan y Esther no cenarán con nosotros. No sé si preguntar por ellos o mejor callarme, pero decido que sería una descortesía no hacerlo. Al fin y al cabo, Juan es mi sobrino.

—¿Y Juan?

—Siguen en el Pirineo, no llegan hasta el domingo. Esther trabaja el lunes, a Juan aún le quedan un par de días libres. No sé si sabes que a Juan le han nombrado director de una sucursal y a Esther la han destinado a las oficinas centrales.

Crema fría de melón de primero y escalopines al limón de segundo. De postre, helado de yogur. Todo hecho por mi cuñada. Sí, tengo que reconocer que Irene cocina muy bien.

Mi sobrino José habla más que en otras ocasiones. Nos cuenta algunas anécdotas de sus alumnos, los pocos que tiene, porque no son muchos los que eligen Historia.

—Tenemos un sistema educativo que es un desastre. Ya hay por lo menos dos generaciones cuyos conocimientos de la Historia son tan escasos que son incapaces de fechar la Revolución Francesa.

—No exageres —le dice su madre mirándole con ternura.

—No exagero, tengo un alumno que se creía que el Capitán Trueno era un personaje real.

—Anda ya… —respondo yo.

—Que sí. Me contó que su padre le había regalado su colección de tebeos de la historia del Capitán Trueno, que fue un personaje muy importante en la Antigüedad. Tuve que explicarle que el Capitán Trueno es un personaje de ficción creado por el guionista Víctor Mora y el dibujante Miguel Ambrosio Zaragoza. ¿Sabéis qué me

respondió? Pues que se lo iba a decir a su padre y me iban a echar del colegio porque no sé nada de la Historia de España.

Alberto ríe a carcajadas. Yo también. Irene tuerce el gesto porque no le encuentra la gracia.

—No es para reírse, sino para preocuparse —nos reprende.

—Irene, no seas Rottenmeier; lo que cuenta José tiene gracia —defiende Alberto, y yo le secundo.

José nos cuenta un par de anécdotas más mientras apuramos el helado. Irene ofrece café o hierbas digestivas.

José y yo le pedimos una infusión de rooibos y Alberto la mira como un perro apaleado.

—No me mires así. Ya has bebido dos copas de vino durante la cena y sabes que el cardiólogo te ha dicho que nada de destilados.

—Una copita no me puede sentar mal —responde Alberto.

—El cardiólogo te lo ha prohibido y ya está.

—Pero, Irene, para un día que Martha viene a cenar…

—Martha se va a tomar una infusión de rooibos, no una copita. —El tono de voz de Irene empieza a agriarse.

—Ya, pero un día es un día.

—Para ti un día son todos los días.

—Papá…, mamá tiene razón, no hace ni una semana que te dio un arrechucho —interviene José.

Los miro sorprendida. Ni mi cuñada ni mis sobrinos me han dicho que Alberto ha tenido un «arrechucho».

—¿Qué te ha pasado? —pregunto sin ocultar mi enfado.

—Son unos exagerados. Tuve una subida de tensión y taquicardia, pero porque estuve con los chicos entrenando más de la cuenta —explica Alberto.

—Sí, os pasasteis entrenando porque era la despedida de la temporada y te los llevaste a almorzar y comiste y bebiste más de la cuenta —responde Irene.

—Pero… ¿te han revisado el corazón? —pregunto sorprendida al enterarme de lo que le ha pasado a mi hermano.

—Alberto tiene la tensión alta y desde hace años toma pastillas, creía que lo sabías. —Las palabras de Irene suenan a reproche.

Tiene razón. Sí, claro que sé que Alberto tiene la tensión alta, pero nunca había pensado que eso fuera grave. Hay muchas personas con la tensión alta que toman una pastilla y ya está. O eso creía yo. Pero no respondo, no sé qué decir y me limito a mirar a mi hermano y a mi cuñada.

—Tía, papá pasa continuamente revisiones médicas, se las hacen en el club de fútbol, y mamá también le obliga a que vaya a nuestros médicos. Está bien, pero tiene que seguir unas pautas, y una de ellas es nada de alcohol; puede tomarse un par de copas de vino, pero no todos los días —me explica José.

—Yo… puedo llevarte a mi cardiólogo —digo confundida.

—Tu cardiólogo es el mismo que el nuestro, te lo recomendamos nosotros —me recuerda Irene.

—Tienes razón… Pero podemos buscar a otro…

—Martha, lo que tu hermano tiene que hacer es no beber ni una gota de alcohol. E ir pensando en la jubilación. No sé a qué espera para decírtelo, pero le han ofrecido formar parte de la junta directiva. Eso supone dar un salto hacia arriba y dejar la responsabilidad de entrenar a alguien más joven que él. A tu hermano le cuesta asumir que los años no pasan en balde. —Irene me mira y pienso que no solo habla de Alberto, sino también de mí.

—Mi mujer es un tanto asustadiza y si me sube un poco la tensión, piensa que me voy a morir —interviene Alberto intentando quitar importancia a las palabras de Irene.

—Tener veinte de máxima y doce de mínima no es «subir» un poco la tensión, te dejaron ingresado —insiste Irene.

—Pero afortunadamente se lo controlaron con rapidez y al día siguiente estaba como nuevo —asegura José.

—Creo… Alberto, perdona por meterme en tus asuntos, pero creo que Irene tiene razón, ya has cumplido los sesenta y es hora de que dejes de darte carreras por el campo. Ser el entrenador de un equipo de fútbol te obliga a hacer un ejercicio superior al que es conveniente a tu edad. Y si tienes la suerte de que el equipo quiere seguir contando contigo, pero en un puesto directivo, deberías aceptarlo ya.

—Lo último que me esperaba es que no te pusieras de mi lado —me reprocha Alberto.

—Precisamente porque estoy de tu lado te estoy aconsejando sinceramente lo que pienso que es mejor para ti. Hay que saberse retirar a tiempo. ¿Crees que a mí no me costó dejar el ballet? ¿Crees que no sufrí al hacerlo? Es seguramente la decisión más difícil que he tomado en mi vida. Yo hubiese terminado siendo una caricatura de lo que fui y tú puedes terminar cayendo fulminado en el campo de entrenamiento.

No sé si mi alegato va a tener algún efecto en Alberto. Es tan vitalista como cabezota y hace tiempo que todos nos hemos dado cuenta de que se niega a aceptar su edad.

—Tía, todo lo que le estás diciendo se lo dice el médico, se lo ha dicho el presidente del club, se lo dice mi madre, se lo decimos Juan

y yo, y no nos hace caso.

—Pues ya eres mayorcito para dejar de hacer el idiota —digo mirando a mi hermano.

—Tengo sesenta años, no noventa —responde Alberto.

—Y yo setenta y estoy en forma, pero no para bailar *La muerte del cisne* —respondo malhumorada.

—No es lo mismo. Harías el ridículo haciendo de cisne a los setenta sobre un escenario. Yo no salgo al campo a jugar, entreno a los chicos.

—Esta discusión es absurda. No vas a tomar ninguna «copita» —concluye Irene.

Alberto la mira enfadado. Conozco a mi hermano y sé que le resulta humillante que su mujer le diga lo que puede y no puede hacer. Pero tiene lo que se merece por comportarse como un niño malcriado.

Miro a José y me doy cuenta de su incomodidad, incluso creo percibir un destello de tristeza. Estiro el brazo y le cojo la mano apretándola entre las mías. Si es mi sobrino favorito se debe a que es inteligente, sensible y tiene sentido del humor. Me irrita pensar en lo mucho que ha tenido que sufrir por ser homosexual. Menos mal que hoy en día es algo superado.

Espero que las discusiones entre Irene y Alberto no sean continuas. Pienso que Thomas y yo nunca hemos discutido delante de Felicitas, aunque sí hemos mostrado alguna diferencia delante de Penny.

—Envidio los tiempos de papá. Mamá nunca se atrevía a llevarle la contraria, y menos en público —se queja Alberto dirigiéndose a mí.

—Tampoco nosotros nos atrevíamos a llevarle la contraria, pero era otra época —digo exhalando un suspiro.

—Pues creo que es mejor la nuestra, con diferencia. No me parece sano no poder hablar con sinceridad. Antes las relaciones estaban basadas en la hipocresía, pero ahora en las familias se habla de todo y los hijos no tienen por qué estar subordinados a las opiniones de los padres.

José ha soltado la parrafada de carrerilla. No sé si es la primera vez que dice algo así o simplemente ha aprovechado la ocasión. Creo que debe de ser esto último, porque Irene le mira con asombro y Alberto, con irritación.

—Estamos en el siglo veintiuno, somos una familia moderna —insiste José.

—¿Y en qué consiste eso de ser una familia moderna? —pregunta Alberto sin ocultar su enfado.

—La nuestra es una familia moderna por más que te pese. Los hijos podemos manifestar nuestra opinión y decidir nuestra manera de vivir, de sentir… Los padres ya no podéis imponernos una manera de ser.

Le guiño un ojo a José. Siempre se había mostrado tímido y sobre todo ha evitado enfrentamientos, ya fuera con sus padres o con su hermano. Prefería hacer ver que se doblegaba antes de enzarzarse en una discusión, y de repente se ha largado una parrafada que hasta a mí me ha dejado descolocada.

—En algo tienes razón: los padres ya no podemos imponeros nada. ¿En eso consiste ser una familia moderna? —pregunto sin segundas intenciones.

—Sí, tía, entre otras cosas. Imagínate lo difícil que debía de ser para personas como yo o como Penny tener que fingir que eres lo que no eres.

Sus palabras han sido como un bofetón. No por lo que le concierne a él, sino por referirse a Penny. Miro a mi sobrino y pienso que no le reconozco. ¿Dónde está el chiquillo apocado y asustadizo que intentaba disimular que le gustan los chicos? Supongo que Irene siempre lo ha sabido y que mi hermano también, aunque prefería no saberlo. Pero ahora José ha puesto la cuestión encima de la mesa junto al helado de yogur, que creo se nos está atragantando a todos.

—Haz el favor de no meter en esto a Penny —le advierte Irene.

—No sabía que tú y Penny… Bueno, le llevas unos cuantos años y pensaba que solo os veíais en los encuentros familiares.

—Soy su profesor de Historia, ¿se te ha olvidado que tu nieta va al colegio donde doy clases? La veo durante todo el curso. Es una cría muy inteligente que de cuando en cuando llama a la puerta de mi despacho para «confesarse». Y me alegro de que me haya elegido a mí. Durante la adolescencia lo pasé muy mal porque no tenía con quien hablar de lo que sentía, de lo que me pasaba…

—A ti lo único que te pasa es que al ser el pequeño tu madre te ha mimado en exceso y te ha atontado. —Alberto lo dice con tanta acritud que hasta a mí me molestan sus palabras.

—Papá, sé que para ti he sido un problema, un fracaso. Tú, el entrenador de fútbol supermacho, con un hijo homosexual. Sí, supongo que eso es frustrante, pero es lo que te ha tocado, de la misma manera que a mí me has tocado tú como padre. Qué le vamos a hacer. Al menos tienes a Juan, al que le gustan las mismas

cosas que a ti, y sobre todo las chicas. No sé cómo le aguanta la pobre Esther.

Se hace el silencio. José ha logrado que todos nos sintamos incómodos. Todos menos él. Habla con total desparpajo de su homosexualidad sabiendo que para su padre es como si le estuviera apuñalando.

—No sabía que habías decidido hacer terapia de familia. —El tono de voz de Irene es falsamente tranquilo.

—Lo siento, mamá, no tenía intención de amargaros la cena.

—¿Qué es lo que Penny te cuenta? —No voy a conformarme con que José, después de tirar la piedra, esconda la mano.

Mi sobrino baja la mirada y se queda en silencio durante un segundo, que me parece eterno, mientras sopesa qué me va a responder.

—Es una adolescente y, como todos los adolescentes, vive momentos de confusión. Hay una parte de la sociedad, la que está en la vanguardia, que invita a los jóvenes a ser lo que quieran ser, a no encasillarse si no quieren, a abrir la puerta a nuevas experiencias y emociones. Esto tiene una parte positiva y otra complicada. La positiva es que dispones de libertad para decidir sin avergonzarte de lo que sientes ni de lo que quieres. La complicada es la huella que puede dejar en ti ese uso indiscriminado de la libertad a la hora de experimentar. Todo nos deja huella, y sin duda hay muchos adolescentes que viven experiencias que les van a marcar no solo su presente, también su futuro.

Nos quedamos en silencio. Creo que estoy bastante de acuerdo con la reflexión de José, pero mi hermano le mira con tanta pena como decepción, e Irene está nerviosa. No ha movido ni un músculo,

señal de que está haciendo un ejercicio de contención porque la procesión va por dentro.

—¿Te ha contado que es no binaria? —No quiero desaprovechar la oportunidad de saber qué es lo que anida en la cabeza de mi nieta.

—Sí, es lo que dicen la mayoría de los alumnos que tengo. No quieren ser binarios. En realidad, muchos lo son, pero les da vergüenza decirlo. Y ahí está el desafío, intentar ayudarles a encontrar su propia identidad. Pero hay que hacerlo sin condiciones.

De nuevo nos instalamos en el silencio. Alberto tiene el rostro descompuesto y el de Irene parece una máscara.

Es Alberto quien rompe el silencio dirigiéndose a mí:

—Ahora ya sabes lo que es una familia moderna: nosotros.

No sé qué responder. Mi hermano se siente humillado por cuanto ha dicho José. No estamos educados para este salto a no sabemos dónde, como el que han dado nuestros hijos y nuestros nietos. Pero admiro a José por su franqueza y su valentía.

—Sí, somos una familia moderna porque vivimos la época que nos toca vivir, aunque ya estemos de retirada —digo por decir algo.

—No te quepa duda de que esta conversación es habitual en las familias de hoy —insiste José.

—A nuestro padre le habría dado un infarto si alguno de nosotros hubiéramos dicho lo que acabas de decir tú —afirma Alberto elevando la voz.

—Claro, vuestro padre respondía a su época, y nosotros a la nuestra —murmura José.

—Mi padre era comunista, trabajó toda su vida como ferroviario, de manera que no era ningún meapilas. —Alberto sigue subiendo el tono de voz.

—No me encaja. En la Unión Soviética fusilaban a los homosexuales, y hoy en día los siguen persiguiendo en la «madrecita Rusia» y en todos los países comunistas.

—Los comunistas estáis a favor de esas cosas —asegura Alberto con desprecio.

—No sé a qué «cosas» te refieres, pero te recuerdo que yo no soy comunista, aunque los comunistas de hoy no son como lo era tu padre.

—Yo nací el día en que murió Stalin. Para mi padre fue un día de luto, quizá por eso nunca nos llevamos bien. —No sé por qué he dicho lo que acabo de decir.

—¿Os llevabais mal? —pregunta José.

—Le di un disgusto dedicándome al ballet. Decía que era de señoritingas. Discutía con mi madre por haberme apuntado a las clases de ballet; además, aseguraba que no llegaría a nada porque las buenas bailarinas eran rusas. Le parecía que en las rusas el ballet era connatural, pero no en una niña de un barrio de Madrid.

—O sea que no os llevabais bien —concluye José.

—No sé…, no sabría decírtelo con exactitud. Mi padre era mi padre, y cuando nosotros éramos pequeños, los padres mandaban y se les obedecía. Los padres marcaban nuestro pensamiento y nuestro destino. Las cosas eran así y ya está.

—Así de complicadas —murmura José.

—No, no, te equivocas. Eran más fáciles porque no tenías que pensar ni decidir, tus padres lo hacían por ti —dice Alberto.

—Pero vosotros decidisteis. La tía se convirtió en bailarina y tú te dedicaste al fútbol, que, según me has contado, a tu padre no le interesaba nada. —José mira a su padre sin un ápice de rencor.

—No fue tan sencillo. La tía no dejó de dar clases de ballet, pero tuvo que estudiar secretariado y yo me metí en un equipo de fútbol, pero tuve que estudiar para aparejador.

»Para mi padre, que tuviéramos estudios era muy importante. Decía que el ballet y el fútbol eran aficiones de niños ricos y nosotros no lo éramos. Si de algo se sentía orgulloso era de tener un hijo aparejador y una hija secretaria.

—Profesiones que nunca desempeñasteis —afirma José.

—Martha no trabajó ni un solo día de su vida como secretaria, pero yo sí estuve dos años trabajando como aparejador al mismo tiempo que me preparaba en el INEF, que era lo que me gustaba, aunque mi padre consideraba que eso no era una profesión.

—Pero lo era y lo es —asegura José.

—Ahora sí, pero en España no se tomó en serio la educación física hasta 1967, cuando se creó el Instituto Nacional de Educación Física.

—Tú naciste en 1963, de manera que no tuviste tanto problema —intervengo yo.

—Bueno, acuérdate de que papá se enfadaba y me decía que no quería tener un hijo «saltimbanqui» y que no entendía qué era eso de estudiar gimnasia.

—O sea que las desavenencias entre padres e hijos se dan en todas las épocas. —José parece satisfecho ante la «confesión» de su padre.

—Los padres siempre vemos más allá y queremos lo mejor para nuestros hijos —afirma Alberto.

—Pero lo que vosotros creéis que es lo mejor no siempre concuerda con lo que nosotros queremos. Los hijos tenemos derecho a equivocarnos. Acuérdate de lo que te enfadaste conmigo

cuando te dije que iba a estudiar Historia. Casi me echas de casa. Te parecía que estudiar Historia no sirve de nada, y que me iba a morir de hambre. Bueno, seguramente nunca ganaré tanto como Juan, pero no me moriré de hambre.

—Qué difíciles sois los hijos —digo sin saber muy bien por qué me permito este desahogo.

—Qué difíciles sois los padres —responde José.

—Penny… Penny ¿se siente muy desgraciada? —me atrevo a preguntar cambiando el rumbo de la conversación.

—Pues claro, tiene dieciséis años y no le gusta el mundo tal y como es. Además… Tía, perdona que te lo diga, pero, salvo Thomas, ni Felicitas ni tú sois precisamente fáciles.

—¿Qué quieres decir? —Intento controlarme para no insultarle.

—Felicitas no es una madre convencional y eso puede estar muy bien, pero a veces es un problema. Tienes una hija muy llorona que en vez de dar seguridad a Penny la desestabiliza. Y tú…, qué voy a decir de ti. Tenerte como tía está muy bien, pero no sé si me gustaría que fueras mi madre, ni tampoco mi abuela. Creo que el único que es genuinamente lo que tiene que ser es Thomas. Un padre siempre atento a su hija y un abuelo comprensivo con su nieta. Sobre todo es generoso y nunca les ha escatimado un minuto de su tiempo. Felicitas y Penny saben que para Thomas son una prioridad y que no dudaría en ir al otro extremo del mundo si ellas estuvieran allí y le necesitaran.

—¿Y crees que yo no quiero a mi hija y a mi nieta? —pregunto airada.

—Sí, claro que las quieres, pero ¿son tu prioridad o al menos las haces sentir como si lo fueran?

Me fastidia lo que dice José. No me extraña que ponga de los nervios a Alberto. Qué chico tan difícil. El colmo es que se atreve a decirnos a los demás lo que hacemos bien y lo que hacemos mal como si él fuera un dechado de virtudes. Bueno, a lo mejor lo es.

—Te doy la razón: Thomas es una persona excepcional, pero los demás no somos unos miserables. Creo que Penny tiene mucha suerte de contar con una madre tan sensible como Felicitas. En cuanto a mí…, creo que como abuela tengo más ventajas que inconvenientes. Pero de eso se dará cuenta cuando tenga más años y yo ya esté muerta.

Sé que le he respondido con mucha acritud, pero me está fastidiando su suficiencia. Una cosa es que haya sufrido por ser homosexual y otra, que considere que el resto somos además de insensibles, idiotas.

Irene permanece callada, con las manos cruzadas sobre el regazo. Se la nota fastidiada por la deriva de la conversación. Una cena, aunque sea familiar, es para relajarse un rato, no para hacer terapia de grupo y terminar intercambiando insultos.

—Y tú, ¿qué opinas? —le pregunto a ella para que no se quede al margen y se lleve también su ración de disgusto.

—Es muy interesante escucharos hablar con tanta sinceridad. Ser capaces de hacerlo habla bien de vosotros. He aprendido mucho de esta conversación y… me siento muy orgullosa de mi marido y de mi hijo, y creo que también tú, Martha, has sido muy valiente exponiendo lo que te preocupa.

Por un momento temo que se ponga a aplaudir como si estuviéramos en una sesión de Alcohólicos Anónimos.

Estos últimos días he visto una nueva dimensión en Irene: lo contenida que es. No se moja por nada. Procura ser tan correcta y agradar a todo el mundo que rezuma impostura.

Comprendo que esta actitud es la que la ha llevado a ser la subdirectora de la Clínica Alvarado, donde se encarga de dirigir a todo el personal.

Sí, Irene lleva una máscara, no sé si a consecuencia de la costumbre de llevarla en el trabajo o porque es así. Si me preguntaran qué quiero decir con que es «así», respondería que ahora me doy cuenta de que todo en ella es impostura. Sus silencios, su amabilidad, su prudencia… Me doy cuenta de que no la conozco, de que ignoro cómo piensa. También me pregunto cómo una mujer como ella se ha casado con un hombre como mi hermano, que es todo lo contrario.

Alberto, a fuerza de sincero, es un poco bruto. Dice lo que piensa, aunque no le requieran su opinión. Es tal cual se le ve: noble, directo, entusiasta y buena persona. De eso estoy convencida, como también de que Irene es la que maneja la batuta en la familia. Parece que es mi hermano quien se come el mundo, pero ella es la que manda. Sin embargo, es tan inteligente que sabe manejar el silencio, mientras que Alberto lo llena todo de palabras.

Tengo ganas de regresar a casa y tomarme una manzanilla para relajarme después de esta «sesión de terapia familiar». Ahora he comprendido a lo que se refiere José al decir que somos una familia moderna. Es decir, somos como todas las familias, en las que anida el síndrome de la discordia en cuanto decidimos ser sinceros. No deberíamos serlo. La civilización exige una dosis de hipocresía. ¿A qué viene decirnos lo que pensamos los unos de los otros? Esta

noche a Alberto se le agitará la úlcera que tiene en el estómago y a mí me costará conciliar el sueño, y todo a causa de que mi sobrino ha decidido «ser sincero» y decirnos lo que piensa de todos nosotros. Estoy por decirle lo que pienso de él, pero sin pasarme demasiado porque no quiero herir a mi hermano.

—¿Y tú cómo te ves, José?

Le he pillado. Mi pregunta le ha desconcertado. Se queda en silencio pensando qué responder. Veo en los ojos de Irene una chispa de interés por escuchar lo que pueda decir su hijo pequeño.

—Mejor dime cómo me ves tú, querida tía.

—¡Bah!, como eres de la familia no soy demasiado dura a la hora de juzgar tus carencias —respondo para fastidiarle.

Irene se remueve incómoda en la silla. Debe de temer que diga algo que pueda herir a su hijo. Alberto me observa con curiosidad y por su expresión sé que le gustaría que pusiera en un aprieto a José. Pero tengo que medir mis palabras, no vaya a desatar una guerra familiar de las que no hay retorno posible.

—Lo he contado en otras ocasiones, que el novio de mi amiga Pilar cuando alguien le decía: «¿Me permite ser sincero?», él respondía algo así como: «No sea usted maleducado, claro que no se lo permito».

Irene sonríe, Alberto ríe y José me mira con suspicacia.

—Me estás diciendo que no me va a gustar lo que piensas de mí… —La voz de mi sobrino de repente ha perdido seguridad.

—Algunas cosas sí, pero otras… Bueno, eso nos pasaría a todos si los demás se empeñaran en decirnos lo que de verdad piensan de nosotros.

—A mí no me importa. —En las palabras de José hay todo un desafío.

—Pues creo que en ti, como en todos, habitan un ángel y un demonio. El ángel es el profesor comprensivo con los problemas y las angustias de sus alumnos, deseoso de echarles una mano.

»Pero el demonio… ¡Ay, el demonio! Como lo has pasado mal porque te costó asumir tu homosexualidad y sobre todo que lo asumiera tu padre, tienes un ramalazo de agresividad que de vez en cuando sacas a pasear. Así que eres una persona compleja con dos caras y dos almas, la del ángel y la del demonio. Pero no eres una excepción. Así somos todos.

Irene me mira con animadversión, Alberto con interés y José con sorpresa.

—¿Te he resumido bien? —pregunto a José.

—Eres libre de tener la opinión que quieras sobre mí, pero eso no implica que me conozcas.

—Conocer…, nunca nos terminamos de conocer los unos a los otros. Te he resumido lo que conozco o creo conocer de ti, lo que me vienes transmitiendo. Añadiría que no eres feliz, que te gustaría, pero no lo consigues. La homosexualidad no la vives con naturalidad, sino como una carga. Te has quitado de encima parte de esa carga, la exterior, sobre todo una vez que tu padre parece haberlo asumido. Pero llevas una carga interior por los años de silencio. No, no eres feliz, José, y es una pena, porque en los tiempos modernos en que vivimos ser homosexual no es nada extraordinario. Mi mejor amiga en la compañía de ballet era lesbiana y ella sí que sufrió porque entonces la sociedad rechazaba la

posibilidad de elegir libremente la sexualidad. Y quienes se salían de los convencionalismos tenían que ocultarlo.

Otra vez se instala el silencio. José mira hacia la servilleta que retuerce entre las manos. Irene permanece impasible, pero no puede controlar el tic que se agita en la comisura de los labios. En cuanto a Alberto, es evidente que está desconcertado.

—Y ahora, Martha, ¿por qué no hablamos de ti? —propone Irene, supongo yo que para lanzarme unos cuantos dardos.

—Pues porque me marcho. Es tarde y mañana tengo que madrugar —alego con toda la convicción de que soy capaz.

—¿Y por qué tienes que madrugar, si estás sola? —Irene no está dispuesta a que me marche sin al menos algún arañazo.

—Pues porque no os lo he comentado, pero estoy haciendo un voluntariado en la parroquia. Doy clases de ballet a un grupo de niñas inmigrantes y de inglés a sus madres.

—¿Tú colaborando con la parroquia? Pero si eres más atea que nuestro padre, que ya es decir. —Alberto está sorprendido.

—Bueno, no ha sido iniciativa mía, sino de Lucía; ella está muy metida en las obras sociales de la parroquia. Y no creas que lo que hago no me satisface, lo paso bien y me hace sentir útil.

—¿Cuánto te va a durar el entusiasmo? —pregunta Irene endureciendo la voz.

—Espero que hasta septiembre. Ya os lo iré diciendo. Y ahora me voy.

Me levanto seguida por mi hermano. Irene aún no se ha recuperado del estupor al saber que doy clases en la parroquia, y a José también le ha «volado» el esquema que se había hecho sobre mí.

Alberto me acompaña hasta la puerta.

—Aún es pronto…

—Pero es el momento de irse. No sé muy bien en qué consiste ser una familia moderna, pero puede que el último acto vaya de tirarnos los trastos a la cabeza. Prefiero evitarlo.

—¿Quieres que almorcemos tú y yo solos la próxima semana? —me propone Alberto.

—Sería estupendo, creo que hace años que no lo hacemos.

Le doy un beso antes de meterme en el coche. Miro por el retrovisor y distingo a mi hermano en la puerta de su casa viendo cómo me marcho. Seguro que está pensando en la última parte de la conversación.

Me gustaría tener una bola de cristal para saber qué le van a decir ahora su mujer y su hijo. Estoy segura de que ni a Irene ni a José les ha gustado la escena final de este psicodrama de familia moderna.

El sábado me despierto pronto. He dormido mal, con pesadillas. Dudo si levantarme o dar media vuelta en la cama e intentar seguir durmiendo. Opto por lo segundo, pero no lo consigo. Estoy desvelada.

Me levanto, me doy una ducha, me pongo un pantalón de chándal y una camiseta y decido salir a correr.

Lucía está en la cocina y me sonríe.

—¿Qué tal la cena?

—Bien, típica cena de una familia moderna.

Me mira extrañada, sin entender a qué me refiero.

—¿No crees que la mía es una familia moderna?

—Bueno…, todas las familias responden al tiempo en que les toca vivir, así que sí…, todas las familias de esta época son modernas.

Lucía me ha preparado el desayuno: café y en un cestito ha colocado una rebanada de pan integral, y al lado, un tarro de mermelada de naranja sin azúcar. También ha dispuesto en un plato varios trozos de fruta pelada. Solo me apetece el café, pero muerdo una esquina de la tostada.

—También la tuya es una familia moderna. Representáis a un tipo de familia de la época —le digo.

Ella me mira desconcertada y se encoge de hombros. Y yo sigo hablando.

—Ahora hay más modalidades de familias que antes. Mis padres, por ejemplo, eran un matrimonio convencional por más que mi padre fuera comunista. Incluso puede que ser comunista formara parte de esa convencionalidad. Mi hermano Alberto siempre ha sido buena persona. Se casó con una enfermera, hija de una familia de clase trabajadora como la nuestra, pero la chica es lista y ya la ves, ha llegado a subdirectora de una clínica para pijas.

»Sus dos hijos son como el yin y el yang. Juan, el hijo ideal, guapo, con don de gentes, novia y un buen trabajo. José, el "rarito", introvertido, pesimista, por lo mucho que le costó "salir del armario", pero una vez que ha salido, tampoco es que se haya vuelto la alegría de la huerta. Y, sin embargo, no me cansaré de repetir que es el mejor de todos nosotros: buena persona, inteligente, sensible, educado…

—Y tú y Thomas, ¿dónde encajáis?

—Pues somos también una familia moderna. La hija del comunista que tiene éxito como bailarina de ballet y obtiene cierto reconocimiento. No me hago millonaria bailando, pero gano algo de dinero que guardo como una urraca para la vejez, consciente de que las bailarinas no tenemos otra que jubilarnos apenas hemos cumplido los cuarenta. Me caso con un profesor de Harvard, eso no está nada mal, un buen hombre, amable, trabajador, buen padre y buen marido. Tenemos una hija «rara» de lo sensible que es. No ha dejado de llorar desde que nació. Un día porque sin querer pisó a una anciana, otro porque se sentó en la hierba, no se dio cuenta y aplastó a un ciempiés. Lloró como si hubiera cometido un asesinato.

Ya la conoces. Felicitas está preocupada por la capa de ozono, el deshielo del Polo, la persecución de China a los uigures… No hay causa que no la afecte. Su padre firma manifiestos, ella también, pero los moja con lágrimas. En cuanto a Penny, es no binaria, más moderna no se puede ser, lo cual la hace plenamente actual. Se lleva de maravilla con su abuelo, aborrece a su abuela y pasa de su madre. O sea que somos una familia típicamente moderna.

—Dices las cosas de una manera que parece que te las tomas a broma…

—Te equivocas, me las tomo muy en serio, sobre todo ahora que soy consciente de que lo que nos pasa no es nada extraño, simplemente respondemos a los cánones de las familias modernas.

—No sé…, no te veo muy convencida.

—Pues no sé por qué. En cuanto a ti, pues lo mismo. Inmigrante ilegal que llega a España, la embarazan, tiene una hija soltera… Todo de manual.

—Oye, a nosotras no nos etiquetes. No imaginas lo que es ser inmigrante, tampoco lo que supone quedarte embarazada y que te dejen plantada. No sé si todo eso es muy moderno, lo que sé es que resulta doloroso.

—Doloroso, pero responde a lo que es la sociedad de hoy. Nada de lo que nos viene pasando a ti y a mí es extraordinario, simplemente responde a esta época.

—Creo que no debió de ir muy bien la cena en casa de tu hermano.

—Fue muy entretenida.

—No sé…

—No voy a tomar más que una taza de café porque me voy a correr. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Pues, si no me necesitas, te dejo comida hecha y me voy a casa de Oswaldo. Pero vuelvo por la noche. A él le gusta que me quede a dormir en su casa, pero yo estoy más cómoda en mi cama.

—Haz lo que te venga mejor.

—Me da no sé qué dejarte sola…

—¡Vamos, Lucía, que no soy una niña! Estaré bien. Además, disfrutaré de tener toda la casa para mí.

—Vale, pero si me necesitas, llámame. Me cojo un taxi y vengo enseguida. ¡Ah!, por cierto, ayer llamó Felicitas. Ya están en Suiza. Parece que tienen buen tiempo y que a Penny le está gustando eso de subir glaciares.

—Claro, no le iba a gustar algo sencillo como andar por el barrio.

—Nos seas cáustica…

—No lo soy. Me voy a correr.

No me gusta correr, pero no se me ocurría qué otra cosa podía hacer. No sabría a quién llamar y no tengo ninguna afición especial.

Correr por la ciudad tampoco me ha resultado gratificante y menos con el calor que hace. En realidad, no he llegado a correr ni medio kilómetro porque he empezado a sudar como si estuviera en el desierto y eso que son solo las once de la mañana. Me voy a acercar a la parroquia, aunque solo sea por distraerme.

Cuando llego, me encuentro un montón de gente en la puerta de la iglesia. Pablo está rodeado por unas cuantas personas, levanta la mano al verme y se dirige hacia mí.

—Ya no hay misa hasta las doce —me dice.

—No vengo a misa, pasaba por aquí. He salido a correr y como hace tanto calor se me ha ocurrido venir a echar un vistazo.

—¿Y a qué quieres echar un vistazo? —me pregunta intrigado.

—Bueno, quiero ver cómo son las familias modernas que vienen a misa. ¿O crees que las familias modernas no vienen a misa? Yo no lo sé, pero tú sí que lo debes de saber.

—Mira que eres rara…

—¿Te parezco rara? Bueno, puede ser. En realidad, yo pienso que los raros sois vosotros.

—¿Por qué?

—Pues porque creer en Dios a estas alturas de la historia resulta chocante. Bien es verdad que cada día sois menos, pero aún quedáis unos cuantos.

Pablo se ríe, me coge del brazo y me dice:

—Anda, vamos a entrar porque aquí nos vamos a derretir. El calor empieza a ser sofocante.

—Es que no tengo intención de asistir a misa.

—No te he dicho que te quedes a misa de doce, te he dicho que entremos en el salón parroquial porque aquí hace mucho calor.

Le sigo hasta dentro del salón parroquial, donde hace menos calor que en la calle, pero estaría mejor si tuviera aire acondicionado.

—¿No has pensado en comprar un aparato de aire acondicionado? La Iglesia también debería modernizarse, salvo que hacer pasar calor a los feligreses sea un aviso de que este calor que sufrimos no es nada en comparación con el que hace en el Infierno.

—Pues seguramente esto no es nada en relación con el Infierno, si es que el Infierno es ese lugar con llamas y los demonios con

tenedores pinchando a los pecadores. Pero el Papa ha dicho que el Infierno no es eso —responde con media sonrisa.

—¿El Papa no cree en el Infierno? —pregunto sorprendida.

—El Infierno es la ausencia de Dios.

—Eso es demasiado profundo para mí, que soy atea.

—Y para los que no lo somos.

—Entonces…

—Entonces te puedo dar agua de la nevera e incluso un refresco.

—Tú sí que eres raro, Pablo.

—No soy raro, es que tú tienes muchos prejuicios. Te has quedado en el Concilio de Trento.

—Y ahora, lo mismo que hay familias modernas, hay una Iglesia moderna.

—Pues algo así. La Iglesia somos todos. La sociedad cambia y la Iglesia también. Lo que no cambia es la sustancia.

—Sigo sin comprenderos.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Por ejemplo, me sorprende que no parezca importarte que Cari tenga novia.

—Cari cree en Dios y estoy convencido de que Dios donde mira es en su alma.

—Ya, pero la Iglesia condena la homosexualidad.

—Ya te he dicho que te has quedado en el Concilio de Trento. Jesús vino a salvarnos y la salvación es el perdón. Te recuerdo algo que dijo el Papa Francisco: «No podemos ser jueces que solo niegan, rechazan y excluyen». Eso no significa que a la Iglesia le parezca bien la homosexualidad o la promiscuidad.

—Hay curas que bendicen a parejas homosexuales, así que imagino que a ti no te importará bendecir a Cari y a su novia —le digo por fastidiar.

Pablo aprieta los labios. Sabe que lo que pretendo es colocarle al límite de la contradicción. Pero me sorprende con la respuesta:

—El Papa Francisco también decía que cuando alguien pide una bendición está expresando una súplica a Dios para que le ayude.

—No estoy segura de que sea así.

—Eso solo Dios lo sabe. —Y cambiando de tema, añade—: ¿Quieres un vaso de agua o no?

—No sé qué hacer con mi vida —respondo, y me arrepiento de inmediato.

—Ya lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que pareces estar en una encrucijada, que no sabes por dónde tirar. Ojalá no te hagas daño a ti misma.

—¿Tengo que contarte lo que me pasa en el confesionario?

—No, me lo puedes contar almorzando.

—De acuerdo, pero invito yo.

—Acepto.

—Voy a casa, me cambio y paso a recogerte a las dos. ¿Te viene bien?

—Sí. A las dos.

Cuando llego a casa, Lucía ya se ha marchado. Me ha dejado una nota sobre la mesa de la cocina indicándome que en la nevera hay una ensalada «de las que te gustan». O sea: con aguacate, tomate, maíz, aceitunas…

Tampoco es que se haya estresado mucho pensando qué prepararme para el almuerzo.

Pienso que a lo mejor podría invitar a Pablo a comer a casa, pero inmediatamente me acuerdo de mi padre, que le decía a mi madre que cuando un cura se mete en casa ya no hay manera de sacarle.

Me estoy arrepintiendo de haberle invitado a almorzar. En realidad, no tenemos nada en común salvo que hoy sábado los dos estamos solos. A lo mejor es una razón suficiente. Pero tengo que frenar mis impulsos porque me estoy metiendo en un círculo del que luego me va a costar salir. No, no pienso seguir dando clases de ballet cuando termine el verano, ni tampoco de inglés. Se lo diré a Pablo para que no se confunda respecto a mí.

Me ha costado decidir el restaurante. Al final he optado por un italiano; a todo el mundo le gustan las pizzas y la pasta. Además, no es ostentoso y tienen a tope el aire acondicionado.

Pablo pide una pizza Margarita y yo una ensalada Caprese. El queso engorda, pero la pizza más. Habría pedido una copa de vino tinto, pero Pablo ha rechazado el vino, así que he descartado beber sola.

—No creas que os estoy echando una mano porque soy buena persona, lo hago porque estoy aburrida, no tengo nada que hacer. —Se lo he dicho de corrido antes de que nos sirvan la comida.

—No te he preguntado por qué lo haces, eso es asunto tuyo. Pero lo hagas por lo que lo hagas, gracias. No es fácil hacerse cargo de una treintena de personas desesperadas y sobre todo de tantos críos.

—Si te lo digo es para que no te confundas conmigo y creas que soy una ancianita buena.

Pablo se ríe y no sé cómo juzgar su risa.

—No, no te he tomado por una abuelita preocupada por su alma. Es evidente que tenías otros planes, pero que se te han estropeado y Lucía te ha traído a la parroquia para que no te quedes colgada.

—¿Es evidente? ¿Por qué es evidente?

—Martha, llevas viviendo en el barrio desde que naciste y aunque yo solo llevo ocho años de párroco, por lo que sé nunca has pisado la parroquia. No parece que tengas una crisis de espiritualidad, más bien debes de haber recibido un revés personal. Lucía te aprecia sinceramente y se le ocurrió traerte pensando en ayudarte.

—¿De verdad crees que vosotros me estáis ayudando? ¿Sabes lo que me costaron las entradas del zoo y el alquiler del autobús? Seguramente no tienes ni idea de cuánto cuestan las mallas de ballet para las niñas. Ni todos esos libros de inglés con sus cuadernos y bolígrafos correspondientes. De manera que sí os estoy siendo útil, yo diría que muy útil —respondo enfadada.

—Hablas de cosas materiales. Te lo agradecemos, pero tampoco vamos a tocar las campanas. Insisto en que somos nosotros los que te estamos siendo útiles.

—¿En qué? —pregunto airada.

—Para empezar, en que las horas del día no te pesen como si fueran siglos. Ir a la parroquia te tiene entretenida y como eres inteligente y, por tanto, curiosa, estás descubriendo una realidad a la que permanecías ajena.

—¿Crees que no leo los periódicos? Sé perfectamente que uno de los grandes desafíos para Europa es el de la inmigración. Llegan miles de personas en busca de una vida mejor y nadie sabe muy bien ni cómo acogerlos ni qué hacer con ellos.

—Acogerlos se los acoge mal. En cuanto a qué hacer con ellos, te aseguro que hay mucho desaprensivo que se aprovecha de su situación y los explota. Trabajan mucho por poco salario y sin ningún derecho. Las autoridades lo saben, las de aquí y las de toda Europa, pero esta gente forma parte del engranaje para que la economía funcione.

—¿Tienen muy difícil conseguir papeles?

—Sí, lo tienen casi imposible. Los requisitos son una carrera de obstáculos. Conseguir un certificado de empadronamiento, luego tienen que presentar certificados de penales de su país de origen y de otros países donde hayan podido vivir. También les piden pruebas de residencia en España, arraigo social, un contrato laboral de al menos un año, un informe de inserción social… Oswaldo te lo puede contar.

Nos quedamos en silencio mientras nos concentramos en masticar, él su pizza y yo mi ensalada.

—Tuviste suerte con Lucía —me dice de pronto.

—Sí, ella es muy seria y responsable, la consideramos de la familia.

—Sé que la recibiste sin preguntarle nada, que le arreglaste los papeles, que la ayudaste y acogiste a su hija. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Quieres que te diga la verdad o solo parte de la verdad?

—Lo entenderé mejor si me dices la verdad a secas.

—Yo estaba desesperada buscando a alguien de confianza para que atendiera mi casa. No me resultaba fácil, en aquel tiempo lo que me importaba era mi carrera. Lucía fue como un regalo, el mejor regalo que me podían hacer. Joven, pero seria y responsable; una

mujer dispuesta, como diría mi madre. Se esforzó tanto que se hizo imprescindible, y lo sigue siendo.

—Y no te importó que se quedara embarazada.

—¿Por qué me iba a importar? Bueno, en realidad me preocupé pensando que a lo mejor decidía marcharse cuando yo ya me había acostumbrado a ella. De manera que le dije que podía seguir en casa con su hija, que la acondicionaríamos para que dispusiera de dos habitaciones y una sala de estar, además de un baño.

»Nació Rosa y he de decir que la niña era muy buena, no lloraba y no daba ninguna lata. Le tengo mucho cariño, creo que Rosa fue una bendición en la vida de Lucía, sin ella quizá habría acabado con algún otro sinvergüenza. Pero, que yo sepa, no hubo más hombres en su vida hasta Oswaldo. Luego Rosa se quedó embarazada, se casó, y nació Luz, una cría cariñosa y muy lista. Ya le he dicho a Rosa que cuando Luz termine el bachillerato estoy dispuesta a pagarle la carrera que elija, creo que se decantará por las ciencias.

—No eres tan egoísta como te gusta parecer.

—¿Crees que me gusta parecer egoísta?

—Sí, te defiendes de los demás bajo una capa de indiferencia. No quieres parecer vulnerable porque en realidad lo eres.

—No tanto como crees, pero últimamente me han pasado unas cuantas cosas que aún no he digerido.

Se queda en silencio aguardando a que continúe. Dudo si hacerlo, pero me decido a hablar, al fin y al cabo es cura y no va a ir por ahí chismorreando. O eso espero.

—Mi marido me ha dejado. Es filósofo. Durante años dio clases de Filosofía en Harvard, hasta que le llegó la edad de jubilarse. Aunque en realidad podríamos haber continuado viviendo allí.

—¿Y por qué no lo hicisteis?

—Porque tenemos una hija y una nieta bastante peculiares. Felicitas es extremadamente sensible, o eso parece, porque siempre nos sorprende. Quiso ser periodista y ha terminado teniendo un canal en internet. Creo que a eso le llaman *influencer*. Ha tenido éxito y gana dinero. Pero no es feliz. Se enamoró de un tipo que la dejó plantada. Lloraba porque pensaba que sin novio o sin marido no tendría hijos. Yo la convencí de que los podía tener sola, sin ningún hombre al lado; y acudió a uno de esos bancos de semen y trajo al mundo a Penny.

»Thomas, mi marido, las quiere más que a nadie; desde luego, más que a mí. Y cuando Felicitas le anunció que estaba embarazada, se preocupó por el futuro de nuestra hija y empezó a plantearse dejar Harvard e instalarnos en Madrid. Aunque nuestra hija es norteamericana, nació y se educó allí, le gusta vivir en España. De hecho, el novio que tuvo y que la dejó plantada era español y el banco de semen al que acudió es de aquí. ¿Te parece raro lo que te cuento?

—Me parece que es algo que sucede habitualmente, mujeres que deciden ser madres sin un hombre al lado.

—¿Y te parece bien?

—Me parece una decisión un poco egoísta porque privan a sus hijos de un padre, de saber quiénes son. Pero comprendo que este tipo de decisiones ya forman parte de la sociedad moderna.

—Ya, desde luego nosotros somos una familia moderna.

—Tu marido hace de padre de tu nieta.

—Mi marido decidió dejar Harvard e instalarnos en Madrid porque no quería que Felicitas tuviera que criar a su hija sola. Cuando nació

Penny, él mostró más entusiasmo que el día en que nació nuestra hija.

—¿Y el nombre?

—¿Qué nombre?

—Penny…

—Lo decidió Thomas, es un fan de los Beatles. Esa canción, *Penny Lane*, le gusta especialmente.

—Así que os instalasteis en Madrid.

—Sí, aunque creo que Thomas nunca se ha integrado del todo.

—¿No encontró ninguna actividad, al menos para entretenerse?

—En realidad, nada especial: escribir algún libro, viajar de cuando en cuando para participar en algún congreso sobre Filosofía o dar una conferencia…

—Ibais envejeciendo, de manera que tú también tuviste que hacer una renuncia dejando el ballet.

—Muy bien, señor Freud.

Pablo suelta una carcajada y la camarera nos mira mosqueada.

—El confesionario es como el diván del psiquiatra, pero gratis.

—Pero esto es una pizzería, no un confesionario, y yo no me estoy confesando ni quiero hacerlo —respondo molesta.

—Lo sé, aunque tú, como todos, necesitas hablar, decir en voz alta lo que te preocupa, lo que quieres, lo que te duele. Hay quien elige el confesionario y quien prefiere soltar lastre hablando con alguien, por ejemplo, con un amigo. Lo que creo es que no eres feliz.

—Lo era hasta que Thomas me ha dejado plantada.

—¿Es para siempre?

—Creo que sí, o eso dice Lucía. Una profesora de Harvard, una mujer horrible, le ha tentado ofreciéndole que prepare un seminario

sobre no sé qué filósofos para el curso que viene. Thomas ni se lo pensó, se fue al día siguiente y no me llama. Yo le he llamado en dos ocasiones, pero se le nota incómodo, como si no tuviéramos nada que decirnos.

—A lo mejor lo que os decíais en el pasado ya no sirve en el presente.

—Eso es muy profundo.

—Y tu hija y tu nieta, ¿dónde están?

—Todos los años íbamos al norte. Felicitas no soporta el calor, tiene la piel muy blanca y se quema fácilmente. A Thomas tampoco le gusta tumbarse al sol. Solemos ir a Cantabria, a Asturias, a Galicia… Este año habíamos reservado un hotel en Gijón. Pero Thomas se fue a Boston y Felicitas y Penny a Gijón. Ni mi marido, ni mi hija ni mi nieta me invitaron a acompañarlos. Thomas sigue en Boston y Felicitas y Penny ahora están en Suiza haciendo turismo de *trekking*, se pasan el día subiendo y bajando montañas y bañándose en lagos helados.

—¿Y no se te ha ocurrido ir con ellas?

—Si me presentara de repente, Penny me diría que me fuera y Felicitas lloraría, no imaginas lo llorona que es mi hija.

—Parecen terribles…

—Oye, no te rías, que no tiene gracia. No las conoces y, por tanto, no sabes cómo reaccionan.

—¿Se te ha ocurrido irte con tu marido a Boston?

—¡Ufff! Eso no funcionaría. Thomas lo consideraría una intromisión y se sentiría molesto. No, no puedo hacerle eso.

—Entonces ¿cuál es la opción que te queda?

—No tengo ninguna opción. Creo que cualquier día Thomas me planteará el divorcio y que Felicitas derramará tantas lágrimas como para llenar un estanque y que mi nieta dirá algo así como que su abuelo ya estaba tardando en darme con la puerta en las narices, puesto que para ella soy un monstruo.

—¿O sea que te has rendido?

Le miro con sorpresa y de la sorpresa paso al enfado. Yo no me he rendido, me han abandonado, pero parece que no lo termina de comprender; al fin y al cabo, no deja de ser un cura y cree que hay soluciones milagrosas.

—Me han dejado. No conoces a mi familia.

—Siempre se puede hablar.

—No, no siempre.

—Si no presentas batalla, entonces es que te has rendido o que en el fondo aceptas la situación.

—La situación me fastidia. Dirás que soy egoísta, pero tengo setenta años y de repente me encuentro sola porque mi familia me ha abandonado.

—No pareces una ancianita abandonada.

—Qué gracioso. Como eres tan listo, dime lo que harías si estuvieras en mi piel.

—Seguramente, intentar recuperar a mi familia. Pero eso implica un cambio profundo en ti para relacionarte de manera diferente con ellos.

—Ya, ¿y no se te ocurre que deberían ser ellos quienes cambiaran para hacerme la vida fácil?

—Me da que tú eres parte importante del problema, pero tampoco puedo afirmarlo porque no los conozco a ellos.

—Tampoco a mí.

—Tampoco a ti.

—Para colmo, mi nieta es no binaria.

—Bueno, eso es algo habitual. Muchas familias se encuentran con que los hijos se niegan a responder a los patrones tradicionales.

—Claro, en eso consiste la modernidad, en poner del revés todo lo que estaba del derecho. La mía es una familia moderna. A modernos no nos gana nadie. Mi hija tiene una hija con el esperma de un tipo que lo ha vendido a un banco de semen. Mi nieta no se identifica como mujer ni como hombre y, según me ha explicado, ser no binario supone poder tener varias identidades: agénero, sin género, bigénero… Me dio una clase sobre eso.

—La identidad es algo a lo que se enfrentan muchos jóvenes de hoy. Todas las generaciones rompen barreras, muchos de los esquemas de los mayores, y esta generación está llevando a cabo una revolución en cuanto al sexo y la identidad. No sé cómo acabará, si con una regresión o en el disparate, las dos opciones son malas. Lo que te aseguro es que para los jóvenes no está siendo fácil.

—Y esto forma parte de la modernidad —afirmo irritada.

—Esto forma parte de la sociedad actual —responde Pablo con calma.

—Mi nieta no es feliz, está siempre enfadada, sobre todo conmigo.

—Tu nieta está confundida y sin un asidero donde encontrar certezas.

—¿Te cuentan estas cosas en el confesionario?

Pablo me mira y se queda en silencio buscando una respuesta que decide que no me va a dar.

—¿Qué quieres hacer con tu vida? —me pregunta.

—No lo sé, ese es uno de mis problemas, que tengo setenta años y no sé qué puedo hacer con mi vida si mi marido, mi hija y mi nieta ya no están.

La camarera coloca la factura encima de la mesa.

Pago yo y le dejo una buena propina, consciente de que nos hemos quedado los últimos.

Salimos al calor de julio. La parroquia no está lejos, tampoco lo está mi casa, así que iremos andando a pesar de que el calor nos envuelve como una lengua de fuego.

Caminamos en silencio hasta la parroquia. Pablo se para delante de la puerta de la iglesia, que a esta hora está cerrada.

—Sé que no te gustará, pero quiero darte las gracias.

—¿Por la pizza? Estaba bien, pero no es inolvidable.

—Gracias por la pizza, claro, pero te doy las gracias porque eres una persona que no finge ser mejor de lo que es. Tampoco pides perdón por ser como eres. Ojalá te arregles con tu familia. Creo que en realidad no te conocen porque nunca les has permitido que lo hagan. Supongo que pagaste un precio muy alto por ser la bailarina que fuiste, te acostumbraste a sufrir en silencio y eso te hace parecer indiferente al dolor y a los problemas ajenos. Date una oportunidad.

Se da media vuelta y me deja en la calle. No me invita ni a tomar un café en la parroquia.

Son las cinco y no tengo nada que hacer salvo irme a casa. Menos mal que dejé el aire acondicionado puesto.

Me cuesta pasar la tarde del sábado sola en casa. Primero me he puesto a leer, luego me he preparado dos tostadas con mantequilla y

mermelada de naranja amarga. Después he vomitado. Sé que no está bien, pero no puedo pasar el resto de la tarde pensando en Thomas, tengo que hacer algo. Me refugio en su despacho y empiezo a revisar los cajones de su mesa de trabajo. No sé por qué lo estoy haciendo ni qué espero encontrar, pero necesito comprenderle. Me doy cuenta de que lo quiero, pero no sé mucho sobre él, y lo mismo me sucede con Felicitas y Penny. Son parte del mobiliario de mi vida y eso me parecía suficiente.

No encuentro nada de interés entre sus papeles. Conferencias, notas sobre reflexiones por la lectura de un libro, pero ni una carta. Claro que hoy en día la gente no se escribe cartas en papel, utiliza wasaps o correos electrónicos. Tenía la esperanza de encontrar cartas de Mary. Si mi marido y ella se hubieran estado carteando durante estos años, eso me ayudaría a comprender su espantada. Pero ninguna huella de Mary, tampoco de ninguna otra mujer. Sí me sorprende encontrar una carpeta a rebosar de fotos nuestras. Fotos de cuando nos conocimos en Londres, fotos de los años que vivimos en Boston, fotos del día en que nació Felicitas. No sé por qué me dejé fotografiar en la cama del hospital. En la foto no estoy nada favorecida. Fotos de Felicitas desde el día de su nacimiento hasta este mismo año. Sobre todo de los viajes de vacaciones visitando los parques naturales a lo largo y ancho de Estados Unidos, porque Felicitas fue una niña debilucha y Thomas estaba convencido de que le venían bien actividades al aire libre. Para mí aquellas vacaciones eran una pesadilla, pero ellos parecían disfrutar caminando por senderos impracticables, alquilando canoas y durmiendo en refugios de montaña de donde siempre regresaba con alguna picadura.

En las fotos, Thomas y Felicitas parecen felices, pero yo no salgo nada favorecida.

También guarda una carpeta con fotos de Penny desde el día en que nació hasta este mismo año.

Miro alrededor y me sorprendo de lo evidente: encima de la mesa de trabajo de Thomas hay una foto de Felicitas y Penny con él; en la librería que ocupa tres paredes hay diseminadas entre los libros otras fotografías de ellos en las que no aparezco yo.

Nunca me había dado cuenta de mi ausencia en la vida de Thomas. Las fotos de los primeros años están ahí, guardadas. Podría haber puesto alguna, aunque fuera en un rincón. ¿Desde cuándo no soy parte de su vida?

Debe de hacer mucho tiempo, de lo contrario, no le habría resultado tan fácil dejarme plantada.

Me duele porque Thomas sí es parte de mi vida. Por lo menos lo ha sido hasta que se ha ido. En ningún momento he sentido una desconexión con él. Hemos ido envejeciendo juntos, pero eso no ha supuesto, al menos para mí, que le quiera menos de lo que le quería. ¿En qué momento se rompió nuestra relación? ¿Cuándo dejó de quererme? ¿O acaso simplemente el amor se fue desvaneciendo hasta convertirse en nada?

No lo sé y me gustaría preguntárselo ahora que empiezo a ser consciente de que su marcha es para siempre.

Thomas no es hombre que tome decisiones precipitadas, de manera que la propuesta de Mary para dar un seminario en Harvard solo ha sido la palanca que necesitaba para irse. Pero, en realidad, ya no estaba.

Domingo

No puedo moverme. Los brazos y las piernas no me obedecen. Tampoco el resto del cuerpo. Escucho voces, pero no distingo de quién. Intento abrir los ojos, pero no puedo. Tal vez me haya quedado paralizada. Me duele la cabeza y estoy atontada. Creo que anoche me tomé un Valium para conciliar el sueño, pero en realidad no me tomé uno, sino dos o quizá tres. El descubrimiento de mi «ausencia» en la vida de Thomas me impedía conciliar el sueño aun con el primer Valium, de manera que me tomé otro y creo que después otros dos más. A lo mejor estoy muerta y aún no lo sé. Pero me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar, por lo que no debo de estar muerta del todo.

¿Y si me muero? Nadie se enteraría. Bueno, sí, Lucía. Por la mañana ella suele entrar en mi cuarto para comprobar si estoy durmiendo o si necesito algo. ¿Qué hora es? No tengo fuerzas para mirar el reloj de la mesilla, pero a lo mejor no puedo hacerlo porque estoy muerta o casi muerta.

Intento levantarme y meterme bajo la ducha para despejarme. No me sale la voz para avisar a Lucía. A lo mejor me he quedado muda.

Tengo que moverme, lo intento, pero no me responde ningún miembro del cuerpo. Estoy mareada. ¿Dónde está Lucía? No le perdonaré que me haya dejado sola. ¿Qué día es hoy? No lo recuerdo. Debo de estar muriéndome.

«Despierta, anda, muévete».

La voz de Lucía se va abriendo paso entre las brumas del sueño. No sé si es real o estoy soñando. No me puedo mover. Tengo paralizado el cuerpo. ¿Será para siempre?

Otra voz: «Creo que deberíamos llamar a un médico. A saber cuántas pastillas se ha tomado».

«Martha es prudente», escucho decir a Lucía.

«Pues será prudente, pero parece medio muerta y ahí está la caja de Valium. Mamá, tenemos que llamar a una ambulancia».

Me vuelvo a dejar mecer por el sueño. Ya no estoy sola.

«Hay que incorporarla».

«¿Saben cuántas pastillas se ha tomado?». Es una voz de hombre.

«Aquí faltan unas cuantas, pero es que el año pasado se rompió un tobillo y tenía muchos dolores y no lograba dormir por la noche».

«Ya, pero Valium 20 es una dosis elevada. No es lo mismo tomarse una que si se ha tomado todas las que faltan…».

«Estoy segura de que no se ha tomado más de una. Martha nunca…».

«¿Tiene algún problema? En ocasiones las personas intentan escapar de sus problemas…».

«Pero ella es dura como el acero. Rosa, no insistas, Martha no se ha tomado esas pastillas para…».

«Mamá, me has dicho que Thomas la ha dejado plantada y que Felicitas y Penny se han largado de vacaciones sin ella».

«Lo sé, Rosa, pero ese no es motivo para que Martha…».

«Señora, usted no sabe cuánto la ha afectado que la deje el marido…».

«La conozco…, sé que no es de las que intentan suicidarse».

Escucho entre brumas la conversación y tengo ganas de reírme. Alguien cree que me he querido suicidar porque Thomas se ha ido. ¡Qué estupidez! Me ha fastidiado, sí, pero puedo seguir viviendo sin él.

Ahora solo hay silencio. De repente, otras voces que no reconozco, pero los párpados no me obedecen y no puedo abrirlos para mirar.

Me abren la boca, me hacen beber algo de sabor asqueroso, vomito, escucho que hablan y hablan. Por fin logro entreabrir los ojos.

«¡Está viva!», grita Lucía. «Lo sabía, está viva», insiste.

«Señora, ¿recuerda qué le ha pasado?», la voz del hombre denota fastidio.

Intento hablar. Tengo que conseguirlo o a saber lo que este hombre decidirá hacer conmigo.

—Me tomé dos pastillas para dormir. —Lo he dicho con los ojos cerrados, pero lo he dicho. Ahora me dejarán tranquila y se irán.

«Una barbaridad», dice la voz del hombre.

«Creo que han sido más, pero la hemos hecho vomitar», responde la voz de Lucía.

«Ya, pero el Valium ya ha hecho su efecto», creo que es la voz de Rosa.

«Vamos a trasladarla al hospital», dice el hombre.

Intento abrir de nuevo los ojos y decirles que me dejen en paz. Que quiero dormir otro rato más. Pero no me sale la voz.

Alguien me coge en brazos y me coloca sobre una tabla. Es una tabla porque está dura. Me llevan balanceándome y creo que me estoy mareando más.

Mucha gente hablando. No sé qué dicen, pero deben de referirse a mí.

«Martha… Martha…, ¿estás bien? He llamado a Thomas. Llegará mañana».

Ahora sí que abro los ojos. Me cuesta, pero los abro. Sé que la que habla es Lucía, aunque no logro enfocar la mirada, pero lo consigo y ahí está. Pero ¿dónde estoy? Esta no es mi cama y me resulta extraña esa televisión colgada de un soporte frente a mí. ¿Y esa ventana? No reconozco esa ventana.

—¿Qué pasa? —alcanzo a decir con una voz que no me parece la mía.

—Pues que tomaste Valium de más y… que te encontré muy mal. Llamé a Rosa y ella al médico y el médico decidió traerte al hospital.

—¿Al hospital? Pero ¿por qué?

—Sobredosis.

—¿Sobredosis?

Me cuesta entender el significado de la palabra.

—Creen que has podido querer quitarte la vida…

Ahora sí que me obligo a abrir los ojos. ¿Quitarme la vida? ¿Es lo que ha dicho Lucía? Tengo la boca pastosa y en la cabeza me bailan

sombras, pero estoy segura de que ha dicho algo de quitarme la vida.

—Yo… yo les he dicho que tú nunca harías algo así, aunque te haya dejado Thomas.

Intento incorporarme y Lucía me ayuda. Coge un mando, aprieta un botón y la cabecera de la cama empieza a subir.

—Voy a llamar a la enfermera…

La enfermera es una mujer con el rostro serio y mirada fría. Observa la bolsa de suero que cuelga de un soporte que tengo sobre la cama. Luego me toma la tensión y mueve con disgusto la cabeza mientras la oigo decir que llamará al doctor.

Al poco veo un rostro un poco borroso a causa del sueño que aún no he logrado despejar, pero me parece que el doctor es joven y tiene una voz animosa.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta.

Intento responder y él espera paciente que logre articular las palabras.

—No se preocupe, tiene que eliminar el Valium, pero se recuperará. Nos ayudaría mucho saber cuántas pastillas se tomó.

—Dos o tres… No lo sé —alcanzo a decir en un murmullo.

—Tres o más de veinte miligramos cada una… Una dosis elevada y más teniendo en cuenta lo poco que pesa usted. Pero en un par de días estará mejor.

—¿Cuándo nos podemos ir? —pregunta Lucía.

—En mi opinión, debe quedarse al menos hasta mañana, pero dependerá de la evaluación del psiquiatra.

Intento preguntar por qué me tiene que ver un psiquiatra, pero no alcanzo a decirlo porque la puerta se abre dando paso a Rosa.

—He traído todo lo que me has pedido —le dice a Lucía.

—¿Y Luz?

—No te preocupes por Luz, está en casa con una amiga.

—Pues vete y no la dejes sola. Gracias por traernos la ropa, a saber cuánto tendremos que quedarnos. Y preocúpate de Luz.

—Mamá, eres una abuela muy pesada.

«Martha… Martha…, ¿me escuchas?».

Sí, le escucho. Es la voz de Thomas y estoy por responderle, pero decido seguir con los ojos cerrados.

Siento que me coge la mano y me la aprieta entre las suyas.

«Menudo susto me has dado».

¿Susto? ¿Thomas se ha llevado un susto? ¿Por qué?

«¿Creías que no iba a volver?», le escucho preguntarme.

No he abierto los ojos, pero estoy a punto de responder. Claro que creía que no iba a volver, y no habría vuelto si no le hubiesen llamado. Y eso me fastidia. Tengo que decirle que se vaya.

Pero no me sale la voz, aunque logro abrir de nuevo los ojos. Me cuesta enfocar su rostro. Le veo entre brumas. Tiene ojeras, se le nota cansado. Seguramente ha venido directo del aeropuerto a verme y eso me fastidia aún más.

Ahora sí que me he despertado. Tengo la lengua como si me la hubieran lijado, pero soy capaz de abrir los ojos sin sentir que se me cierran.

Estoy en la habitación de un hospital. Tengo una aguja clavada en una vena del brazo izquierdo. A mi lado está Lucía sentada en una

butaca. Tiene los ojos cerrados y la boca abierta, está roncando. ¿Qué hora será?

Estamos solas. No sé en qué momento creí escuchar la voz de Thomas. Pero no está. No puede estar. Boston queda a un océano por medio.

—Buenos días.

Entra una enfermera llevando un carrito con un aparato para tomar la tensión. Me mira, la miro.

—¿Qué tal se encuentra? —pregunta.

—Aún no lo sé —alcanzo a responder.

Lucía se despierta y me mira con afecto. Va a cogerme la mano, pero la enfermera le dice que le deje hacer su trabajo. No sé qué piensa hacerme.

Me toma la tensión, me cambia la bolsa de suero o lo que quiera que sea ese líquido transparente. Y me extrae sangre del otro brazo.

—¿Cómo está? —pregunta Lucía.

—Cuando pase el médico se lo dirá. Ahora le traerán algo de comer, un zumito y a lo mejor una magdalena, veremos qué tal le sienta.

—Quiero ir al baño —digo en un murmullo.

—Esta sondada, no necesita ir al baño —responde la enfermera.

—Pues quíteme la sonda.

—Eso lo decidirá el médico.

—No quiero estar sondada, no lo necesito. —Sé que estoy elevando la voz.

—Ahora viene el médico.

La enfermera sale sin prestarme más atención.

—Será borde esta tía… —le digo a Lucía, que se ha puesto de pie y me mira sonriéndome.

—Menos mal que has vuelto, creíamos que te morías.

—¿Morirme? ¿Y por qué iba a morirme? No tengo ganas de morirme —respondo malhumorada.

—Las pastillas… Tomaste una dosis excesiva… Cuando te encontré estabas… estabas muy mal…

Se abre la puerta y entra una auxiliar.

—Buenos días, ahora la voy a asear y después vendrá el médico.

—Quiero ducharme. Bueno, lo que quiero es marcharme a mi casa y ducharme allí.

—Ya…, lo comprendo, pero hasta que el médico no le dé el alta tendrá que estar aquí, y a mí me toca asearla, luego le traeré el desayuno.

—Dígale al médico que venga.

—¡Uy!, qué genio tiene… Ya le he dicho que el médico vendrá, pero yo solo soy una auxiliar, de manera que no le puedo decir cuándo.

Me quita la bata que me han puesto y que está abierta por detrás. Me deja desnuda y me pasa una esponja por todo el cuerpo. Luego me vuelve a poner otra bata.

—¿Ve qué fácil ha sido?

A continuación se va, pero entra otra auxiliar con una bandeja.

—Intente beber al menos unos sorbos del zumo; si no le sienta mal, empezaremos a darle de comer —me dice sonriendo.

—Quiero irme a mi casa.

—Ya, ya me lo ha dicho mi compañera, pero nosotras solo somos auxiliares, eso se lo tiene que decir al médico.

Sale dejando la bandeja sobre una mesita. Lucía se acerca empeñada en que me beba el zumo.

—No necesito que me ayudes a beber, lo puedo hacer sola. Pero no pienso tomármelo, es de piña y la piña no me gusta.

—Siempre te ha gustado la piña —responde ella.

—Pues ya no me gusta.

—Martha…, por favor, no hagas las cosas difíciles, aquí no te valdrá de nada. Estás en un hospital y siguen unos protocolos.

—Pero no pueden retenerme contra mi voluntad.

—Bueno…, tu caso es un poco especial… Creen que intentaste suicidarte…

Estoy a punto de atragantarme con el zumo. Lucía se ha vuelto loca.

—Yo no he intentado suicidarme, no tengo ningún motivo para hacerlo. No sé a quién se le ha ocurrido esa idea tan estúpida.

—Te encontré inconsciente…, llamé al médico…, no había manera de hacerte volver en sí… y en tu mesilla estaba la caja con Valium… Te tomaste unas cuantas pastillas.

—Me tomé dos, o puede que tres, y me sentaron mal, me dejaron KO, como me sucede siempre. Solo quería dormir, no suicidarme.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra?

Entra un hombre joven, no debe de tener más de cuarenta años. Pelo castaño, ojos castaños, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco. Pobrecillo, no destaca por nada. Claro que a lo mejor es una eminencia. Los jóvenes de hoy saben de todo.

—Quiero irme a mi casa.

—Por supuesto, y vamos a hacer todo lo posible para que se vaya cuanto antes. Pero la tengo que examinar y después vendrá el

psiquiatra.

—¿Y por qué tiene que venir el psiquiatra? —pregunto enfadada.

—Porque…, bueno, usted se tomó unos cuantos Valium…

—Me tomé dos o tres. No lo sé… porque con uno no lograba dormirme. Estoy estresada de no hacer nada —respondo cada vez más enfadada.

—Eso se lo cuenta al psiquiatra y él decidirá si reúne las condiciones para volver a casa sin correr ningún peligro.

—¡Le digo que no he intentado suicidarme! Están ustedes locos.

—Ya, ya…, no se altere, y no mueva el brazo porque se le va a salir la aguja. ¿Me permite examinarla?

Empiezo a pensar que estoy soñando. ¿Cómo se les ocurre decir que he querido suicidarme por haberme tomado Valium?

Dejo que me examine y parece satisfecho al comprobar que mi estado de salud es excelente.

—¿Me encuentra bien?

—Sí, sí, está bien… Es una mujer fuerte.

—¿Me puedo ir ya?

—Creo que debería quedarse un día más, pero la última palabra la tiene el psiquiatra.

—No quiero ver a ningún psiquiatra. Están ustedes confundidos: no he querido suicidarme. Díselo, Lucía, a lo mejor a ti sí te creen.

—Martha…, deja que sean los médicos los que tomen las decisiones… Ellos saben lo que te conviene.

—Pero ¡qué van a saber! Menudo lío habéis organizado porque me ha sentado mal el Valium. Si me hubieras dejado dormir tranquila…

—Yo… no podía dejarte como estabas… Tenía miedo de que te pasara algo. Llamé a Rosa y decidimos que lo mejor era que te viera

un médico.

—Pues os habéis equivocado. Diles a estos médicos que no he querido suicidarme y que me dejen marcharme a casa.

—Yo… Ellos harán lo que crean conveniente; además, con quien hablarán será con Thomas.

—Pero… me pareció escuchar su voz… ¿Está aquí? ¿Le has llamado?

—Sí, y a Felicitas y a Penny. Pero a ellas no las localicé hasta esta mañana. Como andan por las montañas no tenían cobertura, aunque llegarán esta noche.

—¡Te has vuelto loca! Has organizado un lío… Diles que se vayan, que te has equivocado.

Se abre la puerta y entra Thomas. Tiene ojeras. Ha debido de dormir fatal en el avión.

—Martha…, qué alegría encontrarte despierta. ¿Cómo estás?

—Pero ¿te has creído que he intentado suicidarme? Te juro que no. Siento que Lucía te haya llamado diciéndote algo que no es verdad.

—Martha, no te alteres…, no pasa nada… He venido porque…

No se le ocurre qué decirme. Ha venido porque creía que me he intentado suicidar. ¿Cómo es posible que haya pensado que soy capaz de suicidarme porque él se ha ido a Boston y Felicitas y Penny a trotar por los glaciares suizos?

—Te agradezco tu preocupación, pero te aseguro que si me tomé Valium fue porque no podía dormir, no con intención de matarme.

—Ya, pero… Bueno, pudo ser un accidente, no voy a dudar de tu palabra. Lo importante es que estás bien. Felicitas y Penny ya vienen

de camino, llegarán esta noche. Les ha costado encontrar billetes, ya sabes que en verano todo el mundo viaja.

Nos quedamos en silencio. Es una conversación absurda. Me ofende que Thomas piense que he intentado suicidarme porque me ha dejado plantada para irse a Boston a requerimiento de Mary.

Se abre de nuevo la puerta y entra la enfermera seguida de un médico veterano. Este ya no cumple los sesenta.

—Buenas tardes, Martha… Buenas tardes, Thomas… Lucía… Les voy a pedir que me dejen a solas con Martha.

—Desde luego, doctor, esperaremos fuera.

—Usted, Lucía, debería marcharse a descansar, y usted, Thomas, no hace falta que se quede en la sala de espera. Yo estaré con Martha al menos una hora, quizá prefiera ir a tomar un café…

No hace falta que diga que es el psiquiatra. Me he dado cuenta a la primera. Qué suficiencia la suya. Modales suaves para dar órdenes. Va listo conmigo.

Thomas se acerca y me coge la mano. Me sonríe mientras me dice: «En una hora estaré aquí».

Lucía también se despide asegurándome que irá a casa a descansar un rato, pero que no tardará.

Una vez que nos dejan solos, el psiquiatra se sienta en la butaca en la que estaba sentada Lucía.

—Soy el doctor Fuentes, Guillermo Fuentes.

—No me presento porque ya sabe quién soy, incluso el RH de mi sangre…

—Sí, ya me he leído toda su historia clínica. Tiene usted una salud de hierro.

—Pues deme el alta y deje que me marche a casa.

—Primero vamos a hablar. No podemos darle el alta sin estar seguros de que se encuentra bien.

—Me encuentro perfectamente.

—Dígame, Martha, ¿por qué se tomó el Valium?

—Porque el sábado había estado almorzando con el párroco y no tenía nada que hacer el resto de la tarde. Estuve leyendo, también ordenando papeles, y como todavía quedaba mucha tarde por delante decidí dormir. Me tomé un Valium, pero al poco me desperté en un duermevela y decidí tomarme otro. Y no recuerdo si otro más. ¿Satisfecho?

—Lo explica muy bien, pero ¿era consciente de que tres Valium podían provocarle algo más que somnolencia?

—Pues no, lo único que pretendía era dormir de un tirón hasta el domingo. Mi familia no estaba, Lucía no estaba, y no tenía nada que hacer. Estamos a finales de julio y no hay nadie en Madrid, al menos las personas que conozco están todas de vacaciones.

—Quería escapar de su realidad, de la soledad que sentía, ¿es así?

—No. No quería escapar de ninguna realidad, solo del aburrimiento.

—Bueno, el aburrimiento era parte de su realidad.

—Mire, doctor, no quería ni quiero morirme.

—Dígame qué le preocupa.

—Pues hasta hace unos días me preocupaban mis brazos, pero es un asunto resuelto.

—¿Sus brazos?

—Sí, mis brazos.

—¿Tiene algún problema en los brazos?

—El problema es que tengo setenta años y la piel de los brazos la tenía especialmente arrugada. Brazos que parecen alas de murciélago, lo habrá escuchado en alguna ocasión. Pero ya está arreglado.

—Explíquemelo, por favor.

—Mi cuñada es subdirectora de un centro de estética; allí me han colocado unos hilos tensores y, como puede ver, ya no tengo arrugas en los brazos.

Los levanto para que los vea. Me divierte su cara de pasmo, incluso se ha movido inquieto en la butaca.

—Ya veo, ya veo. ¿Para usted es un problema la edad?

—Tener setenta años es una putada. Disculpe que diga un taco, pero no se puede decir de otra manera. Usted, que debe de rondar los sesenta, empezará a notar que su cuerpo no es el mismo y sobre todo que es inútil hacer muchos planes de futuro. A mi edad, y también a la suya, tenemos más pasado que futuro.

—Y eso la deprime.

—Eso me fastidia.

—¿Qué hace normalmente?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Bueno…, algo hará… Llevará la casa…, tendrá alguna afición…

—Qué antiguo es usted… Yo no he llevado mi casa nunca, de eso se encarga Lucía. Y no, no tengo aficiones. No soy una jubilada a la que le gusta la jardinería, ni me ha dado por hacer punto de cruz, ni por ir a la parroquia a rezar el rosario, eso en caso de que en las parroquias aún se recen rosarios.

—Supongo que sí —responde el psiquiatra.

—¿Cuánto hace que no pisa una iglesia? Ahora se dedican a las actividades más variopintas, pero lo que se dice rezar, me parece que ya no están tan obsesionados como antes.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Es usted muy religiosa?

—No, no lo soy. Creo que no había vuelto a la iglesia desde que dejé el colegio. Pero Lucía se ha empeñado en que me entretenga y me ha llevado a la parroquia. Y, sin pretenderlo, estoy dando clases de ballet a unas niñas inmigrantes y de inglés a sus madres. La idea es tenerlas entretenidas hasta septiembre, que es cuando el párroco espera tener a todos los críos colocados en algún colegio.

—Es una buena obra.

—Mire, llevo dos clases y estoy un poco harta, a mí los niños no me gustan especialmente.

—¿Por qué se ha quedado sola?

—¿Sola?

—Sí, me dice que su familia no está…

—Mi marido se ha largado a Boston, y mi hija y mi nieta se han ido de vacaciones.

—Y eso la ha sumido en una crisis de soledad.

—Eso me ha sumido en una crisis de aburrimiento, si es que el aburrimiento puede dar lugar a una crisis.

—¿Cómo es la relación con su familia?

—Oiga, no tengo por qué darle ninguna explicación sobre mi familia. Quiero irme a mi casa. Están ustedes locos si piensan que me he querido suicidar.

—Solo pretendemos ayudarla.

—Pues deme el alta. Y si no me la dan, me iré de igual manera porque no me pueden retener contra mi voluntad.

Toc, toc. Se escuchan unos golpes suaves en la puerta, que se abre dando paso a Felicitas y a Penny. Mi hija se echa encima de mí abrazándome. Para no variar, está llorando. Penny nos observa con indiferencia desde la puerta, pero no hace ademán de acercarse. El psiquiatra nos observa. Espero que llegue a la conclusión de que las que no son normales son Felicitas y mi nieta.

—Madre…, tenías que habernos llamado… No podría soportar que te pasase algo por mi culpa.

—Eso es lo que ella quiere, que te sientas culpable —masculla Penny.

El psiquiatra la observa con interés, como si viera en mi nieta una pieza clave en todo este vodevil. Porque es un vodevil, no un drama. Otro «toc, toc» da paso a Thomas y a Lucía.

—Nos han dicho que ya habían llegado las niñas —dice Lucía obviando la cara de enfado de Penny.

Thomas se acerca a la cama y me coge una mano mientras sonríe. Está desconcertado. Debe de pensar que he querido suicidarme y se siente culpable. No sé si decirle que se coja el próximo avión a Boston o mejor callarme. Si soy sincera conmigo misma, no quiero que se marche, aunque aborrezco que si se queda sea por pena. Pero esa es una conversación que tendremos cuando salga del hospital. Mientras tanto, no me importa que lo pase mal pensando que he estado a punto de morir.

Mi hija se ha agarrado a mi cuello y no me suelta. Estoy por darle un empujón para quitármela de encima, pero pienso que si lo hago el psiquiatra pensará que no la quiero o que soy una madre

agresiva. Me aguanto. Sus lágrimas me chorrean por el cuello. Sé que tengo que decir algo porque el psiquiatra nos observa sin perder detalle.

—Vamos, vamos, no te preocupes, estoy bien. No ha pasado nada… —digo con la esperanza de que me suelte.

—Felicitas, eres tonta. ¿No te das cuenta de que Martha ha montado este numerito porque es una egoísta? Seguro que se aburría y ha encontrado la manera de hacernos volver —dice Penny desde el umbral de la puerta de donde no se ha movido.

—Penny…, no digas esas cosas y trata con respeto a tu abuela —dice Thomas. En su tono de voz hay una mezcla de pena y enfado. Mi marido es anglosajón y le incomoda cualquier manifestación de sentimientos o emociones, y más delante de extraños.

—Pero, Thomas, estoy segura de que no se ha intentado suicidar y que ha montado este numerito para fastidiarnos las vacaciones y que volvamos —afirma Penny con rabia.

—¡Penny! —Thomas mira enfadado a su nieta.

—Es que…

—¡Penny! —repite avergonzado por la escena delante de un desconocido.

—Si no les importa, me gustaría hablar con ustedes, uno a uno, antes de tomar una decisión sobre el alta de Martha. Tengo que asegurarme de que estará atendida y bien.

—Desde luego que estará atendida. De eso me encargo yo —responde Lucía como si el psiquiatra la hubiera ofendido.

—Si me lo permiten, quiero hablar unos minutos más con Martha y después los espero en la consulta, la enfermera les indicará dónde está.

Obedecen sin rechistar. Menudo numerito han montado. El psiquiatra me mira aguardando a que diga algo, pero no pienso abrir la boca. Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Bueno, Martha, después de que hable con su familia tomaré la decisión de si darle el alta o no.

—Usted sabe que no me he intentado suicidar.

—Tomarse varios Valium de tantos miligramos no es algo que me parezca casual.

—No le he dicho que me los tomara por casualidad, sino porque eran las cinco de la tarde y no se me ocurría qué hacer hasta el día siguiente y dormir me parecía una buena opción. No imaginé que tomar esos Valium me fuese a hacer tanto efecto.

—¿Es la primera vez que se toma tres Valium seguidos?

—No fueron tan seguidos, pero en fin… Normalmente no me tomo ninguno. Suelo dormir bien. Me lo recetó el médico porque suelo tener contracturas, dolores de huesos… El Valium es un buen relajante muscular. Fui bailarina…

—Lo sé.

—Y creo que también sabe que no me he querido suicidar. Quiero irme a mi casa, aunque ya ve el panorama que tengo.

—Se lleva mal con su nieta, ¿por qué?

—Porque no estoy dispuesta a decirle que todo lo que hace está bien. Está muy mimada, todos la hemos mimado mucho, hasta el extremo de que cuando era pequeña procurábamos no contrariarla para que no tuviera rabietas. Bueno…, todos menos yo… Lucía la ha mimado demasiado, Thomas la adora, Felicitas es la sensibilidad en persona… Y a mí me ha tocado el papel de «mala». Si la niña iba a meterse el dedo en la nariz, era yo quien la regañaba. Si decidía

emborronar con sus pinturas las paredes de la casa, era yo la que se las quitaba. Si lloraba porque no quería comer, era yo la que la obligaba. En fin, no he hecho el papel de la abuelita consentidora, sino el de la señorita Rottenmeier. Y no me lo ha perdonado.

—¿Y nunca han hablado del porqué de su mala relación?

—No, no lo hemos hecho, porque soy yo quien sigue diciendo «no» a algunas de las ocurrencias de Penny. O quien le digo que no está haciendo las cosas bien.

»Felicitas teme contrariarla, Thomas solo ve a su pequeña nietecita y Lucía la mima sin pensar en las consecuencias. Me ha tocado el peor papel.

—¿Lo ha hablado con ellos?

—Sí, juntos y por separado. Todos creen que exagero y que ahora Penny está pasando un mal momento, el de la adolescencia.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis y es no binaria. Eso es lo último que ha dicho.

—Ya… ¿Y usted la ha regañado?

—No, no lo he hecho. Es más, me dio una lección sobre las posibilidades de elección que tienen hoy en día: no binario, cisgénero, transgénero, género fluido, pangénero…

—Y a usted eso la irrita y la desconcierta.

—No, no me desconcierta. Me apena porque la veo perdida. Pienso que su generación lo tiene difícil al tener que afrontar una ideología que ha puesto del revés todas las certezas abriendo un abanico de posibilidades entre las que se ven obligados a elegir. Declararse algo tan simple como mujer u hombre es algo vergonzoso.

—Eso ha abierto un abismo entre su nieta y usted.

—No sé si solo eso… Creo que en realidad nos parecemos demasiado y ninguna de las dos estamos dispuestas a permitir que nadie nos diga qué pensar ni cómo vivir, y defendemos esa independencia hasta el paroxismo.

—¿La ridiculiza o le afea su decisión de ser no binaria?

—No, no lo hago. Puede que me muestre sarcástica, pero sin recriminaciones ni enfados.

—Me ha dicho que su marido la ha abandonado. ¿Eso influyó en su necesidad de… de querer dormir más horas de lo habitual?

—Si quiere saber por qué me ha abandonado, se lo tendrá que preguntar a él; a mí no me lo ha dicho. Recibió una invitación de una colega de Harvard para impartir un seminario en septiembre. Es filósofo, profesor de Filosofía, autor de ensayos. Nada más recibir la propuesta hizo la maleta y se marchó.

—¿Le planteó el divorcio?

—No.

—Entonces ¿por qué dice que la ha abandonado? Irse a Harvard a impartir un seminario no tiene por qué ser un abandono.

—Una sabe cuándo la están dejando. Verá, Thomas es norteamericano, nació en Boston. Sus padres tenían un café librería. Allí se reunían profesores, alumnos; charlaban mientras tomaban un café con tarta de manzana hecha por su madre. También tenía un pequeño espacio para presentaciones de libros. El sueño de sus padres era que estudiara en Harvard, y lo hizo. Buen hijo, alumno brillante… Con el tiempo terminó siendo profesor en la Facultad de Filosofía. Y… bueno, no sé si a usted le interesa la Filosofía, pero mi marido tiene un gran prestigio en ámbitos académicos. Ha viajado por todo el mundo invitado por las mejores universidades. Ha escrito

una veintena de libros. Es una autoridad. Pero si hay un lugar en el mundo al que Thomas pertenece es Harvard. Por eso no dudó ni un momento cuando Mary Baker le envió una invitación para impartir un seminario el próximo curso. La muy bruja sabe que Thomas no se resistiría a su invitación.

—Pero ir a impartir un seminario no supone que la estuviera abandonando…

—Pero es así. Una mujer se da cuenta si la están dejando.

—¿Él le dijo que no pensaba regresar?

—No hacía falta. ¿Está usted casado?

—Sí… Bueno, pero eso no tiene nada que ver con lo que a usted le pasa.

—Por los años que tiene imagino que incluso debe de tener nietos. Cree que si su mujer decidiera dejarle, ¿haría falta que se lo comunicara formalmente?

—Así que usted estaba segura de que su marido se iba para siempre y, sin embargo, aquí está.

—Sé que Lucía le ha llamado, y como Thomas es buena persona, no ha dudado en volver para asistir a mi funeral.

—Todavía no está muerta.

—Ya, pero lo parecía. No sabe la angustia que produce no poder moverte. Ni los brazos ni las piernas me respondían.

—¿Cuántas pastillas se tomó?

—Creo que dos, o puede que tres, no lo recuerdo. El primero no me hacía efecto y quería dormirme como fuera, por eso me tomé el segundo y quizá un tercero. Es difícil dormirse a las cinco de la tarde del mes de julio con toda la luz que se filtra por las ventanas.

—¿Qué pretendía?

—Ya se lo he dicho: dormir hasta el domingo. No se me ocurría otra manera de que el tiempo pasara sin molestarme.

—Explíqueme eso de que el tiempo la molesta.

—Sábado de un día de julio. Cuarenta grados. A mediodía almorcé con el párroco de la iglesia de mi barrio. Quizá podría preguntarle a él si en algún momento pensó que era una suicida en potencia. Tuvimos una conversación interesante.

—¿Sobre qué?

—A usted no le importa, pero se lo resumiré: sobre la vida en general.

—Y luego se va a su casa, se mete en la cama y se toma una dosis elevada de Valium.

—No, no fue así. Llegué a casa, estuve mirando fotos antiguas. Pero en realidad no se me ocurría con qué entretenerme. Decido que lo mejor es dormir hasta el día siguiente. Me tumbé en la cama, pero no tenía sueño. Me tomo un Valium, pero sigo sin dormirme. Como soy bastante impaciente decido tomarme otro Valium. En total, dos o tres, y me quedo dormida sin enterarme de nada.

—¿Eso es todo?

—Sí, siento no ser un caso interesante. No me he querido suicidar, ni llamar la atención para que regresara mi marido y mucho menos mi hija y mi nieta.

—De acuerdo. Aunque no se haya querido suicidar es evidente que no está bien. El que su marido se fuera la ha afectado, y las relaciones difíciles con su hija y con su nieta también están causando un efecto en usted. ¿Tiene amigos?

—En realidad, muy pocos. Cuando dejé el ballet me prometí que no me iba a dedicar a reunirme con otras bailarinas retiradas para

hablar de nuestros buenos tiempos y criticar a quienes nos iban sustituyendo.

—Entonces, no tiene amigos.

—En mi caso puedo contarlos con los dedos de una mano.

—¿Puede decirme quiénes son?

—Puedo decírselo, pero no lo creo necesario.

—¿Y su hermano? ¿Cómo son las relaciones con su hermano?

—Estupendas.

—¿Nada más?

—¿Le parece que no es suficiente que diga que las relaciones con mi hermano son estupendas?

Se queda en silencio y por su expresión creo que tiene alguna duda.

—Es con el primero con el que he hablado. Me ha dicho que en cuanto le dejen verla le va a dar una azotaina, aunque él sea el hermano menor y usted la mayor.

No puedo evitar sonreír al pensar en Alberto. Así es él, dice lo que piensa sin medir cómo se van a interpretar sus palabras. Le quiero, siempre nos llevamos bien, es tan cariñoso como vitalista.

—Volvamos a sus amigos. Háble me de ellos.

Nos quedamos en silencio. Él espera que le dé los nombres de mis amigos y yo no sé qué nombres darle.

Pienso en el párroco; quizá, si habla con él, me deje en paz.

—¿Por qué no habla con el párroco? No somos amigos, pero ayer estuvimos almorzando juntos. Él le dirá si en algún momento sospechó que me podía suicidar.

—Lo haré.

—Pues hágalo cuanto antes. Me quiero ir a mi casa y me están reteniendo en contra de mi voluntad.

—Nadie la retiene, ingresó en mal estado después de haber tomado una cantidad peligrosa de Valium.

—Pregúntele al doctor que me lo recetó por qué lo hizo.

—Ya lo he hecho.

—¿Entonces?

—Coincide con su versión: padece de fuertes dolores musculares y tiene problemas para dormir.

—Entonces…

—Entonces, quiero estar seguro de que si firmo su alta no me van a llamar dentro de unas horas o en unos días para decirme que ha vuelto a tomarse una dosis elevada de Valium y que no han llegado a tiempo para traerla al hospital.

—No quiero morirme. Si algo me fastidia es la edad que tengo porque implica estar más cerca de la muerte.

—¿Tiene miedo a morirse?

—Lo que no tengo es ninguna gana de hacerlo.

—Ahora dejaré que descanse un rato. Hablaré con su familia y también con el párroco. Después tomaré una decisión.

—¿No es capaz de juzgar por sí mismo? Es un mal psiquiatra si no sabe ver que no me he querido suicidar.

—A lo mejor no lo ha querido hacer de manera consciente…

Sale de la habitación y entra la enfermera de nuevo con el carro que lleva incorporado el tensiómetro. Decido no protestar. No me va a servir de nada excepto para que crean que soy una persona inestable.

Unos golpes en la puerta dan paso a mi hermano.

—Pero ¡qué lío has armado! La próxima vez que te aburras llámame —dice Alberto riéndose.

—Lo haré, aunque sean las cinco de la tarde y estemos a cuarenta grados.

Se vuelve a abrir la puerta y entra Irene. No se me escapa que luce fresca como si acabara de salir de la ducha. Lleva un vestido holgado de color lima y sus brazos y piernas al descubierto. La piel lisa como la de un bebé.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta acercándose a la cama.

—Harta.

—Ya, pero tienes que comprender que están obligados a seguir un protocolo… Si se encuentran con alguien que ha tomado más pastillas de las debidas, hay que averiguar por qué.

—Porque tenía calor y estaba aburrida.

—El psiquiatra está hablando con Lucía —añade Irene.

—Pues que hable todo lo que quiera.

—Y la policía también ha hablado con ella, y también con tu hermano.

—Pues que hablen con quienes les dé la gana —respondo malhumorada.

Mi hermano suelta una carcajada y me pellizca en la mejilla. Yo no dejo de mirar a Irene. No me había dado cuenta de que tiene una piel inmaculada, ni una arruga, ni un grano, lisa y brillante. Me detengo en las piernas; no tienen ni una sola mancha, mientras que las mías parecen un mapa.

—¿Qué te das en las piernas? —le pregunto interesada.

—Crema, mucha crema —responde Irene guiñándome un ojo.

—No tienes ni una mancha y ya sé que eres más joven que yo, pero incluso a tu edad las mujeres ya tenemos manchas…

—Claro, y para eso están los centros como el Alvarado.

—¿Te has quitado las manchas de las piernas? —pregunto con interés.

—¡Pero vaya conversación! No deberías preocuparte ahora por las manchas. Hay que sacarte de aquí —afirma Alberto con retintín.

—Pues intenta que ese psiquiatra firme el alta, me tiene harta con sus preguntas. Es un cotilla.

—Hace su trabajo, Martha, necesita saber por qué hiciste lo que hiciste…

—¡Seréis plastas! Alberto, tú me conoces, diles que no he intentado suicidarme.

—Ya se lo he dicho a mi mujer, a tu marido, a tu hija, a tu nieta y a ese psiquiatra. No te conocen bien. Si me hubiesen dicho que has asesinado a alguien, podría habérmelo creído, pero no que hayas intentado suicidarte.

Alberto suelta una carcajada y me vuelve a pellizcar la mejilla.

—Irene…, quiero quitarme las manchas de las piernas, ¿me lo podrán hacer las estiradas del centro donde trabajas?

A Irene le molesta que haya definido como «estiradas» a sus compañeras de trabajo, pero lo son, y ahora que lo pienso, mi cuñada también es un poco pija.

—Martha, estamos en verano y no es época de quitarse las manchas, tendrás que esperar al otoño.

—No quiero esperar.

—Pero ahora nadie te las tratará. No se puede hacer nada porque si te da el sol sería un desastre.

—¿Y por qué me va a dar el sol? Me pondré pantalones y faldas largas. Dime cómo las quitan en ese sitio donde trabajas.

—Hay distintas maneras…

—Pues dime cuáles.

—Utilizamos el láser y luz pulsada intensa que destruyen las células que producen la melanina.

—Estupendo, dame una cita con esa doctora García para cuando salga de aquí.

—Bueno, primero tienen que examinarte y decidir cuál es la técnica a utilizar más adecuada en tu caso.

—¿Hay otras?

—La crioterapia, que consiste en aplicar nitrógeno líquido en la mancha… También la dermoabrasión, que es como si te lijaran la piel. La microdermoabrasión es más suave.

—Bueno, pues me podrán hacer alguna de esas…

—También la exfoliación química… Pero con todas estas técnicas el enrojecimiento de la piel es inevitable… A veces quedan cicatrices…

—Quiero una cita ya.

—Lo siento, Martha, pero en verano no hacemos esos tratamientos, resultarían peligrosos para la piel y, además, vamos a cerrar por vacaciones. El personal tiene que descansar.

—¡Quiero que me quiten las manchas! Me fío de vosotras, no me habéis dejado mal los brazos.

—Irene, pídele hora a mi hermana —interviene Alberto.

—Lo haré, pero vamos a cerrar por vacaciones…

—Bueno, pues que le abrasen la piel el primer día de septiembre —responde Alberto soltando una carcajada.

—¡Hermano, sácame de aquí!

Thomas entra con cierto recelo en la consulta del psiquiatra. Siente pudor al tener que hablar de su relación con Martha. Porque de eso va a tratar la conversación.

El médico le invita a sentarse y cruza las manos colocándolas encima de la mesa que los separa. Thomas decide quedarse quieto. El psiquiatra le impone.

—Señor Sullivan, no le robaré mucho tiempo. Me ayudará mucho lo que me pueda contar sobre el estado anímico de Martha. Al parecer, usted decidió de una manera un poco precipitada marcharse a Boston aceptando una invitación para impartir un seminario de Filosofía a partir de septiembre en Harvard.

—Yo no diría que me marché de manera precipitada. Recibí la propuesta por parte de una colega y acepté. Durante años fui profesor en Harvard y que me inviten a dirigir un seminario es todo un honor.

—¿Por qué no fue su esposa con usted?

—Martha y yo somos autónomos, nuestras carreras nunca se han superpuesto. Ella ha viajado por todo el mundo sin que yo la acompañara y yo he recibido invitaciones para dar seminarios y clases en distintas universidades sin que ella tampoco viniera.

—Pero ahora ambos están jubilados.

—Sí.

—¿Y eso no cambia la situación? Sus carreras ya no transcurren en paralelo, no están en activo, sino jubilados. ¿Pidió a su esposa que le acompañara?

—¿Sabe?, sus preguntas son como si se hubiera cometido un asesinato y estuviera intentando averiguar las coartadas.

—Lo que tengo que averiguar es si su esposa ha intentado suicidarse y, si así fuera, la causa.

—Martha es una mujer especial. Fuerte, muy fuerte, y difícil, sí, también es difícil.

—¿A qué le llama ser difícil?

—Fue una primera figura del ballet. Decidió dejarlo antes de ser demasiado mayor y desde entonces no ha sabido muy bien qué hacer. Cuando la invitan a impartir alguna clase magistral o una conferencia sobre ballet o a participar en algún programa de televisión, se niega. No es muy sociable. Alega que no quiere pasear su decrepitud por los platós. Eso hace que no sepa qué hacer con su tiempo porque, además, no tiene aficiones.

—¿Y usted sí?

—Sí, unas cuantas, además de la lectura; escribo libros sobre cómo la filosofía puede ayudarnos en la vida cotidiana.

—¿En eso ocupa su tiempo?

—Si algún colega me invita a dar una clase magistral en su universidad, no dudo en aceptar.

—¿Se planteó irse a Harvard como paso previo al divorcio?

—Sinceramente, no me planteé nada. Convendrá conmigo que en julio hace mucho calor en Madrid. Teníamos previsto pasar unos días en Gijón, en el norte no hace tanto calor. Pero cuando mi colega,

Mary Baker, me telefoneó proponiéndome impartir un seminario en septiembre, acepté de inmediato. Mire, dar clases en Harvard es un gran honor y uno no puede presentarse en sus aulas improvisando. Quería hablar con Mary en persona, que me diera todos los detalles, preparar las clases. Y en nuestra casa de Boston está mi biblioteca. En fin, que me marché.

—¿Y por qué no le pidió a Martha que le acompañara?

Thomas se queda en silencio unos segundos antes de responder como si necesitara acompasar sus palabras con su pensamiento.

—No tengo una respuesta exacta. No me pareció mala idea que Martha se fuera a Gijón con Felicitas y Penny y yo dedicarme a preparar mis clases en Boston. No es la primera vez que cada uno hemos estado en sitios diferentes. Y si tengo que confesar que me agobia el calor de aquí, lo reconozco: marcharme suponía una tentación irresistible. Tampoco es que me gustara la idea de ir a Gijón.

—Disculpe que le haga una pregunta personal que, naturalmente, no tiene por qué responder, pero, además del calor, ¿el hecho de… de encontrarse con su colega era también un aliciente?

—Ja, ja, ja, ja… Eso es lo que piensa Martha. Nunca ha soportado a Mary. En realidad, ambas se tienen antipatía. Martha se siente en inferioridad ante Mary porque es una intelectual de prestigio, y Mary no soporta la «clase» y el «don de mundo» de Martha. Pero a mí no me interesan sus recelos, son cosas de mujeres. Verá, tengo los mismos años que Martha y diez más que Mary. Puede imaginar que…

—Disculpe que me entrometa en su intimidad, pero intento comprender qué ha pasado para poder ayudar a Martha.

—Lo comprendo.

—¿En el pasado tuvo alguna relación sentimental con la profesora Baker?

—Fuimos colegas y también amigos. Nos movíamos en el mismo círculo, no solo en Boston…

—¿Martha tiene celos de Mary?

—Nunca se han soportado. Martha no puede entender cómo puedo pasar horas hablando con Mary y Mary no puede entender qué puedo tener en común con Martha.

—Vuelvo al principio, ¿se fue a Boston con la idea de separarse de Martha e incluso de divorciarse?

—Me fui a Boston, donde pienso regresar en cuanto Martha esté bien, porque me han ofrecido la oportunidad de impartir un seminario durante el nuevo curso en Harvard. No me he planteado nada respecto al futuro, ni seguir con Martha ni divorciarme.

—Eso ya es una declaración de intenciones: no sabe si quiere seguir con su esposa.

—Lo único que sé es que quiero impartir ese seminario.

—De manera que no descarta la separación o el divorcio.

—No me lo he planteado. Mire, llevamos muchos años casados y las relaciones entre dos personas no son siempre iguales, hay altibajos, cansancio. Puede que yo esté en uno de esos altibajos.

—Y Martha lo sabe.

—Martha es una mujer inteligente que está inmersa en su propio laberinto, que es negociar con la vejez. Digamos que estamos en momentos diferentes, pero eso no implica el divorcio.

—¿Cree que su intento de suicidio ha sido para llamar la atención?

—Le seré sincero: no creo que se haya querido suicidar. Es más fácil que estrangule a Mary que ella se suicide.

—O sea que piensa que ha sido un accidente.

—Sí, creo que dice la verdad. Estaba aburrida, no sabía cómo pasar la tarde a cuarenta grados y sin ninguna perspectiva para el resto del verano y decidió dormirse para que el tiempo transcurriera más rápido.

—¿Qué hará usted si le doy el alta a su mujer?

—Marcharme a Boston.

—¿Con ella?

—No. Necesito tranquilidad para preparar el seminario, además de mantener reuniones con colegas. Ella se aburriría.

—¿Piensa volver después de impartir ese seminario?

—Si me está preguntando si voy a abandonar a mi familia, la respuesta es no. Además de a Martha, tengo una hija y una nieta.

—¿Y eso qué implica?

—Pues que la vida continuará. Yo vendré, me iré, ellas irán, regresarán, a veces estaremos todos juntos aquí, otras allí… No sé.

—¿Y Martha?

—Martha tiene que encontrar una razón a su vida que no sea su preocupación por el deterioro físico que implica la vejez.

—No me ha dicho si se piensa divorciar.

—No, no se lo he dicho. No veo razón ni para divorciarme ni para no divorciarme.

—Eso sumirá a su esposa en la incertidumbre.

—¿Le parece poca certidumbre que ahora esté aquí? Pero no me ponga una pistola en el pecho exigiéndome que me comprometa a vivir pegado a Martha el resto de mis días porque no lo haré.

—¿Sabe?, pienso que cuando usted decidió marcharse, en su inconsciente se estaba separando de ella no solo de manera temporal para impartir un seminario.

—Usted es el psiquiatra.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Cuando Martha salga de aquí y esté seguro de que está bien, me volveré a marchar.

—¿Y si ella quiere acompañarle?

—No lo creo ni oportuno ni necesario.

—Pero si quisiera hacerlo…

—¿Qué cree que debería hacer?

—La respuesta es suya.

—No tengo respuesta.

—Ese es el problema. Debe encontrar la respuesta. La incertidumbre es causa de muchas enfermedades del alma.

—¿Me está diciendo que tengo que decidir si me separo de mi mujer?

—Usted sabe lo que le estoy diciendo. Esto no es un problema filosófico. Juegue limpio con ella.

Thomas se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza y salió del despacho del psiquiatra.

El doctor Fuentes apuntó en su libreta: «Cuidado con el marido».

Cuando llegó el turno de Felicitas y Penny, se empeñaron en entrar juntas. El doctor insistió en que quería hablar con ellas por separado, pero Felicitas se agarraba a su hija como quien está

naufragando y encuentra una tabla. Madre e hija se sentaron en dos sillones frente al psiquiatra que las observaba sin mirarlas de frente.

«Menuda familia», pensó Fuentes. Si el padre era un hueso duro de roer y la madre, una mujer angustiada por su insoportable soledad, la hija y la nieta parecían aún más estrafalarias.

—Dígame, Felicitas, ¿cree que su madre ha intentado suicidarse?

Como respuesta, Felicitas comenzó a derramar lágrimas y a apretarse las manos. Penny la observaba con preocupación.

—Mi madre está conmocionada. No se lo esperaba —respondió Penny.

—¿Qué es lo que no se esperaba?

—Pues que Martha pudiera hacer lo que ha hecho.

—Y, según tú, ¿qué es lo que ha hecho?

—No soy yo la que dice qué ha hecho, sino ustedes, que la han traído aquí porque creen que se ha intentado suicidar —afirmó Penny con un tono entre condescendiente y de desprecio.

—O sea que te inclinas a pensar que se ha intentado suicidar…

—Yo no he dicho eso. No lo sé, pero Martha es… es capaz de cualquier cosa.

—¿No quieres a tu abuela?

La pregunta del doctor Fuentes desconcertó a Penny. No estaba preparada para responder tan pronto a esa pregunta planteada de manera tan directa.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que ha hecho Martha? Ella hace siempre lo que le da la gana sin preocuparse por los demás.

—No tienes buena opinión de tu abuela.

—Yo la conozco y usted no.

—¿Y qué es lo que tanto te molesta de ella?

—Su prepotencia. Se cree superior a todo el mundo y es una egoísta redomada. Solo piensa en ella. Está preocupada por la vejez. Llevaba un tiempo obsesionada con sus brazos. Se los han arreglado con unos hilos tensores, pero aun así sigue teniendo setenta años y eso no lo puede soportar. Ese es su problema.

—Gracias por el diagnóstico. Y ahora me gustaría saber si quieres o no a tu abuela.

—Cómo no vamos a quererla —responde Felicitas entre lágrimas.

—Se lo estoy preguntando a Penny —la interrumpe el doctor Fuentes esquivando la mirada de Felicitas.

—Pues no lo sé… A ratos sí…, pero la mayoría del tiempo no. Es insoportable, tan soberbia… Se cree que lo sabe todo, que tiene siempre la razón.

—O sea que no la quieres.

—La mayor parte del tiempo no.

—¿Y qué parte del tiempo la quieres?

—Pocas, muy pocas. A lo mejor, cuando se va a Boston con el abuelo, algún día la echo de menos.

Penny se muerde el labio inferior y baja la mirada. Está siendo sincera, o eso cree, pero le pesa no dejar en buen lugar a su abuela. Aunque piensa que tampoco es tan terrible.

—¿Qué más dirías de ella?

—Bueno, para la edad que tiene es bastante moderna. No dice nada cuando llevo a alguien a dormir a casa… Soy no binaria —afirma desafiante clavando sus enormes ojos color miel en los del doctor.

—¿Crees que no le importa?

—No sé…, ella es muy especial. Creo que no le gusta, pero no me lo reprocha, quizá porque sabe que no le serviría de nada. Pero a veces es… es…, bueno, no sé la palabra… Irónica, sarcástica, pasota… Martha no es una abuela como las demás.

—¿Te prohíbe muchas cosas?

—¡Qué va! Es muy directa; cuando no le gusta algo, te lo dice sin importarle si te hace daño o te fastidia. No recuerdo que me haya prohibido nada… Bueno, no le gusta que la llame «abuela», prefiere que la llame «Martha».

—¿Y a ti eso te importa?

Penny vuelve a morderse el labio inferior mientras se pone de acuerdo consigo misma para dar una respuesta.

—Las abuelas de mis amigas son diferentes, son abuelas. Mi amiga Pili le contó a la suya que se acuesta conmigo y le dio un patatús.

—¿Un qué?

—Pues que se puso a llorar con un ataque de ansiedad. Otras amigas y amigos tienen problemas cuando les dicen a sus padres o a sus abuelas que son bisexuales o cisgénero, o que quieren cambiar de sexo. Les cuesta entender que estamos en el siglo veintiuno y que las cosas han cambiado, ahora podemos ser lo que queramos ser.

—¿A tu abuela le da lo mismo?

—No sé…, pero no ha montado ningún número ni me ha amenazado con echarme de casa.

—¿Y a tus amigas sí las amenazan?

—¡Ufff! Hay padres que se toman a mal que sus hijas se nieguen a que les impongan un género. No comprenden que somos la

generación de la libertad, que hemos roto todos los tabúes y que ahora podemos elegir. No imagina los disgustos y los dramas que se organizan en las casas cuando alguien decide hacer uso de su libertad. Nosotros somos una familia moderna.

—Volvamos al principio. Quiero que seas clara, ¿crees que tu abuela se ha querido suicidar?

El doctor Fuentes miraba fijamente a Penny, que de nuevo volvía a morderse el labio inferior. Podía ver la lucha que mantenía con ella misma. También percibía algo más: perplejidad, sufrimiento, rebeldía… Nada que no fuera común en otros adolescentes.

—Pues no lo sé, podría ser que sí y podría ser que no. Martha es muy especial —concluyó Penny.

—Gracias, y ahora me gustaría hablar con usted —dijo el doctor Fuentes dirigiéndose a Felicitas.

—Mi madre está conmocionada —le interrumpió Penny.

—Lo comprendo, pero su opinión es muy importante —respondió el psiquiatra.

Felicitas se restregó los ojos para despejar las lágrimas, luego sorbió los mocos para a continuación estirarse la minifalda que llevaba. Después de eso parecía preparada para las preguntas del psiquiatra.

—¿Se lleva bien con su madre?

—Sí, sí… Martha es especial, pero es buena persona y siempre ha sido buena madre, aunque no haya sido una madre como las demás.

—¿En qué no ha sido como las demás?

—Pues siempre me ha dado mucha libertad, no ha sido una madre agobiante, aunque ella hubiese preferido que no estudiara Periodismo y me hubiera dedicado a otra cosa.

—Pero ¿no se opuso?

—No, no. Además, mi padre me apoyaba y Martha sabía que no podría doblegarnos a los dos.

—Ya, ¿y qué más me puede decir de su madre?

—Es muy voluntariosa y disciplinada, supongo que por el ballet. Le costó mucho convertirse en una primera figura. Años de sacrificio y de renuncias. Tiene mucho mérito.

—¿Usted la admira?

—Bueno, me hubiera gustado heredar su fortaleza. Ella… ella no se detiene ante nada.

—¿Cree que ha pretendido suicidarse?

—Yo… yo no lo creo… Ella no es así. Si algo no le gusta, lucha para revertirlo, pero no se rinde nunca, ni siquiera ahora que ha cumplido setenta años.

—¿Sus padres se llevan bien?

Felicitas se queda en silencio durante unos segundos mientras encuentra las palabras para la respuesta.

—Nunca se han gritado, aunque han discutido, y delante de nosotras no han montado ningún número.

—¿Cree que su padre se marchó a Boston con la intención de abandonar a Martha?

—Yo… yo no lo creo… A veces estamos hartos los unos de los otros, sobre todo en verano, cuando la vida se para y hace tanto calor. Creo que mi madre se aburre en Madrid sin nada especial que hacer. Y mi padre… pues también se aburre, es agobiante estar todo el día con el aire acondicionado puesto.

—En Boston también hace calor y, además, pegajoso…

—Sí, pero allí mi padre tiene amigos, gente como él. Filósofos, profesores… No sé, pero allí tiene más cosas que hacer. Madrid en el mes de julio es insoportable.

—¿Por qué se fue?

—Bueno, usted ya lo sabe, le telefoneó una profesora de Harvard que está a punto de jubilarse y le ofreció impartir un seminario sobre Wittgenstein el próximo curso. Imagínese lo que eso significa para mi padre. Regresar a su universidad por la puerta grande. No podía decir que no.

—¿Y su madre se lo tomó a mal?

—Verá, somos… somos… somos una familia moderna, llena de contradicciones. Mi madre no se lo tomó a mal porque sabe lo importante que es para mi padre; quizá le molestó que la invitación llegara de Mary Baker. Nunca se llevaron bien, pero es que Mary es muy invasiva y además…, bueno…, yo creo que le hubiera gustado casarse con mi padre y que nunca entendió que se casara con Martha.

—Entonces…

—Sin duda a mi madre le ha sentado mal quedarse descolgada en pleno julio en Madrid. Tampoco es que le apeteciera venir con Penny y conmigo a Gijón. Ella nunca se pone al sol, por eso vamos al norte. Pero sin mi padre se aburriría.

—¿Y por qué cree que su padre no pidió a su madre que le acompañara?

—Todos somos egoístas… y supongo que para él es mejor estar allí participando en reuniones con otros profesores de Harvard y con sus viejos amigos. Mi madre le habría quitado libertad para hacerlo.

—Entonces ¿no cree que se marchó con intención de divorciarse posteriormente?

—Se marchó deprisa y corriendo porque estaba tan aburrido como mi madre y encontró la excusa perfecta para marcharse. Sin duda irse le supuso una liberación, pero no creo que en ese momento pensara en el divorcio porque hasta unos días antes nos íbamos todos juntos de vacaciones.

—Creo que usted y su madre habían discutido…

—Bueno, es habitual entre nosotras. Ella es… tan rígida. Le pedí que grabáramos un programa para mi canal, las dos mano a mano, hablando de todo un poco, pero se negó.

»Desde que se retiró se comporta como Greta Garbo, no quiere salir en la prensa, ni asistir a fiestas, ni hacer prácticamente nada. Por eso se aburre tanto.

—Lucía, la señora que trabaja en su casa, me ha dicho que ha aceptado dar clases de baile y de inglés a un grupo de mujeres inmigrantes y a sus hijas…

—Sí, eso ha sido después de que Penny y yo nos fuéramos de vacaciones y mi padre se marchara a Boston.

—¿Le sorprende?

—Muchísimo. No imagino a mi madre dando clases a niñas…, ni a niñas inmigrantes ni tampoco a sus madres. Pero Martha siempre sorprende. Supongo que la pobre estaba tan aburrida que se dejó liar por Lucía.

El psiquiatra colocó las manos sobre la mesa y las despidió sin levantarse. Ya tenía una idea bastante precisa de cómo era esta

familia. Solo le faltaba hablar con el párroco. Se trataba de la última persona que había estado con Martha antes de que ella se tomara las pastillas. Lucía se había ofrecido a llamarle.

Para cuando el sacerdote entró en su despacho aún no había decidido si debían dar el alta a Martha. La familia parecía estar segura de que no había intentado suicidarse. Su hermano parecía el más vehemente en la negativa. Pero ¿cómo era posible que se hubiera tomado dos o tres pastillas de Valium, en total cuarenta o sesenta miligramos, sin sopesar las consecuencias?

Pablo entró en el despacho del psiquiatra tendiéndole la mano. El médico se resintió del apretón. Siempre había tenido a los curas por menos agresivos a la hora de estrechar la mano de un desconocido.

—Gracias por haber venido. Creo que su testimonio será definitivo para que tome una decisión. Su familia parece descartar que Martha haya querido suicidarse.

—Yo tampoco lo creo.

—Usted fue la última persona con la que estuvo.

—Doctor, la psiquiatría tiene su cometido, que es tratar los trastornos mentales, emocionales. Sin duda, una actividad necesaria. Pero yo también estoy acostumbrado a tratar los «males» del alma, y estoy convencido de que Martha no intentó suicidarse. Sin duda actuó de manera irreflexiva al tomarse esas pastillas de Valium con el deseo de que la tarde pasara sin tener que afrontar el aburrimiento y la soledad. No sé cómo se le llama a eso en psiquiatría, pero yo no lo denominaría intento de suicidio.

—Parece que le fastidia estar aquí.

—Sí, me fastidia mucho. Tengo personas que atender, personas que están en situaciones límite.

—¿Y Martha no está atravesando una situación límite?

—Martha está profundamente aburrida sin saber qué hacer este mes de julio en que su marido ha recibido una de esas ofertas que uno no puede rechazar y no se lo ha pensado dos veces marchándose a Boston y dejando a su familia que se las arreglen como puedan.

—¿Diría usted que es una familia peculiar?

—No, no diría eso. Es una familia como tantas otras, como lo son ahora, con las tensiones, angustias y contradicciones que subyacen en todas las familias, sobre todo en las familias modernas. Si usted escuchara lo que yo en el confesionario, creería que la humanidad se ha vuelto loca.

—Ellos se califican de «familia moderna» y usted también los acaba de denominar así…

—Y lo son…, pero ni siquiera resultan tan rompedoras como otras familias. Casi diría que son bastante normales para lo que abunda.

—La nieta dice que es no binaria, ¿eso es habitual?

Pablo soltó una carcajada que provocó una mueca de disgusto en el psiquiatra.

—Mire, yo no sé lo que le cuentan en su consulta, pero sí sé lo que me cuentan a mí. Ahora mismo hay una crisis general de identidad. Ya sabe, cuando las minorías toman el poder, lo ejercen con la misma determinación que las mayorías. Las minorías perseguidas por no adaptarse a lo convencional, hombre-mujer, ahora han impuesto un discurso que o lo compras o te conviertes en un energúmeno que no respeta sus derechos y, por tanto, eres un elemento despreciable a batir.

»No crea que ese cuestionamiento de identidad se da solo entre los jóvenes, también hay adultos que se plantean si realmente son quienes quieren ser o son lo que son porque les han impuesto que las cosas eran así.

»Hay mucha gente sufriendo ahí fuera. Pero eso no tiene nada que ver con que Martha se haya tomado tres pastillas de Valium.

—¿Cree que se las volverá a tomar?

—Pues si un día está aburrida, el tiempo se le hace eterno y quiere que pase sin darse cuenta, a lo mejor sí, pero eso no implica que quiera suicidarse. Mire, hay muchas personas que cuando se jubilan no saben qué hacer con su vida. Una mujer como Martha, que se ha sacrificado desde niña por el ballet y que no ha dispuesto ni de un minuto para ella porque el ballet exige una dedicación absoluta, de repente se ha encontrado sin nada que hacer. Se jubiló a los cuarenta, incluso un poco tarde para una bailarina. Es soberbia y no quiere ser la bailarina que ha envejecido y solo le queda contar sus batallitas e instalarse en el recuerdo de lo que fue. Es una mujer con una personalidad fuerte que no ha encontrado qué hacer, algo que le resulte interesante.

»Tiene un marido con un mundo propio, la Filosofía. Una hija y una nieta peculiares. Y estamos en el mes de julio y Madrid parece la antesala del Infierno. Se enfrentaba a un fin de semana interminable y decidió pasarlo sin enterarse. Así de simple.

—Está muy seguro.

—No siempre estoy seguro respecto a lo que a la condición humana se refiere, pero en este caso sí. Martha no ha querido suicidarse. Supongo que, visto desde fuera, lo fácil es pensar que

ella es la rara, la estrafalaria de la familia. Pero, aunque no conozco mucho al resto, me atrevo a decir que ella es la mejor.

—¿Eso es lo que cree?

—Supongo que me ha llamado para saber mi opinión.

—Sí.

—Pues dele el alta y déjela marcharse a casa y que mañana o pasado vuelva a la parroquia a dar clases a ese grupo de niñas y madres que están en una situación irregular en España. Quizá en ellas Martha encuentre una nueva razón para disfrutar de la vida.

—O una razón para vivir.

—Llámelo como quiera. Le aseguro que el aburrimiento da lugar a muchas calamidades.

—¿Como el suicidio?

—No haga trampas. Martha no ha querido suicidarse. Si hubiera querido hacerlo, no dude que lo habría conseguido.

—A lo mejor quería llamar la atención para que regresara su marido.

—No.

—¿No?

—No. Es demasiado soberbia y orgullosa para rebajarse a montar un número así.

—Gracias por haber venido.

—Dele el alta y no la fastidie más.

Pablo se levantó de la silla, dio media vuelta y salió del despacho del psiquiatra sin estrecharle la mano.

Cuando la enfermera entró en la habitación seguida de un médico de guardia y del psiquiatra, Martha intentó que no trasluciera su malhumor. Allí estaban Thomas, Felicitas y Penny, mirándola con preocupación, pero en sus ojos también brillaba el reproche.

—¿Qué tal se siente? —preguntó el médico.

—Estaré bien cuando me pueda dar una ducha como es debido en mi casa.

—Pues a eso vengo, a decirle que ya hemos firmado el alta —dijo el médico de guardia.

—Su amigo el párroco ha sido muy convincente. Espero no volverla a ver por aquí al menos por un asunto como el que ha venido en esta ocasión —añadió el psiquiatra, que parecía tener prisa por marcharse.

Martha tuvo que contener la respuesta. No quería que aquel médico decidiera que no estaba en sus cabales si le decía que le consideraba tan estúpido como inútil.

Le entregaron dos informes, el de medicina general y el de psiquiatría, ambos con unas cuantas recomendaciones.

—En mi informe le aconsejo que acuda a un especialista del psicoanálisis, le vendrá bien psicoanalizarse —dijo el médico de guardia mirando de reojo al psiquiatra, que ignoró el comentario.

No le respondió, se limitó a hacer una mueca de asentimiento. Lo único que quería era salir de allí. Era miércoles y llevaba tres días ingresada.

Una hora después, Martha estaba bajo la ducha sintiendo un alivio inmediato no solo en la piel, también en el alma.

Cuando salió de la ducha encontró a Thomas sentado en el borde de la cama. Parecía preocupado.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó.

—Ahora perfectamente. Si alguna vez me pasa algo, no me llevéis a ese hospital.

—A mí me han parecido muy eficientes.

—Ese psiquiatra es un estúpido.

—No seas tan categórica, ha hecho su trabajo, y quizá deberías tomar en cuenta la recomendación del psicoanálisis…

—Los norteamericanos sois muy dados a psicoanalizaros, pero yo no tengo ningún motivo para hacerlo.

—Nos ayuda a conocernos, a manejar nuestras emociones…

—Me conozco, no me hace falta que un tipo me diga que estoy traumatizada porque cuando era niña un día mi madre me dio un azote por tirar la comida al suelo.

—¿Eso sucedió?

—No, pero podría haber pasado.

—Martha, créeme que estoy preocupado y solo pretendo ayudarte.

—No tienes por qué preocuparte. Estoy bien.

—Ya… Pero esas pastillas…

Martha le cogió la mano y se sentó junto a él en el borde de la cama. Él sonrió agradecido de que su mujer no pareciera buscar un enfrentamiento.

—Thomas, me conoces bien. No he querido suicidarme. Solo quería que pasaran las horas, esas horas que se presentaban vacías y me resultaban insoportables. Siempre he creído que no necesitaba a nadie, que la soledad podía ser placentera. Estaba equivocada. La

soledad puede resultar estresante. Era sábado y hasta el lunes no tenía nada que hacer, ni nadie con quien hablar… Decidí pasar ese tiempo dormida y el lunes despertarme y volver a empezar.

—Pero el lunes tampoco tenías nada que hacer.

—Bueno, algo sí. Ya te han contado que estoy yendo a la parroquia a echar una mano a un grupo de mujeres y a sus hijas. No me apasiona, pero al menos me quita el aburrimiento durante unas horas.

—No sabía que podía interesarte una actividad así…

—No podías saberlo porque fue una ocurrencia de Lucía, que me vio tan sola que quiso echarme una mano y como ella es voluntaria para asuntos sociales en la parroquia…

—Tú no eres creyente…

—Y sigo sin serlo, pero parece que la Iglesia ha cambiado porque el cura de la parroquia no parece cura. Va con bermudas y sandalias. Una de las voluntarias tiene novia y él no parece escandalizado. De manera que no te preocupes, no me he vuelto una beata.

—¿Crees que he sido egoísta marchándome a Boston?

—Sí, has sido egoísta. Te estabas aburriendo tanto como yo. Imagino que pasar el resto del verano en Madrid o unos días en Gijón con el único entretenimiento de intentar sobrellevarnos los unos a los otros era motivo suficiente para salir huyendo. Además, el «caramelo» que Mary te ofrecía era muy tentador. ¡Volver a dar clase en Harvard! Nada te importa tanto como eso. Ni por un minuto pensaste en mí. Solo pensaste en ti.

—¿Creíste que te estaba abandonando?

—No es que lo creyera, es que hiciste la maleta y te fuiste casi sin despedirte.

—No voy a negar que entre pasar el verano aquí o en Gijón e ir a Boston a preparar el seminario, reunirme con los colegas…

—Era y es un planazo. Pero acaso nos faltó una conversación sincera. Decir en voz alta que nos estábamos aburriendo.

—Te aseguro que no tenía en mente abandonarte…

—Pero tampoco lo contrario.

—No sé, no lo sé, no quiero engañarte. Solo quería marcharme, pero no me planteé si era un viaje de ida y vuelta o solo de ida. No lo pensé. Solo quería marcharme. Lo siento.

—Bueno, creo que eso de pasar parte del verano en Madrid es una estupidez. Lo que no sé es por qué nunca nos planteamos marcharnos en cuanto llega el calor a cualquier lugar del mundo donde no lo haga. Pero lo hecho hecho está, de manera que te pregunto: ¿y ahora qué hacemos?

—Solo quiero que estés bien.

—Bueno, pero además, ¿qué quieres hacer respecto a nosotros? Odio preguntar esto porque parece de vodevil. Nunca pensé que viviríamos una situación así. A los dos nos denigra. ¿Qué quieres, Thomas?

—No quiero desconectar de lo que fue mi vida.

—Creo que no lo has hecho. Has escrito libros, has ido a distintos países a dar conferencias…

—Pero no me habían vuelto a invitar a dar clases en Harvard.

—¿Y eso es lo que quieres?

—En parte sí, pero no me engaño. No puedo dar hacia atrás el reloj de la vida. Pero tampoco quiero perder esta oportunidad. Mary se jubila el año próximo. La va a sustituir como director del

departamento un joven filósofo que tiene sus propios amigos. Es improbable que me invite a impartir otro seminario.

—Entonces…

—Quiero aprovechar esta oportunidad, disfrutarla. Sentirme vivo.

—¿Y yo no entro en esa ecuación?

—Sinceramente, no. No quiero engañarte, al irme me daba cuenta de que te estaba dejando al margen. Sé que mis amigos de Boston te aburren, y sobre todo no soportas a Mary Baker y ella es la pieza estructural de mi regreso a Harvard.

—Podríamos haber hablado de todo esto, pero saliste corriendo.

—Tienes razón, nos ha faltado una conversación. No me he portado bien contigo.

—No, no lo has hecho.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Pues tú irte a Boston, a preparar el seminario, y yo ya lo decidiré.

—No quiero dejarte sola aquí.

—Thomas, los dos somos viejos. Debemos aceptar que tenemos pasado y apenas futuro. Soñar con revivir el pasado personal y profesional es engañarnos. Tú darás ese seminario en Harvard; puede que en alguna otra ocasión te hagan una invitación similar, pero ya estás fuera del cuadro. Yo dejé el ballet para que no me echaran, y si no regreso ni a dar una clase magistral es porque no quiero que vean a una vieja sobre el escenario que provoque más compasión que consideración.

»No nos queda otra que aceptar nuestra edad y que nuestro tiempo ha pasado. Tendremos que buscar qué hacer para entretenernos, para que los días no nos resulten eternos y decidir si

el tiempo que nos queda por delante lo pasaremos juntos o separados. Lo que sí te digo es que no pienso volver a pasar un verano en Madrid. Este calor es inhumano.

—Y todo lo que acabas de decir ¿en qué se traduce? —preguntó Thomas preocupado por la palidez de Martha, por ver por primera vez su fragilidad.

Ella suspiró antes de responder. Era un suspiro de hastío, de alguien que ya ha llegado al final del camino. Thomas se estremeció al pensarlo y aguardó su respuesta.

—Si tuviéramos treinta años menos, a lo mejor te diría que todavía nos quedaría una oportunidad de encontrar a alguien que nos devolviera la ilusión del amor, pero tú sabes que eso sería engañarnos. ¿Se puede uno enamorar a los setenta? Sí, te enamoras del amor, pero de un amor sin futuro. Así que actuemos con inteligencia.

—Martha…, te agradezco lo que dices…

—Ni te estoy dando ni te estoy pidiendo una oportunidad, te estoy diciendo que disfrutemos de lo que nos queda de vida lo mejor que podamos, juntos o separados, pero sin engañarnos. Nuestro futuro es escaso, debemos aprovecharlo, pero no malgastarlo y mucho menos caer en la tentación de pensar que hoy y mañana puede ser igual que lo fue ayer.

—La filósofa eres tú —respondió Thomas sonriendo mientras apretaba la mano de Martha.

—En España decimos que todo se pega menos la hermosura. Supongo que después de tantos años de escucharte filosofar algo habré aprendido, pero creo que lo que te he dicho tiene poco que

ver con la filosofía. Cada uno tiene que encontrar su propio camino, podemos ayudarnos.

A Thomas le sorprendía la actitud de Martha. Parecía dispuesta a dejarle la puerta abierta sin pelear. Acaso ella también estaba cansada del matrimonio. Habían envejecido de manera distinta, con intereses contrapuestos. Ella parecía haberse instalado en la abulia, mientras que él no dejaba de añorar lo que había sido. Quizá fuera más sensata la actitud de Martha, sabedora de que la vida no es un reloj al que se puede dar marcha atrás.

Claro que esa apariencia contrastaba con su obsesión por borrar de su cuerpo las huellas de la vejez. Tenía que pensar en lo sucedido, deseaba marcharse cuanto antes, pero no podía hacerlo al día siguiente. Le debía a Martha al menos unos días para que se recuperase.

Una vez concluida la conversación, Thomas se refugió en su despacho y Martha en su habitación.

Dos días después, Martha está molesta porque Irene había llamado esa misma mañana para decirle que la Clínica Alvarado cerraba por vacaciones el 30 de julio y ya no citaban a las pacientes, pero que una de las doctoras la recibiría para hablar con ella de los posibles tratamientos para quitarle las manchas de las piernas en septiembre.

Martha se sentía exultante ante esa posibilidad y se creía capaz de convencer a la doctora de que procediera de inmediato a borrarle las manchas. Esa misma tarde, a pesar del calor agobiante, pidió un taxi y se presentó en la Clínica Alvarado. Cuando regresó, su humor había cambiado.

—Esa cretina se niega a hacerme nada hasta septiembre —le dijo a Lucía, que la esperaba impaciente.

—No entiendo nada de borrar manchas en la piel, pero supongo que si un médico decide que no se debe hacer en verano, sus razones tendrá.

—Pues que cierran por vacaciones. Estamos a treinta de julio.

—Una razón excelente. No pasa nada porque esperes a septiembre —afirmó Thomas, que la había oído llegar y había acudido al hall, momento en el que Lucía aprovechó para regresar a su habitación bajo el chorro del aire acondicionado.

—Thomas…, tú de esto no entiendes.

—Entiendo que estás obsesionada con la edad y te has empeñado en esconder las huellas más evidentes. Pero no es posible borrar el paso del tiempo. Tienes setenta años.

—Y tú también.

—Sí, pero yo no me voy a hacer un trasplante de pelo para que parezca que tengo diez años menos.

—Hay hombres de setenta que conservan el pelo —le fue diciendo mientras se dirigían a su despacho.

—Incluso yo lo conservo, aunque blanco. Y… si ya te sientes mejor, reservaré un billete para en unos días regresar a Boston.

—Sí, es lo que hemos hablado. ¿Cuándo te quieres marchar?

—Pues no más tarde del dos o el tres de agosto, necesito tiempo para preparar el seminario…

—Desde luego. ¡Ah! Mi hermano quiere invitarnos el fin de semana a la casa que Irene ha heredado de sus padres en ese pueblo de Segovia que tanto te gustó. Recordarás que estuvimos en una ocasión…

—Sí…, Pedraza, y se comía muy bien.

—¿Te parece que vayamos este fin de semana?

—Bueno… Si te hace ilusión…

No, no me hace ninguna ilusión, pero es la manera de entretenernos y sobre todo de que Thomas no se vaya. Estoy convencida de que cuando lo haga no regresará. No romperemos formalmente, hablaremos por teléfono, nos veremos por videollamada, pero la vida en común se habrá terminado para siempre. No hace falta que lo digamos con palabras, eso es lo que pasará y quiero retrasar ese momento. Sé que no podré evitarlo, pero necesito tiempo para ir acostumbrándome a la idea de que en realidad nos separamos. Sé que la única manera de retrasar lo que va a pasar es inventar actividades a las que a Thomas le cueste decir que no. Sabía que no se negaría a ir a Pedraza, por eso se lo he pedido a mi hermano, que ha aceptado de inmediato. Menos mal que Alberto y yo seguimos manteniendo cierta complicidad.

Felicitas aceptó acompañarnos a Pedraza y Penny se resistió hasta acceder de mal humor. Pero es parte del personaje que se ha construido. Estoy deseando que crezca y madure de una vez, espero que cuando cumpla más años no sea tan insoportable como ahora.

Lo pasamos bien. El buen humor de Alberto es contagioso. Es la persona más positiva que he conocido.

Con él, las risas están aseguradas.

Además, Alberto y Thomas congenian de una manera natural. Ninguno intenta epatar al otro. Me pregunto cómo es posible que un

filósofo y un deportista sean capaces de encontrar temas de los que hablar.

Irene también hizo lo posible por mostrarse simpática. En realidad lo es, aunque cuando están sus hijos se pone tensa, y este fin de semana Juan y José decidieron unirse a la reunión familiar.

Esther, la novia de Juan, es una chica mona y discreta. No molesta. Sabe hacerse invisible, pero sin dejar de estar atenta a todos. Ya me hubiera gustado tener unos hijos como ellos. Nunca le he preguntado a Alberto cómo se enteró de que su hijo era gay, si se lo dijo el propio José o simplemente se dio cuenta al no verle nunca con chicas. Pero de eso no se habla. O al menos nunca lo han hablado delante de nosotros.

Cuando el domingo por la noche regresamos a casa en el coche de Felicitas, Thomas hace un comentario que me sorprende:

—Qué chicos tan estupendos son tus sobrinos, ojalá hubiéramos tenido hijos como ellos.

—Papá, ¿es que no te basto yo? —protesta Felicitas.

—Sí, pero me hubiera gustado tener familia numerosa, y algún chico… Eso no significa que no esté orgulloso de ti. Eres mi niña, pero reconocerás que estoy en inferioridad de condiciones entre tu madre, tú y Penny. Sois tres mujeres de armas tomar.

—Los hombres siempre quieren tener hijos —afirma Penny con rabia—, se creen que un hijo les da un plus.

—¿Un plus de qué? —pregunta Felicitas.

—Pues no sé, pero se les hace el culo Pepsi-Cola cuando tienen un hijo. No es que no nos quieran, pero…

—No digas tonterías —la interrumpo.

—Martha, sabes que es verdad. Estoy segura de que para el abuelo mi madre fue una decepción y yo otra.

—No os cambiaría por nadie en el mundo —se defiende Thomas.

—Excepto por un par de hijos como los del tío Alberto, preferentemente como Juan, porque a José se le nota cada día más que es gay y aunque os las deis de liberales, en el fondo todo lo que no es o carne o pescado os molesta.

—A mí me da igual que sea gay —la interrumpe Thomas.

—Bueno, eso lo dices porque no es tu hijo, pero los padres no queréis tener hijos gais, solo que cuando eso sucede os tenéis que aguantar. Qué remedio —insiste Penny retando a su abuelo.

—Que yo sepa, el tío Alberto no hace ninguna distinción entre Juan y José —intervengo enfadada.

—No he dicho que no quiera a José, pero cuando mira a Juan se le nota orgulloso de él.

—Papá, ¿por qué te hubiera gustado tener hijos? —interrumpe Felicitas, que parece afectada por el comentario de su padre.

—Pues porque fui hijo único y envidiaba a mis amigos que tenían hermanos, aunque se pelearan con ellos.

La única conclusión que saco del fin de semana es que es urgente que se me ocurra algo para que Thomas no se marche todavía, pero ¿qué puedo hacer?

Lunes

En ocasiones la suerte sale a nuestro encuentro. Anoche apenas dormí pensando qué hacer para retrasar el viaje de Thomas, y esta mañana, cuando he ido a la parroquia a dar las clases a las niñas, he escuchado por casualidad a Pablo hablar con Enrique sobre Atapuerca.

Enrique le proponía a Pablo llevar a los niños de excursión para que vieran las excavaciones. Conoce a una paleontóloga que participa en ellas y les servirá de guía.

—Pero es un lío llevar a tantos niños… Habrá que preguntar a sus familias y, además, tendremos que alquilar un autobús, darles de comer… No sé, no sé…

—Vamos, Pablo, podemos hacerlo.

—¿Estará Juan Luis Arsuaga? —les pregunto interrumpiendo su conversación.

—¿Arsuaga? No tengo ni idea, supongo que no. Las campañas de excavación duran hasta finales de julio… —responde Enrique sorprendido por mi pregunta.

—Pero ¿podría estar? —insisto.

—Pues no lo sé… —Enrique me mira con fastidio.

—Si Arsuaga está, yo pago los autobuses para llevar a los niños y las entradas. Mi marido nos acompañará. Y si además viene Juan José Millás, que es uno de mis escritores favoritos, entonces también pagaré los bocadillos, las botellas de agua y lo que haga falta.

—O sea que tu generosidad depende de que esté Juan Luis Arsuaga y, a ser posible, Millás. Sin Millás no habrá bocadillos. ¿No te sirve Miguel Carretero, María Martinón Torres, Marina Mosquera, Ignacio Martínez, Alfonso Benito, Andreu Ollé…?

—Mucho mejor si están todos, pero sé que a Thomas le gustaría conocer a Arsuaga, y Juan José Millás ya sería la guinda. De Arsuaga ha leído todos sus libros y le tiene una gran admiración. Y también le han interesado los que ha escrito al alimón con Millás. Mi marido es filósofo, ha sido profesor en Harvard, y dentro de unos días regresa para preparar un seminario que impartirá a partir de septiembre.

Lo he dicho todo de carrerilla. Enrique me mira con desconfianza y Pablo, con estupor.

—De manera que si no está Arsuaga, no pagarás la excursión —se lamenta Pablo.

—Exactamente eso es lo que he dicho. Si pago la excursión es por mi marido, sé que disfrutará mucho visitando Atapuerca, pero mucho más conociendo a Arsuaga.

—Bueno, pues si esa es la condición… ¿Tú qué dices, Enrique? —pregunta Pablo.

—No sé…, me parece un chantaje, pero en fin…, hablaré con mi amiga para ver si es posible.

—No es ningún chantaje, quiero hacerle un regalo a Thomas, cumple años en unos días, y para él conocer a Juan Luis Arsuaga sería el mejor regalo, y si añadimos a Millás…

—Eso de «regalar» conocer a alguien… —se queja Enrique.

—Bueno, cada uno regala lo que quiere o lo que puede. No me parece tan raro que a un profesor de Harvard le pueda interesar conocer a uno de los mejores paleontólogos del mundo. Sin duda, es un regalo más interesante que un viaje a las Bahamas —concluye Pablo, que intenta evitar que Enrique y yo nos peleemos.

No estoy segura de que Pablo apruebe mi propuesta, pero para él su prioridad son los niños.

—Ya os diré algo cuando hable con mi amiga —acepta Enrique decepcionado por la deriva de la situación.

—Quiero la respuesta ahora. Mi marido ha previsto marcharse en dos o tres días a Boston y tiene que sacar el billete de avión.

—No creo que mi amiga pueda darnos una respuesta ahora mismo —se lamenta Enrique.

—Pues es ahora o nada. —Me siento como en una partida de póquer y temo no tener buenas cartas.

—Llama a tu amiga ahora mismo —le pide Pablo.

—No sé…

—Llámala, Enrique, ya sabes: el que paga manda, y Martha ha puesto un precio, tenemos que darle una respuesta de si podemos o no pagarlo.

Asiento. Sé que Pablo se ha enfadado conmigo, pero tengo una partida por jugar: disponer de tiempo con Thomas antes de que se vaya para siempre.

Cuando llego a casa solo está Lucía. «Thomas y Felicitas han salido y Penny se marchó esta mañana nada más irte tú».

¿Dónde habrán ido? Conociendo a Felicitas, seguro que ha convencido a su padre para grabar alguno de sus programas de la

nueva temporada. Parece entusiasmada con las ideas del *community manager* y creo que, además de las ideas, también lo está con él. Le mira con cara de boba. En cuanto a él…, todavía no quiero hacer un juicio. Mi hija es bastante naíf y se suele enamorar de tipos que valen menos que ella y que además le toman el pelo.

Me estoy cambiando de ropa cuando Lucía da dos toques en la puerta y entra en la habitación.

—Quería decirte que he pensado irme unos días a la playa con Rosa y Luz. Les vendrá bien a ellas y me vendrá bien a mí. Y así alejo a Rosa de ese marido que tiene que no me gusta nada.

—¿Y adónde vais a ir?

—Pues a Benidorm, allí siempre hay animación y la gente es más normal que en otros sitios de esos a los que vais vosotros.

—Pues no sé cómo son esos sitios a los que vamos nosotros porque, como bien sabes, solemos ir al norte y allí hay gente normal, como tú dices —respondo molesta.

—No sé por qué he dicho esa tontería.

—Porque has dejado que afloren tus prejuicios. En el fondo piensas que somos unos privilegiados.

—Y lo sois. La prueba está en que esta mañana yo he limpiado la casa y ahora estoy terminando de hacer la comida.

—Y yo he estado en la parroquia dando clases de ballet a esas niñas y luego una clase de inglés a sus madres. O sea que tampoco he estado de brazos cruzados. —No puedo ocultar lo que me han fastidiado las palabras de Lucía.

—Bueno, no te enfades.

—No, si no me enfado, pero me parece que estás siendo injusta con nosotros. El otro día todo eran parabienes y decías que en

ningún otro sitio podrías estar mejor, y hoy me sales con que te vas a Benidorm y no a los sitios donde vamos nosotros.

—Estoy cansada, Martha, estos días han sido muy estresantes por lo tuyo.

—¿Qué es lo mío? —pregunto cabreada.

—Pues lo de las pastillas, el hospital, el interrogatorio del psiquiatra. Porque a mí me sometió a un tercer grado. Parecía que yo te había obligado a tragarte las pastillas.

—El psiquiatra era un imbécil y la policía siempre desconfía de todo el mundo. Ve delincuentes por todas partes.

—Te diré que el psiquiatra fue muy amable conmigo y la policía también —dice Lucía con cierto fastidio.

—Pues mejor que haya sido así. ¿Y cuándo te vas de vacaciones? —pregunto intentando controlar el enfado que me produce que haya decidido por las buenas irse.

—Rosa trabaja hasta el quince de agosto, de manera que el dieciséis. Ya he sacado los billetes del autobús y he pagado siete días en un hotel que está en primera línea de playa. Luz está entusiasmada.

—Me alegro por vosotras. —La verdad es que no me alegro, pero algo tengo que decir.

—A lo mejor tú también deberías organizar algún viaje con Felicitas y Penny, no creo que dentro de quince días Thomas siga aquí.

Me doy la vuelta con ganas de insultarla, pero me contengo. Es lo que tiene dar confianza, porque después nadie sabe ponerle límites. Respiro hondo y sonrío.

—Bueno, voy a seguir empanando filetes. El gazpacho está en la nevera fresquito —dice Lucía.

Cuando me quedo sola me pregunto si, efectivamente, debería organizar un viaje con Felicitas y Penny. Pero no fui con ellas a Gijón y no entenderán por qué de repente les propongo un viaje. Claro que no puedo decirles la verdad. ¿Qué vamos a hacer las tres solas en Madrid pasando calor y sin nadie que se ocupe de nosotras? Sí, lo mejor es que nos vayamos; en realidad, deberíamos irnos en cuanto Thomas lo haga. Sé que me va a dar un bajón nada más se suba al avión.

No sé, a lo mejor puedo pedirle a Felicitas que convenza a su padre para que le acompañemos a Boston. Thomas a mí me diría que no, pero quizá a su hija no se atreva.

Me pregunto cómo es posible que esté actuando como una quinceañera tratando de impedir que me dejen. Bueno, en este caso el hombre es mi marido y creo que puedo y debo utilizar todas las tretas que se me ocurran para evitar la separación. Tengo setenta años y Thomas también; creo que separarnos a estas alturas de nuestra vida es un error. Deberíamos hacer lo que otros matrimonios: mantener las apariencias.

Él puede vivir la mayor parte del tiempo en Boston y yo en Madrid, pero al menos yendo yo de vez en cuando a verle y él viniendo aquí a pasar la Navidad. Qué menos. Incluso podría ser divertido que nos encontrásemos en otros lugares; por ejemplo, Londres. A los dos nos gusta la ciudad, allí fue donde nos conocimos. También podríamos quedar en Nueva York. Prefiero Nueva York a Boston. Los de Boston son tan estirados…, piensan que por estar cerca de Harvard son superiores.

¿Dónde se habrán metido Thomas y Felicitas? Ya son las tres y no han tenido el detalle de llamar para decir si vienen o no a comer. Me estoy poniendo nerviosa. Tampoco Penny ha llamado, pero así es ella.

Me sobresalta el sonido del móvil. No sé dónde lo he metido. Lo encuentro en el cuarto de baño.

—Martha, soy Pablo. ¿Estáis comiendo?

—No, aún no. Mi encantadora familia ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Les ha sucedido algo? —La voz de Pablo denota preocupación.

—No, han salido y todavía no han vuelto, los estoy esperando.

—Tengo una buena noticia: Ana, la amiga de Enrique que, como nos contó, es paleontóloga, le ha dicho que el próximo fin de semana Arsuaga estará en Burgos, creo que el viernes o el sábado tienen una reunión de equipo. Ana le ha pedido si podría presentarle a un filósofo de Harvard que se muere por conocerle y ha accedido. Según le ha comentado Ana, Arsuaga es muy despistado, solo se entera de lo que le interesa, aunque ella hará lo imposible por que esté en Burgos. Pero Juan José Millás no podrá acudir. Al parecer, está resfriado y con tos.

—¿Resfriado en julio?

—También hay virus en julio. El aire acondicionado… —se excusa Pablo.

—¡Gracias! No sabes cuánto os lo agradezco. Thomas no se lo va a creer, casi no me lo creo ni yo. No sabéis qué feliz le vais a hacer.

—No nos has dado opción. Nos has puesto entre la espada y la pared. En realidad, nos has chantajeado de mala manera. Hemos

aceptado por los niños. Enrique quería enviarte a tomar viento y yo… yo te habría mandado directamente a la mierda.

No puedo evitar reírme. Me cae bien Pablo, no se anda con remilgos a la hora de tratarme. Más bien, todo lo contrario. Pero me cae bien y sé que yo también a él. Supongo que soy un alma a «pescar» para que no me vaya directamente al Infierno.

—Gracias, insisto en que os lo agradezco.

—Cari se va a ocupar del alquiler del autobús y de las entradas para la excursión. Te llamará para decirte cuánto es y que mandes un bizum o una transferencia.

—Lo prometido es lo prometido. Correré con todos los gastos.

—Y… Martha, no quiero meterme en tu vida, pero me gustaría ayudarte. Retrasar el regreso a Boston de tu marido no te servirá de nada.

—¿Y quién te ha dicho que quiero retrasar su viaje? —Me fastidia que se haya dado cuenta y me hago la ofendida.

—Eres más transparente de lo que crees. Cuando quieras hablamos.

Son las cuatro y Felicitas y Thomas aún no han regresado. He comido con Lucía en la cocina intentando controlar el malhumor, aunque sé que no lo he conseguido. Le he dicho que ha puesto demasiado pepino al gazpacho y que hoy no le han quedado bien los filetes empanados. Como me conoce, se ha encogido de hombros diciéndome: «Oye, tu malhumor no lo pagues conmigo». Iba a responderle, pero me he callado. Tiene razón.

Después de comer he buscado en internet centros de belleza donde quiten las manchas de las piernas. He encontrado uno que parece serio. He llamado, y después de insistir un buen rato me han dado hora para las seis.

Son las cinco y media y todavía no han regresado ni Thomas ni Felicitas. Me están fastidiando. Salgo de casa malhumorada.

El centro de belleza está en el bajo de un barrio de clase media. Me abre la puerta una chica joven que me sonríe como si le diera alegría verme. Pero ni ella me conoce, ni yo a ella. Eso me fastidia porque me molesta la impostura. No quiero que me sonrían porque sí.

—Pase, pase. La doctora está terminando con una paciente y después va usted. Vamos a aprovechar para rellenar su ficha.

Estoy por decirle que no quiero que me hagan ninguna ficha, pero sé que sería una petición inútil.

La relleno poniendo el apellido de casada en vez del mío. Es lo que hago cuando no quiero que me «fichen».

Una vez que la he rellenado, me hace esperar en una salita con una decoración que deja mucho que desear. Los sillones son de escay y las sillas tienen el asiento desgastado. Los estores de las ventanas en su tiempo debieron de ser blancos, pero ahora están amarillentos. Nada que ver este lugar con la Clínica Alvarado. Supongo que también notaré la diferencia en el precio.

Al cabo de un rato, la chica viene a decirme que ya puedo pasar. Entro en la consulta y detrás de una mesa está la doctora. Es una mujer de unos cincuenta años, lleva una bata blanca desabrochada.

Tiene cara de cansada, pero sonríe indicándome con la mano que me siente.

—Dígame, señora Sullivan, ¿por qué esas prisas por venir? —Es lo primero que me pregunta mientras lee mi ficha.

—Porque quiero que me quite las manchas de las piernas.

—Bueno, eso no es problema. Déjeme verla. Puede dejar el vestido detrás del biombo, encontrará una bata, se la pone y viene.

Detrás del biombo hay una mesita con varias batas de hospital perfectamente dobladas. No son nuevas, pero están limpias. Hay un perchero y allí cuelgo mi vestido y regreso a la consulta.

—Túmbese en la camilla —me dice la doctora.

Lo hago. Se inclina sobre mí con una lupa en la mano y me va mirando mancha por mancha.

—Son manchas por la edad. No son malas.

La miro sorprendida. En ningún momento había pensado que mis manchas pudieran ser «malas».

—Quiero que me las quite ahora.

—¿Ahora? Imposible, esto lleva su tiempo.

—Que es de lo que yo carezco. No quiero ofenderla, pero le pagaré lo que sea. Tengo que emprender un viaje y no sé cuándo volveré. Prefiero quitarme las manchas aquí que en el lugar adonde voy.

—¿Y adónde va? —me pregunta con curiosidad, como si esperara escucharme decir que me voy a lo más profundo de África o a explorar el Polo Norte.

—A Boston.

—Bueno, Boston es un lugar donde puede encontrar excelentes clínicas.

—Ya, pero quiero hacerlo aquí y ahora —insisto.

—Son casi las siete de la tarde. La he citado porque ha insistido, pero cualquier cosa que hagamos será mañana.

—No. Tiene que ser hoy.

—Señora Sullivan…

—Doctora Ríos…

—Con mucho gusto la puedo citar para mañana a primera hora.

—No. Ya le he dicho que tiene que ser ahora. Le pagaré por su tiempo.

La doctora vuelve a colocar su lupa sobre las manchas y al terminar me dice:

—Bueno, le puedo hacer una exfoliación química suave.

—¿Y eso qué es?

—El procedimiento menos agresivo habida cuenta de las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Que solo la he examinado superficialmente, que son las siete de la tarde y que no voy a proceder con ningún tratamiento del que no esté absolutamente segura. Y no me vuelva a decir que me pagará lo que sea porque no puede comprarme.

—De acuerdo. Pues hágame esa exfoliación química suave. ¿Servirá?

—Sí. A lo mejor los resultados no son suficientes, pero se puede repetir.

—¿Qué puede salir mal?

—Lo que puede pasar es que se le enrojezca la piel, cierta hinchazón… Poco más.

—Pues hágamela.

—En su ficha pone que no toma medicamentos.

—Y no los tomo.

—¿Nada?

—Alguna vez aspirina.

—¿Ha tomado hoy?

—No, no me duele la cabeza todos los días.

—De acuerdo.

—¿Con qué me lo va a hacer?

—Con ácido glicólico. Es muy efectivo a la hora de eliminar las células muertas que tenemos en la piel.

—¿Me desaparecerán las manchas?

—Disminuirán su color.

—Quiero que me desaparezcan.

—Eso requiere otra técnica que no pienso realizarle ahora. Y no sé por qué accedo a hacerle nada. No se pueden hacer las cosas deprisa y corriendo. Antes debería llevar a cabo un estudio para decidir lo que más le conviene, que seguramente sería el láser. Pero decídase, señora Sullivan.

Acepto de mala gana. Me pregunto si no estaré cometiendo una equivocación. No sé quién es esta doctora.

—Tiéndase —me ordena cubriéndome con una sábana que solo deja mis piernas al descubierto.

Siento un leve cosquilleo por la piel, me debe de estar pasando por las piernas no sé si una toalla de papel o de algodón.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto.

—Limpiar la zona.

Parece concentrada en mis piernas y no alcanzo a ver qué más hace, pero sigo sintiendo que me pasa algo por ellas, creo que un

líquido espeso, y cuando intento incorporarme para mirar, la doctora se enfada.

—O se está quieta y me deja hacer mi trabajo o se levanta y se va.

—Solo quiero saber lo que me está haciendo.

—Lo mínimo que puedo: un *peeling* con ácido glicólico. He visto en su ficha que tiene setenta años.

—¿Y eso es un inconveniente?

—Me sorprende que le preocupen las manchas de la edad.

—Ya, se supone que a los setenta me debo quedar en casa haciendo calceta.

—Mi madre va a cumplir ochenta y no se queda en casa haciendo calceta. Precisamente hoy se ha marchado con sus amigas a Italia en un viaje organizado por el centro de mayores del barrio.

—Bien por ella.

No sé por qué me cuenta eso de su madre. No me importa lo que haga o deje de hacer la buena señora. Estoy por levantarme de la camilla e irme. Esta doctora es tonta de remate, ¿cómo puede pensar que yo vaya a apuntarme a un viaje del IMSERSO? Le falta psicología para tratar a los pacientes.

Creo que me está pasando un algodón impregnado en algo. Sube y baja.

Parece que ya ha terminado. Observo que mira su «obra» con escepticismo. Estoy por decirle que me pica la piel.

—¿Ha quedado bien? —le pregunto para ver si deja de mirarme las piernas.

—Con el ácido glicólico lo que hacemos es una exfoliación suave. Se eliminan las células muertas de la piel.

—Ya, pero lo que yo quiero es que me elimine las manchas.

—También rebaja la oscuridad de las manchas, pero no las hace desaparecer.

—¡Pues entonces no me sirve!

—Usted se ha empeñado en que le hiciera «algo» y yo no puedo hacerle nada sin un estudio previo.

—Pues habérmelo dicho.

—No he parado de decírselo desde que ha entrado en la consulta.

—Pues no me lo ha dejado suficientemente claro.

—Se lo he dejado clarísimo.

Me incorporo y miro mis piernas. Estoy a punto de gritar. Las tengo rojas.

—Pero ¡qué me ha hecho! Me las ha dejado al rojo vivo y, además, me duelen.

—Ahora le voy a expandir una crema hidratante para calmar la piel. No puede tomar el sol; en realidad, no debe darle el sol, aunque sea indirectamente. Solo puede llevar pantalones o faldas largas. Si la piel se le empieza a descamar, no se le ocurra hacer nada. Eso sí, tiene que mantener la piel muy hidratada. Ya verá que en unos días sus piernas estarán mejor.

—Pero no me habrán desaparecido totalmente las manchas —protesto.

—No, desde luego que no. El ácido glicólico las reduce, pero no las elimina en una sesión.

Tengo suerte y al salir encuentro un taxi a pocos metros de la consulta. Casi no me ha dado tiempo de darle la dirección al taxista cuando suena el móvil. En la pantalla aparece el nombre de Cari.

—Martha, cariño, me tienes que hacer el bizum. Ya tengo el autobús contratado. Tenemos que dejar un depósito del cincuenta por ciento.

—Mándame un wasap con la cantidad y en cuanto llegue a casa te lo mando.

—No sabes cómo te lo agradecemos. Para los críos va a ser una experiencia inolvidable.

—Siento tener que recordar que lo hago porque quiero que mi marido conozca a Arsuaga. —Se lo digo para que no crean que soy un alma de la caridad.

—Lo sé, lo sé, pero no importa tu motivación, sino el resultado. Un beso.

Cari cuelga y yo me pregunto por qué me he metido en este lío. No sé cómo se lo va a tomar Thomas; si dice que no, a saber cómo voy a salir de este embrollo.

Me encuentro a Thomas y a Felicitas en el despacho. Él está sentado en su sillón favorito y ella lo está en el suelo. Parecen contentos.

—¿Lo habéis pasado bien? —les digo con la esperanza de que me cuenten dónde han estado.

—Fenomenal. Papá me ha acompañado al despacho de Manu. El proyecto que ha diseñado es fantástico, ¿verdad, papá?

—Ese chico tiene talento —asiente Thomas.

—¿Y en qué consisten los cambios? —pregunto para que mi hija crea que me intereso por lo que hace.

—Un plató triple, o sea, tendremos tres escenarios, luces acorde con cada tema, una música que sea la referencia del canal. Y más

secciones. Vamos a introducir cocina, autoayuda, conversaciones con mujeres y hombres inspiradores. Una sección sobre naturaleza y medio ambiente y un buzón donde quienes nos siguen dejen propuestas de asuntos que les interesan y quieren que tratemos. Una vez a la semana leeremos sus sugerencias y día a día irán viendo los reportajes sobre esos temas.

»Participación. Manu dice que estamos en el siglo de la participación, que todos queremos interactuar. Ya no nos conformamos con ser solo espectadores.

—Qué interesante —digo para que no me reproche que no me preocupo por lo que hace.

—Ese Manu tiene más talento del que yo creía. El canal de Felicitas estará en hora con el siglo veintidós.

No digo nada, pero me parece exagerada la afirmación de Thomas. Me limito a sonreírles a los dos e intento no rascarme las piernas, que cada minuto me pican más.

—¡Ah!, y papá ya ha sacado el billete para Boston. Parece mentira que en estas fechas haya tanta gente que viaja a Boston —dice Felicitas con esa sonrisa de niña buena que tanto me crispa.

—Bueno, Boston es una ciudad importante y es lógico que reciba visitantes todo el año —respondo con la voz más amable de la que soy capaz, aunque en realidad tengo ganas de ponerme a gritar.

—Me voy el sábado —añade Thomas.

—Estupendo, así dispondrás de tiempo para preparar el seminario.

—Voy un poco justo, pero creo que lo conseguiré. Allí tengo mis notas de cuando daba clases —responde Thomas sorprendido al verme aceptar su marcha con lo más parecido a la indiferencia.

—Thomas, tú eres un filósofo reconocido, tu sola presencia justifica ese seminario. —Sonrío mientras hablo.

—Gracias, Martha —me responde desconcertado por mi buena disposición.

—¿Gracias? No sé por qué me das las gracias. No sabes lo que siento haber interrumpido tu preparación del curso.

—Bueno…, eso ya no importa. —Mi marido me observa con desconfianza, como si temiera que después de una conversación tan almibarada le tire algo a la cabeza.

Cada vez me escuecen más las piernas, pero no voy a decirles que me han hecho un *peeling* con ácido glicólico en un lugar que he encontrado en internet. Tengo ganas de rascármelas, pero lo mismo me hago heridas o algo peor.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunta Felicitas.

Mi hija se ha dado cuenta de mi incomodidad. Bueno, al menos no le soy tan indiferente.

—Quería daros una sorpresa, pero… las cosas vienen como vienen. Otra vez será.

Mi marido y mi hija me miran con suspicacia. No se fían de mí. Estoy por levantarme e irme al cuarto de baño para ver mis piernas. O, mejor, voy a llamar a esa doctora, que me dio su número por si el ácido glicólico me producía alguna reacción.

—¿Qué sorpresa? —pregunta mi hija con temor.

Me encojo de hombros y pongo la sonrisa más inocente de la que soy capaz.

—Esta mañana he ido a la parroquia.

—Martha, me parece muy loable lo que estás haciendo por esas mujeres y sus hijos —me interrumpe Thomas.

—Bueno, el beneficio es mutuo. A mí me ayuda a dar un poco de sentido a mi vida —respondo con una voz meliflua que espero les parezca convincente.

¡Menuda cínica estoy hecha! Esas niñas y sus madres me sirven de entretenimiento para pasar el verano. No es el mejor que podía buscarme, pero no he encontrado otro.

—Bueno, el caso es que uno de los voluntarios tiene una amiga paleontóloga que trabaja en las excavaciones de Atapuerca. Y en la parroquia han decidido aprovechar la oportunidad y llevar a los niños de excursión a Atapuerca. Pregunté si estará Juan Luis Arsuaga y me han dicho que sí y… bueno, propuse que vinierais porque sé lo mucho que te interesan esas excavaciones y sobre todo Arsuaga. Creo recordar que en alguna ocasión me has dicho que te gustaría conocerle. Un filósofo y un paleoantropólogo… ¡Ufff! Cuánto me hubiera gustado escuchar vuestra conversación. Creo que también estará Juan José Millás, sé que te gustan los libros que han escrito mano a mano él y Arsuaga…

Thomas se ha quedado en silencio. Sé que está luchando consigo mismo para vencer la tentación que le acabo de plantear.

Felicitas, que a veces es más lista de lo que parece, se levanta del suelo y rodea con los brazos el cuello de su padre.

—Podrías retrasar un día o dos el viaje a Boston y… bueno, se me ocurre que si a Arsuaga no le importa, sería una bomba grabar una conversación entre los dos. ¡Menudo estreno de temporada para mi canal!

—Bueno, yo no sé si él querría… Bastante favor nos va a hacer reuniéndose con nosotros. Lo de hablar con tu padre no ofrece ningún problema, pero grabar la conversación… me parece un abuso

por nuestra parte. —Seguramente he sido sincera aun sin pretenderlo.

Felicitas no pierde ocasión para ponernos a todos a disposición de su canal. Pero yo no me siento capaz de decirle a Pablo que le diga a Enrique que le diga a su amiga y esta a Arsuaga que la hija de un filósofo norteamericano, del que seguramente no habrá oído hablar, quiere grabar un programa con ellos dos mientras pasean por Atapuerca. Mi hija parece tonta, pero en ocasiones, como esta, se pasa de lista.

—Martha, me gustaría mucho acompañaros. Sabes mejor que nadie de mi interés por el trabajo que están haciendo en Atapuerca y también por Arsuaga. Me gustaría mucho conocerle, hablar con él…

—Ya, pero no puedes, tienes billete para el sábado —respondo con una sonrisa que espero no resulte demasiado impostada.

—Quizá… quizá pueda retrasar el viaje un par de días… ¿Qué te parece?

—A mí me parece bien, pero depende de lo que a ti te venga bien.

—Pues ahora mismo llamo a la compañía aérea para que me cambien el vuelo. No, no me puedo permitir perder la oportunidad de conocer a Juan Luis Arsuaga.

¡Gol! Sí, le he metido un gol sin que se diera cuenta. Felicitas me mira con gesto mohíno.

—De todas maneras, le diré a Manu que vaya y lleve una cámara. Resultará interesante la visita de todas esas mujeres y los niños, y supongo que a Arsuaga no le importará que le grabemos mientras les enseña Atapuerca.

—Es que no creo que sea él quien nos enseñe Atapuerca —respondo para que no se haga una idea equivocada de lo que va a ser la excursión.

—Da lo mismo, supongo que saludará a los niños y también a papá.

—Sí, es de suponer.

—Pues ya está. Como dice Manu, hay que aprovechar lo que uno tiene.

—Muy sensato tu amigo —respondo por decir algo—. Y ahora os dejo, quiero preparar la clase de inglés de mañana.

Me voy al cuarto de baño y cuando me levanto la falda y me veo las piernas tengo que reprimir un grito. Están más rojas que en la consulta. Menos mal que me he llevado el móvil al baño y llamo a la doctora Ríos.

Le cuento que tengo las piernas como si me las hubieran cocido en agua hirviendo.

—¿No está exagerando?

Estoy a punto de insultarle, pero respiro hondo antes de responder.

—No, no estoy exagerando, me escuecen, me duelen… y eso que, según usted, lo del ácido glicólico era la solución más *light*…

—Lo es, solo le he hecho un *peeling*, pero puede haberle dado una reacción alérgica. Venga a la consulta, le echaré un vistazo y lo mismo la mando a urgencias.

No. No voy a ir a su consulta. Llamaré a Irene; al fin y al cabo, ha sido culpa de ella lo que me ha pasado por negarse a que fuera a la Clínica Alvarado porque ya no hacen tratamientos en verano.

La recepcionista me dice que Irene está en una reunión de personal y que me llamará cuando termine. Le digo que no puedo esperar, que es un asunto grave.

Un minuto después escucho la voz preocupada de mi cuñada:

—¿Qué sucede? ¿Estáis todos bien?

Le digo la verdad. No tengo otra opción por más que me fastidie pedirle un favor.

—Coge un taxi y ven cuanto antes.

Me cuelga el teléfono. Salgo del baño y con el bolso en la mano intento salir sin que me vean para no dar explicaciones. Una vez fuera de casa, corro por la calle no vaya a ser que a Felicitas o a Thomas se les ocurra estar mirando por alguna ventana. Hace calor y no hay taxis. Debería haberlo pedido por teléfono, pero no puedo volverme atrás. Pasan diez minutos que me resultan interminables hasta que un taxi libre para.

Cuando llego a la Clínica Alvarado, la recepcionista me mira con mala cara.

—Doña Irene la espera en la consulta de la doctora García.

Me acompaña, da unos ligeros toc, toc en la puerta, abre y me cede el paso.

Irene está enfadada. Al menos podría disimularlo. Pero ni lo intenta.

—Pasa —me dice mirándome de arriba abajo.

La doctora García me hace una seña para que me siente en la camilla.

—Pero ¿qué ha hecho usted? —me pregunta también irritada.

Se lo cuento, pero les echo la culpa a ellas. Si me hubieran dado una cita, no habría tenido que recurrir a internet.

—¿Tienes el teléfono de esa doctora? —me pregunta Irene.

Se lo doy y ella a una señal imperceptible de la doctora García marca el número de la doctora Ríos.

La escuchamos preguntar a la doctora Ríos qué me ha puesto, qué técnica ha utilizado y todos los detalles de mi visita. Le hace un interrogatorio como si fuera del FBI hasta que parece quedarse satisfecha con las respuestas.

Cuando termina la conversación, le cuenta a la doctora García toda la información que le ha proporcionado la doctora Ríos.

No sé por qué pregunto si ellas conocen a la doctora que me ha hecho ese *peeling*. Me miran como si me hubiera vuelto loca.

—Desde luego que no —responde Irene.

—Y ahora, ¿qué me vais a hacer?

—No le pasa nada, una reacción al ácido glicólico. No se debe poner este producto sin antes hacer una prueba —me explica la doctora García conteniendo su malhumor.

—Pero mi querida cuñada prácticamente ha obligado a esa doctora —interviene Irene.

La doctora García me pasa un algodón empapado en no sé qué producto, y me va colocando compresas frías. Así está por lo menos media hora hasta que empiezo a sentir cierto alivio.

—Creo que vamos a lograr reducirle la inflamación.

Después me extiende una crema que me dice que es calmante y me da una pastilla que no me atrevo a preguntar qué es.

—En estos casos hay que tomar o corticoides o un antihistamínico.

Pero no me dice cuál de los dos me ha dado.

Después me da un blíster con más pastillas que debo tomar cada seis horas y una crema calmante e hidratante que tengo que

extender por las piernas.

—Mañana le echaré un vistazo. Venga a primera hora de la tarde.

Salgo de la consulta acompañada de Irene. Mi cuñada no me habla. Creo que está exagerando su enfado.

—Te llevo a casa.

Se lo agradezco. No solo porque no tengo ganas de esperar un taxi, también porque el coche de Irene es muy cómodo.

—Eres rematadamente idiota. Una caprichosa incapaz de medir las consecuencias de sus actos. Ya eres mayorcita para hacer estas cosas. Tienes que aceptar tu edad de una vez por todas.

Aguanto el rapapolvo sin rechistar. No es que Irene tenga razón, es que pelearme con ella no me conviene.

—Tienes setenta años, Martha, setenta, y hagas lo que hagas los seguirás teniendo. Te pongas hilos tensores o ácido glicólico. Esa doctora a la que has ido me ha dicho que no aceptabas un no por respuesta, que se ha visto obligada a atenderte y que había optado por un *peeling* porque es el tratamiento menos agresivo, pero… en fin, no le voy a dar más vueltas, eres una estúpida de tomo y lomo.

—Sé que tengo setenta años, pero eso no implica que no haga lo necesario para estar mejor —me defiendo.

—No, no puedes engañar a nadie. Ninguno podemos. Todas esas mujeres que se rellenan los labios y que insisten en que les inyectemos bótox, vitaminas… solo se engañan a ellas mismas, los demás sabemos que tienen la edad que tienen por más que no puedan mover un músculo por las inyecciones.

—Pues para dedicarte a este negocio no pareces muy partidaria.

—Soy enfermera, tengo un buen trabajo y en la Clínica Alvarado procuramos hacer las cosas bien, no perjudicar a las pacientes. Pero

no engañamos a nadie, no podemos borrarles la edad. Las manchas de tus piernas son una de las consecuencias de haber cumplido setenta años. Acéptate como eres de una puñetera vez. Deja de mirarte el ombligo.

—Sé que tengo setenta años. Si no hubiese aceptado mi edad, no me habría retirado a los cuarenta, pero eso no quita para que me quiera ver bien.

—Cuando te mueras no serás un cadáver atractivo por más tratamientos que te hagas.

—Eres una pésima relaciones públicas de la Clínica Alvarado.

—Soy tu cuñada, te tengo afecto y me da rabia ver cómo te pones en ridículo pretendiendo disimular tu edad.

—¿Cuál es la alternativa? —le pregunto con ansia de que me dé una respuesta que me sirva de algo.

—No hay alternativa a cumplir años salvo morirse. Pero mientras vivas procura tener la mejor salud posible, haz ejercicio, date una buena crema hidratante en la cara y otra en el cuerpo, cuida tu cabello…, no te lo machaques con el secador… En fin, tu aspiración debería ser tener un aspecto saludable, no el de una veinteañera.

—¿Y puedo teñirme las canas o te parece una estupidez? —pregunto para provocarla.

—Lo que te dé la gana. No estoy entre las fans de las canas. Envejecen.

—Pero me acabas de decir que acepte mi edad.

—Sí, acéptala y utiliza todo aquello que te dé buen aspecto sin recurrir a tratamientos agresivos. A los setenta es una pérdida de tiempo. A mí me gusta cómo llevas el pelo, un rubio blanquecino o

blanco con reflejos rubios, no sé muy bien. No te envejece, pero tampoco te disfraza.

—¿Puedo pedirte discreción? No me gustaría que Thomas y mi hija se preocuparan.

—No diré nada. Tienes mi palabra.

—Gracias, Irene.

—Pero no vuelvas a actuar como una adolescente idiota.

Encuentro a Thomas releyendo la versión inglesa de un libro escrito entre Arsuaga y Juan José Millás: *La muerte contada por un sapiens a un neandertal*.

Pienso que mi marido está ilusionado por conocer a Arsuaga como si fuera un chiquillo al que le van a presentar a su futbolista favorito.

Último sábado de julio

Estoy reventada. La visita a Atapuerca ha sido un éxito. Los niños han disfrutado de lo lindo, y tanto como ellos, Thomas. Mi marido ha cumplido su sueño de conocer a Juan Luis Arsuaga. Enseguida han congeniado. Supongo que sentían curiosidad, el filósofo por el paleoantropólogo y el paleoantropólogo por el filósofo. Creo que son la antítesis el uno del otro, pero les ha resultado grata la conversación.

De regreso a Madrid, Thomas me ha agradecido que le invitara a nuestra excursión. También ha hecho buenas migas con Pablo. Cuando Arsuaga se despidió, Pablo cogió el relevo de la conversación.

Hasta a mí me resultó interesante escucharlos debatir sobre el bien y el mal y si se puede vivir sin creer en Dios.

Thomas asegura que sí, él no cree; Pablo defiende lo contrario: ignorar a Dios, dijo, no es la solución para abordar el misterio de la vida.

Puede que ahora Thomas sienta tener que irse por más que para él Harvard haya sido la razón de su vida.

—Tienes unos amigos muy interesantes —me dice mientras nos disputamos la pasta de dientes.

—Sí…

—No me habías dicho que Pablo es doctor en Filosofía, Teología e Historia. Menudo cerebro tiene.

—Pues va en sandalias —le digo por decir algo.

Thomas no comprende por qué me refiero a las sandalias de Pablo.

—¿Y eso qué significa? —me pregunta intrigado.

—No sé, que para ser filósofo, teólogo e historiador, estaría mejor con zapatos —contesto sin demasiada convicción.

—No sé por qué.

Yo tampoco, pero no respondo. Me cepillo los dientes a la espera de que cuando termine cambiemos de conversación.

—¿Te he dicho que no he encontrado billete hasta el martes? Me fastidia, pero bueno, ha merecido la pena conocer a Arsuaga.

Thomas ronca. Supongo que está cansado por la paliza de la excursión. Yo también estoy cansada, aunque un poco menos que él, que ha recorrido Atapuerca con el mismo entusiasmo que los niños.

No puedo conciliar el sueño porque tengo que enfrentarme a mí misma. Y ahora, ¿qué? Podría inventarme alguna otra cosa para retrasar o que anule el viaje, pero ¿por cuánto tiempo? Retenerle no es la mejor opción. Tarde o temprano se irá y yo me sentiré aún peor de lo que ya me siento.

Pero no quiero que se vaya poniendo punto final a nuestra vida en común, que comenzó aquella noche en el Covent Garden cuando un amigo lo llevó a mi camerino y desde entonces no nos hemos vuelto a separar.

No puedo imaginar la vida sin él. No es que necesite su presencia, es que necesito saber que es parte de mi vida, no solo recordar que lo fue. Pero no tengo aliados a los que acudir. Felicitas no me necesita ni a mí ni a nadie para relacionarse con su padre. Tampoco Penny. Irán a verle a Boston cada vez que quieran. Thomas nunca quiso desmontar la habitación de Felicitas y allí continúa sobre la cama su oso rosa.

En cuanto a Penny, siempre ha manifestado que en esta familia quien le sobra soy yo. A Thomas le mira embelesada; a su madre la trata como si tuvieran los papeles cambiados y ella fuera la madre y su madre, la hija. Y a mí no me soporta. Puede que nos parezcamos más de lo que nos gustaría a las dos. Somos marrulleras, inconformistas, cabezotas… y listas, pero no inteligentes. Tenemos instinto para sobrevivir, pero no para vivir.

Vuelvo a pensar si me queda alguna carta por jugar para retener a Thomas. No, no la tengo, por más que me cueste aceptar que he perdido la partida.

Claro que también podría presentarme en Boston en octubre o noviembre, cuando el curso haya empezado y Thomas esté más tranquilo. Pero no puedo someterme a esa humillación. Además, perdería la consideración que siempre me ha tenido. Para él supondría una decepción.

O sea que no me queda otra opción que aceptar mi derrota, una derrota que me he infligido yo sola por estúpida, por no ser capaz de

darme cuenta de que el calor de julio en Madrid es capaz de devastar un matrimonio. Mi tozudez me ha pasado factura. Hace años le convencí de que lo justo era pasar seis meses en Boston y seis en Madrid. Thomas se resistió; decía que era mejor seguir viviendo como lo habíamos hecho hasta ese momento: ahora en Boston, mañana en Madrid, pasado en Londres… La culpa fue de la jubilación. Se nos acabaron las excusas para ir de un lado a otro. Por eso le propuse que viviéramos a caballo entre nuestras dos ciudades, pero tuve la peor idea al proponer Madrid de julio a diciembre. Claro que en Boston también hace un calor insoportable, pero él lo lleva mejor porque es su ciudad y se entretiene con sus amigos.

No. No soy Greta Garbo, pero la he imitado al negarme a dejarme ver. Nada de amigos, nada de asistir a espectáculos, nada de actividades. Hasta yo estoy aburrida de mí misma.

Sí, soy culpable de haber destruido mi matrimonio porque soy más estúpida de lo que mi nieta cree. Pero ¿seré capaz de aceptar la derrota? Me cruza por la cabeza una idea… No me resigno a perder, pero sobre todo a no ser yo quien diga la última palabra.

Se me ocurre organizar una cena de despedida. Solo la familia, Felicitas, Penny y nosotros. Quizá también Lucía… Ella y su hija Rosa han vivido muchos años con nosotros. Sería un detalle que Thomas valoraría. Él tiene una vena sentimental y emotiva de la que yo carezco.

Último domingo

Lucía coloca en la mesa el zumo de Martha. No toma nada más por la mañana. Thomas está dando buena cuenta de los huevos con beicon y Felicitas revuelve su *porridge* de avena. Mientras que Penny y Luz se terminan las tortitas con caramelo.

Las niñas llegaron pasada la medianoche. Lucía las escuchó reírse. No sabía que su nieta había quedado con Penny y a esa hora no se había atrevido a negarse a que Luz durmiera en la casa. Estuvo a punto de levantarse y decirle que durmiera con ella en su habitación. Pero mientras lo pensaba escuchó más risas y la puerta de Penny al cerrarse. Se dijo que no debía inquietarse, que tienen la misma edad y se conocen desde que han nacido. De pequeñas ya eran inseparables en la guardería, luego Thomas decidió que su nieta fuera a un colegio americano y que estudiara en inglés y se ofreció a pagar los estudios de Luz. Pero Rosa se negó. Su hija era orgullosa y le dijo que si Luz iba al mismo colegio que Penny, la relación sería asimétrica. Penny siempre sería la hija de una familia pudiente y Luz, la nieta de una subordinada por más que Thomas y Martha dijeran que eran como de la familia. «Qué tontería», dijo entonces Rosa. En una familia hay reparto del trabajo de la casa y Martha nunca había

fregado un plato ni Felicitas era capaz de plancharse una camiseta. No. No eran como de la familia; los Sullivan eran los jefes y Lucía, su empleada. Le había dolido abrirle los ojos a su madre. Y no, no es que tuvieran motivos de reproche. Las habían tratado siempre con respeto y deferencia, pero ella sabía que eso no implicaba que fueran iguales. Incluso le molestaba que su madre no se decidiera a irse a vivir con ella, dejando aquella casa que no era la suya. Lucía lloró cuando Rosa le dijo todo eso. Además, Rosa no quería que Luz siguiera siendo amiga de Penny. Esa niña llevaba mal camino, ya había oído algunas cosas que en el barrio se decían de ella: que si con doce años ya bebía, que si la policía la había recogido tirada en la calle con un coma etílico que casi le cuesta la vida, que si fumaba porros con un grupo de chicos de esos que hacían pellas y que se dedicaban a trapichear con hachís, que si había perdido la virginidad a los trece años… Un día se atrevió a contárselo a Felicitas, que se puso a llorar, y Martha se enfadó diciendo que no contara chismes de su nieta. Pero todo aquello era verdad, no eran chismes, y a ella le dolía ver el deterioro de Penny, las ojeras negras, su olor corporal, puesto que la mayoría de los días no se duchaba. No comprendía cómo ni Felicitas ni Martha hacían nada; también Thomas había optado por cerrar los ojos.

Rosa había prohibido a Luz ir a casa de los Sullivan. Así se lo dijo a su madre:

—Ellos no se quieren enterar de lo que hace Penny, pero yo no quiero que Luz termine como esa niña. De manera que me niego a que vuelva a ir a esa casa. Y si va, será conmigo y solo conmigo, y no se quedará nunca a dormir.

—Penny es solo una niña dejada de la mano de Dios —la disculpaba Lucía.

—Penny es una putilla drogadicta capaz de cualquier cosa. Me niego a que mi hija se junte con ella.

Pero aquella noche Luz y Penny habían llegado juntas. ¿Cómo es que Rosa le había permitido a Luz salir con Penny? Lucía no se atrevió a despertarla a esas horas, pero no pegó ojo en toda la noche. Ya de madrugada se quedó dormida, agotada.

Y ahora por la mañana tuvo un presentimiento. No podía evitar el temor de que esa calma de la que venían disfrutando desde que Martha saliera del hospital se apagara de golpe.

Tenía que reconocer que Martha parecía cambiada. No remoloneaba por las mañanas a la hora de ir a la parroquia a dar las clases de ballet e inglés. Thomas también estaba más tranquilo porque creía que Martha había aceptado que él se marchara a Boston quizá para siempre.

A Lucía también le sorprendía el cambio que había experimentado Felicitas desde que había contratado a ese tal Manu como *community manager* para que le diera un aire nuevo a su canal de internet. Era un joven con la cabeza rapada para disimular una calvicie prematura. Según Rosa y Luz, era «guapete», significara eso lo que significara. A ella le parecía insulso, por más que Felicitas y él se pasaran las horas hablando y discutiendo sobre los cambios que iban a poner en marcha a partir de septiembre. En cuanto a Penny, era a la que más temía. En cualquier momento haría algo para convertirse en el centro de atención.

Miró a Luz, que parecía incómoda. Su nieta aún era una niña inocente, mientras que a Penny le habían permitido llevar a su cama

a quien quería. Lucía creía que todo lo que Penny hacía era para llamar la atención y que en realidad le habría gustado que su madre o sus abuelos le hubieran prohibido sus extravagancias además de sus aventuras sexuales.

Lo que temía se produjo en ese momento, cuando vio a Penny alzar la mirada y fijarla en Martha. Una mirada que era el preludio de una batalla.

—Hemos pensado en que una de las dos debería transicionar. Creo que lo haré yo y así, en cuanto podamos, me casaré con Luz, a ella le da apuro estar con otra chica y a mí me da lo mismo ser una cosa o la otra —dijo con indiferencia impostada.

—Pero… pero… pero… —se atrevió a decir Lucía mirando espantada a su nieta.

—¡Lucía, deja de decir «pero, pero, pero»! —la recriminó Penny.

Lucía se puso en pie sin saber qué hacer.

Thomas se había quedado con la taza de café a medio camino entre la mesa y la boca. Y Felicitas empezó a llorar. Solo Martha seguía bebiendo su zumo sin inmutarse.

—¿Me habéis oído? —Penny había subido la voz sin llegar al grito.

—No estamos sordos. Nos hemos hecho mayores, pero aún conservamos el oído —respondió Martha.

—Quiero que me llevéis al hospital para iniciar el proceso de transición —la retó Penny.

Luz estaba encogida en su silla incapaz de decir palabra. Penny le cogió la mano y se la apretó.

—¿A qué hospital quieres ir? —quiso saber Martha mientras Thomas, Felicitas, Lucía y Luz permanecían en silencio incapaces de decir palabra.

—A cualquiera, en los hospitales públicos tienen la obligación de atendernos. Y da lo mismo que os opongáis, la ley está de mi parte. No podéis torcer nuestra voluntad. Nos vamos a casar en cuanto yo sea un chico.

—¿Acaso te hemos dicho que no lo hagas? —preguntó Martha sin que su voz denotara la más mínima emoción.

—Os conozco y aunque decís que somos una familia moderna no creo que os guste que me convierta en un chico —contestó Penny.

—Pues te declaraste no binaria y nos has traído a una colección de amigas y amigos sin que dijéramos nada —respondió Martha.

—Pero esto es distinto. Quiero hacer la transición para casarme con Luz. Es la persona que más me gusta de todas las que he conocido y es mi amiga de verdad. Esta noche… esta noche ha sido definitiva, nunca he hecho el amor más a gusto con nadie que con ella.

—¡No!

El grito de Lucía los sobresaltó. Luz se escondió la cara entre las manos rompiendo a llorar.

—¿Qué le has hecho a mi nieta? ¡Eres un monstruo!, ¡una pervertida que quieres que todos sean como tú! Asquerosa, puta, sarnosa… —gritaba Lucía abrazando a su nieta.

Martha y Thomas parecían haberse convertido en piedra. No eran capaces de moverse ni de hablar, como si su mente se hubiera quedado suspendida en el vacío y las palabras, congeladas en sus gargantas.

—Yo no quería… Ella me dio algo… Bebí y luego… No sé, no sé lo que hemos hecho, y cuando nos hemos despertado me ha dicho que nos vamos a casar, que se convertirá en chico para que nos dejéis

casarnos, pero yo… yo no quiero… ¡No quiero! —gritaba Luz entre hipidos y en brazos de su abuela.

A Felicitas le empezaron a temblar las manos. Las lágrimas le habían inundado el rostro hasta cubrirle la expresión de horror.

Martha respiró. Tragó saliva y se puso en pie, aunque le dolían las piernas, que ya no estaban tan enrojecidas como el día anterior.

—Penny, querida, esto tenemos que hablarlo con tranquilidad, es una decisión irreversible. Y deja a Luz al margen, no tienes derecho a arrastrarla a algo así —acertó a decir.

—¡Haré lo que quiera, no me puedes imponer tu voluntad! Quiero que sea irreversible. En cuanto a Luz, ya es mayorcita para saber lo que quiere y se ha comprometido a casarse conmigo —respondió Penny, y su mirada estaba cargada de desafío.

—Pero… pero… pero… —Felicitas no alcanzaba a decir ni una palabra más.

—Mamá, deja de tartamudear. Siempre me has dicho que me apoyarías en las decisiones que me conciernen. Y esta es una decisión en la que ninguno tenéis ni voz ni voto. Tampoco tú, aunque seas mi madre —sentenció Penny.

—Bueno, todavía no te han crecido demasiado las tetas, así que rebanarlas no será tan difícil. Y cortar la regla creo que tampoco lo es. Solo hace un año y medio que la tienes. Pero a Luz déjala al margen. Ella, por no ser, ni siquiera es bisexual y no binaria —intervino Martha mientras miraba de reojo el vaso de zumo que había dejado en la mesa.

—¡Veo que os importa una mierda lo que os estoy diciendo! —gritó Penny.

—En absoluto. Sabes que puedes contar con nosotros. Como bien dices, la ley está de tu parte. De manera que no podríamos oponernos —replicó Martha.

—¡No vas a casarte con mi nieta ni te volverás a acercar a ella, porque si lo haces…, si lo haces…! —gritó Lucía apretando aún más a Luz entre sus brazos.

—¡Luz me quiere! —gritó Penny.

—¡Golfa! ¡Degenerada! Si te vuelves a acercar a Luz, te mato —volvió a gritar Lucía.

—Yo… lo siento, creo que nos debemos calmar… Todo esto es un disparate… No podemos dejar que tomes una decisión así —dijo Thomas mirando a Penny.

—¿Un disparate? ¡Vaya sorpresa me estás dando, abuelo! Yo creía que iba a encontrar tu apoyo. Creía eso que repetís tan a menudo de que somos una familia moderna del siglo veintiuno. ¡Sois unos mentirosos!

—No. No cuentas con mi apoyo, y menos planteando las cosas de esta forma. Al menos hasta que no esté convencido de que lo que pretendes no es una manera de llamar la atención. Y Martha tiene razón, deja a Luz al margen, no la manipules —respondió Thomas.

—¡Será posible! ¡Cómo me puedes acusar de querer transicionar para llamar la atención! ¿Crees que soy idiota?

—Lo que sé es que tienes dieciséis años y a esa edad no se deberían tomar ciertas decisiones —insistió Thomas.

—La ley me ampara —retó Penny a su abuelo.

—Lo sé. Incluso puedes denunciarnos si no te permitimos iniciar el proceso de transición. Dudo de las intenciones de quienes han hecho esa ley.

—Pues a mí me da lo mismo que dudes de las intenciones de los que han hecho la ley. No puedes oponerte a que me convierta en hombre.

Lucía y Luz se habían retirado a un rincón del comedor. No podían contener el llanto. Luz estaba temblando y se agarraba a su abuela con fuerza, como temiendo que alguien la pudiera arrancar de sus brazos.

—Penny, tengo una duda… —intervino Martha.

—¿Tú tienes una duda? Qué raro, lo sueles tener todo claro.

—Ya, pero, aunque no lo creas, yo también dudo. Comprende que en estos asuntos no tengo mucha experiencia. Soy bastante vulgar, nunca me he sentido otra cosa que mujer.

—¿Cuál es la duda? —la cortó Penny.

—Pues que antes eras no binaria porque te parecía que la sociedad impone ser hombre o mujer y no deja libertad para que cada uno sea lo que quiera ser cuando lo quiera ser. De no binaria quieres pasar a ser exclusivamente hombre, ¿por qué?

—¿Y a ti qué te importa? Es mi decisión y la ley me ampara.

—Sí, la ley te ampara y es tu decisión, pero como eres una persona inteligente y tomas tus decisiones porque las has pensado, podrías explicarnos qué te ha llevado a renunciar a esa libertad de ser hoy una cosa y mañana otra para ser una sola. —Martha intentaba disimular el temblor de su voz y no decir una palabra más alta que otra.

Thomas la miró y se asustó. De repente la veía como lo que era: una mujer de setenta años. En su rostro había aflorado su edad, esa edad que había combatido con éxito hasta el momento. Pero los gritos de Penny le devolvieron a la realidad.

—¡Déjame en paz! Tú nunca te has comportado como una abuela. Te importa una mierda lo que yo quiero o siento. Solo me preguntas para fastidiarme.

—No veo dónde está el fastidio por preguntar por qué renuncias a ser no binaria para ser binaria, pero con el sexo opuesto al que tienes —respondió Martha con frialdad.

—¡Dudo que lo puedas comprender! —gritó Penny con rabia.

—Dudo que seas capaz de explicarlo. —El tono de voz de Martha era extremadamente calmado.

—¡No, no lo voy a permitir! ¡No volverás a acercarte a Luz! Si lo haces, si lo haces… —se atrevió a decir Lucía.

—¡No eres nadie! Nos ampara la ley —gritó Penny.

—Esa ley vuestra… no… no… Bastante he aguantado tus perversiones, sabiendo que estabas en tu habitación con una chica o un chico haciendo… No quiero ni imaginarlo. Nunca te lo debieron consentir. No. ¡No voy a tolerar que te aproveches de mi nieta! —dijo Lucía gritando de nuevo.

—Lucía, por Dios, cálmate. —Thomas también se había puesto en pie.

—¿Calmarme? Tu nieta ha abusado de la mía ¿y pretendes que me calme? ¡Os deberían detener a todos porque todo esto es culpa vuestra! Cada vez que Penny ha hecho alguna de sus guarradas os habéis quitado de encima la responsabilidad diciendo «es cosa de crías», «estas cosas pasan», «la sociedad ha cambiado»… Todo menos aceptar que sois unos egoístas que solo os preocupáis de vosotros. —Lucía hablaba con tanto dolor como rabia.

—¡No lo consentiré! ¡Eres mi hija y menor de edad! —gritó de repente Felicitas agarrando a Penny de un brazo.

—¿Te has olvidado de que soy hija del semen de un desconocido? A lo mejor era el semen de un tipo que lo vendió y que fue hombre una temporada, pero en realidad quería ser mujer, y a mí me ha pasado al contrario.

—Penny, ¡basta ya! Lucía tiene razón, te hemos consentido demasiado —afirmó Martha.

Lucía empezó a llorar mientras abrazaba a Luz murmurando: «Mi niña no, no, mi niña no».

Luz se dejaba abrazar por su abuela sin atreverse a decir palabra, de cuando en cuando miraba a Penny y bajaba la cabeza. Temía lo que pudiera decir o hacer.

—Voy a llamar a Rosa para que venga a buscar a Luz y yo… me iré. Sí, me voy de esta casa. Sois… sois gente perversa, decís que sois una familia moderna porque no habéis sido capaces de impedir que una niña hiciera ante vuestras narices lo que hace Penny. Pero no consentiré que vuestra nieta destruya a mi niña. Prefiero verla muerta antes que…

—Pues tendrás que matarla, porque la decisión está tomada —contestó Penny poniéndose en pie y tendiendo la mano a Luz para que se soltara del abrazo de Lucía.

—¡Si te acercas a Luz, te mato! —gritó Lucía interponiéndose entre las dos adolescentes, mientras cerraba su abrazo sobre su nieta impidiendo que Penny la agarrara.

Luz estaba conmocionada. Incapaz de decir una sola palabra. En su mirada había miedo y desesperanza.

—Se acabó. Lucía, coge a tu nieta y llévala a casa de Rosa. Y tú, Penny, ni te muevas —ordenó Martha.

—Y si me muevo, ¿qué me vas a hacer? —Penny se plantó desafiante delante de su abuela.

Martha la miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa mientras le daba una bofetada de lado a lado de la cara.

—Ya ves lo que he hecho —respondió Martha sintiendo en la mano el calor de la mejilla de su nieta.

Lucía agarró de la mano a Luz y salieron corriendo mientras decía:

—Os voy a denunciar.

Primero iría a la parroquia para decirle al cura que Penny estaba endemoniada. Después llevaría a su nieta a casa de su hija y las obligaría a marcharse a cualquier sitio lejos de Madrid donde Penny no las encontrara. Tenía dinero ahorrado, el suficiente para que incluso se fueran de España una buena temporada. No podía permitir que su nieta adorada fuera un juguete en manos de Penny. E iría a la comisaría para que los detuvieran a todos. Es lo que merecían.

Felicitas no paraba de llorar con hipidos. Penny permanecía quieta, incapaz de moverse anonadada por la bofetada de su abuela.

—Esto tenemos que abordarlo de otra manera, no a bofetadas —dijo Thomas.

—Demasiado tarde —respondió Martha.

—La culpa es nuestra —alcanzó a decir Felicitas entre hipido e hipido—. Teníamos que haberle impedido…

—Pero no lo hicimos. Nos horrorizaba comportarnos como una familia reaccionaria. No hemos dejado de repetir que somos una familia moderna. —Martha mantenía la calma consciente de la convulsión que la situación estaba provocando en todos ellos.

—Sois asquerosamente reaccionarios —murmuró Penny.

—¿Sabes en qué te has equivocado? —Martha se dirigió a su nieta mirándola con más indiferencia que enfado.

—No me he equivocado —respondió Penny con rabia.

—Sí, te has equivocado queriendo arrastrar a Luz, manipulándola, abusando de ella. Tienes miedo de dar el paso que has dicho que quieres dar y te has agarrado a ella para sacar fuerzas. Si tienes un público ante el que actuar, te es más fácil mantener el papel que te has atribuido. La pobre Luz solo es tu comparsa. No eres buena persona, Penny, lo tuyo es abuso de poder. Luz es la nieta de Lucía, la mujer que trabaja en casa. La queremos y valoramos su trabajo, pero es una trabajadora, ni más ni menos. Y te has aprovechado de esa situación de dependencia para arrastrar a Luz en una dirección que tú sabes que no quiere.

—¡Mientes! ¡Ella lo ha decidido, lo mismo que yo! —gritó Penny.

—Seré más clara: esa niña no se atreve a decirte que no a nada. ¿Sabes por qué? Porque tú eres la señorita de la casa y ella, la nieta de la criada. Lo digo con estas palabras para que no te confundas. En cuanto a tus deseos de convertirte en un hombre, no creas que hoy en día supone una ventaja tan grande como cuando yo tenía tu edad. No diré que la sociedad no sigue girando alrededor de los hombres, pero las mujeres hemos ganado espacio y sobre todo poder de decisión. Es una pena que haya quienes como tú sigan creyendo que ser hombre es una ventaja y que es mejor dejar de ser mujer para obtener esa ventaja.

—¡Pues es así!

—¡Pues lucha para cambiarlo, si es que de verdad crees que es así! ¡Sal ahí fuera y defiende cada milímetro de la libertad ganada por otras mujeres antes que tú! Y amplía ese espacio hasta que no

quepa ni una brizna de aire. ¿Transformarnos en ellos? Eso es seguir dejándoles que tengan ventaja, reconocer su superioridad.

Thomas no se atrevía a interrumpir. Martha había encontrado una línea argumental que parecía estar trastocando las convicciones de Penny. Miró de reojo a Felicitas, que seguía llorando. Se preguntaba cómo Martha había podido parir a un ser tan delicado y sensible como su hija.

—¿Y si simplemente es que quiero ser chico?

—No sabes lo que quieres —murmuró Thomas llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

—¡Os odio! Sois… sois unos viejos… Solo deseo que os muráis cuanto antes. Y tú, mamá…, tú eres como ellos… o peor… Nunca te he importado una mierda, solo te importas tú.

—No, no digas eso, no es verdad. —Felicitas intentó acercarse a su hija para abrazarla, pero Penny le dio un manotazo apartándola.

—Tenemos que calmarnos —insistió Thomas.

—¡Os voy a denunciar! ¡Se acabó la época en que los padres decidían por los hijos! —gritó Penny.

Martha salió del comedor mientras Penny seguía gritando ante el estupor de Felicitas y Thomas. Tenía que poner punto final a esa situación y solo se le ocurría una solución.

Cuando regresó al comedor llevaba una mano cerrada. Se acercó a Penny, que la miró asustada, convencida de que Martha le iba a pegar de nuevo. Pero no fue eso lo que hizo, sino apretarle la nariz, lo que forzó a Penny a abrir la boca mientras Martha le introducía una pastilla minúscula obligándola a que se la tragara. Luego aplicó toda su fuerza en inmovilizarla. Todo sucedió deprisa, no había pasado más de un minuto.

Thomas y Felicitas miraban desconcertados y Penny, por más que pataleaba para que Martha la soltara, no lo logró.

Al cabo de unos minutos que a todos se les hicieron eternos, Martha soltó a Penny, que alzó la mano para pegar a su abuela, pero Thomas se lo impidió.

—¡Basta! ¡Todo esto es indigno de nosotros! No puedo comprender no solo lo que ha pasado, sino nuestra reacción… —afirmó Thomas alzando la voz, pero sin dejar de sujetar a Penny impidiéndole moverse.

—¡Os voy a denunciar! —alcanzó a decir Penny con la cara, al igual que la de Felicitas, arrasada por las lágrimas.

—No vas a denunciar a nadie y no te vas a mover de casa —sentenció Thomas.

—¡No podéis retenerme! —volvió a gritar Penny intentando liberarse del brazo de su abuelo.

—¡Se acabó! Te hemos dejado llegar demasiado lejos. Nosotros somos los culpables de lo que eres, en qué te has convertido. Te hemos fallado… —dijo Thomas con pesar.

—Papá… —Felicitas miraba sorprendida a su padre.

—Sí, todos somos culpables. Somos una familia moderna, una familia que acepta la realidad de hoy, pero no hemos medido las consecuencias. Nos daba vergüenza poner límites a Penny, decirle «no», por miedo a que nos confundieran con lo que denominamos «familias conservadoras, de las de antes», o que alguien pudiera pensar que no estamos al lado de las minorías con opciones sexuales diferentes si el resultado es que reprimíamos a Penny.

»¿Alguien en su sano juicio puede defender que una chica o un chico adolescentes decidan transicionar? No, no es cuestión de

colocarse frente a los derechos de las personas trans, sino de defender a los niños y adolescentes.

»Claro que hay niños que desde la infancia se les nota que van a tener una tendencia sexual diferente a la de la mayoría, y hay que respetar y acompañarlos, pero con seriedad, no con la ligereza con la que se vienen abordando estas cuestiones. Sí, hemos tenido miedo, miedo a no comportarnos como una familia moderna y ahora… aquí está el resultado.

Penny había dejado de patalear y parecía aceptar con resignación que su abuelo la tuviera sujeta entre sus brazos.

—¿Qué me has dado? —preguntó Penny a Martha con un tono de voz pastoso.

—Un Valium. Un Valium 10. Así te tranquilizarás y nos tranquilizaremos todos.

—¿Me voy a morir? —preguntó Penny a su abuela.

—No, no te vas a morir, te vas a dormir durante unas cuantas horas.

—¡Dios mío! ¿Cómo se te ocurre darle un Valium 10? ¡Es una niña! —Thomas estaba asustado.

—Que pesa cincuenta y cinco kilos y mide casi uno sesenta y nueve. No le pasará nada. Son solo diez miligramos —respondió Martha con convicción, aunque en su fuero interno no estaba segura de que fuera a ser así. Pensaba llamar a Irene para preguntarle. Al fin y al cabo, su cuñada era enfermera.

Felicitas se acercó a su padre tendiendo los brazos para acoger a Penny. Thomas aflojó el abrazo con que sujetaba a su nieta, que empezaba a tener la mirada vidriosa.

Thomas no soltó a Penny, sino que la cogió del brazo y la llevó hasta su habitación.

—Felicitas, te vas a sentar al lado de tu hija y no te vas a mover hasta que no se empiece a despertar. ¿Lo tienes claro? Y si ves que hace algo raro, nos llamas.

EPÍLOGO

Felicitas

Felicitas asintió sorbiéndose los mocos y las lágrimas. Se sentía desbordada ante todo lo que estaba sucediendo. Durante toda su vida había escuchado a sus padres defender que no eran una familia convencional, que eran una familia moderna. Se lo decían cuando ella lloraba al saber que la iban a dejar con Lucía para ellos irse de viaje. O para salir por la noche. O para que no los molestara mientras estaban entretenidos leyendo, escuchando música o viendo una película en la pantalla de cine que habían instalado en el sótano.

Se convenció de que formar parte de una familia moderna era todo ventajas. Claro que ella, al contrario de Penny, siempre fue una niña tranquila, sacaba buenas notas, tenía unas cuantas amigas con las que compartía juegos y actividades infantiles y aceptaba de buen grado cuanto le decían sus padres.

Martha y Thomas la animaron a acudir a un banco de semen para ser madre. No la intentaron convencer de lo contrario.

Recordaba la tarde en que les anunció que estaba embarazada y la respuesta que le dieron. Su madre se limitó a decirle que a partir de ese momento debería cuidarse y dejar de montar en bicicleta, pero que podía sustituir su afición por la natación, caminar y el yoga

prenatal. También se interesó por si ya había buscado un buen ginecólogo que le controlara el embarazo. Cuando le dijo que aún no, se ofreció a buscar uno «de confianza».

Su padre la abrazó diciéndole que hacerle abuelo era el mejor regalo. Y que había elegido una opción como cualquier otra para ser madre, que lo importante para la criatura que trajera al mundo era tener una familia que la quisiera, y que eso ya lo tenía.

Pasó el embarazo sin darse cuenta y la madrugada en que se puso de parto sus padres la llevaron al hospital. Incluso Martha se quedó con ella en el paritorio y Thomas permaneció esperando sin rechistar.

Sí, no podía reprocharles nada, puesto que siempre la habían hecho sentirse querida. Y, sin embargo, ahora… No, no podría soportar que su padre se fuera para siempre a Boston y tener que afrontar junto a Martha los problemas de Penny. Su hija siempre les había dado disgustos, como un año atrás, cuando la policía irrumpió en la casa para averiguar quién era el *hacker* que estaba intentando «asaltar» los ordenadores del Ministerio de Justicia.

Resultó ser Penny con un amigo que se dedicaba al trapicheo de drogas y que ya tenía antecedentes penales. No se les había ocurrido otra cosa que intentar borrarlos.

¿Por qué era así? Penny había sido diferente desde el minuto uno de su nacimiento. No le gustaba que la cogieran en brazos. Escupía la leche del biberón. Lloraba toda la noche impidiéndoles dormir. Sí, fue una bebé difícil y luego una niña más difícil aún, con sus rabietas continuas ante cualquier contrariedad o cuando quería algo y no se lo daban de inmediato.

Quizá… quizá… No se atrevía ni a pensarlo, pero… a lo mejor había heredado el carácter de su padre, de ese padre desconocido. Claro que siempre había dado por hecho que en realidad Penny se parecía a Martha. A ella tener como madre a Martha no le había resultado fácil. Una madre que encontraba excusas cuando le pedía que jugara con ella o le preguntaba por qué no la llevaba al parque como hacían las madres de sus amigas. Pero aun así nunca la había castigado, ni mucho menos le había levantado la mano. Sobre todo, agradecía que hubiera estado a su lado durante el embarazo y el parto de Penny sin un reproche ni una mala cara.

Pero Martha tenía un carácter contenido. Nunca había dicho una palabra más alta que otra ni descompuesto el gesto pasara lo que pasara, mientras que Penny ya nació con un carácter endiablado.

No podía engañarse, lo de tener un hijo había sido una decisión precipitada, una manera tonta de «vengarse» de Agustín por haberla dejado plantada. Pero él ni se inmutó cuando se enteró de que había sido madre. No la quería y tuvo que aceptarlo.

Además, tampoco es que hubiese sido una madre modelo. Decidió que sería amiga de su hija, lo que tuvo como consecuencia que Penny la mirara como a una igual, como si fuera otra compañera del colegio. Se preguntaba si al menos eran amigas y no se podía engañar. No, no lo eran. Incluso dudaba de que eso fuera posible.

Martha nunca había sido su amiga. Fue una madre distante, pero jamás la intentó engatusar sobre el reparto de papeles. En ocasiones, cuando se atrevía a decirle que quería hacer algo, si a ella no le parecía bien, se lo negaba sin inmutarse. Aun así, siempre le dio un importante margen de libertad y recordaba la frase que le

solía repetir: «Si te equivocas, te equivocas sola, de manera que piénsatelo dos veces antes de actuar».

En cuanto a Thomas, había sido un padre complaciente, siempre dispuesto a escucharla. Enseñándole que era ella la que tenía que poner los límites a su libertad.

Claro que tanto Martha como Thomas la habían protegido más de lo que ellos mismos consideraban necesario y la seguían tratando como a una niña frágil. ¿Lo era o se había acomodado al papel? No podía negar que le resultaba cómodo saberse protegida por una madre y un padre como Martha y Thomas. Pero ahora… Thomas se marchaba a Boston y sabía que sería para siempre. Podría ir a verle, quedarse con él temporadas, pero no cabía engañarse, ya nada sería igual. A su padre le gustaba la soledad y no soportaría tenerla todo el día sin hacer nada dando vueltas a su alrededor. Perder a su padre le dolía, ¿cómo podía él haber tomado esa decisión? No es que lo sintiera por su madre. Martha lo superaría, pero ella… ¿Y Penny? ¿Qué iba a ser de las dos? De repente sintió un dolor profundo en el pecho. Su padre las iba a abandonar. No había asumido esa realidad hasta ese momento. Se horrorizó al pensar que Thomas era un egoísta al que no le importaba poner su vida y la de Penny del revés. Pero ¿cómo impedirlo? No, no se lo perdonaría nunca. ¿Qué podría hacer para evitar que se fuera? Pero si Martha había fracasado en ese empeño… La marcha de Thomas suponía el fin de su familia, de su mundo, de su vida.

Penny se movió agitada. ¿Qué haría Penny cuando fuera consciente de que la marcha de Thomas era para siempre, de que la familia que había conocido ya no existía?

Sintió una rabia profunda ante lo que consideró una traición de su padre. Entre Harvard y ellas había elegido Harvard. No, no se lo perdonaría. Debería pagar por lo que les iba a hacer.

Thomas

Sentado delante de la mesa de su despacho, con las manos sujetándose la cabeza, se preguntaba en qué momento se habían torcido sus vidas. ¿Cómo era posible que no se dieran cuenta del sufrimiento de Penny, su necesidad de que le prestaran atención, de saber que era importante para ellos?

Se dijo que quería a su nieta, que de toda la familia era a quien más quería, pero… sí, era un egoísta. Tenía que reconocerlo. La Filosofía era su vida; en realidad no, no lo era la Filosofía, sino que a través de ella se había construido una vida, una razón de ser.

Profesor de Harvard, conferenciante en las mejores universidades del mundo, autor de una veintena de libros que se habían convertido en referencia, condecorado con la Legión de Honor en Francia y Caballero del Imperio Británico… Y ahora… ahora era un jubilado cuyo nombre empezaba a ser solo una nota a pie de página cuando alguno de los jóvenes filósofos hacía una mención a sus libros. No, ya no estaba en el escenario de la vida académica. Era pasado y no quería asumirlo.

En cuanto a su familia… Su familia era su gran fracaso personal. Se había casado con una mujer con la que no tenía nada en común.

A ella no le interesaba la Filosofía ni a él el ballet. Aún se preguntaba por qué se habían casado. Sus mundos eran contrapuestos. No es que Martha no tuviera ninguna pulsión por la cultura, leía cuanto caía en sus manos, le gustaba el teatro y la pintura de los maestros italianos del siglo xv y, sobre todo, acudía a los conciertos en el Auditorio y el Teatro Real cuando estaban en Madrid, y no eran pocas las ocasiones en que incluso, sin decírselo a él, se iba a Londres a escuchar un concierto de la Sinfónica. El problema es que la filosofía no le interesaba lo suficiente.

Por eso a él le gustaba la compañía de Mary Baker. Nunca habían tenido una relación seria, pero era mucho lo que tenían en común. Podían pasar horas debatiendo sobre una página escrita por Spinoza o discutían sobre algunas de las manifestaciones de Judith Butler sobre feminismo y género, concepto este último que él no compartía tal y como se usaba, o por el enfoque sobre la justicia social de Cornel West. Por quien ambos sentían igual interés era por Michael Sandel, al que tenían como un referente importante de temas como la justicia.

Dejó que la mirada vagase entre sus libros deteniéndose en Stefan Zweig. No hacía tanto que había salido a la luz la nota en la que explicaba el porqué de su decisión de quitarse la vida por una razón que a Thomas le producía sacudidas: no había podido soportar y mucho menos aceptar que Europa se destruyera a sí misma. No, Zweig no encontraba sentido a su vida lejos de esa patria espiritual que era Europa.

Pero el suicidio le parecía una opción de personas enfermas de desesperación, de cobardes o de quienes simplemente ya no encuentran sentido a su vida. O al menos eso quería creer.

¿Le encontraba él sentido a la suya? ¿Tenía sentido la vida que había construido junto a Martha, Felicitas y Penny? ¿Qué representaban ellas para él?

Le hubiera gustado tener a Mary al lado para analizar y profundizar sobre este pensamiento. Con ella la conversación no se terminaba nunca porque les unía la más devastadora de las pasiones: el conocimiento del ser.

La vida en ocasiones se ha terminado sin que uno se dé cuenta. Y su futuro sería escaso, buscando todos los días una razón para abrir los ojos. ¿Tenía hoy esa razón? ¿Qué sería de Martha, de Felicitas y de Penny cuando él estuviera en Boston? ¿Cómo repercutiría en sus vidas su ausencia definitiva?

Martha lo soportaría, pero ¿y Felicitas y Penny? Sabía que ellas no se conformarían con viajar de cuando en cuando para ir a verle. Querían, necesitaban, una familia. No es que fueran sólidos los pilares de la que formaban parte, pero era lo que habían conocido, a lo que se habían adaptado. Sonrió para sí al plantearse el sentido de su vida. Y pensó que, acaso sin pretenderlo, todos ellos estaban inmersos en el capítulo final de sus vidas.

Martha

Se habían equivocado. Thomas y ella tenían que aceptarlo. Se habían equivocado con la educación de Felicitas y mucho más con la de Penny. En realidad, no las habían educado a ninguna de las dos. Thomas era un «creyente» de Rousseau. ¿Cuántas veces la había intentado convencer de la bondad intrínseca del ser humano? ¿Cuántas «conferencias» le había dado sobre cómo la sociedad es la que corrompe a los seres humanos? Ella le escuchaba atónita por su ceguera ante la condición humana y a él le molestaba su escepticismo. «Hay que cambiar la sociedad», insistía su marido, y ella le replicaba que cuando supiera cómo, se lo contara.

Pero ¿tenía razón Thomas? ¿Era la deriva de la sociedad actual, donde no hay más límite que la propia voluntad, la que había llevado a Penny al desastre? ¿O quizá la culpa era exclusivamente de ellos por no haberle puesto algunas barreras? ¿Habían fracasado en su obligación de inculcarle unas normas que pusieran freno a su inmadurez? ¿Era Penny el «buen salvaje» malogrado por la sociedad cuyo valor principal es que uno tiene derecho a todo sin más límites que su voluntad? No, no podían achacar a Penny toda la responsabilidad de lo sucedido. Y no es que la hubieran dejado

actuar a su antojo por miedo a que los consideraran retrógrados, sino por convicción, y eso era lo peor. Fuera la naturaleza del ser humano o fuera la sociedad, lo cierto es que Penny era fruto de un fracaso, de su fracaso como abuelos.

Quizá pensaban que Penny sería como Felicitas. Su hija había sido una niña tranquila y obediente, y llorona, lloraba por todo y lo seguía haciendo. Pero nunca les había dado el más leve disgusto ni sobresalto. Claro que Penny no se parecía en nada a Felicitas ni tampoco a ellos. Martha se recordaba a sí misma un tanto rebelde y contestona, pero cuando su padre la miraba…, con solo una mirada era suficiente para saber que había traspasado una raya invisible. En cuanto a Thomas, fue un hijo único educado por unos padres protestantes a los que nunca dio el más mínimo disgusto.

No, no pensaba que unas gotas de semen del padre desconocido de Penny fueran la causa. Penny era el fracaso de ellos, de la educación que no le habían dado, de los principios que no se habían molestado en inculcarle, del convencimiento de que las normas constriñen y no hacen mejores a los seres humanos.

Penny no era la culpable, lo eran ellos. Lo que no sabía era qué hacer para remediar el dolor y la angustia de su nieta, para borrar todo aquello que, desde la indiferencia, le habían permitido hacer sin asumir que lo que llamaban «las locuras de la niña» estaban dejando costurones en su cuerpo y en su mente.

Pero ya era tarde. No había vuelta atrás. Lo sucedido no se podía borrar. Las huellas de lo vivido estaban grabadas en cada centímetro de la piel y de los pensamientos de Penny. ¿Sabría recomponerse a sí misma? No estaba segura de que Penny fuera capaz. Hasta esa misma mañana no se había dado cuenta de cuánto dolor abrumaba

a su nieta. Y, como en tantas ocasiones, Martha se puso a dialogar con ella misma.

Y ahora, ¿qué podemos hacer? Thomas se marcha. No va a renunciar a Harvard ni siquiera por Penny. Ella siente devoción por su abuelo y gestiona como puede su animadversión hacia mí y su desapego por su madre.

Penny se va a quedar definitivamente sola porque ni a Felicitas ni a mí nos considera un ejemplo. En realidad, no lo somos.

Es difícil lidiar con el mañana cuando ese mañana se presenta sin ninguna esperanza de ser mejor que el ayer.

Hemos fracasado como padres, como abuelos, como individuos. No, no merecemos la vida.

Oigo un ruido… Creo que es la puerta de entrada. ¿Será Lucía? No tengo esperanza de que regrese. Nunca nos perdonará lo que Penny le ha hecho a su nieta. Nos hace responsables a nosotros, y así es. Penny tiene dieciséis años, pero Thomas y yo setenta, y Felicitas va camino de los cuarenta, de manera que nuestra es la responsabilidad.

Debemos pedirle perdón, pero no ahora. Pasará tiempo antes de que nos atrevamos a mirarla a los ojos y antes de que ella se avenga a escucharnos. Perdonarnos no nos perdonará. No puede hacerlo. Yo tampoco lo haría. En realidad, tampoco me perdono lo que ha pasado. Penny es inocente. ¿O acaso no lo somos ninguno y debemos pagar por ello?

Lucía

Intento entrar sin hacer ruido. La casa está en silencio. Ya son las seis. Puede que estén durmiendo la siesta para pasar las horas de calor.

Odio esta casa, cada rincón, incluso mi habitación y mi sala de estar, de las que me sentía tan orgullosa. Era mi apartamento, el lugar donde he pasado los últimos años de mi vida. Aquí creció mi hija, fue donde le pude dar un hogar cuando no nos teníamos más que a nosotras mismas.

Nunca pensé que podía llegar a odiar a Martha, ni a Thomas, incluso a Felicitas. A Penny la mataría con mis propias manos porque es más que odio lo que siento por ella.

Pero la culpa de cómo es la tiene Felicitas, que nunca ha sabido ser madre, y también Martha y Thomas. Ellos se creen superiores. Nos ven a los demás como simples seres mortales.

Son egoístas y vanidosos. Lo sabré yo. Creen que tienen que ser de una determinada manera: los más liberales, los más modernos, los más rompedores. Todo lo que les rodea es una mierda, menos ellos. Los límites son cosa del pasado. Ahora se trata, dicen, de ser

lo que uno siente que es. La vida está ahí y solo hay que salir a cogerla, cueste lo que cueste, pase lo que pase.

Ahora los odio, sí, pero durante muchos años los he querido, sobre todo a Martha. Siempre fue generosa conmigo. Claro que le convenía. Sin mí esta casa no habría funcionado. Yo he sido quien ha logrado que pareciera un hogar. Ella se ha construido una imagen de mujer fría e indiferente, pero sé que sufre cumpliendo años, cada año es como una puñalada en la tripa. En alguna ocasión la he sorprendido observándose en el espejo. Su mirada reflejaba la repugnancia que sentía por su cuerpo envejecido. No hace mucho fue al centro de belleza en el que trabaja su cuñada Irene, y le pusieron hilos tensores en los brazos. Estaba obsesionada con las arrugas. No dejaba de quejarse: «Mis brazos ya no son como las alas de un cisne, sino de un murciélago». Yo intentaba restarle importancia, pero la realidad es la que es: sus brazos son los de una vieja, tienen manchas y arrugas, aunque los mantenga delgados. También se ha quitado algunas manchas de las piernas. Me alegro de que le duelan y las tenga hinchadas.

Se cree muy lista, pero todos nos hemos dado cuenta de que ha intentado retrasar el viaje de Thomas a Boston tentándole con conocer a Juan Luis Arsuaga.

El pobre Enrique tuvo que pedir el favor a esa amiga suya paleontóloga. Y como Martha se cree que basta que quiera algo para tenerlo, puesta a pedir, pidió que también fuera Juan José Millás.

Enrique no lo consiguió o a lo mejor es que ni lo intentó. Puede que se inventara que Millás estaba resfriado y con tos. Martha no se lo creyó, pero Pablo echó una mano diciendo que en verano mucha gente se constipa por el aire acondicionado.

Claro que Martha se salió con la suya y logró que Thomas conociera a Arsuaga. Con eso le ha retenido unos días, pero no le ha servido de nada. Su marido está harto de ella. Otro egoísta. Parece buenecito, pero va a lo suyo. «Lucía, buenos días, hoy tiene usted un aspecto formidable, ¿cree que me podría planchar la camisa verde?». Y, claro, yo le planchaba la camisa verde, la azul o la que me pidiera. Menudo hipocritón.

Rosa quiere denunciarlos. Mi hija dice que si no lo hacemos seré cómplice de ellos por permitir lo que Penny le ha hecho a Luz. Le he jurado que les voy a hacer pagar por lo que han hecho. Lo haré, no me importa el precio. Pagarán, claro que pagarán.

Mi nieta está traumatizada, no deja de llorar y cada dos minutos quiere ducharse. Dice que se siente sucia por lo que ha hecho con Penny y cree que la manera de arreglarlo es restregándose el cuerpo.

¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo he podido quererlos? Hace tiempo que debería haber prohibido a Luz ser amiga de Penny, o al menos verse con ella. No es que Penny la llamara a menudo, solo cuando se aburría o sus amigos pasaban de ella, pero aun así he permitido que mi nieta corriera peligro. Penny es una pervertida. Esa niña lleva haciendo cosas raras desde que era pequeña para llamar la atención. A Felicitas ser madre la superaba, y Martha tampoco estaba por la labor de ser una abuela como Dios manda. En cuanto a Thomas… Sí, es un hipócrita, siempre tan amable, tan correcto, el más liberal de todos. Él, un profesor de Harvard, tenía la obligación de estar atento y abierto a las ideas nuevas, a las reivindicaciones de las minorías que tanto han sufrido por las imposiciones de las mayorías. Pero esa actitud no le impedía aceptar

que le hiciera la cama, le lavara sus camisas y limpiara los pelos que caen en el lavabo cada vez que se peina. Alguna vez he estado tentada de preguntarle si yo formo parte de la minoría o, en realidad, el que es minoría es él y quienes piensan como él.

He sido la esclava contenta de serlo, la que se ha conformado con servirle agradecida por sus buenos modales. De los cuatro es el peor, porque el egoísmo de Martha es evidente, pero también es capaz de ser generosa sin hacer alarde de ello. Mientras que Thomas es un hipócrita que envuelve su egoísmo en modales de profesor despistado que está por encima del bien y del mal. De Felicitas solo puedo decir que es rematadamente idiota, pero su idiotez no llega a ignorar las perversiones de su hija. No, tampoco es inocente.

He procurado no hacer ruido hasta llegar a mi habitación. Voy a llamar a Rosa para decirle que he venido a recoger mis cosas, que tardaré, y que si se me echa el tiempo encima, me quedaré a dormir en el que ha sido mi cuarto y regresaré mañana.

Sé que Rosa nunca me perdonará lo que Penny le ha hecho a Luz, aunque me ha ofrecido quedarme a vivir con ellas. Pero sé que no podrá soportar mirarme sabiendo que no he sido capaz de proteger a su hija.

Soy culpable y mi culpa no es menor que la de Thomas, Martha y Felicitas, tampoco que la de Penny. No tengo perdón. Si me fuera a confesar con Pablo, seguramente me diría que Dios todo lo perdona, que he sido débil, que no quería mirar de frente a la realidad. Pero yo sé la verdad. Sé cuál es mi culpa y sé que tengo que pagar por ella en el cielo, pero también en la tierra.

Penny

Estoy en un duermevela, aunque no querría despertarme nunca. No abro los ojos porque no quiero que mi madre se dé cuenta de que me estoy despertando. No quiero hablar con ella, ni con Martha ni con Thomas. No tengo nada que decirles, aunque en realidad es que no sé qué podría decirles porque no estoy segura ni de lo que pienso ni de lo que siento.

¿Soy un monstruo? Lucía ha dicho que soy un monstruo. Puede que tenga razón, aunque no lo sé.

Estoy cansada de ser como soy. Estoy cansada de vivir en una familia como esta. Mi madre es medio tonta, mi abuelo va a lo suyo y Martha… Mi abuela no quiere hacerse vieja, pero ya lo es. ¿Por qué me han consentido todo? A lo mejor porque no les importaba lo que hacía o para no tener problemas. Mi abuela dice que recuerda con aprensión los gritos de su padre cuando les regañaba al tío Alberto o a ella. Un día me dijo que para ella lo más importante es que haya paz en casa. Pero ¿qué paz? Creo que no les importo a ninguno. No es que no me quieran, sino que todos interpretan un papel: mi abuelo, el de «guay comprensivo»; Martha, el de la abuela pasota, y mi madre… mi madre es muy simple y muy débil.

¿Por qué he hecho todo lo que he hecho? ¿Por qué no me conformé con ser como las demás niñas del colegio? En realidad, no me gusto cuando me miro al espejo. Llevo el pelo cortado por un lado y largo por otro para dejar claro que soy lo que quiero ser en cada momento, que nadie tiene poder sobre mis deseos. Pero no sé lo que quiero ser, no sé lo que soy. A veces tengo ganas de empezar a romper todo lo que hay en mi habitación y en esta casa. Estoy harta de escucharlos decir «hay que comprenderla», «aún es pronto para que madure», «tiene derecho a experimentar y después decidir», «algún día se reirá de lo que está haciendo ahora». Pero no me dicen ni sí ni no a nada, es como si no les importara lo que hago. Y lo de Luz, esa niña siempre ha sido un poco tonta, aunque es buena persona. Me cae bien, sé que de todas mis amigas ella es la única que lo es de verdad. No habría estado mal casarnos. Hace todo lo que le digo, sea lo que sea. La otra noche, mis colegas estaban demasiado colgados con el MDMA y la cocaína. Me empecé a aburrir y llamé a Luz; ella siempre está dispuesta a dejarlo todo por complacerme. Le dijo a su madre que íbamos al cine. Y fuimos, pero luego le propuse venir a casa. Llamé a Rosa para convencerla de que la dejara quedarse a dormir; al fin y al cabo, aquí vive Lucía, que es su abuela. Rosa dudó. Sé que no le caigo bien, pero casi nunca se atreve a contrariarme. Nos dijo que cuando llegáramos se lo dijéramos a Lucía, pero no lo hicimos. Nos encerramos en mi habitación y le di una pastilla para que se tranquilizara. Le dije a Luz que se desnudara y se tumbara en la cama.

Luz podría haberme dicho que no, pero no fue capaz.

Después de lo que le hice, ella se puso a llorar y por eso le propuse casarnos. Pero me dijo que éramos chicas y que ella no

quería casarse con una chica. La única opción es que yo transicionara y me hiciera chico. Al principio le pareció buena idea, pero luego empezó a llorar y a llorar. Me puso de los nervios.

Pero he tomado una decisión, por eso no quiero que mi madre se dé cuenta de que me estoy despertando. Me haré la dormida hasta que ella se duerma. No sé qué hora es, pero ya es casi de noche, así que en algún momento se tendrá que dormir.

No puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Lucía, que soy un monstruo. Si soy un monstruo, no merezco vivir, ¿o sí?

Y cayó la noche...

Si alguien escuchó los pasos, no hizo nada por averiguar de quién eran. La noche ya había esparcido las primeras sombras y la casa estaba en silencio. ¿Dormían? ¿Dormitaban? ¿Estaban en vela?

Los pasos eran tenues, tanto que cada uno pensó que no eran reales, sino fruto de su imaginación. Lucía había regresado, pero se había encerrado en su habitación o eso creían.

Una mano se acercó al hornillo de la placa de cocinar. Estaba oscuro porque aquella noche la luna se había empeñado en esconderse, de manera que tanteó casi a ciegas la placa. Luego hizo lo mismo con el horno, dejándolo abierto. El gas no olía o eso esperaba mientras regresaba a su habitación.

Era la mejor solución, todos se lo agradecerían porque ninguno merecía vivir y alguien tenía que tomar la decisión de poner punto final a sus vidas, incluida la suya.

El gas los mataría dulcemente. ¿Qué habría detrás de la muerte? A lo mejor solo la eternidad de la nada.

Esta mañana los bomberos han encontrado muertos a todos los miembros de una familia en un chalet de la calle de los Cipreses. Al parecer, un escape de gas ha sido el causante del siniestro. En la casa, además de los miembros de la familia, también se encontraba la empleada del hogar.

Todos estaban en sus habitaciones durmiendo cuando se produjo el escape de gas. Los vecinos del chalet contiguo llamaron a los bomberos dando la voz de alarma al sentir el olor del gas.

Este periódico ha podido confirmar que entre los fallecidos se encuentran Thomas Sullivan, un destacado filósofo que durante años ha impartido clases en Harvard; su esposa Martha, bailarina de ballet retirada que fue una figura relevante en los años setenta del siglo pasado; su hija, una conocida *influencer,* y la hija de esta, una adolescente. También la empleada de hogar, que, según los vecinos, era una más de la familia.

Aunque el escape de gas parece ser la causa de esta tragedia, la policía ha abierto una investigación.

Una afilada novela sobre el paso del tiempo, la identidad y las contradicciones de la vida contemporánea.



Martha y Thomas forman una familia moderna. Ambos pertenecen a la vanguardia artística y cultural. Ella brilló en los escenarios internacionales como primera bailarina de las compañías más prestigiosas de ballet y él es un reconocido filósofo con una intensa vida académica. Su hija Felicitas dirige con éxito un canal digital y, como madre soltera por elección, ha criado a Penny, una adolescente que desafía todas las convenciones.

Sin embargo, a sus setenta años, Martha y Thomas observan con desconcierto cómo el mundo que creían conocer ha cambiado para siempre.

Julia Navarro ha cautivado a millones de lectores con las nueve novelas que ha publicado hasta la fecha y que se han traducido en más de treinta países: *La Hermandad de la Sábana Santa*, *La Biblia de barro*, *La sangre de los inocentes*, *Dime quién soy*, *Dispara, yo ya estoy muerto*, *Historia de un canalla*, *Tú no matarás*, *De ninguna parte* y *El niño que perdió la guerra*.

Es también autora de los ensayos *Una historia compartida* y *Cuando ellos se van*.

Su novela *Dime quién soy* fue adaptada con gran éxito a una serie de televisión.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Julia Navarro
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Guillem H. Pongiluppi

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03380-3

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes

Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Una familia moderna

Agradecimientos

Capítulo 1. Martha

Capítulo 2

Capítulo 3. Sábado

Capítulo 4. Lunes

Capítulo 5. Martes

Capítulo 6. Miércoles

Capítulo 7. Primer día

Capítulo 8. Viernes

Capítulo 9

Capítulo 10. Domingo

Capítulo 11

Capítulo 12. Lunes

Capítulo 13. Último sábado de julio

Capítulo 14. Último domingo

Epílogo

Felicitas

Thomas

Martha

Lucía

Penny

Y cayó la noche…

Sobre este libro

Sobre Julia Navarro

Créditos